MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

EL PATER NOSTER

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

EL PATER NOSTER

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

TRATADO DE LA ORACION

POR

JOSÉ FRASSINETTI

PRIOR DE SANTA SABINA DE GÉNOVA

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

NUEVA LIBRERÍA DE SAN JOSÉ

Calle del Arenal, núm. 20.

1888

IMPRENTA DE B. BARTUILLI Y GARCÍA
Calle de Trafalgar, 11.

PRÓLOGO

Hace ya bastantes años que los excelentes escritos del docto y piadoso Frassinetti son conocidos en España, á donde hubieron de llegar, por dicha nuestra, algunos ecos de la fama que goza el nombre de este ilustre escritor ascético en su noble y hoy infortunada patria. El inolvidable señor marqués de Casajara fué el primero que le dió á conocer entre nosotros, traduciendo en buen castellano una de sus primeras obritas, intitulada *El Aliento del alma devota*. Posteriormente salieron á luz en Lugo, vertidos asímismo en nuestro idioma por D. Ramón García Abad, Doctoral de aquella santa Iglesia, otros dos libros del mismo autor: uno de ellos *El Compendio de Teología moral*, y el otro *El Manual del Párroco*, ambos excelentes, singular-

mente el último, del que no es fácil ponderar el fruto que puede producir en manos de los Sacerdotes, á quien están encomendados el cuidado y la salud de las almas. Pero entre todas las obras y opúsculos del Sr. Frassinetti, que son muchos y todos ellos luminosos y edificantes, sobresale singularmente el *Pater noster de Santa Teresa*, que ahora publica la Librería de San José. ¡Admirable coincidencia, por cierto, que el Santo más amado de nuestra gran Doctora mística, que tanto le engrandeció contribuyendo muy eficazmente á que fuese cada vez más y más honrado en España y en toda la Cristiandad, sea el Patrono de esa fecunda y benemérita institución de publicidad católica, que ahora imprime y va á difundir por los dominios españoles, presentes y pasados, cual preciosa semilla de vida eterna, los conceptos divinos con que fué ilustrada por la gracia de Dios la mente de aquella Santa en orden á la oración!

Es cosa para consolar sobremanera á los que entre nosotros aman las verdaderas glorias de España, entre las cuales no hay ninguna que sobrepuje á las que están cifradas en el nombre de Santa Teresa de Jesús, ver y considerar la estima en que son tenidas sus obras en las naciones extranjeras, inclusas aquellas donde apenas se conoce nuestra literatura, en otros tiempos tan rica y escogida; pero todavía debe de ser más grato para nosotros que de

las mismas obras de la Santa haya en esas naciones quien se ocupe en extraer, como de flores del cielo, el néctar divino que contienen, para recogerlo y encerrarlo en copas primorosamente labradas, de donde se derrame y comunique á las almas fieles y devotas no solamente de aquellas partes, sino de esta nuestra, en que nació y dió primeramente el olor de sus virtudes sublimes, de su amor seráfico y de su piedad iluminada, aquella flor incomparable del Carmelo. Tal fué el designio concebido por el ilustre escritor y maestro consumado en materias de espíritu, José Frassinetti; designio ejecutado con arte maravilloso y espíritu digno del objeto á que está consagrada su obra.

Lleva ésta por título el *Pater noster de Santa Teresa*, porque está compuesta sobre el Tratado que corre con este nombre entre las obras de la insigne Doctora, aunque realmente no fuera escrito por su misma pluma, sino sólo con su espíritu y doctrina admirables. Es de notar que el piadoso autor italiano no se contentó con trasladar á su obra los textos de ese Tratado que más hacían á su intento, sino otros varios entresacados de las obras de la Santa, con los cuales formó el ramillete espiritual que nos ofrece en su libro. Con ellos entretejió también otros textos de San Juan de la Cruz, sobremanera espirituales, ordenándolos todos de modo que forman una preciosa suma sobre la doctrina de la ora-

ción. Porque es de notar también que ántes de exponer nuestro autor la del *Pater noster*, sacándola de tan puras y copiosas fuentes, hubo de consagrar la primera parte de su libro á la oración en general, para disponer á las almas cristianas á hacer la que el mismo Cristo Señor nuestro se dignó de poner en nuestros labios. Así que son dos las partes del presente Tratado: una general, y otra especial sobre las peticiones contenidas en la Oración dominical. La primera está asimismo compuesta con sentencias y avisos de Santa Teresa, dispuestos metódicamente por su digno comentador; de suerte que quien principalmente habla en este libro es el Serafín de Ávila, y habla en su propio idioma, purísimo castellano, nunca mejor empleado ni tan puro y lleno de gracias y atractivos, que cuando expresa y comunica á los hombres los pensamientos y voluntades del cielo.

No se crea, sin embargo, que la presente obra sea meramente una preciosa colección de avisos y documentos espirituales de Santa Teresa acerca de la oración: bastaría esto sólo para darle mérito y eficacia superiores á todo encarecimiento; pero aunque el autor hace resaltar la doctrina de su admirable guía, en el arte con que la expone y ordena; en las reflexiones con que aclara su sentido; en las consecuencias que oportunamente deduce, siempre prácticas y utilísimas, como de quien es maestro

experimentado en tales cosas, y, por último, en el plan general de la obra échase de ver, no sólo el método, sino la luz copiosa que en casi todas sus páginas ha acertado á poner el docto y piadoso Frassinetti. Difícilmente hubiera podido hallarse entre los escritores ascéticos de nuestro siglo un expositor é intérprete más fiel del espíritu y doctrina de Santa Teresa de Jesús, ni que con mayor inteligencia y sabiduría la pusiese al alcance de todas las personas piadosas, ó al ménos inclinadas á la piedad, desde el rústico humilde hasta el sabio que, contemplando el curso y movimiento de las estrellas, se eleva á los más sublimes conceptos cerca de su adorable Autor. Es, pues, esta obra un verdadero tesoro para las almas que de veras quieren conocer y seguir los caminos de la salud, y áun los de la más alta perfección cristiana; porque en ella se ofrecen á sus ojos estos caminos, que á algunos parecen harto fragosos y empinados, tan llanos y apacibles, tan claramente iluminados con la doctrina de la Santa y de su discreto y amable expositor, que, lejos de causar temor ni desaliento alguno, su vista convida á entrar por aquí y continuar adelante hasta llegar á la santidad. Esta es la dote singularísima de nuestro autor: iluminar suavemente las sendas de la virtud; remover los obstáculos, casi todos aparentes é imaginarios, que en ellas se muestran á los ojos de muchos; infundir en los ánimos

el vivo anhelo de andar por ellas, persuadiéndoles, animándoles y confortándoles con razones llenas de gran consuelo y eficacia, y, en suma, suavizarlas y embellecerlas de forma que la vida espiritual se parezca adornada de los encantos y atractivos que la hacen en todo amable y digna de ser abrazada del alma naturalmente cristiana. ¡Dichosos los que lean estas páginas con atenta consideración, como quien oye las palabras que desde el cielo nos dirige aquella águila de perfección, que ahora ve cara á cara el Sol que columbró aquí bajo en sus místicos arrobamientos!

Otra dote no ménos excelente del autor, la cual resplandece singularmente en su libro, es que, como ántes dijimos, sabe escribir para toda clase de personas, cualquiera que sea el grado que tengan respectivamente en la escala de la virtud. Á los que todavía son novicios, enséñales este arte sublime de la oración; y en las peticiones del *Pater noster*, regla y modelo de toda oración (como que fué compuesta por el Divino Maestro, que encerró en ella todo lo que puede desearse), les muestra la riqueza y excelencia de los bienes á que han de anhelar. Y á los que ya están más ó ménos adelantados en la oración, les conduce á lo que hay de más subido y perfecto en ella, y en las palabras mismas del *Pater noster* descúbreles sentidos tan espirituales; bienes y mercedes tan encumbrados de la gra-

cia divina, que su sola consideración basta, con el favor divino, para desasirlas cada vez más del mundo y de sus falsos bienes y contentos, y para unirlas más íntimamente con Dios, fuente de toda luz y consuelo. Aquí pueden todos ver y admirar la llave por excelencia del cielo, nuestra patria; el gran secreto de la vida espiritual, la oración en todos sus grados, luz y energía de las almas, remedio de todas las necesidades, escala de virtud y perfección, manantial de gracias y dulcísimas consolaciones, prenda cierta de dicha eterna. ¿Pues qué bien tan grande no será difundir por todas partes bajo la forma del presente libro ese maná suavísimo de las almas? Hoy, que desgraciadamente circulan por el mundo tantos escritos ó frívolos ó corruptores, cuya última palabra es inducirlas á que satisfagan su sed de gozar en rotas cisternas de vanos y torpes deleites, ¿no será, por ventura, razón, ya que no es dado á los hombres cegar el pozo del abismo, de donde salen tales escritos, á lo ménos conservar y avivar en ánimos no depravados todavía la llama del amor divino, elevándolos hasta el cielo en alas de la oración? Tal es, ciertamente, el intento de cuantos han tenido parte en la publicación de esta preciosa obrita: del docto y celosísimo Obispo de Pamplona, bajo cuyos auspicios sale á luz; del piadoso traductor de ella, y de la Librería de San José, que la imprime bajo tales auspicios y con tal ayuda y pa-

trocinio. No falta ahora sino que estas páginas penetradas de espíritu y unción corran y vuelen y difundan por todas partes el aroma que conserva y aumenta la vida espiritual en medio y á pesar de las seducciones y vanidades del mundo.

J. M. Orti y Lara.

AL LECTOR

La Santa Madre Teresa de Jesús explica las siete peticiones del *Padre nuestro* en su *Camino de perfección*, y hace después sobre ellas otras tantas *Meditaciones* para los días de la semana (1). En unas y en otras se deja ver aquel espíritu divino, que á las veces enseña é instruye por sí mismo á sus almas predilectas sin el ordinario auxilio de

(1) Algunos críticos dudan que estas *Meditaciones* sean verdaderamente de Santa Teresa, y creen, más bien, que deben atribuirse á un piadosísimo y muy docto religioso, el Padre Juan de San Basilio; pero como esto no es fácil probarlo, convendrá seguir en la creencia, generalmente recibida, de tenerlas por propias de la Santa.

estudios humanos, y las hace verdaderos prodigios de sabiduría celestial. En efecto; en las instrucciones y afectos de la Santa hay tanta luz y unción espiritual, que toda alma algo amante de la oración jamás se cansa de leerlos y considerarlos, y encuentra en ellos un medio de oración tan fácil, llano y gustoso, que se siente dulcemente estimulada á adoptarle.

Pero teniendo en cuenta que sus doctrinas y meditaciones sobre la Oración dominical se hallan en el volumen de sus obras, de no fácil adquisición para todos; que para ciertas personas ménos prácticas serían más provechosas si se propusiesen con alguna más extensión, y que unidas en una sola obrita se verían más fácilmente, como bajo un golpe de vista, me ha parecido conveniente reunirlas en varios capítulos, en

los que se contenga cuanto ha escrito la Santa sobre la más divina y excelente de las oraciones. Y pues de sus doctrinas y reflexiones unas son generales para toda oración, otras particulares para cada una de las peticiones de ella, así también la obrita se dividirá en dos partes.

TRATADO DE LA ORACION

PARTE PRIMERA

DE LA ORACIÓN EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA RESOLUCIÓN CON QUE EL ALMA CRISTIANA DEBE CONSAGRARSE AL SANTO EJERCICIO DE LA ORACIÓN

§ I

Necesidad de la oración.

«(La oración) es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro ; no es mucho que cueste mucho á nuestro parecer ; tiempo verná que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio». *(Obras de Santa Teresa*, t. I, c. XXI, pár. 1. Edición de Madrid, 1851.)

«Decíame poco há un letrado, que son las

almas que no tienen oración, como un cuerpo con perlesía ó tullido: aunque tiene piés y manos, no los puede mandar». (*Moradas primeras*, cap. 1.)

Bastan estos sentimientos de Santa Teresa para conocer la importancia y la necesidad de la oración; importancia y necesidad que por sí misma se recomienda, y que ningún cristiano puede poner en duda.

§ II

Necesidad de resolverse á practicarla.

Hay, á pesar de todo, muchas almas que, si bien desean dedicarse al santo ejercicio de la oración, porque conocen la gran copia de bienes espirituales que de ella deben prometerse, sin embargo, nunca acaban de resolverse á comenzar, y pasan la vida orando poco y mal, con gran daño y peligro. Ahora bien; si por ventura fuésemos nosotros de ese número, menester es nos persuadamos que debemos ponernos en el camino de la oración con resolución y propósito firme de continuar.

Oigamos á Santa Teresa en el cap. XXI del *Camino de perfección*: «Digo que importa mucho y el todo, una grande y determinada determinación: de no parar hasta llegar á ella (1),

(1) Que es el agua de la consolación celestial, que se adquiere en la oración.

venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino ó no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos: hay peligros; Fulana por aquí se perdió; el otro se engañó; el otro, que rezaba mucho, cayó; hacen daño á la virtud; no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones; mejor será que hilen».

Así se expresa la Santa al inculcar la resolución que se necesita para emprender el ejercicio de la oración, contra el que tantos obstáculos ponen nuestra sensualidad y mala inclinación por una parte, el mundo y el demonio por otra.

Por lo mismo, es necesario que nos demos de lleno á la oración sin dejarnos intimidar y sin abandonarla por cosa alguna. No nos debe acobardar el *trabajo* que hubiere de costarnos el sobrellevar las sequedades, desolaciones y repugnancias que en ella encontráremos. No se debe hacer caso de las *murmuraciones* con que nos vejaren los indevotos y parleros. No debemos volver atrás aunque el demonio nos presente tan largo el *camino*, que nos parezca no poderle recorrer en todo el tiempo de la vida. No debemos pararnos por falta de *aliento* para arrostrar los fastidios y la guerra que nos harán nuestros contrarios. No nos ha de amedrentar que el *mundo se nos venga encima*, como parece quiere

hacerlo cuando ve á un alma darse al recogimiento interior, á una vida de oración; pues, por lo común, sucede que cada uno quiere dar su parecer; y los parientes, y los amigos, y los conocidos, se dan á hacer pronósticos y profecías, á dar sentencias, fulminar amenazas, prever ruínas y desgracias, especialmente á la salud, que en su opinión es inconciliable con una vida de retiro y oración.

§ III

El peligro está todo en temer el peligro.

Sigue después la Santa: «Y por eso ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren...» «Quien os dijere que esto es peligro, tenedle á él por el mismo peligro, y huid de él, y no se os olvide que por ventura habréis menester este consejo. Peligroso será no tener humildad y las otras virtudes; mas camino de oración, camino de peligro. Nunca Dios tal quiera».

Por estas palabras se conoce que Santa Teresa sabía muy bien que entre las personas que debieran aficionar las almas á entrar por el camino de la oración, se hallan, por desgracia, no pocas que con uno ú otro pretexto las retraen de él; por eso les advierte que tal vez llegará ocasión en que tengan necesidad de recordar este consejo, de huir de los que hablan de tales peligros é infunden tales miedos.

Después, volviéndose al Señor, le pide se digne remediar el mucho daño que pueden hacer estas personas. «¡Oh, Señor mío, exclama ; tornad por Vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras ; no permitáis semejantes flaquezas en vuestros siervos» Lo que decía porque algunos, con autoridades de la divina Escritura mal aplicadas, pretendían corroborar los prejuicios que habían concebido contra la vida espiritual y contra el ejercicio de la oración, que es tan principal parte de aquélla.

Después, en su *Vida*, cap. VIII, hablando con el Señor, dice así: «Sí , que no matáis á nadie, vida de todas las vidas de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo ; sino sustentáis la vida del cuerpo con más salud y dáisla al alma. No entiendo esto : ¿Qué temen los que temen comenzar oración mental? Ni sé de qué hán miedo. Bien hace de ponerle el demonio, para hacernos él de verdad mal; si con miedos me hace , no piense lo que he ofendido á Dios, y en lo mucho que le debo, y en que hay infierno, y hay gloria, y en los grandes trabajos y dolores que pasó por mí».

Por lo cual, si diésemos con un director espiritual que , en vez de animarnos y guiarnos por el camino de la oración, nos retrajese de él, deberíamos dejar su dirección como verdaderamente peligrosa y de muy mal resultado.

§ IV

Razones en que apoya la Santa tal resolución.

Tres razones da en el cap. XXIII, por las cuales debe el alma procurar mantenerse firme en la determinación de continuar el santo ejercicio de la oración sin volver atrás por cualesquiera dificultades. La primera es, que cuando nos resolvemos á dar á Dios *nuestro pensamiento estudioso*, es decir, nuestra atención amorosa y confiada para ocuparnos en él mediante la oración, no lo hemos de dar como en *empréstito*, con ánimo de volvérnoslo á tomar; sino más bien lo debemos dar en don perpétuo, irrevocable, pensando cuántos inestimables bienes hemos recibido de Él. «¿Qué esposa hay, que re»cibiendo muchas joyas de valor de su esposo, »no le dé siquiera una sortija, no por lo que »vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que »será suya hasta que muera?» Y por eso advierte que no debemos *mirar ya como cosa nuestra* el tiempo que hubiéremos de emplear en la oración, que hemos resuelto dárselo á Dios; excepto sólo el caso que por *ocupaciones* ó *por alguna indisposición* no nos fuese posible el cumplirlo *por uno ó más días*.

La segunda razón es que el demonio no tiene tanto poder para tentar á las almas muy resuel-

tas, y que más bien «há gran miedo á ánimas »determinadas, que tiene ya él experiencia que »le hacen gran daño, y cuanto él ordena para »dañarlas, viene en provecho dellas y de otras, »y que sale él con pérdida... y si viese descuido, »haría gran daño; mas si conoce á uno por mu»dable y que no está firme en el bien y con gran »determinación de perseverar, no le dejará á sol »ni á sombra, miedos le porná é inconvenientes »que nunca acabe».

La tercera es que esta determinación sirve mucho para arrostrar y vencer todos los obstáculos que pueden surgir; y trae el ejemplo del soldado; el cual, sabiendo que no puede salvar la vida sino venciendo al enemigo, va resuelto á combatir hasta derramar toda su sangre, y no teme tanto, dice, los golpes, «porque lleva delante lo que le importa, la victoria, y que le va la vida en vencer».

De las cuales doctrinas y exhortaciones de la Santa debemos inferir, que se ha de emprender este ejercicio de la oración con la determinación más resuelta de no dejarlo jamás mientras durare la vida.

§ V

Exhortación á las almas vacilantes.

¡Oh, pues, vosotras, almas cristianas, que por la divina gracia estáis ya desengañadas de la vanidad y miseria de los bienes de este mundo, y

tenéis ya alguna idea de cuán buena y dulce cosa es conversar interiormente con vuestro Dios mediante la santa oración, y oís su amorosa voz, que os convida y mueve vuestro corazón! determináos finalmente á daros á una vida de recogimiento y de oración, que será para vosotras tan consoladora como ventajosa. Pero sea esta determinación como un entero abandono de vosotras mismas á tan dulce y saludable ejercicio; de modo que nunca volváis atrás, sino lo sigáis constantemente hasta que el Esposo, que ahora os convida á su íntima unión por fe, os llame á su perpétua unión en la gloria.

Y si á pesar de todo os sintiéseis todavía tímidas y vacilantes por aprensiones que no pueden ser sino vanas y falsas, leed con atención este trozo de Santa Teresa, donde habla en general del ánimo y resolución que se debe tener para reducir á la práctica las inspiraciones santas. «Porque ya tengo experiencia en muchas, que si »me ayudo al principio á determinarme á hacer»lo, *la obra buena* (que, siendo sólo por Dios, »hasta comenzarlo quiere, para que más merez»camos, que el alma sienta aquel espanto, y »mientras mayor, si sale con ello, mayor premio »y más sabroso se hace después), áun en esta »vida lo paga su Majestad por unas vías, que »sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo »por experiencia, como he dicho en muchas »cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaría, si

»fuera persona que hubiera de dar parecer, que »cuando una buena inspiración acomete muchas »veces, se deje por miedo de poner por obra; »que si va desnudamente por sólo Dios, no hay »que temer sucederá mal, que poderoso es para »todo, sea bendito por siempre. Amén». (*Vida*, cap. IV, al fin del pár. 1.) Conforme á este principio, dice allí mismo, en el cap. XIII, que ella «pensaba que no había perdido nada San Pedro »en arrojarse en la mar, aunque después temió», cuyo temor nacía en él de poca fe, que suplió misericordiosamente el Señor. La resolución de darse á una vida toda santa y espiritual causaba también miedo al Beato Enrique de Suso en sus principios, y de este miedo se valía el demonio para apartarle de ella; pero él respondía al tentador: «*Dios* me convida á abandonarme en Él »totalmente; por tanto, si yo me echo en sus »brazos, ¿es posible se retire para hacerme caer?»

Nuestra Santa, hablando después expresamente de la oración, en el citado cap. XIII, pár. 1, dice así: «Quiere su Majestad, y es amigo de »ánimas animosas, como vayan con humildad y »ninguna confianza de sí; y no he visto ninguna »destas que quede baja en este camino, y nin»guna alma cobarde, áun con amparo de humil»dad, que en muchos años ande lo que estos »otros en muy pocos. Espántame lo mucho que »hace este camino animarse á grandes cosas, »aunque luego no tenga fuerzas; el alma da un

»vuelo y llega á mucho, aunque como avecita »que tiene pelo malo, mansa y queda». Pero el vuelo lo ha dado, y tras el primero dará el segundo, el tercero, y así seguirá hasta que, crecidas las alas, ya ni se cansa ni se pára.

CAPÍTULO II

DE LA IMPORTANCIA DE COMENZAR ABSOLUTAMENTE EL SANTO EJERCICIO DE LA ORACIÓN

§ I

Admirable discreción de Santa Teresa.

En las obras de Santa Teresa resplandece una discreción tan admirable, que mientras sus doctrinas enfervorizan á los bien firmes y resueltos en el divino servicio á hacer por Dios grandes cosas, no acobardan ni amedrentan á los débiles y pusilánimes; ántes bien les ayudan grandemente á comenzar también ellos á hacer lo poco que pueden, y á ir perfeccionándose según los adelantos que hagan en la virtud. Acaso éstos, no obstante las razones y exhortaciones ya expuestas, oyendo que la oración exige una determinación tan completa, firme y constante de darse á su ejercicio, que no haya cosa alguna que baste á intimidarlos ó retraerlos de conti-

nuarla, no sintiendo en sí mismos tanta fuerza, tanto ánimo y resolución, vendrán casi á caer en desconfianza de poder llegar á ser personas de oración; y, por lo mismo, les parecerá no deber comenzar este tan saludable ejercicio.

Pero nó, no se desalienten; aunque al presentre se encuentren indecisos é inconstantes, no desconfíen de llegar un día á apagar su sed con el agua viva de los divinos consuelos, que mana de la fuente de la oración; por lo cual ella asegura que «Dios, como es tan bueno, no »nos fuerza, ántes da de muchas maneras á be»ber á los que le quieren seguir, para que ningu»no vaya desconsolado, ni muera de sed; porque »de esta fuente caudalosa salen arroyos, unos »grandes y otros pequeños, y algunas veces »charquitos para niños, que aquéllos les basta, »y más sería espantarlos ver mucha agua; estos »son los que están en los principios». (Capítulo xxix.) De donde se sigue, que hasta los débiles y vacilantes, como niños en el camino de la oración, deben esperar también algún sorbo de aquel agua viva, que da tanto refrigerio á nuestro espíritu.

§ II

Aunque falte una resolución plena, se debe comenzar el ejercicio de la oración.

En el cap. xx del *Camino de Perfección* sigue la Santa diciendo así: «No digo que quien no

»tuviere la determinación que aquí diré *(á saber, »la de darse á la oración como á cuerpo muerto)*, »deje de comenzar, porque el Señor le irá per»feccionando; y cuando no hiciese más de dar »un paso, tiene en sí tanta virtud, que no haya »miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien »pagado. Es, digamos, como quien tiene una »cuenta de perdones, que si la reza una vez, »gana, y mientras más veces, más; mas si nunca »llega á ella, sino que se la tiene en el arca, »mejor fuera no tenerla. Ansí que aunque no »vaya después por el mesmo camino, lo poco »que hubiere andado dél le dará luz para que »vaya bien por los otros; y si más anduviere, »más. En fin, tenga por cierto no le hará daño »el haberle comenzado para cosa ninguna, aun»que le deje, porque el bien nunca hace mal. »Por eso á todas las personas que os trataren, »hijas, habiendo disposición y alguna amistad, »procurad quitarles el miedo de comenzar tan »gran bien... que no sería poca merced que os »hiciese el Señor despertar algún alma para este »bien».

Ved, pues, cómo, aunque falte á la persona la determinación y resolución de practicar siempre y á cualquiera costa el ejercicio de la oración, no por eso debe tenerse por indigna é incapaz de comenzarle. Comience, dice la Santa, y dé aunque sea *un solo paso*, como, por ejemplo, darse á la oración por un solo día ó por una sola

vez: Dios aceptará este primer esfuerzo y dará gracia mayor para hacer otro segundo; es decir, para dar algún otro paso, ó sea para volver á la oración algún otro día, alguna otra vez. Aquella primera oración vale tanto, que no puede ménos de hacer provechoso el primer esfuerzo, y no dejará el tiempo que en él haya empleado sin premio y recompensa.

Es verdad que habrá gran diferencia entre el que comienza con una firme decisión y prosigue animoso en el ejercicio de la oración sin jamás pararse, y el que comienza con frialdad y vacilante, y después, sintiendo faltarle las fuerzas, se pára á los primeros pasos. El primero correrá y casi volará á la perfección cristiana, como ciervo á la fuente, como águila hacia el sol; el segundo se moverá, subirá apenas como lento buey, como gallina de débil pluma; no obstante este moverse, esta poca subida es algo más que no hacer nada.

Y viene muy al caso la comparación de quien tuviese una corona con una indulgencia: que si la reza muchas veces, gana muchas indulgencias; si la reza una sola vez, una sola gana; pero esta sola es mejor que nada, porque el poco bien es siempre preferible á ningún bien; por eso observa muy atinadamente la Santa, que aunque el alma, dado el primer paso, se pare, aquel paso la dispone á dar otros en lo sucesivo; y aquella primera oración le obtiene luz para se-

guir mejor otras veces el santo ejercicio. Concluye la Santa, que finalmente el bien nunca perjudica; y que, por lo mismo, no puede haber razón para dejarlo, por poco que sea y de poca duración.

Por lo cual era para la Santa de tanta importancia que á lo ménos se comenzase este ejercicio de algún modo, que exhortaba á sus monjas se industriasen cuanto les fuese posible por lograr de las personas con quienes tuviesen alguna relación ó amistad, que depusiesen todo temor ó aprensión en comenzar esta práctica tan saludable.

§ III

Otro estímulo de la Santa para comenzar.

Si bien las sobredichas razones son evidentes para persuadir á los más indecisos y pusilánimes, añade la Santa otras aún, más eficaces, en el cap. XXIII; donde, después de haber dicho que no se debe dar á Dios como prestado el pensamiento y el propósito del santo ejercicio de la oración, sino que se le debe entregar en plena é irrevocable duración, sigue diciendo que, á pesar de todo, «y quien no tiene corazón para dar, »harto es que preste»; y, por último, concluye: «En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta »este Señor nuestro, á todo hace como le quere-

»mos; para tomarnos cuenta no es nada menu»do, sino generoso; por grande que sea el alcan»ce, tiene Él en poco perdonarle para ganarnos. »Es tan mirado, que no hayáis miedo que un »alzar de ojos, con acordarnos dél, deje sin »premio».

Esto es, en verdad, tener sentimiento de la bondad del Señor: *Sentite de Domino in bonitate* (Sap., I, 1): sólo los Santos son los que llegan á tener este sentimiento tan perfecto y magnífico; porque ellos solos, cuanto permite la fragilidad humana, logran el conocimiento pleno y magnífico de aquella bondad inmensa. Tales arranques de confianza y seguridad no se encuentran sino en los escritos de los Santos, porque no pueden brotar sino de corazones tan inflamados como los suyos.

¿Con que cuando Dios ve que nuestro corazón es con Él tan mezquino y apretado, que no sabe hacerle la generosa dónación de toda la vida, acepta, sin embargo, el miserable préstamo de algún día y de alguna hora? ¿Con que por la inmensa deuda que tenemos con Él todo lo toma en descuento, aunque sea una nada lo que se determina á darle nuestra vilísima poquedad? ¿Con que en vez de enojarse y castigar la villanía que usamos con Él, toma cariñosamente de nuestra mano cuanto nos determinamos á darle? ¿Con que, con tal de ganar nuestras almas, no mira á las deudas que tenemos, y le parece poco

olvidar y perdonar deudas inestimables? ¡Y después de todo esto tiene en cuenta un alzar de ojos, un simple acordarnos de Él, para premiarlo!

Sí; con tal que vea en nosotros un principio de buena voluntad, por el que comenzamos á desear acercarnos á Él con la oración, todo lo acepta, hasta una mirada, hasta un suspiro; y en vez de mirar á la inmensidad de nuestras obligaciones para con Él, parece que no mira sino á la inmensidad de su amor para con nosotros.

Por esto mismo llega á decir la Santa en las Moradas segundas, que «aquellos ratos que es»tamos en la oración, sean cuan flojamente »quisiéredes, tiénelos Dios en mucho. Y vos»otras, hermanas, no tengáis en poco esta pri»mer merced *(de orar áun con tibieza)*, ni os »desconsoléis aunque no respondáis luego al »Señor; que bien sabe Su Majestad aguardar »muchos días y años, en especial cuando ve »perseverancia y buenos deseos».

§ IV

Cuán razonable es esta doctrina.

Si nos pareciese que la Santa exagera, llevada del fervor de su espíritu, nos sacarían del error los ejemplos de la Historia de la Iglesia y de la

diaria experiencia. En efecto; la Historia de la Iglesia nos presenta muchos ejemplos de almas que comenzaron á acercarse al Señor con frialdad y tibieza, y que daban de vez en cuando algún paso como amedrentadas de la sublimidad de la vida espiritual, y después se paraban fácilmente y hacían decir que, procediendo de este modo, era cosa imposible llegar al árduo dichoso fin; pero, esto no obstante, por haber conservado aquel principio de buena voluntad, aunque pequeño, débil y escaso, ayudadas de la bondad inmensa del Señor, que no atendía á sus méritos, sino á su amor, dieron finalmente pasos muy resueltos y francos, y llegaron á la postre á aquella altura que tanto les intimidaba. Otros innumerables ejemplos no están en la Historia, pero sí se hallan escondidos en los secretos tesoros de las misericordias del Señor, y de tiempo en tiempo la experiencia nos los pone á la vista.

Al hablar así no es nuestro ánimo dar á entender que tal sea el modo de proceder con el Señor; pues ya ántes hemos visto cuán resuelta determinación exige la Santa de quien quiere darse al ejercicio de la oración; pero esto se ha dicho para evitar que las almas, por temor de hacer poco, no hagan nada, y por temor de no poder llegar al fin, dejen de emprender el camino: esto se ha dicho para que no se pisen los tiernos gérmenes de una piedad naciente, que si bien poco prometen al brotar, sin embargo, cul-

tivándolas harán alguna cosa, y podrán tener admirables aumentos y dar ópimos frutos.

¿Qué otra cosa harían, á la verdad, ciertos maestros de oración ménos discretos que Santa Teresa, enseñando que si no se comienza con gran fervor, no se hace nada; que si no se tiene luego una determinación plena y total, no se puede lograr ningún fruto? Estos tales servirán para estimular á las almas ya fervorosas y resueltas; pero al mismo tiempo sofocarían los débiles impulsos de una buena voluntad tierna, que nace en las almas cuando comienzan á sentir el suave soplo del aire del Espíritu Santo, que las alienta y fecundiza para que ellas también produzcan, aunque tarde, frutos de vida eterna. Serían en el campo del Señor agricultores tal vez buenos para las plantas ya altas y robustas, que poco cultivo necesitan; pero no serían buenos, y pisarían, sin advertirlo, muchos gérmenes pequeños, que, suave y pacíficamente cultivados, llegarían poco á poco á ser árboles vigorosos y fructíferos.

§ V

Conclusión de la Santa.

Pero oigamos cómo acaba la Santa para determinar á las almas indecisas á probar siquiera el camino de la oración: «No hayáis miedo que

»os deje morir de sed el Señor, que nos llama á »que bebamos de esta fuente. Esto queda ya »dicho, y queríalo decir muchas veces, porque »acobarda mucho á personas que aún no cono»cen del todo la bondad del Señor por experien»cia, aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa »haber experimentado con él amistad y regalo »que trata á los que van por este camino, y como »casi les hace toda la costa. Y los que esto no »han probado, no me maravillo que quieran se»guridad de algún interese. Pues ya sabéis que »es ciento por uno, áun en esta vida, y que dice »el Señor: Pedid, y daros hán: si no creeis á su »Majestad en las partes de su Evangelio, que »asegura esto, poco aprovecha, hermanas, qué »me quiebre yo la cabeza á decirlo. Todavía »digo, á quien tuviere alguna duda, que poco se »pierde probarlo; que eso tiene bueno este viaje, »que se da más de lo que se pide ni acertáre»mos á desear». (Cap. xxiii, hacia el fin.)

Vosotras, pues, almas débiles y vacilantes, que no habéis gustado aún cuán suave es el Señor para con los que á él se acercan y con él están en el santo ejercicio de la oración, no temáis, no desconfiéis por vuestra debilidad y flaqueza; fiáos de Santa Teresa; comenzad también vosotras á daros á la oración lo poco que os parezca seros posible; si diéreis pocos pasos en este camino, será mejor que no dar ninguno; aunque ahora os sintáis tan frías é indecisas al im-

pulso de alguna ternura del Señor, podríais encenderos y determinaros más de lo que ahora suponéis seros posible, y después podríais dar pasos firmes y resueltos, que os serían de incalculable ventaja y de indecible consolación. Por otra parte, ¿qué perdéis en probar? Tomad este último consejo, y dad gusto á la Santa.

CAPÍTULO III

DE LA ORACIÓN EN QUE NOS DEBEMOS EJERCITAR

§ I

Cuánta oración se debe hacer.

Es cosa no sólo difícil, sino también imposible, señalar un tiempo de oración oportuno para todas las personas; y Santa Teresa no dice en este *camino* qué tiempo determinado deba durar la oración diariamente, porque escribe á sus religiosas, cuya regla les obliga en modo particular, como ella dice, «*á orar siempre sin jamás cesar*» (cap. XXI); regla que fué dada también á todos los cristianos: *Sine intermissione orate* (1 Thes., c. 1, v. 17). *Oportet semper orare et non deficere* (Luc., XVIII, 1). *Orad continuamente. Es necesario orar sin cesar jamás.*

Considerando, pues, que esta regla es común á todos los cristianos, se debe juzgar que es adaptada á todos sin excepción. Y no debe es-

pantar á nadie como cosa imposible. La ha dado el Espíritu Santo: no puede, pues, ménos de ser ella razonable y discreta : y así conviene explicarse el modo de cumplirla.

Es evidente que no se ha de entender al pié de la letra , como suenan las palabras ; es decir, que esté el cristiano en una oración contínua propiamente dicha; sino que el cristiano debe dar á la oración un tiempo conveniente , según el propio estado y condición ; y para no errar, será bien se lo determine un ilustrado director de espíritu , quien señalará el tiempo que conociese proporcionado á la capacidad de cada uno. Se ha de entender también que el cristiano dirija todas sus acciones á la divina gloria , avivando el pensamiento de la presencia de Dios, y conservando el recogimiento de que se dirá después. De este modo se podrá observar con toda perfección la regla de *orar siempre sin cesar jamás.*

Consulte , pues , cada uno á su propio director; sea exacto en hacer la oración que le fuese señalada ; dirija á Dios todas sus obras ; procure vivir en su divina presencia, y de este modo hará cada uno la oración que debe.

§ II

Qué oración se deba hacer.

La oración se divide comunmente en vocal y mental: hay quien dice ser la primera necesaria y suficiente; y hay quien asegura ser también necesaria la segunda, y, por consiguiente, indispensable una y otra á las personas de oración. Oigamos lo que dice la Santa sobre el particular: «Para entendimientos concertados y almas »que están ejercitadas y pueden estar consigo »mesmas, hay tantos libros escritos y tan bue»nos... Pues como digo, tenéis libros tales, á »donde van por días de la semana repartidos los »misterios de la vida del Señor, y de su Pasión, y »de meditaciones del juicio é infierno y nuestra »nonada, y lo mucho que debemos á Dios con »excelente doctrina y concierto para principio y »fin de la oración. Quien pudiere y tuviere cos»tumbre de llevar este modo de oración, no hay »que decir que por tan buen camino el Señor le »sacará á puerto de luz, y con tan buenos prin»cipios el fin lo será... Mas de lo que quería tra»tar y dar algún remedio, si el Señor quisiese »que acertase, y si nó, al ménos que entendáis »hay muchas almas que pasan este trabajo para »que no os fatiguéis las que le tuviéredes. Hay »unas almas y entendimientos tan desbaratados

»como unos caballos desbocados, que no hay »quien los haga parar; ya van aquí, ya van allí, »siempre con desasosiego ; es su mesma natura»leza , ó Dios que lo permite» (cap. XIX). Paré-monos aquí.

§ III

De las personas que pueden ó no meditar.

Por lo expuesto en el párrafo anterior se ve claro que la Santa distingue dos clases de personas: unas de inteligencia *recta* y *ejercitada*, que *pueden recogerse en sí mismas* y saben seguir las meditaciones bien ordenadas de la vida y Pasión de Cristo , de los novísimos , de las propias miserias y de las propias obligaciones , de cuyas meditaciones han publicado tantos libros óptimos maestros de espíritu ; y dice la Santa , que tales personas deben ejercitarse en este modo de oración, ó sea de bien ordenada y metódica meditación, siendo para ellas tal camino el más óbvio , natural y seguro. Pero conocía también que hay *muchas personas* que no pueden seguir este camino, siendo de imaginación vaga y poco ordenada ; de modo que no pueden recogerse y pararse para meditar sobre los puntos dados, como hacen las otras ; y reconoce que esta impotencia , ó es natural , ó proviene también de singular disposición de Dios , que suspende su natural aptitud.

Por consiguiente, la oración de meditación no debe exigirse indistintamente de todas las almas que quieren darse al ejercicio de la oración : como que para muchos no sólo sería difícil , sino imposible, por ser contra *su propia naturaleza* ó contra lo que Dios permite.

§ IV

Suficiencia de la oración vocal.

Las personas , pues , que no pueden meditar, ¿deberán acogerse á la sola oración vocal? Indudablemente á la oración vocal deberán acogerse (pero no sólo con la boca , como veremos después). En efecto; la Santa no quiere que se *tomen trabajo*, que se aflijan aquellas almas que no tienen aptitud para la meditación , y ni siquiera inculca que se esfuercen por adquirir estas mismas disposiciones, que si de su naturaleza no las tienen, ó Dios por sus fines se las quita , es imposible adquirirlas y ejercitarlas.

Por otra parte , ¿por qué habían de afligirse y esforzarse estas almas para llegar á hacer meditación? ¿Acaso es necesaria la oración de meditación para salvarse ó para llegar á la perfección? Muy claramente enseña la Santa lo contrario. Ella dice, que áun las almas que no tienen la gracia de saber hacer meditación, pueden llegar á tener oración perfecta hasta beber de la

«fuente de agua viva, que dijo el Señor á la Samaritana que quien la bebiere no terná sed... »esta agua clara... que de una vez que se beba, »tengo por cierto que deja el alma clara y limpia de todas las culpas». Afirma también que pueden llegar á tener «el agua de las lágrimas »verdaderas, que son las que proceden en verdadera oración», y fuego de amor de Dios, que «si pudiese, abrasaría todo el mundo... el amor »y deseo de Dios, que no lo puede sufrir el sujeto natural... sin acabársele la vida»; de modo que debe moderarse y medirlo con la discreción, que, como ella dice, «en todo es muy necesario discreción». Esto enseña y promete la Santa en todo el cap. XIX; y luego en el cap. XXV asegura que dichas almas, orando vocalmente, pueden llegar á la contemplación perfecta. «Y porque »no penséis que se saca poca ganancia de rezar »vocalmente con perfección, os digo que es muy »posible que, estando rezando el *Pater noster*, »os ponga el Señor en contemplación perfecta».

Trae después un ejemplo en el cap. XXX. «Conozco una persona que nunca pudo tener sino »oración vocal, y, asida á ésta, lo tenía todo; y »si no rezaba, íbasele el entendimiento tan perdido, que no lo podía sufrir; mas tal tengamos »todas la mental. En ciertos *Pater noster*, que »rezaba á las veces que el Señor derramó sangre, se estaba, y en poco más, rezando dos y »tres horas. Vino una vez á mí muy congojada,

»que no sabía tener oración mental ni podía »contemplar, sino rezar vocalmente. Preguntéle »qué rezaba, y vi que, asida al *Pater noster*, te»nía pura contemplación y la levantaba el Señor »á juntarla consigo en unión. Y bien se parecía »en sus obras, porque gastaba muy bien su vida; »y ansí alabé al Señor, y hube envidia á su ora»ción vocal».

§ V

No se han de hacer esfuerzos para salir con la meditación.

Se ve, pues, que, según la doctrina de la Santa, no hay motivo para que se aflijan las almas que no tienen capacidad de meditar; y por lo mismo, no le hay para que hagan esfuerzos para obtenerla. Pues tales conatos podrían serles no sólo inútiles, sino también dañosos, ocasionándoles escrúpulos, angustias y confusiones, que quitan la paz del alma é impiden el aprovechamiento, como enseña también nuestra Santa. «Habrá muchas personas desta arte, y otras que, »aunque sea con la lección, no puedan tener »meditación, sino rezar vocalmente, y aquí se »detienen más. Hay pensamientos tan ligeros, »que no pueden estar en una cosa, sino siempre »desasosegados; y en tanto extremo, que si le »quieren detener á pensar en Dios, se les va á

»mil disparates y escrúpulos y dudas». (Capítulo XVII.)

Y si alguno dijese que la meditación es un medio muy eficaz para llegar á la perfección, la Santa no lo niega: sólo enseña que la oración vocal lo es igualmente. Por lo cual, consistiendo toda la importancia en conseguir el fin, y no en el uso de un medio ó con preferencia sobre otro, aquellas almas que no tienen capacidad de meditar no deben por eso afligirse ni esforzarse por lograrla.

Que si esta doctrina se quisiese reducir sólo á los que viven en el siglo en medio de las distracciones y faltas de comodidad, de instrucción para saberse recoger á meditar, la Santa refuta también esta restricción en el cap. XXIV, donde dice así: «Ahora, pues, tornemos á hablar con »las almas que he dicho que no se pueden reco»ger, ni atar los entendimientos en oración men»tal, ni tener consideración... y por si alguna »viene á esta casa, que también, como he dicho, »no van todos por un camino. Pues lo que quiero »ahora aconsejaros... es cómo habéis de rezar »vocalmente». De donde se ve que la Santa entiende aplicar su doctrina áun á las personas religiosas, sin excluir las monjas, ni, entre éstas, á las que, como las Carmelitas descalzas, hacen vida de más contínua oración.

§ VI

Se confirma dicha doctrina con la de San Juan de la Cruz.

Con Santa Teresa está enteramente de acuerdo San Juan de la Cruz, *Tratado de las espinas*, Conferencia 8.ª, donde pone estas palabras en boca del Divino Esposo:

«El primero es *Oración vocal:* á quien la doy, le doy un talento, y tan bueno, que si lo sabe granjear, ganará el cielo... Muchas almas hay que en abriendo la boca en el Rosario y en otras oraciones y palabras devotas, luego se les enciende el espíritu, y en cerrando los labios, se les cierra toda la devoción y yela el espíritu; y éstas han de ir por aquí y las ha de ayudar el confesor á ello... Pues no puedes, hija mía, no desees lo que yo no quiero que puedas; que de querer lo que yo no quiero no se te cumple tu deseo, y de no cumplirse es tu tormento. Quiere, pues, lo que yo quiero, y cumplírsete há, y andarás en paz. Si yo no te doy estos dos talentos, ¿hásmelos de sacar por fuerza? No, por cierto. Humíllate y toma los que yo te diere, que sin duda son mejores para tí que los que tú deseas».

He aquí por qué, según la doctrina de este otro tan aventajado maestro de espíritu, la ora-

ción vocal basta para lograr la vida eterna, y hay *muchas* almas que no pueden hacer meditación, y éstas han de contentarse de la disposición divina, y áun persuadirse que para ellas eso es lo mejor. Sin embargo, para evitar todo error y mejor entender lo que después se dirá, ponemos el siguiente

CAPÍTULO IV

QUÉ ENTIENDE LA SANTA POR MEDITACIÓN NO NECESARIA Á MUCHAS ALMAS

§ I

Se distinguen dos clases de meditación.

Cuando enseña la Santa que no es necesaria á muchas almas la oración de meditación, y que no es adaptada á ellas, y que por lo mismo no deben afligirse si no pueden meditar, no se ha de entender que hable de toda clase de meditación, de toda oración mental; ántes bien, como veremos, quiere que nuestra oración vocal vaya unida á la mental, y por lo mismo á la meditación. Distinguiremos, pues, dos clases de oración mental: una para los que saben y pueden practicarla, y otra necesaria para todos.

Conviene recordar aquí algunas palabras de

la Santa en el cap. XIX (1). «Pues, como digo, tenéis libros tales, á donde van por días de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor y de su Pasión, y meditaciones del juicio é infierno y nuestra nonada, y lo mucho que debemos á Dios, con excelente doctrina y concierto para principio y fin de la oración». Es, pues, evidente, que Santa Teresa habla de meditación metódica hecha con arte é industria, que tiene sus preludios y coloquios, que se divide en partes y en puntos para durar más ó ménos tiempo, ocupando el entendimiento sobre una materia dada, para sacar de ella las luces que suministra y excitar los afectos de la voluntad correspondientes á aquellas mismas luces.

Tales son los cursos de meditación sobre los Novísimos, sobre la Vida, Pasión y Muerte del Señor, y los otros misterios y verdades de la Santa Fe, que encontramos en tantos excelentes libros de que habla la Santa, y que de entonces acá se han aumentado en tan crecido número con notable utilidad y provecho de las almas piadosas. Sobre estos libros, las personas devotas suelen hacer una ó dos veces al día una hora ó media de meditación, según lo permite el estado de cada una y la ocupación.

---

(1) Aquí el autor italiano altera el orden al traducir el texto de la Santa, poniendo al principio lo que ella pone al fin.

Esta es, pues, aquella clase de meditación de que habla Santa Teresa, y que tanto aprueba y alaba para las almas que tienen capacidad de practicarla; pero que no la cree oportuna para *muchas almas* que no tienen disposición natural para ella, ó á quienes Dios se la quita para que vayan por otro camino, dueño como es de llevar las almas por donde le agrada.

Pero hay otra clase de meditación sencilla, sin arte ni industria, no dividida ni distribuída en partes, en puntos ó en tiempos, la cual no es sino la atención de la mente á las verdades de la fe y á nuestros deberes; la que debe acompañarnos en las lecturas piadosas al oir la palabra de Dios y al rezar, sin cuya atención es de todo punto imposible vivir como buenos cristianos y llegar á la perfección; porque un cristiano que lee buenos libros sin reflexionar en las verdades que allí encuentra; que oye la palabra de Dios sin atender á lo que se le dice; que reza sin pensar en Dios, con quien habla, ni en lo que pide, no puede ser sino un cristiano inconsiderado, que vive al acaso, y á quien poco importan su propia salvación y el servicio divino.

Esta atención de nuestra mente á las verdades de la Santa Fe y á nuestros deberes es la meditación necesaria á todos; y de ésta, ni Santa Teresa ni ningún otro Maestro de espíritu puede dispensar á nadie que quiera salvarse, y mucho ménos á quien aspire á la perfección.

§ II

Suficiencia de esta última clase de meditación.

Luego que una persona se ejercite bien en esta clase de meditación, no tiene necesidad alguna de la primera, ni para asegurar la salvación de su alma, ni para llegar á la perfección. Confirma la Santa esta doctrina con el ejemplo de una conocida suya: «Yo conozco una persona bien vie»ja, de harto buena vida (que pluguiera á Dios »fuera mi vida como la suya), penitente y muy »sierva de Dios, gastar hartas horas y hartos »años en oración vocal, y mental no haber re»medio».

La experiencia nos pone á la vista contínuamente esta verdad, y casi nos la hace tocar con la mano, pues á cada paso se encuentran personas que jamás han hecho meditación metódica, ni áun saben cómo se hace, y con la meditación sencilla, es decir, con la atención á la divina palabra, que oyen en la iglesia y leen en los libros devotos, y con el cuidado que ponen en la oración vocal, avivan de tal modo la fe en sus almas y encienden tan bien el amor en sus corazones, que llegan á perfección muy envidiable, y algunas logran gracias extraordinarias y don de contemplación.

Pero dejando aparte la contemplación, á la

cual no todas las almas piadosas son llamadas, ello es cierto que llegan al tercer grado del ejercicio espiritual de que habla San Bernardo en la *Escala de los claustrales*, *ó sea modo de orar*. Pone el Santo Doctor en esta escala cuatro grados: el primero es la *lectura*, al que corresponde oir la divina palabra; el segundo es la *meditación*, ó metódica ó sencilla; él no distingue; el tercero es la *oración;* el cuarto la *contemplación*. Del tercer grado, al que da el nombre genérico de *oración*, dice: *est devota cordis intentio in Deum pro malis amovendis et bonis adipiscendis:* es decir, una devota atención del alma fija en Dios, con la que, llegando á este grado, desahoga sus deseos de verse libre de los verdaderos males y ser enriquecida de los verdaderos bienes. ¡Feliz agrado, en el que el alma ordinariamente ya no se cansa en meditar; mas en cambio se consuela dando desahogo á su espíritu; y en el que su corazón, como incienso que se quema en el fuego y evaporándose en abrasados afectos, se eleva hacia Dios!

Muchas almas hay por la gracia divina en este grado; el fervor de la oración se echa de ver aún al exterior, de modo que se hacen envidiables al que desea orar bien, y, no obstante, se sabe que no llegaron á ese grado con la meditación *metódica*, sino sólo con la *sencilla*. Estas ya se hallan bien dispuestas para la contemplación, si á ella fuere Dios servido llamarlas. La contem-

plación, pues, que tantas veces se nombra, es un don de Dios muy elevado, que no puede saber lo que es sino quien lo posee y saborea. San Bernardo dice que es «una elevación de la mente »suspensa en Dios, que percibe los gozos de la »eterna dulzura». *(In Scala claust.)* El beato Colombini dice que es «un nadar en el gran »bien, un amar en el grandísimo amor, un volar »en alas de amor; es un bien indefinible, un col»mo de amor, un gozo de gozos». (Carta 19 á Dom. de Montichelli.) Y San Juan de la Cruz dice: «la cual no es otra cosa que infusión secre»ta, pacífica y amorosa de Dios, que inflama al »alma en espíritu de amor». *(Noche escura*, lib. 1, cap. x.)

§ III

Cómo se deben entender muchas autoridades sobre la meditación.

Después de lo dicho, se hace necesario advertir que muchos textos de la divina Escritura y de los Santos Padres, que se traen para probar la necesidad de la meditación, se deben todos entender de la meditación *sencilla*, no de la *metódica;* la cual, aunque de mucha utilidad, jamás se podrá decir necesaria, como ya bastantemente se ha probado. Y si algunos se empeñan en entender estos textos de la meditación metódica,

presentándola casi como indispensable, por lo ménos para llegar á la perfección cristiana, hay que contestar que no están en lo cierto. De lo contrario, sería de desear que alegasen otras autoridades de Santos tan claras é indisputables como las expuestas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

§ IV

Consecuencia práctica.

Por lo cual una vez más diremos, que las almas que tuvieren capacidad de ejercitarse en la oración de meditación, deben tomar este camino como bueno y seguro; y áun es de suponer que Dios las quiera conducir por él, habiéndoles dado los medios oportunos; pero las que no tienen esta capacidad no se turben, y sigan tranquilas con la oración vocal. La vía es otra, pero conduce al mismo término. Y deben creer que Dios las quiere por este camino, pues les cierra el otro. ¿Qué nos importa pasar por aquí, ó por allí, si llegamos á apagar nuestra sed en aquella agua viva, que es de tanto refrigerio á nuestro espíritu? Gran consuelo es saber que Él quiere saciarnos á todos de ella, y toda nuestra premura ha de ser *buscarla como se ha de buscar*. Concluyamos con una autoridad de Santa Teresa (cap. XIX): «Mirad que convida el

»Señor á todos, pues es la mesma verdad, no »hay que dudar. Si no fuera general este convi»te, no nos llamara el Señor á todos; y aunque »nos llamara, no nos dijera: Yo os daré de be»ber. Pudiera decir: Venid todos, que en fin no »perderéis nada; y á los que á mí me pareciere, »yo les daré de beber; mas como dijo, sin esta »condición, á todos, tengo por cierto que todos »los que no se quedaren en el camino, no les »faltará esta agua viva. Dénos el Señor, que la »promete, gracia para buscarla, como se ha de »buscar, por quien su Majestad es».

CAPÍTULO V

SOBRE LA ORACIÓN MENTAL, QUE DEBE ACOMPAÑAR Á LA VOCAL

§ I

De la atención interna necesaria á la oración.

En el capítulo anterior se ha dicho que la Santa no se contenta con una oración sólo de boca, y que no quiere ni puede dispensar á nadie de la interior atención á lo que se reza. Véase, en prueba de ello, lo que enseña en el capítulo XXII: «Sabed, hijas, que no está la falta, para »ser ó no ser oración mental, en tener cerrada »la boca: si hablando estoy enteramente enten»diendo y viendo que hablo con Dios, con más »advertencia que en las palabras que digo, junto »está oración mental y vocal. Salvo si no os di»cen que estéis hablando con Dios rezando el »*Pater noster*, y pensando en el mundo, aquí

»callo ; mas si habéis de estar como es razón se »esté hablando con tan gran Señor , es bien es- »téis mirando con quién habláis y quién sois vos, »siquiera para hablar con crianza. Porque, »¿cómo podéis hablar , y llamar al rey Alteza, »ni saber las ceremonias que se hacen para ha- »blar á un grande , si no entendéis bien qué es- »tado tiene y qué estado tenéis vos? Porque con- »forme á esto se ha de hacer el acatamiento , y »conforme al uso , porque aun esto es menester »también que sepáis; si nó, enviaros hán para »simple y no negociaréis cosa».

§ II

Se refuta la opinión contraria.

No obstante, porque algunos, como indica ántes, pretendían que se podía hacer buena oración rezando solamente con la boca y sin procurar la atención interna del corazón , sigue diciendo : «¿Pues qué es esto, Señor mío? ¿Qué »es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? »Rey sois , Dios mío , sin fin , que no es reino »prestado el que tenéis. Cuando en el Credo se »dice vuestro reino no tiene fin, casi siempre me »es particular regalo. Aláboos , Señor, y bendí- »goos para siempre ; en fin, vuestro reino dura- »rá para siempre. Pues nunca vos , Señor , per- »mitáis se tenga por bueno que quien fuere á

»hablar con vos sea sólo con la boca. ¿Qué es »esto, cristianos? Los que decís no es menester »oración mental, ¿entendéis os? Cierto que pien»so que no os entendéis, y ansí queréis desati»nemos todos; ni sabéis cuál es oración mental, »ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es con»templación; porque si lo supiéredes, no conde»naríades por un cabo lo que alabáis por otro».

Como claramente se ve en este trozo, no puede sufrir Santa Teresa que, poniéndose tanta atención (y lo indicaba ántes) cuando se habla con algún soberano de la tierra, se quiera después sostener que se puede hablar con la Majestad eterna del Rey y Emperador del universo rezando materialmente las palabras de la oración sin atender interiormente á lo que se hace y á lo que se dice: «Ruega, por tanto, al Señor, que no permita tamaño error»; y dice que piensa no saber lo que se dicen los que pretenden bastar al cristiano una oración hecha sólo con la boca. Pasa después á enseñar

§ III

Cómo se debe unir la oración vocal con la mental.

Después de un trocito, que se pondrá después, sigue la Santa: «¿Quién puede decir que es mal, »si comienza uno á rezar las Horas ó el Rosa-

»rio, que comience á pensar con quién va á ha-
»blar y quién es el que habla, para ver cómo le
»ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si
»lo mucho que hay que hacer en entender estos
»dos puntos se hiciese bien, que primero que
»comencéis la oración vocal que váis á rezar,
»ocupéis harto tiempo en la mental. Sí, que no
»hemos de llegar á hablar á un príncipe con el
»descuido que á un labrador, ó como á un pobre
»como nosotras, que como quiera que nos habla-
»ren va bien. Razón es que ya que por la humil-
»dad deste Rey, si como grosera no sé hablar
»con él, no por eso me deja de oir, ni me deja
»de llegar á sí, ni me echan fuera sus guardas,
»porque saben bien los ángeles que están allí á
»condición de su Rey, que gusta más de esta
»grosería de un pastorcito humilde, que ve que
»si más supiera más dijera, que de los muy sa-
»bios letrados, por elegantes razonamientos que
»hagan, si no van con humildad; ansí que no
»porque él sea bueno hemos de ser nosotros des-
»comedidos. Siquiera para agradecerle el mal
»olor que sufre en consentir cabe sí una como
»yo, es bien que procuremos conocer su limpie-
»za y quién es. Es verdad que se entiende luego
»en llegando... ¡Oh, Emperador nuestro, sumo
»poder, suma bondad, la mesma sabiduría sin
»principio, sin fin, sin haber término en vues-
»tras perfecciones: son infinitas, sin poderse
»comprender, un piélago sin suelo de maravillas;

»una hermosura que tiene en sí todas las her-»mosuras, la mesma fortaleza! ¡Oh! ¡Válame »Dios! ¡Quién tuviera aquí junta toda la elocuen-»cia de los mortales y sabiduría para saber bien »(como acá se puede saber, que todo es no saber »nada), para en este caso dar á entender al-»guna de las muchas cosas que podemos consi-»derar para conocer algo de quién es este Señor »y bien nuestro! Sí, llegáos á pensar y entender »en llegando con quién váis á hablar, ó con »quién estáis hablando. En mil vidas de las »nuestras no acabaremos de entender cómo me-»rece ser tratatado este Señor, que los ángeles »tiemblan delante dél; todo lo manda, todo lo »puede; su querer es obrar. Pues razón será, »hijas mías, que procuremos deleitarnos en estas »grandezas que tiene nuestro Esposo... Y quién »es su Padre, y qué tierra es esta á donde me ha »de llevar, y qué bienes son los que promete »darnos, qué condición tiene, cómo podré con-»tentarle mejor, en qué le haré placer, y estu-»diar cómo haré mi condición que conforme con »la suya... Esta es oración mental, hijas mías, »entender estas verdades; si queréis ir entendien-»do esto, y rezando vocalmente, muy enhora-»buena; no me estéis hablando con Dios y pen-»sando en otras cosas».

He aquí cómo nos enseña la Santa un modo fácil de unir la oración mental á la vocal, para que ésta no sea sólo una oración de boca. Antes

de comenzar la oración reflexionemos con quién vamos á hablar, y quién somos nosotros ante aquella infinita Majestad y Bondad, á quien dirigimos nuestra oración; luego nos encontraremos fácilmente reconcentrados en santos pensamientos, que nos acompañarán mientras dure la oración vocal, la que vendrá á ser en cierta manera también oración mental. Cuya doctrina se reduce toda á este punto: que procuremos orar con atención interna, orar también con el corazón, mientras oramos con la boca; y como se tenga esta atención interna, la Santa se da por satisfecha.

§ IV

La oración hecha con atención interna es en sí del todo buena.

Lo que se ve claro del trozo omitido ántes, y que aquí ponemos: «Yo he de poner siempre »junta oración mental con la vocal cuando se »me acordare, porque no os espanten, hijas, que »yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado »algún trabajo en este caso; y ansí querría que »nadie os trajese desasosegadas; que es cosa da»ñosa ir con miedo este camino. Importa mucho »entender que váis bien; porque en diciendo á »algún caminante que va errado, y que ha per»dido el camino, le acaece andar de un cabo á

»otro, y todo lo que anda buscando por donde »ha de ir, se cansa y gasta el tiempo, y llega »más tarde».

Dice aquí la Santa que quiere siempre unir la oración mental á la vocal, para que sus monjas no se asusten cuando oyen predicar la necesidad de la oración mental, ó sea meditación, pues desea entiendan que en toda oración hecha con atención hay oración mental, es decir, la meditación *sencilla*, que basta y vale tanto como la *metódica*, como ya hemos dicho arriba. Dice además, que también ella había sido molestada en este punto por los excesivamente celosos de la meditación metódica. Quiere, pues, que cada una vaya por su camino, ó sea con su método de oración, con tal que ésta se haga atenta y devotamente, sin temor de ir mal y sin apurarse por tentar otros métodos.

Quería, pues, decirles: Fácilmente puede suceder que encontréis con algún libro ó persona que os meta en apreturas sobre el modo de orar que tenéis, y pretenda sacaros del camino que habéis emprendido, haciéndoos creer que de otro modo no llegaréis á conseguir jamás el don de oración y la perfección cristiana. (En efecto, hay libros y personas que no conocen sino un solo camino: aquel que anduvo el autor del libro, ó por el que va la persona, y los demás los tienen por no tan buenos como el suyo.) Si, pues, vosotras, quería decir la Santa, atendéis á

lo que decís cuando oráis; si procuráis orar de corazón, de modo que vuestra oración no lo sea sólo de boca, no os turbéis cuando oís decir que hay otro modo de hacer oración, ni os apartéis por eso del camino que seguís por buscar otro, que acaso no es para vosotras, por muy bueno y excelente que en sí sea. Continuad orando á vuestro modo, seguras de que váis bien; de otro modo, queriendo esforzaros á tomar otro método, *os será muy difícil, perderéis tiempo y llegaréis más tarde* á ser personas de oración.

§ V

Se confirma esta doctrina con la de San Juan de la Cruz.

Viene aquí muy á propósito la autoridad de San Juan de la Cruz. (*Trat. de las Espinas*, coloq. VII.)

«Si mirasen mis siervos con atención mis caminos, verían que no es sólo uno, sino muchos los caminos por donde yo traigo á mí á las almas. Y si mirasen que la celestial Jerusalén no tiene una, sino doce puertas; y si mirasen que en la casa de mi Padre no hay una, sino muchas moradas; y si mirasen que la tierra de los corazones en varias partes da varios frutos, no se cansarían en balde en querer llevar á todas las almas por un camino, ni entrarlas por una puer-

ta, ni asentarlas en una misma morada y pedir á todas un mismo fruto.

»¿No te acuerdas que en el repartimiento de mis talentos y gracias, á uno di un talento, á otros dos, á otros cinco? No sé para qué se cansan algunos siervos míos en querer que tenga dos talentos de oración á quien yo no doy sino uno, y que tenga cinco á quien yo no doy sino dos: más fuerte es mi vocación que la suya; y así, aunque ellos llamen las almas por un camino, de poco les sirve si yo las llamo por otro».

Por lo cual digo una vez más, que las almas deben estar tranquilas siguiendo su camino de oración, persuadidas de que con tal que oren de corazón, oran bien. Se entiende que la oración de corazón, ó sea con atención interna, no excluye las distracciones involuntarias, que son inevitables, atendida la inconstancia de la mente humana. Sabido es que tales distracciones no vician ni un ápice la oración.

CAPÍTULO VI

OTROS DICTÁMENES DE LA SANTA SOBRE LA ORACIÓN VOCAL

§ I

Sobre la inteligencia del sentido de las palabras.

Dice la Santa en el cap. XXIV, tomo I: «Es »razón entendáis lo que decís... porque cuando »digo Credo, razón me parece será que entienda »y sepa lo que creo; y cuando Padre nuestro, »amor será entender quién es este Padre nues»tro, y quién es el Maestro que nos enseñó esta »oración». Por lo cual la persona devota debe procurarse la inteligencia de las oraciones vocales que suele rezar, para que pueda acompañar con la mente el sentido de las palabras. Lo que se ha de entender de las oraciones comunes, como son el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, la *Salve*, etc., cuya inteligencia se puede exigir de todas las personas, áun de las idiotas.

De las otras oraciones, como son los Salmos, no se puede pretender; sin embargo, en el capítulo XI se dirá cómo se pueden rezar con devoción y gran fruto áun estas cuyas palabras comunmente no se entienden.

§ II

Sobre la atención á la divina presencia.

Tratando la Santa del *Padre nuestro*, sigue diciendo en el cap. XXIV ya citado: «Pues de tal »Maestro, como quien nos enseñó esta oración, »y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, »nunca Dios quiera que no nos acordemos dél »muchas veces cuando decimos la oración, aun»que por flacos no sean todas». Tratando, pues, de esta excelentísima oración, no sólo quiere que entendamos su significado, sino que nos acordemos también con frecuencia de nuestro Maestro Cristo, que nos la ha enseñado. No lo exige siempre, porque tal vez las distracciones involuntarias, que son inevitables, nos lo impidan.

Quiere además que nos acordemos de este Divino Maestro, imaginándonosle junto á nosotros, que oye lo que le decimos, y que responde á nuestras peticiones. «Pues nunca el Maes»tro está tan lejos del discípulo, que sea menes»ter dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo

»que entendáis vosotras os conviene para rezar »bien el *Pater noster*, no os apartar de cabe el »Maestro, que os lo mostró». Y ántes había dicho: « Entendamos con quién estamos y lo que »nos responde el Señor á nuestras peticiones. »¿Pensáis que se está callando, aunque no le »oimos? Bien habla al corazón cuando le pedi»mos de corazón».

Por lo cual, cuando nosotros rezamos el *Padre nuestro*, ó también otra oración, no nos hemos de imaginar estar solos, y el Señor lejos de nosotros; sino, al contrario, muy cerca, como cuando el discípulo habla con el maestro que le da lección, y se puede también decir como cuando el hijo habla con su padre, y el amigo con su amigo (después se dirá cuán grande y consoladora es esta proximidad nuestra de Dios). Con este sentimiento de su presencia debemos exponerle nuestras peticiones, atendiendo á si con sus inspiraciones responde alguna cosa á nuestro corazón.

§ III

Del retiro conveniente á la oración.

Para mejor conciliar y mantener las sobredichas advertencias, ó sea atenciones, quiere también la Santa que la oración ordinariamente se haga en retiro y á solas. « Ya sabéis que enseña

»su Majestad que *(la oración)* sea á solas, »que ansí lo hacía Él siempre que oraba, y no »por su necesidad, sino por nuestro enseña»miento».

Conviene también en lo mismo San Juan de la Cruz, el cual, hablando de los modos exteriores de hacer oración, dice: « Y las ceremonias »con que Él nos enseñó á orar, sólo es una de »dos: ó que sea en el escondrijo de nuestro re»trete, donde sin bullicio, y sin dar cuenta á »nadie, lo podemos hacer con más entero y puro »corazón, según Él lo dijo: «*Tu autem cum ora»veris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostia, »ora Patrem tuum in abscondito*». Cuando ora»res entra en tu retrete, y, cerrada la puerta, ora. »O si no á los desiertos solitarios, como Él lo »hacía, y en el mejor y más quieto tiempo de la »noche». *(Subid. al Mont. Carm.*, cap. XLIII.) Y no hay duda que, además de la autoridad de Cristo Señor nuestro, la experiencia enseña que en aquel silencio y separación de toda persona se hace oración más atenta y cordial, donde el afecto se desahoga con libertad áun exteriormente; donde todo el hombre se abandona á los impulsos del espíritu, sin que deba contenerse por ningún respeto humano. Allí es libre el postrarse, el suspirar y el llorar como el espíritu desee. Allí no hay que reprimir el fervor de la oración; ántes bien es éste favorecido. Todo el hombre está entonces con plena libertad en la

presencia de su Dios, como si en el mundo no hubiese sino Dios y él sólo.

No se crea que por esto se repruebe la oración pública, tan aprobada por la tradición de toda la Iglesia, tan necesaria á la común edificación de los fieles, y tan eficaz para obtener las gracias. La oración pública es sumamente recomendable, y áun indispensable al cristiano, que debe ejercitar en la iglesia actos de la Religión, y poco ménos se debe decir de la oración hecha en común en las familias. Sin embargo, las personas que aspiren á ser almas de oración, deben buscar tiempo para el uno y para el otro modo, ó sea deben procurar tiempo para la oración pública y en común, y para la privada y secreta, más ó ménos, según lo permita la condición y estado de cada uno, bajo la dirección de su padre espiritual. Y deben persuadirse que un poco de oración hecha en soledad, ó sea en la secreta presencia del Señor, en la que pueden desahogar libremente su afecto, les será muy provechosa.

§ IV

Fruto de esta doctrina.

Quien quiera que practique esta doctrina de la Santa, obtendrá la ventaja de encontrar unida nuestra oración vocal con la mental, como ella

exige, y áun cambiada en mental, casi sin trabajo ni molestia; puesto que atendiendo al sentido de las palabras y á la presencia divina, como queda dicho, nuestra oración será más de mente que de boca, ó, lo que es lo mismo, más será mental que vocal.

Entretanto, con tal que no seamos del número de aquellas personas que al rezar no quieren tomarse cuidado ninguno de atender á lo que hacen, y por lo mismo no quieren rezar sino á modo de papagayos, depondremos toda aprensión ó preocupación que pudiésemos tener sobre la palabra *meditación* y *oración vocal*. Hay, en efecto, muchas personas que, no conociendo otra meditación y oración mental sino la *metódica*, distribuída con arte, medida con tiempo, y encontrando que ésta no es para ellos, se entristecen, y como que se asustan al oir estos términos; pero considerando que oración mental y meditación, en sustancia no es otra cosa que oración atenta y devota, aunque hecha vocalmente, desaparece todo motivo de prevención y de temor. Véase lo que dice la Santa de tales personas: «Diréis que ya esto es consideración, »que no podéis, ni áun queréis sino rezar vocal»mente. Porque también hay personas mal su»fridas, y amigas de no se dar pena; que como »no lo tienen de costumbre, es la de recoger el »pensamiento al principio, y, por no cansarse un »poco, dicen que no pueden más, ni lo saben

»sino rezar vocalmente. Tenéis razón en decir »que es oración mental ; mas yo os digo cierto »que no sé cómo lo aparte , si ha de ser bien re»zado lo vocal , y entendiendo con quién habla»mos; y áun es obligación que procuremos rezar »con advertencia». Antes había dicho: «Que no se »sufre hablar con Dios y con el mundo, que no es »otra cosa estar rezando y escuchando por otra »parte lo que están hablando, ó pensar en lo que »se le ofrece». Y en el cap. xxv: «Que es lo que »queda dicho , pensar y entender lo que habla»mos , con quién hablamos , y quién somos los »que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar »esto , y otras cosas semejantes , de lo poco que »le hemos servido, y lo mucho que estamos obli»gados á servir , es oración mental. No penséis »que es otra algarabía, ni os espante el nombre».

§ V

Sentimientos de consuelo para las distracciones involuntarias.

Es de advertir que la Santa no quiere meter en escrúpulos , ni causar ansiedades á aquellas almas , que por más que procuran recogerse y atender á la oración, como es conveniente , no obstante, ó por natural disposición ó por permitirlo Dios así, se encuentran muy distraídas, inquietas y sin jugo de devoción. Dice, pues , que

la sobredicha atención y reflexión á lo que se dice y á quien habla se debe tener. «Salvo si no »es algunos tiempos, que ó de malos humores (en »especial si es persona que tiene melancolía) ó »flaqueza de cabeza , que aunque más lo procu»ra , no puede , ó permite Dios días de grandes »tempestades en sus siervos para más bien suyo; »y aunque se afligen y procuran quietarse , no »pueden ni están en lo que dicen , aunque más »hagan ; ni asienta en nada el entendimiento, »sino que parece tiene frenesí según anda des»baratado; y en la pena que da á quien lo tiene, »verá que no es culpa suya. Y no se fatigue, que »es peor , ni se canse en poner seso á quien por »entonces no le tiene, que es su entendimiento, »sino rece como pudiere».

Por lo cual , Santa Teresa no quiere que nos angustiemos por las distracciones é inquietudes de ánimo que tenemos en la oración involuntariamente. Poniendo nosotros de nuestra parte lo posible para que la oración sea atenta y devota, hacemos cuanto Dios exige de nosotros, y si no salimos con ello, Dios queda contento de nuestro buen deseo. Oremos, pues, como podamos, y no nos cause tristeza si nos parece que oramos mal. Antes bien , la Santa es tan discreta , que cuando la debilidad de la persona, la melancolía ó la tormenta levantada por el demonio fuesen tan grandes, que absolutamente no se pudiese orar, nos advierte que no nos esforcemos, y que

por entonces dejemos la oración y aliviemos algún tanto el espíritu empleándonos en otras obras de virtud; «y áun no rece sino como en»ferma; procure dar alivio á su alma, y entienda »en otra obra de virtud». (Cap. XIV.)

En el cap. XI de la *Vida* dice también que esta dificultad é impotencia «viene de indisposi»ción corporal; que somos tan miserables, que »participa esta encarceladita desta pobre alma »de las miserias del cuerpo y las mudanzas de »los tiempos; y las vueltas de los humores mu»chas veces hacen que, sin culpa suya, no pue»da hacer lo que quiere, sino que padezca de »todas maneras; y mientras más la quieren for»zar en estos tiempos, es peor y dura más el »mal; sino que haya discreción para ver cuando »es desto y no la ahoguen á la pobre: entiendan »son enfermos: múdese la hora de la oración, y »hartas veces será algunos días. Pasen como pu»dieren este destierro, que harta mala ventura es »de un alma que ama á Dios, ver que vive en »esta miseria, y que no puede lo que quiere por »tener tan mal huésped como es este cuerpo... »Otras cosas hay exteriores de obras de caridad »y de lección, aunque á veces no estará para »esto; sirva entonces al cuerpo por amor de »Dios, porque otras veces muchas sirva él á el »alma, y tome algunos pasatiempos santos de »conversaciones que lo sean, ó irse al campo, »como aconsejare el confesor... en todo se sirve

»á Dios: suave es su yugo, y es gran negocio no »traer el alma arrastrada, como dicen, sino lle»varla con suavidad para su mayor aprovecha»miento».

§ VI

Advertencia contra la excesiva delicadeza.

Es todavía necesario observar, que no nos haga dejar la oración una reprensible delicadeza, sin verdadera necesidad. Los casos en que, ó por debilidad ó por abatimiento y angustias de espíritu, habremos de contentarnos con orar *como podamos*, serán tal vez frecuentes, porque es grande la humana miseria; pero los casos en que convenga dejar totalmente la oración, serán siempre muy pocos; porque, generalmente hablando, de un modo ó de otro, por más ó ménos tiempo, bien podremos hacer oración; y esto supone Santa Teresa cuando dice: «Salvo si no es algunos tiempos, que ó de malos humores», etc.; con cuyas palabras da á entender una verdadera imposibilidad natural ó una especial disposición de Dios.

En efecto; Santa Teresa, aunque discretísima, es muy enemiga de excesivas delicadezas. En el cap. IV dice: «Regalo y oración no se compadecen». Y en el cap. XI: «Es cosa extraña lo que »quiere ser regalado (este cuerpo); y como tiene

»algún buen color (esto es pretexto), por poca »que sea la necesidad, engaña á la pobre del »alma para que no medre... que en comenzando »á vencer estos cuerpezuelos, no nos cansan »tanto... ¡Cuántas veces nos ha burlado el cuer»po!» Y en el capítulo anterior: « Y no nos ha »venido á la imaginación que nos duele la ca»beza cuando dejamos de ir al coro, que tampoco »nos mata. Un día porque nos dolió, y otro »porque no nos ha dolido, y otros tres porque »no nos duela». Deplora después en gran manera semejantes inconvenientes, originados de la demasiada delicadeza.

Concluyamos, pues, que la oración vocal, fácil á todos con la divina gracia y capaz de elevarnos áun á los grados más sublimes de la perfección, debe ser una oración recogida, en la que debemos imaginarnos tener al lado á nuestro Divino Maestro, atender á lo que le decimos, y ver lo que nos responde con sus santas inspiraciones. Esta sería oración vocal acompañada de la mental: no será un vano sonido de palabras, sino un sustancioso concierto de afectos, con el que daremos á Dios mucho gusto, obrando la santificación de nuestras almas.

CAPÍTULO VII

MODO DE PROCURARNOS LA COMPAÑÍA DEL DIVINO MUESTRO MIENTRAS ORAMOS

§ I

Del avivar la fe de su presencia.

Santa Teresa, en el cap. XXVI, así exhorta á sus monjas: «Luego, hija, procurad, pues estáis sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mesmo Maestro, que enseñó la oración que váis á rezar? Representad al mesmo Señor junto con vos, y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, mientras pudiéredes, no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis á traerle cabe vos, y él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no lo podréis, como dicen, echar de vos; no os faltará para siempre: ayudaros há en todos vuestros trabajos: tenerle héis en todas partes. ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh, hermanas! Las que no podéis tener mucho discurso del entendimiento, ni podéis

»tener el pensamiento sin divertiros, acostum-»bráos; mirad que sé yo que podéis hacer esto, »porque pasé muchos años por este trabajo, de »no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y »éslo muy grande; mas sí que no nos deja el »Señor tan desiertos, que si llegamos con humil-»dad á pedírselo, no nos acompañe. Y si en un »año no pudiéremos salir con ello, sea en más; »no nos duela el tiempo en cosa que tan bien se »gasta: ¿quién va tras nosotras? Digo que esto »puede acostumbrarse á ello, y trabajar y andar »cabe este verdadero Maestro».

Nos enseña, pues, la Santa, que para procurarnos la compañía del Divino Maestro mientras oramos, nos imaginemos verle á nuestro lado, tenerle con nosotros, allí precisamente donde nos hallamos, y nos imaginemos que con afabilísimo y amorosísimo aspecto nos vaya enseñando é instruyendo; lo que hace Cristo con sus luces, inspiraciones y toques interiores.

Nos asegura que si humildemente le pedimos esta gracia, á saber, que nos acompañe en nuestra oración, Él lo hará; que después sentiremos su divina presencia de tal modo, que no «le podremos echar de nosotros, y tenerle hemos en todas partes»; sin embargo, no se pretende adquirir este sentimiento de la presencia divina en pocos días; si fuese necesario aún más de un año de ejercicio, sería muy bien empleado este tiempo para tan bella y gran ganancia.

§ II

Cómo nos podremos ejercitar fácilmente en esta divina presencia.

Sigue Santa Teresa: «No os pido ahora que »penséis en Él, ni que saquéis muchos conce»tos, ni que hagáis grandes y delicadas conside»raciones con vuestro entendimiento: no os pido »más de que le miréis. ¿Pues quién os quita vol»ver los ojos del alma, aunque sea de presto, si »no podéis más, á este Señor? Pues podéis mirar »cosas muy feas, ¿y no podéis mirar la cosa más »hermosa que se puede imaginar? Si no os pa»reciere bien, yo os doy licencia que no le mi»réis; pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los »ojos de vosotras. Háos sufrido mil cosas feas y »abominaciones contra Él, y no ha bastado para »que os deje de mirar: ¿y es mucho que, quita»dos los ojos destas cosas exteriores, le miréis »algunas veces á Él? Mirad que no está aguar»dando otra cosa, como dice la Esposa, sino que »le miremos».

De todo lo dicho podrá deducirse que no nos deberá parecer muy difícil esta presencia divina. En efecto; con nuestra imaginación nos hacemos presentes áun á cosas lejanas; como cuando nos figuramos tener delante á un pariente ó amigo nuestro muy amado, nos imaginamos

hablar con él y que él nos responde; y á las veces nos internamos de tal manera en este pensamiento, que no atendemos á lo mismo que hacemos y tenemos á la vista, y nos parece estar con él, y con él nos entretenemos, como si verdaderamente estuviéramos con él. Así la mujer vana se representa aquel vestido galante, aquellos adornos preciosos que desea tener, y en su pensamiento los ve, los contempla, y con ellos se deleita. Igualmente, como advierte la Santa, nuestra imaginación nos hace á las veces ver cosas feísimas, que debemos prontamente echar del pensamiento, y no pocas veces nos cuesta mucho el desecharlas. Tanta es la viveza con que se presentan á nuestra imaginación. Ahora bien; ¿por qué no podremos imaginarnos tener con nosotros á nuestro Divino Salvador cuando nos ponemos á orar? Con razón, pues, dice la Santa, que si dijéramos no poder, no nos creería, porque ella sabe que podemos.

§ III

De varios modos con que nos podemos representar al Divino Maestro.

Continúa la Santa: «Como le quisiéredes le »hallaréis; tiene en tanto que le volvamos á mi»rar, que no quedará por diligencia suya. Ansí »como dicen ha de hacer la mujer para ser bien

»casada con su marido, que si está triste, se ha »de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque »nunca lo esté), alegre; mirad de qué sujeción »os habéis librado, hermanas. Esto, con verdad, »sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, »que Él se hace sujeto y quiere que seáis vos la »señora y andar Él á vuestra voluntad. Si estáis »alegre, miradle resucitado: que sólo imaginar »cómo salió del sepulcro, os alegrará; mas con »qué claridad y con qué hermosura, con qué »majestad, qué victorioso, qué alegre, como »quien tan bien salió de la batalla á donde ha »ganado un tan gran reino, que todo le quiere »para vos. ¿Pues es mucho que á quien tanto os »da volváis una vez los ojos á mirarle? Si estáis »con trabajo ó triste, miradle camino del huerto: »¡qué aflicción tan grande llevaba en su alma! »pues con ser el mesmo sufrimiento, lo dice y se »queja della; y miradle atado á la columna lleno »de dolores, todas sus carnes hechas pedazos »por lo mucho que os ama, perseguido de unos, »escupido de otros, negado de sus amigos, des- »amparado dellos, sin que nadie vuelva por Él, »helado de frío, puesto en tanta soledad, que »el uno con el otro os podéis consolar; ó miradle »cargado con la Cruz, que aún no le dejaban »huelgo. Miraros há Él con unos ojos tan her- »mosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidar »há sus dolores por consolar los vuestros, sólo »porque os vais con Él á consolar, y volváis la

»cabeza á mirarle. ¡Oh, Señor del mundo, ver-
»dadero Esposo mío (le podéis vos decir, si os
»ha enternecido el corazón de verle tal, que no
»sólo queráis mirarlo, sino que os holguéis de
»hablar con Él, no oraciones compuestas, sino
»de la pena de vuestro corazón, que las tiene Él
»en muy mucho); tan necesitado estáis, Señor
»mío y bien mío, que queréis admitir una pobre
»compañía como la mía, y veo en vuestro sem-
»blante que os habéis consolado conmigo! ¿Pues
»cómo, Señor, es posible que os dejan solo los
»ángeles, y que áun no os consuela vuestro Pa-
»dre? Si es ansí, Señor, que todo lo queréis pasar
»por mí, ¿qué es esto que yo paso por vos? ¿De
»qué me quejo? Que ya hé vergüenza de que os
»he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los
»trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran
»bien é imitaros en algo; juntos andemos, Señor;
»por donde fuéredes tengo de ir; por donde pa-
»sáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aque-
»lla Cruz; no se os dé nada de que os atropellen
»los judíos, porque Él no vaya con tanto traba-
»jo; no hagáis caso de lo que os dijeren; hacéos
»sordas á las murmuraciones, tropezando y ca-
»yendo con vuestro Esposo; no os apartéis de la
»Cruz ni la dejéis. Mirad mucho el cansancio
»con que va y las ventajas que hace su trabajo á
»los que vos padecéis; por grandes que los que-
»ráis pintar, y por mucho que los queráis sentir,
»saldréis consoladas dellos; porque veréis que

»son cosa de burla, comparados á los del Señor. »Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer »esto; que si le viérades con los ojos del cuerpo, »en los tiempos en que Su Majestad andaba en »el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y »le mirárades siempre. No lo creáis; que quien »ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza »á recoger siquiera la vista para mirar dentro de »sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, »sino con tantico cuidado), muy ménos se pusiera »al pié de la Cruz con la Madalena, que vía la »muerte al ojo. Mas ¡qué debía pasar la gloriosa »Virgen y esta bendita Santa! ¡Qué de amena»zas! ¡Qué de malas palabras! ¡Y qué de encon»trones! ¡Y qué de descomedimientos! Pues con »qué gente lo habían tan cortesana, si lo era del »infierno, que eran ministros del demonio. Por »cierto que debía de ser terrible cosa lo que pa»saron; sino que con otro dolor mayor no sen»tían el suyo. Ansí que, hermanas, no creáis »fuérades para tan grandes trabajos, si no sois »ahora para cosas tan pocas: ejercitándoos en »ellas podéis venir á otras mayores».

Es muy de notar lo que dice aquí la Santa, á saber, que mirándole le encontraremos como nosotros queramos; alegre, si alegre; dolorido, si dolorido, y así por este orden. Por lo cual, cuando experimentásemos sentimientos de interior alegría, para mejor dirigirlos á Él y alegrarnos en Él, si deseáremos ver alegre á nuestro

Esposo, lo encontraremos rebosando júbilo en su gloriosa Resurrección, ó también en su Transfiguración en el Tabor, y, mirándole en tanta gloria, nos regocijaremos con él. Ó cuando fuéremos movidos de sentimientos de tristeza, cuando nos oprimieren los afanes, nos traspasaren los dolores, para mantener la paciencia y animarnos á sufrirlo todo de buena gana por Él, si gustáremos verle triste y dolorido, lo encontraremos en suma tristeza cuando suda sangre en el huerto, afanado bajo el peso de la Cruz por el camino del Calvario, horriblemente dolorido bajo los azotes, en la coronación de espinas y traspasado con los cruelísimos clavos en la Cruz.

Igualmente, si, aterrados por la gravedad de nuestros pecados, quisiésemos excitarnos á sentimientos de confianza, le encontraríamos en actitud de animarnos, viendo nosotros cómo permite á la Magdalena que estreche sus piés santísimos, y cómo en el momento le perdona todas sus culpas. Si hallándonos tibios quisiésemos excitarnos á sentimientos de vivo amor, le veremos que envía llamas de caridad, que inflaman los corazones más helados, instituyendo en el cenáculo la Santísima Eucaristía. Por tanto, como dice la Santa, en sintiéndose nuestro corazón movido y enternecido, es fácil hablar con Él el lenguaje del gozo ó de la tristeza, de la confianza ó del amor, sin palabras estudiadas,

pero con aquellos afectos sencillos y espontáneos que nacen entonces en nuestro corazón.

§ IV

Cómo nos podemos ayudar de estas representaciones del Divino Maestro.

Continúa la Santa: «Lo que podéis hacer para »ayuda de esto, procurar traer una imagen y re»trato deste Señor, que sea á vuestro gusto; no »para traerle en el seno y nunca le mirar, sino »para hablar muchas veces con Él, que Él os »dará que le decir. Como habláis con otras per»sonas, ¿por qué os han más de faltar palabras »para hablar con Dios? No lo creáis, al ménos »yo no os creeré si lo usáis; porque si no, sí fal»tarán; que el no tratar con una persona causa »extrañeza, y no saber cómo nos hablar con ella, »que parece no la conocemos, y aunque sea »deudo; porque deudo y amistad se pierde con la »falta de la comunicación. También es remedio »tomar un libro de romance bueno, áun para »recoger el pensamiento, para venir á rezar bien »vocalmente, y poquito á poquito ir acostum»brando el alma con halagos y artificio para no »la amedrentar. Haced cuenta que há muchos »años que se ha ido de con su esposo, y que »hasta que quiera tornar á su casa, es menester »saberlo mucho negociar; que ansí somos los

»pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra »alma y pensamiento á andar á su placer ó pesar, »por mejor decir, que la triste alma no se en»tiende; que para que torne á tomar amor á estar »en su casa, es menester mucho artificio, y si no »es ansí, y poco á poco, nunca haremos nada. Y »tornáos á certificar, que si con cuidado os acos»tumbráis á lo que he dicho, que sacaréis tan »gran ganancia, que aunque yo os la quisiera »decir, no sabré. Pues juntáos cabe este buen »Maestro, y muy determinadas á deprender lo »que os enseñare, y Su Majestad hará que no »dejéis de salir buenas discípulas, ni os dejará si »no le dejáis. Mirad las palabras que dice aque»lla boca divina; que en la primera entenderéis »luego el amor que os tiene; que no es pequeño »bien y regalo del discípulo, ver que su Maestro »le ama».

Por lo cual será cosa muy útil, como ella dice, *procurar traer una imagen ó retrato deste Señor que sea á nuestro gusto... para hablar muchas veces con Él;* porque especialmente al principio, cuando no nos será tan fácil mirarle con los ojos del alma, le miraremos muchas veces en su efigie con los ojos del cuerpo, y esto servirá para grabar bien en nuestra mente su hermosa presencia, de modo que podamos después con facilidad contemplarle dentro de nosotros mismos, y entre tanto aprenderemos á recogernos en Él y á hablar con Él como quisiera la Santa.

Pero la imagen debe ser lo más que sea posible *á nuestro gusto;* es decir, que se nos presente muy devota y nos mueva de tal modo á sentimientos de mucha piedad. Las cosas de espíritu, áun las materiales, deben ser de tal manera, que contenten y satisfagan el espíritu, y no se debe hacer caso de la preciosidad de la materia, de lo exquisito del arte, del valor, del adorno, cosas que muchas veces sirven más bien para distraer é impedir los sentimientos devotos, y no pueden dar satisfacción alguna al verdadero espíritu, que no puede encontrar pasto en la vanidad. Dice San Juan de la Cruz: «En las imágenes, pues, no se repare en la diferencia de las hechuras, para poner por esto más confianza en unas que en otras; que esto sería una gran rudeza; y aquellas se estimen en más, que despiertan más la devoción». *(Subida al Monte Carmelo*, lib. III, cap. XXXV.)

«También es remedio tomar un libro de romance bueno, áun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente»; porque cualquiera buen sentimiento que se saque de él sirve para poner en camino y hacer que se continúe el de la oración con buen consuelo.

En suma: es menester que nos ayudemos con todos los medios que se pueden tener, para que no quede por nosotros el llegar á la íntima familiaridad con el Divino Esposo. Muy bien compara la Santa nuestra alma, cuando es todavía

mundana, á una esposa que se ha separado de su esposo, y que muchos años há que vive lejos de él y fuera de su casa ; si ella quiere volver á su esposo y permanecer ya con él siempre, como es debido , es menester que se ingenie para ganar nuevamente su afecto, y que poco á poco vuelva á gustarle su casa , que es también la suya ; sin estas advertencias , ó no vuelve á casa del esposo, ó, si vuelve, no pasa mucho tiempo sin que, de nuevo cansada otra vez, la abandone.

Es , además , muy de notar que no cree la Santa «que os han más de faltar palabras para »hablar con Dios » en la oración , á no ser que esto provenga de falta de uso , porque «el no »tratar con una persona causa extrañeza , y no »saber cómo nos hablar con ella , que parece »no la conocemos , aunque sea deudo». Tomemos, pues , el uso de hablar con nuestro Señor, y «poquito á poquito ir acostumbrando el alma», áun procurando «halagos y artificio para no la »amedrentar». ¡Oh, qué fácilmente se amedrenta esta esposa descuidada de su Divino Esposo, que es finalmente todo su bien! Parece imposible ; pero es tanta la ceguedad humana , que á cada paso vemos estar alguna alma lejos de la íntima unión con Dios, porque teme demasiado acercársele con vida de recogimiento y de oración , si bien oye su amorosa voz , que no cesa de decirle: *ven.*

Pero muchas veces se sigue un gran mal de la

impaciencia, queriendo llegar casi de un salto ó de un vuelo á aquella unión, y no trabajando poco á poco y subiendo grado por grado, como generalmente es necesario. Entonces el alma que no sufre trabajos y dilaciones, cree que jamás podrá llegar donde quisiera, y vuelve atrás del emprendido camino dejando la oración; cosa que sobre todo teme Santa Teresa. «No nos duela, dice la Santa, el tiempo en cosa »que tan bien se gasta: ¿quién va tras nos»otras?...» «Y si no es ansí, y poco á poco, nun»ca haremos nada... si con cuidado os acostum»bráis á lo que he dicho, sacaréis tan gran »ganancia, que aunque yo os la quiera decir, no »sabré».

§ V

No debemos hacer esfuerzos para procurarnos la presencia del Divino Maestro.

Mientras la Santa nos inculca el usar de industriosa diligencia para conseguir tamaño bien, cual es la presencia del Divino Maestro en nuestra oración; mientras nos exhorta á no cansarnos por cualquiera dificultad, y á proseguir con inflexible constancia en el camino emprendido, debemos observar que ella no quiere esfuerzos de imaginación para procurar y mantener aquella divina presencia. Está bien lejos de que-

rer que hagamos esfuerzos que perjudicarían, y, en vez de procurar, impedirían la devoción. Exige de nosotros un poco de advertencia, pero natural, tranquila, con la cual «volvamos los ojos »del alma, aunque sea de presto», al Maestro Divino. Por lo cual ella se contenta con que, cuando nos ponemos á orar, nos imaginemos tener con nosotros á nuestro amante Redentor; que le dirijamos alguna mirada, es decir, que nos acordemos de su presencia divina, y sin esfuerzos de imaginación le roguemos tranquilamente y con grande humildad nos conceda la gracia de saber mirarle bien con los ojos de nuestra fe. Ejercitándonos en estas sencillas miradas, ó sea recuerdos y atenciones á su divina presencia, más ó ménos pronto, «si en un año nó, sea en más», cuando fuere el momento de su beneplácito, hallaremos haber adquirido el sentimiento de la presencia del Divino Maestro, y nos regocijaremos con la abundancia de luz y de paz (1).

(1) Hermosa es la oración de San Pedro de Alcántara para obtener esta gracia. «Y porque una de las cosas que »más te agradan y más hieren tu corazón, es tener ojos »para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te »mire; conviene á saber, ojos de paloma, sencillos; ojos »castos y vergonzosos; ojos humildes y amorosos; ojos »devotos y llorosos; ojos atentos y discretos para entender »tu voluntad y cumplirla; para que mirando yo con estos »ojos, sea de tí mirado con aquellos ojos con que miraste »á San Pedro cuando le hiciste llorar su pecado; con aque»llos ojos con que miraste al Hijo pródigo cuando le sa-

CAPÍTULO VIII

CUÁN ÍNTIMA SEA NUESTRA UNIÓN CON DIOS

§ I

De la real presencia de Dios en nuestra alma.

No hay duda que el alma, algún tanto ya enamorada de Dios, no rehusaría la dulce compañía de su Divino Maestro mientras ora, y querrá industriarse para aprender á imaginársele cabe sí y gozar de este modo de la dulce presen-

»liste á recibir y le diste beso de paz; con aquellos ojos »con que miraste al Publicano cuando él no osaba alzar »los ojos al cielo; con aquellos ojos con que miraste á la »Magdalena cuando ella lavaba tus piés con las lágrimas »de los suyos; finalmente, con aquellos ojos con que mi»raste á la Esposa en los Cantares, cuando le dijiste: «Her»mosa eres, amiga mía, hermosa eres; tus ojos son de pa»loma»; para que agradándote de los ojos y hermosura de »mi ánima, les des aquellos arreos de virtudes y gracias »con que siempre te parezca hermosa». (*Tratado de la Orac. y Medit.*, cap. XI.)

cia de su Amado; así vemos que muchos pobres amantes de la tierra, cuando están lejos del objeto amado, se lo acercan con la imaginación, y no hallándose con él, piensan que lo están, y se contentan.

Pero dichosa el alma si, con adquirir la divina compañía de su eterno bien, por medio de la imaginación y el pensamiento, pudiese también gozar de algún modo de la realidad, y se encontrase realmente con Él. Esta sería suma dicha, y valdría más que todas las santas imaginaciones y representaciones que podríamos hacer de Dios en nuestra mente. ¡Oh, quién pudiese en la oración estar con Dios presente en realidad, y no acercárselo con el pensamiento, sino estrecharle con el afecto! Esa sería la verdadera compañía del Divino Maestro, y la oración sería verdaderamente recogida, fervorosa y devota.

Y si Santa Teresa nos enseña precisamente que nosotros, si queremos, podemos tener en la oración á Dios presente en realidad, nos enseña que en todo lugar donde oramos, no sólo lo tenemos cerca de nosotros, no sólo á nuestro lado, como el maestro está junto al discípulo, sino que le tenemos aún dentro de nosotros, en nuestro corazón, en nuestra alma; que allí está siempre sin faltar jamás, y que allí, por lo mismo, buscándole, le hallaremos. Ahora bien; esta doctrina es muy consoladora, y no es sólo de Santa Teresa ó de otro cualquier doctor ascético,

sino que es doctrina católica, creída y confesada de todos, si bien por falta de reflexión muchos no la consideran. Veamos primero lo que dice la Santa, y después expondremos al alcance de todos la verdad católica.

«Mirad que os va mucho en tener entendida »esta verdad, que está el Señor dentro de vos»otras, y que allí nos estemos con él... No nos »imaginemos vacías en lo interior... que tengo »por imposible, si trajésemos cuidado de acor»darnos que tenemos tal huésped dentro de nos»otras, que nos diésemos tanto á las cosas del »mundo». (Cap. XXVIII.) Ahora, para entender cómo Él está siempre presente á nuestra alma, oigamos á San Juan de la Cruz, otra lumbrera, con Santa Teresa, de la ciencia espiritual. «Para »lo cual es de notar, que el Verbo Hijo de Dios, »juntamente con el Padre y con el Espíritu San»to, esencial y presencialmente está escondido »en el íntimo sér del alma... dentro de sí misma, »siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que »por eso San Agustín, hablando en los solilo»quios con Dios, decía: *No te hallaba, Señor, de »fuera, porque mal te buscara fuera: estabas »dentro*». (*Cántico espiritual*, canción 1.ª, página 359.)

§ II

Se distinguen tres clases de presencia de Dios.

El mismo San Juan de la Cruz se explica más difusamente, notando tres maneras de presencia de Dios que puede haber en el alma, y dice así: «Para declaración de esto, es de saber qué tres »maneras de presencias puede haber de Dios en »el alma. La primera es esencial, y de esta ma»nera, no sólo está en las buenas y santas almas, »pero también en las malas y pecadoras, y en »todas las demás criaturas; porque con esta pre»sencia les da vida y sér; y si esta presencia »esencial les faltase, todas se aniquilarían y de»jarían de ser, y ésta nunca falta en el alma. La »segunda presencia es por gracia, en la cual »mora Dios en el alma agradado y satisfecho de »ella. Y esta presencia no la tienen todas, porque »las que caen en pecado mortal la pierden, y »esto no puede el alma saber naturalmente si la »tiene. La tercera es por afición espiritual, por»que en muchas almas devotas suele Dios hacer »algunas presencias espirituales de muchas ma»neras, con que las recrea, deleita y alegra».

De la primera presencia dice San Pablo: «En »Él vivimos, nos movemos y existimos». (Actor., XVII, 28.) De la segunda, el Señor en el Evangelio: «Si alguno me ama, observará mi pala»bra, y vendremos á él y con él habitaremos».

(Joann., XIV, 23.) De la tercera decía David: «Cuán grande es la multitud de tu dulzura, ¡oh, »Señor! que has reservado á aquellos que te »temen... Los esconderás en lo interior de tu »rostro de la turbación de los hombres». (Salmo XXXV, 20 y 21.) El alma tiene la primera presencia común con todas las otras criaturas, y con ella puede encontrarse pobre de todo verdadero bien. La segunda, que por razón de la gracia santificante tiene común con los ángeles, la hace rica de un tesoro infinito, cual es la amistad y filiación divina. La tercera le hace saborear algunas como gotas de las dulzuras del cielo, y cuando el alma está gozando de ellas, no necesita que se le enseñe á orar ni que á ello se le exhorte. La unción del Espíritu Santo la va suavemente amaestrando, y la oración sale por sí misma del corazón fervorosa y grata á su Divina Majestad, como el perfume del incienso de la ardiente pira.

Del primer modo de presencia divina nunca podemos carecer. El segundo nos le debemos procurar con todas las fuerzas de nuestro espíritu, y conservarlo á toda costa. El tercero no está en nuestra mano: Dios lo da á quien quiere, y cuando quiere, y como quiere. De modo que algunas veces al más santo no se da, y al ménos santo se concede en abundancia, si bien más ó ménos, ó de una hora á otra, toda alma buena lo experimenta.

§ III

Se declara esta doctrina con otra autoridad de San Juan de la Cruz.

San Juan de la Cruz, en *La llama de amor viva*, canción 4.ª, habla también de esta presencia de Dios en el alma; y pues sus palabras dan mayor luz y consuelo al mismo tiempo, conviene copiarlas aquí: «Es, pues, de saber, que Dios »en todas las almas mora secreto y encubierto »en la sustancia de ellas; porque si esto no fue»se, no podrían ellas durar. Pero hay mucha di»ferencia en este morar: porque en una mora »solo, y en otras no mora solo; en unas mora »agradado, y en otras mora desagradado; en »unas mora como en su casa, mandando y ri»giéndolo todo, y en otras mora como extraño »en casa ajena, donde no le dejan mandar ni »hacer nada. Donde ménos apetitos y gustos »propios moran, es donde Él más solo, más »agradado y más como en casa propia mora, ri»giéndola y gobernándola, y mora tanto más »secreto, cuanto más solo».

Y pues allí habla de un alma de perfección muy elevada, sigue diciendo: «Y así en esta al»ma, en que ya ningún apetito mora, ni otras »imágenes ni formas de otras cosas criadas, se»cretísimamente mora el Amado con tanto más

»íntimo, interior y estrecho abrazo, cuanto ella »está más pura y sola de otra cosa que Dios, y »así está secreto; porque á este puesto y abrazo »no puede llegar el demonio, ni entendimiento »alguno alcanzar bien á saber cómo es... ¡Oh, »cuán dichosa es esta alma que siempre siente »estar Dios reposando y descansando en su seno! »¡Oh, cuánto le conviene apartarse de cosas, »huir de negocios, vivir con inmensa tranquili- »dad! Porque una motica no inquieta ni renueva »el seno del Amador. Allí está de ordinario »como dormido en este abrazo con el alma, al »cual ella siente y de ordinario muy bien goza. »En otras almas que no han llegado á esta unión, »aunque no está desagradado, por cuanto aún no »están bien dispuestas para ella, mora secreto »porque no le sienten de ordinario, si no es cuan- »do Él las hace algunos recuerdos sabrosos. En- »tonces aún estas almas, no del todo perfectas, »gozan del tercer modo de la presencia divina »en estos recuerdos sabrosos».

Pero las perfectas, que sienten habitualmente aquel sueño divino y el quieto abrazo de su Amado, gozan también habitualmente de aquel tercer modo de presencia divina. Debe, sin embargo, advertirse, que, en estas almas, de cuando en cuando se interrumpe aquel sueño y quieto abrazo con otros inmensamente más admirables impulsos é inspiraciones divinas, que son cosas tan deleitables, gloriosas y grandes, y unos

como ensayos tan dulces de cielo, que si la natural complexión no fuese sobrenaturalmente fortalecida por Dios, no podría resistir, y desfallecería en el momento. Para formarse de esto alguna idea, léase la explicación de la sobredicha canción, donde el Santo, que sabía por experiencia lo que son estos impulsos é inspiraciones, escribe cosas verdaderamente celestiales (1).

§ IV

Alivio y consuelo que dimana de esta doctrina.

Volviendo á nuestro objeto, nosotros suponemos que toda alma cristiana sabe que tiene consigo á su Dios, más bien dentro de sí, y que no tiene que buscarle en otra parte para abrazar tamaño bien. Esta fe le da mucho alivio, si es

(1) En una de estas finezas oraba así Santa Brígida: «¡Oh, dulcísimo Dios mío! Cuando benignamente te dignas visitar mi corazón, mis brazos no pueden ménos de darte un abrazo contra mi pecho por la divina caridad y dulzura que entonces siento en mi corazón. Me parece entonces que Tú de tal manera te imprimes en mi alma, que Tú eres verdaderamente su corazón, su médula y todas sus entrañas, y por eso Tú me eres más amable que la una y la otra cosa mía, mi alma y mi cuerpo. Yo sería feliz si hiciese todo lo que te agrada: con que, amabilísimo Señor mío, ayúdame y haz que pueda hacer en todas las cosas lo que es tu gloria». (Santa Brígida, *Revelaciones extraordinarias*, cap. cxvi, último.)

pecadora que quiere convertirse, y le es de sumo consuelo y seguridad, si es justa. Si es pecadora que quiere convertirse, considérese como otra Magdalena á los piés de Cristo, que si llora y detesta sus pecados, luego tiene el suspirado perdón; y cierto no hay necesidad de que el alma pecadora vaya á otra parte en busca de su Salvador y de su médico: búsquelo dentro de sí misma, que allí le encontrará muy dispuesto á desatarle sus lazos, á curar sus llagas; mírele dentro de sí, pídale, búsquele allí, derrame allí lágrimas de compunción, prométale allí la enmienda de su vida, y allí oirá una voz, que le responde: *Te son perdonados tus pecados* (San Lúcas, VII, 48); voz sumamente amorosa, que la animará á vencer todos los respetos humanos, á romper todos los malos hábitos y á presentarse al tribunal de la Penitencia con las mejores disposiciones para ser allí purificada.

Esta fe de la interior presencia de su buen Dios será, además, de gran consuelo y firmeza al alma que siente en sí el testimonio de la buena conciencia, y puede confiar de estar limpia de pecado mortal, y, por consiguiente, rica con el tesoro de su gracia, y ser su amiga, su hija y su esposa. Ella conoce que está unida á su Dios con otra unión infinitamente preciosa. Ella tiene cubierta con la fe aquella misma presencia de su Bien, que los ángeles tienen descubierta en la gloria. Ella está con Dios como hija amadísima de

su óptimo Padre, como esposa queridísima con su dulce Esposo. Padre y Esposo que es la verdadera fortaleza, la verdadera sabiduría, la verdadera belleza, verdadera gloria y todo bien. ¡De cuánta alegría le debe ser esta presencia divina en medio de los afanes de este destierro; de cuánta seguridad en medio de los peligros de este mundo! Con frecuencia deberá decir con el Profeta á su Amado: «Muy bueno es para mí unirme á tí: tus consuelos alegran mi espíritu. Yo no temeré mal ninguno, porque Tú estás conmigo». (Salmo LXXII, v. 28, 93; v. 19, 24; v. 4.) De modo que de esta segunda presencia nacerá de cuando en cuando la tercera muy gozosa, en la cual *se regocijará en Dios su Salvador* (San Lúcas, v, 47), y podrá entonces gozar de aquellas amorosas comunicaciones, que San Juan de la Cruz llama *fiestas interiores del Espíritu Santo*.

§ V

Se exhorta al alma á buscar á Dios dentro de sí misma.

Hay, sin embargo, muchas almas que sólo saben buscar á su Dios lejos de sí, ó en el cielo, ó en el Santísimo Sacramento, sin jamás acordarse de buscarle en sí mismas, donde de cierto está y donde á cada momento pueden hallarle,

ponerse en sus brazos, estrecharle y reposar en Él. Búsquenle en hora buena en el cielo, y allí pongan todas sus esperanzas y eleven todos sus deseos, porque allí arriba es donde las espera para hacerlas participantes de su eterna gloria: búsquenle también en el Santísimo Sacramento, porque allí es donde derrama las riquezas inagotables de su amor; pero búsquenle también en su propio seno, donde ha escogido su grata habitación, y donde nunca se le ha de dejar solo.

Óigase una vez más á Santa Teresa: «Bien »entendía que tenía alma; mas lo que merecía »esta alma, y quién estaba dentro de ella (por»que yo me ataba los ojos con las vanidades de »la vida para verlo), no lo entendía. Que á mi »parecer, si como ahora entiendo que en este »palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran »Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tan»tas veces solo; alguna me estuviera con Él, y »más procurara que no estuviera tan sucia». (Capítulo XXVIII.)

Escuchemos ahora á San Juan de la Cruz: «¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las »criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde »está tu Amado para buscarle y unirte con Él! »Ya se te dice que tú misma eres el aposento »donde Él mora, y el retrete y escondrijo donde »está escondido; que es cosa de grande contenta»miento y alegría para tí ver que todo tu bien y »esperanza esté tan cerca de tí, que esté en tí...

»Gózate y alégrate en tu interior recogimiento »con El, pues le tienes tan cerca. Ahí le ama, »ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas á bus»car fuera de tí». (*Cántic. espirit.*, canción 1.ª)

§ VI

Fruto que se ha de sacar de la doctrina ya expuesta.

Sea, pues, este el fruto de la fe de la Divina presencia en lo interior de nuestra alma. Primeramente, en cuanto sea compatible con nuestra humana debilidad, procuremos hacer con frecuencia compañía á un huésped tan generoso, que ha establecido su morada en nuestra alma, no por necesidad alguna que tenga de ella, sino para satisfacer la extrema que nosotros tenemos de Él, y por enriquecernos con sus bienes. Y entonces verdaderamente le hacemos compañía, cuando nos acordamos de Él, cuando atendemos á su presencia y tratamos con Él nuestras cosas con aquella íntima familiaridad que debe mediar entre padre é hijo, entre amigo y amigo, que sirven en la misma casa.

Procuremos, en segundo lugar, tener la misma casa limpia de toda inmundicia, ó sea tener el alma pura de toda maldad y pecado. Él es la misma santidad y pureza; y con toda razón quiere su morada pura y santa. Esta solicitud de

atenderle, de no dejarle solo, y de tenerle, cuanto es en nuestra mano, limpia y decente la habitación, le será sumamente grata, y veremos cuáles y cuán grandes bienes obtendremos de este modo; pero de esto no se hablará ahora, habiendo de hacerlo en otro capítulo.

CAPÍTULO IX

CÓMO PODREMOS EJERCITARNOS EN ESTA PRESENCIA DIVINA CON PIADOSAS CONTEMPLACIONES

§ I

El alma, casa de Dios.

Para mejor avivar y alimentar en nosotros la fe de esta interior presencia de nuestro Dios, será útil, por lo ménos al principio, que nos ayudemos con algunas piadosas contemplaciones, que pueden dar mucha luz y mucha consolación. Pondremos desde luego la que nos expone Santa Teresa en el cap. XXVIII: «Hablemos »un poco de cómo nos acostumbremos á tan »buen modo de proceder... Pues hagamos cuen»ta que dentro de nosotros está un palacio de »grandísima riqueza, todo su edificio de oro y »piedras preciosas; en fin, como para tal Señor; »y que sois vos parte para que este edificio sea »tal (como á la verdad lo es que es ansí, que no

»hay edificio de tanta hermosura como un alma »limpia y llena de virtudes; y mientras mayores, »más resplandecen las piedras), y que en este »palacio está este gran Rey, y que ha tenido por »bien ser vuestro huésped, y que está en un trono »de grandísimo precio, que es vuestro corazón. »Parecerá esto al principio cosa impertinente »(digo hacer esta ficción para darlo á entender), »y podrá ser aproveche mucho, á vosotras en es- »pecial; porque como no tenemos letras las mu- »jeres, todo esto es menester para que entenda- »mos con verdad que hay otra cosa más preciosa, »sin ninguna comparación, dentro de nosotras, »que lo que vemos por de fuera».

Nótese que dice puede ayudar mucho, *particularmente* á las mujeres; porque sabía bien que este medio podía ayudar también á los hombres, aunque letrados. Pero veamos la oportunidad de esta comparación de nuestra alma con el palacio que nos describe.

Primeramente, el alma debe reconocerse como casa de Dios, porque por tal la reconoce su mismo Señor. Así en los Cánticos se representa á Dios que está á la puerta de esta casa, y llama para que se le abra. «Yo duermo, pero mi cora- »zón vela. Esta es la voz de mi Amado, que »llama (á mi puerta). Ábreme, ¡oh, hermana »mía, amiga mía, inmaculada mía!» (Cap. v, v. 2); y el alma, oído el llamar de la mano divina y la afectuosísima invitación de su voz, dice:

«Me he levantado para abrir á mi Amado». Y otra vez en el Apocalípsis (cap. III, v. 20): «He »aquí que yo estoy á la puerta y llamo ; quien »oyere mi voz y me abra su puerta, entraré á él, »cenaré con él y él conmigo». Por lo cual, el alma debe considerarse como casa, ó sea palacio, de su amado Señor.

Este palacio debe también figurarse edificado todo de oro con adornos de perlas preciosísimas, porque el alma debe estar toda revestida del oro de la caridad y rica de todas las joyas de las otras santas virtudes. Debe también reconocerse que el alma es *en parte* causa de tanta hermosura y riqueza; porque el puro amor de Dios y las virtudes santas, siendo dones gratuítos del Señor, no se mantendrían en ella ni irían en aumento sin su cooperación y correspondencia á la gracia. Que además habite el divino Rey en este palacio, lo hemos visto. Reside Él, como en su trono, en nuestro corazón, descansando en nuestro afecto y amor, simbolizado en el corazón.

Esta contemplación devota abre el camino á muchas consideraciones y afectos, capaces de reconcentrar las mentes más distraídas. ¡Qué maravilla es, á la verdad, ver aquella Majestad infinita, que, como dice la divina Escritura, no puede ser contenida en los mismos cielos, empequeñecerse tanto para expresarnos así que fija su mansión en nuestro nada! ¿Y qué otra cosa parecerá, sino la misma nada, nuestra alma res-

pecto á Dios? «Todo el orbe de la tierra, dice el »Sabio, está delante de Dios como una gota de »rocío matutino». (Sabidur., XI, v. 23.) Y el Salmista: «Mi sér es un nada delante de Tí». (Salm. XXXVIII, v. 6.) Entonces le repetiremos aquellas palabras de Salomón: «Si el cielo y los »cielos de los cielos no te pueden contener, »¿cuánto ménos esta mi casa?» (Rey., lib. III, cap. VIII, v. 27.)

¡Qué sentimientos de humildad y de santa confusión se excitarán en nosotros al ver que la casa de nuestra alma dista mucho de ser toda oro puro de caridad, y que, lejos de ser rica en virtudes, está llena de muchas inmundicias por tantos defectos y pecados! ¡Qué deseos tan vivos nacerán en nosotros de hacer todo lo posible por purificar, hermosear, enriquecer esta casa nuestra, para hospedar en ella ménos indignamente á tan grande Majestad!

¡Qué sorpresa también al ver dentro de nosotros aquella infinita belleza, con cuya vista se regocija eternamente el cielo al considerar su dignación de habitar en esta casa nuestra para iluminarla con su luz, para embellecerla con su resplandor infinito! Y al ver dentro de nosotros una belleza tan excelsa y perfecta, ¿dejaremos también que lleven tras sí nuestras miradas las exteriores miserias de este mundo, á que se les da también este nombre de *bellezas* con tanta falsedad, y que con tanto peligro son admiradas

como tales? Diremos entonces con David: «Apar»ta mis ojos para que no vean la vanidad». (Salm. CXVIII, v. 37.) ¿ Y cuál deberá ser entonces nuestro deseo de llegar á contemplar sin velo, cara á cara, aquella belleza inefable, de la que un solo rayo bastaría á enamorar y hacer felices infinito número de ángeles y santos?

Así se podría discurrir por los otros divinos atributos, mirando dentro de nosotros aquella infinita Sabiduría, que lo ve todo; aquel Poder infinito, que lo puede todo, etc.; en fin, aquella infinita Bondad, que nada ménos merece que un amor infinito, y que, amada con toda la posible perfección de todos los ángeles y santos, es, sin embargo, amada infinitamente ménos de lo que merece.

§ II

El alma, jardín de Dios.

Podremos también tomar otras semejanzas no ménos propias y no ménos fecundas en piadosos y santos pensamientos. Nuestra alma es también jardín de Dios. «*Hortus conclusus soror mea »sponsa.* (Cánt., IV, v. 12.) Huerto cerrado es mi »hermana esposa». Así se digna Dios llamar á su alma querida, donde El mora con su Divina presencia; por tanto, podemos imaginar á nuestra alma como un delicioso jardín rodeado de

fuerte cerco ó muralla, donde sólo entre el agricultor que le cuida ; como un huerto de abundantes y cristalinas aguas, fecundizado por templado viento , oloroso con variadas flores , rico de sabrosos frutos. Tal es , en verdad , nuestra alma , en la que busca sus delicias el Divino Esposo.

Ella es como jardín guardado por fuerte cerco en todos sus lados , por los muchos medios de defensa que recibió de Cristo , para tener lejos de sí á los espirituales enemigos , que siempre giran á su al rededor y la cercan día y noche. Ella abunda en cristalinas aguas de gracias divinas, que saltan *de las fuentes del Salvador* , que así llama Isaías (XII, v. 13) sus adorables llagas. Ella es fecundizada de la caridad celestial , que le da fuerza , vigor y mérito de vida eterna. Por lo que toca á las virtudes de que está adornada, como de bellas y muy preciosas flores , ella esparce la amable y suave fragancia de los buenos ejemplos, llamada , por tanto , de San Pablo, «*El buen olor de Cristo*» (II Cor. II , 15); y las muchas y diferentes obras de caridad y religión son los suaves frutos que la enriquecen de inmortales tesoros , llamados por el mismo Apóstol «frutos del Espíritu». (*Gálat.*, V, 22.)

Á este jardín de nuestra alma veremos descender á su Amado para recrearse con la fragancia de las flores, para saborear sus frutos, para coger sus azucenas. Dichosa el alma que

pueda entonces verdaderamente repetir con la Sagrada Esposa: «Yo estoy con mi Amado y »mi Amado está conmigo, que se recrea con las »azucenas». (Cánt., VI, v. 2.) «He puesto aparte, »para mi Amado, todas las manzanas nuevas y »viejas». (Cánt., VII, v. 13.)

Y si, por lo contrario, encontrásemos este jardín estropeado por las correrías de nuestros enemigos, que se prevalen de la poca guarda de nuestros sentidos; árido y estéril por nuestra ingratitud y frialdad en el divino servicio; lleno, tal vez, de yerbas inútiles y selváticas, y áun de dolorosas espinas, por nuestras vanidades, caprichos y pecados, ¡cuánta razón tendremos de confundirnos humildemente y rogar con abrasado corazón al Cultivador omnipotente, que se digne remediar con su misericordia infinita tantos daños de su huerto, y cambiarlo en delicioso jardín!

Esta semejanza gustaba á Santa Teresa, y habla de ella así en el cap. XIV de su *Vida*: «Mu»chas veces en mis principios... me era gran de»leite considerar ser mi alma un huerto, y al »Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumen»tase el olor de las florecitas de virtudes, que »comenzaban, á lo que parecía, á querer salir, »y que fuese para su gloria, y las sustentase, »pues yo no quería nada para mí, y cortase las »que quisiese, que ya sabía habían de salir me»jores».

§ III

El alma, cielo de Dios.

Otra buena comparación será aquella del cielo, al que igualmente, como observa San Gregorio Magno (Hom. xxxviii in Ev.), es comparada en la Divina Escritura nuestra alma. «Dice »el Señor: «El cielo es mi Trono»; y Salomón: «El alma del justo es el Trono de la Sabiduría». »San Pablo llama á Cristo la virtud de Dios, la »sabiduría de Dios: hay que inferir, que si Dios »es la misma Sabiduría, el alma del justo es el »Trono de la Sabiduría; si el cielo debe llamar»se el Trono de Dios, el alma del justo debe ser »considerada como un cielo».

Ahora bien; no hay cosa ni más noble ni más grande que el cielo. El cielo publica por modo singular la gloria de su Criador: «*Cœli enarrant gloriam Dei*». (Salm. xviii, v. 1.) El sol lo llena magníficamente de sus resplandores; la luna le alegra con su suave luz, y le adoran innumerables y muy brillantes estrellas. Igualmente nuestra alma es la obra más noble y admirable de la omnipotencia de Dios sobre la tierra. Ella es alumbrada con torrentes de luz de la celestial Sabiduría, que, como sol, la ilumina: en la luna podemos reconocer la devoción á María, que, como la luna entre las estrellas, campea suave-

mente entre los muchos méritos y ricas dotes de toda alma piadosa: en las estrellas podemos considerar los actos de virtud sin número que la adornan y embellecen con resplandores celestiales, inmortales.

En este pequeño cielo, pero delante de Dios mucho más grande y sublime que el material que vemos con nuestros ojos, podemos contemplar á su Divina Majestad, que se lo ha escogido por Trono, y venerarla allí con profundos sentimientos de gratitud y de amor, por haberle comunicado tantos bienes y gloria tanta.

Y si encontrásemos á nuestra alma como un cielo encapotado y tenebroso, por las propias culpables ignorancias y desenfrenadas concupiscencias, humildemente compungidos y penetrados de dolor por el desprecio que hemos hecho de tantas bellezas divinas, pediremos á su Divina Majestad que disipe toda niebla y desvanezca la tempestad, y haga nuestro cielo luminoso, puro y brillante, cual debe ser su Trono.

§ IV

El alma, templo de Dios.

Otra semejanza será la del templo, que es también de la Divina Escritura. «Vosotros sois el »templo de Dios vivo», dice el Apóstol San Pablo á los Corintios: «*Vos enim estis templum Dei vivi*». (II Cor., c. VI, v. 16.) Conviene que un

templo sea rico, grandioso y esté bien adornado, y que allí no cesen las súplicas, la acción de gracias, las alabanzas de Dios, y especialmente los sacrificios. Así pensaremos nosotros que nuestra alma debe ser grande en santos deseos, en esperanzas divinas, y que debe estar rica y bien adornada de todas las virtudes; que allí deben alternar las oraciones y hacimiento de gracias, las bendiciones de Dios; y que especialmente sobre el altar de nuestro corazón, donde siempre ha de arder y despedir rayos de santa caridad, se deben presentar á Dios los aceptables sacrificios de nuestros afectos, inmolándole toda nuestra voluntad, para que quede y se haga únicamente la suya.

Además, pensaremos que, como la Majestad de Dios llenó el templo de Jerusalem en forma de nube en tiempo de Salomón, así llena también nuestra alma. Bajo esta figura de majestuosa nube, que no sólo llena el alma, sino hace también llover sobre ella el agua de los celestiales consuelos, considera á Dios nuestra Santa en el cap. xx de la *Vida*, diciendo: «Podemos »creer que se está con nosotros está nube de la »gran Majestad acá en esta tierra».

Después, como ántes se dijo, nos humillaremos y lloraremos nuestras culpas, si encontráremos que nuestra alma está como un templo miserable, estrecho, despojado, sucio, y donde poco ó nada se hace en honor del Señor.

§ V

Dios, corazón del alma.

Otras semejanzas se podrán tomar también, aunque no se hallen expresamente en las Divinas Escrituras, como ayuden á hacernos ejercitar en esta interior presencia Divina. Por ejemplo, podrá el alma figurarse dentro de sí á su amado Señor, como si fuese su propio corazón; pues así como del corazón procede la vida del cuerpo, y faltando el corazón luego falta la vida, así faltando al alma la presencia amorosa de su Señor, al punto quedaría muerta á la gracia del Señor, de una muerte infinitamente más temible que todas las muertes temporales posibles.

De este modo verá el alma que cuanto puede tener en sí misma de vigor, de hermosura, de salud y de vida, todo le viene de su Divina Majestad, como de benéfico corazón. Y como toda persona nada ama, guarda y defiende de todo golpe ó herida como el propio corazón, ella entenderá que nada debe mirar como á su Dios, de ninguna otra conservar igualmente la posesión, ni tomarse mayor cuidado como de que Él no reciba en ella ofensa alguna, áun pequeña, como se querría defender el corazón de toda punzada, áun pequeñísima.

§ VI

Cómo nos podemos ejercitar en estas contemplaciones.

Estas piadosas contemplaciones podrán hacerse de tiempo en tiempo, cuando el alma se siente movida á ellas, y se podrá detener en las mismas mientras le dure la devoción que le causen. Se podrán también fomentar con algún pensamiento y afecto que nazca en nosotros de alguna circunstancia actual. Por ejemplo, entrando en una iglesia magnífica, adornada y devota, podremos decir al Señor: «¡Ojalá estuviese »así, para honor vuestro, el templo de mi alma!» Igualmente, viendo el cielo muy sereno y brillante, podremos decir: «¡Ojalá estuviese para »Vos pura y serena mi alma!» Serían también muy oportunos los afectos contrarios; viendo una iglesia poco decente ó profanada, un cielo oscuro y tempestuoso, una casa sucia, un jardín destrozado, diciendo: «¡Ay! ¡No permitáis, oh, »Señor, que llegue á estar así mi alma para Vos!»

Será además buen ejercicio avivar esta fe de la presencia de Dios en nosotros, cuando hubiéremos de ocuparnos en servicio de nuestro cuerpo, según la Divina voluntad, como sería el comer, beber, dormir, descansar, recrearse, formando intención entonces de no darnos gusto á

nosotros, sino á Dios en nosotros. Así leemos de Santa Gertrudis, que encontrándose muy débil de fuerzas, pensó tomar algún refuerzo con unas pocas uvas, y con ello dar gusto en sí á su Amado. Entonces el Señor le dijo que de este modo recibía compensación de la amargura de la esponja que se le había dado á gustar en la Cruz, «porque, añadía, recibo de tu corazón una in»creíble dulzura, y tú, cuanto más puramente »recrearás tu cuerpo para gloria mía, tanto más »Yo me sentiré recreado en tu alma». Este sería muy dulce y provechoso ejercicio de amor de Dios, que haría muy preciosas en su Divina presencia tantas obras que hacemos materialmente casi como animales, porque la naturaleza nos inclina á ellas, y en ellas encuentran satisfacción nuestros sentidos., (Pacetti, *Escuela de Santa Gertrudis*, p. 1, cap. III.)

Pero hay que tener en cuenta, como ya hemos advertido, que no se deben hacer esfuerzos para detenerse en las sobredichas contemplaciones devotas, cuando no se presentan al alma pacífica y espontáneamente. En este mar no se navega á fuerza de remos, sino á fuerza de viento. «Si el aire del Espíritu Santo no empuja la »vela, es inútil el esfuerzo de los brazos». Lo dice expresamente Santa Teresa: «No se negocia bien »con Dios á fuerza de brazos». (*Vida*, cap. XV.) Sin embargo, puesto que, como ella dice, y se verá después, esta no es contemplación infusa,

el alma debe hacer sus diligencias para tener estos santos pensamientos y fomentarlos en sí misma, si el espíritu del Señor se los concede. Cuando no se sienta movida á ellos, continúe su oración con la sola advertencia de recordar de cuando en cuando que está con su Dios.

CAPÍTULO X

DE LAS DILIGENCIAS QUE PUEDE HACER EL ALMA PARA OBTENER EL SENTIMIENTO DE LA INTERIOR PRESENCIA DIVINA

§ I

Ejercicio de la memoria de la presencia Divina.

Se ha dicho que el alma debe hacer sus diligencias para lograr el saber recogerse en su interior y estarse allí unida con Dios, que le está presente. Óigase ahora á Santa Teresa cuáles deben ser estas diligencias: «Vase ganando esto »de muchas maneras, como está escrito en algu»nos libros, que nos hemos de desocupar de todo »para llegarnos interiormente á Dios; y áun en »las mesmas ocupaciones retirarnos á nosotros »mesmos, aunque sea por un momento sólo. »Aquel acuerdo de que tengo compañía dentro »de mí, es gran provecho».

«Lo que pretendo sólo es, que veamos y este»mos con quien hablamos, sin tenerle vueltas las »espaldas, que no me parece otra cosa estar ha»blando con Dios y pensando mil vanidades. »Viene todo el daño de no entender con verdad »que está cerca, sino lejos, y cuán lejos si le va»mos á buscar al cielo. ¡Pues rostro es el vues»tro, Señor, para no mirarle estando tan cerca »de nosotros! No parece nos oyen los hombres, »si cuando hablamos no vemos que nos miran; »¿y cerramos los ojos para no mirar que nos mi»réis vos? ¿Cómo habemos de entender si habéis »oído lo que os decimos? Sólo esto es lo que »querría dar á entender; que para irnos acos»tumbrando con facilidad á ir sosegando el en»tendimiento para entender lo que habla, y con »quién habla, es menester recoger estos sentidos »exteriores á nosotros mesmos, y que les demos »en qué se ocupar; pues es ansí que tenemos el »cielo dentro de nosotros, pues el Señor dél lo »está. En fin, irnos acostumbrando á gustar de »que no es menester dar voces para hablarle, »porque su Majestad se dará á sentir como está »allí... Concluyo con quien lo quisiere adquirir »(pues, como digo, está en nuestra mano), que »no se canse de acostumbrarse á lo que queda »dicho, que es señorearse poco á poco de sí mes»mo, no se perdiendo en balde, sino ganándose »á sí para sí, que es aprovecharse de sus sentidos »para lo interior. Si hablare, procurará acordar-

»se que hay con quien hable dentro de sí mes»mo; si oyere, acordarse há que ha de oir á quien »más cerca le habla. En fin, traer cuenta que »puede, si quiere, nunca se apartar de tan buena »compañía, y pesarle cuando mucho tiempo »ha dejado solo á su Padre, que está necesitada »de él. Si pudiere muchas veces en el día, si no »sea pocas, como lo acostumbrare, saldrá con »ganancia, ó presto ó más tarde. Después que »se lo dé el Señor, no lo trocaría por ningún »tesoro, pues nada se desprende sin un poco de »trabajo. Por amor de Dios, hermanas, que déis »por bien empleado el cuidado que en esto gas»táredes; y yo sé que si lo tenéis un año, y qui»zá en medio saldréis con ello con el favor de »Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ga»nancia, como es hacer buen fundamento para »si quisiere el Señor levantaros á grandes cosas, »que halle en vos aparejo hallándoos cerca de »sí. Plega á su Majestad no consienta nos apar»temos de su presencia, amén». (Cap. xxix.) Y en el cap. iv de su *Vida* dice de sí: «Procuraba »lo más que podía traer á Jesucristo nuestro »bien y Señor dentro de mí presente, y esta era »mi manera de oración».

He aquí, pues, cómo la primera diligencia está en el ejercicio de nuestra memoria, acordándonos con frecuencia que Dios está con nosotros; es más, dentro de nosotros. No debe de costarnos mucho recordar esta verdad, porque

es cosa sencillísima, como lo es recordar cualquier otro objeto. ¿Qué dificultad podría haber en recordar áun con frecuencia que dentro de nuestro pecho está el corazón? Ninguna, ciertamente; y si fuese cosa importante á la salud de nuestro cuerpo acordarnos con frecuencia de nuestro corazón, lo podríamos recordar muchísimas veces al día con toda facilidad. Lo recordamos pocas veces, porque es un remedio inútil mientras que, sin reflexión alguna nuestra, el corazón hace sus funciones vitales, en lo que obra con entera independencia de todo pensamiento nuestro. No así Dios en la economía de su gracia. Él no quiere vivificar nuestra ánima independientemente de nuestra solicitud, como el corazón vivifica el cuerpo, y por eso la memoria de Él es sumamente necesaria á la salvación del alma.

Este acordarnos que Dios está en nosotros, será como verle dentro de nosotros; no bajo alguna forma ó figura, porque Dios no tiene figura ni forma; pero será como verle sencillamente con fe, y acordándose que está allí; dirigiéndole con fe alguna mirada, orando, nos estaremos con Él, es decir, le atenderemos sin volverle las espaldas, como sería si voluntariamente nos distrajésemos á pensar en otras cosas. Esto es lo que nosotros podemos hacer naturalmente con el auxilio de la Divina gracia; porque el tener particulares sentimientos de la presencia interior

de Dios es cosa que depende totalmente de Él, y estos particulares sentimientos nos los dará cuando fuere de su agrado.

Estos particulares sentimientos no son cosas que se puedan expresar con palabras; el alma siente la Divina presencia de varios modos; pero no sabe decir cómo es verdaderamente. Se siente complacida, alegre, como dice San Juan de la Cruz; pero en un secreto muy oculto, que no puede manifestar á otros: todo lo más, podrá decir alguna cosa muy por encima y toscamente, que no entenderán sino los que tuvieren experiencia de ello.

§ II

El alma que encuentre oscura esta doctrina no se debe desaminar.

Si todo esto pareciere oscuro, no se abata; el ánima cristiana, que desea llegar al interior recogimiento, bastará que procure hacer lo que quiere la Santa cuando dice: «Lo que pretendo sólo »es que veamos y estemos con quien hablamos »sin tenerle vueltas las espaldas»; que quiere decir: acordarse de estar con Dios y no distraerse voluntariamente. El Señor, viendo que el alma procura esta atención (siempre sin esfuerzo y con paz), le dará el deseado recogimiento, aunque no se entienda y parezca muy oscuro cuanto se dice.

No por esto se ha de sospechar que este no entender provenga de rudeza y falta de natural ingenio; aquí el no entender proviene de falta de experiencia; es decir, de no haber aún gustado estos dones particulares y excelentes, que suele hacer á muchas almas su Divina Majestad. Del mismo modo, no se podrá dar á entender qué es el sabor dulce á una persona que jamás hubiese probado cosa dulce, por muy perspicaz que fuera su ingenio. Por el contrario; por muy ruda que fuese, apenas haya probado un manjar dulce, entenderá luego lo que es la dulzura del sabor. Todo esto es doctrina enseñada por Santa Teresa en varios lugares; uno de ellos, en la *Vida* (cap. XII): «Abra el Señor los ojos de los »que lo leyeren con experiencia; que, por poca »que sea, luego lo entenderán»; y, añade, hablando de sí: «Hartos años estuve yo que leía »muchas cosas, y no entendía nada de ellas».

Lo que quiero hacer observar especialmente; porque no todas las almas entenderán cuanto la Santa dice de la oración, y, no entendiéndolo, creerán tal vez que no tienen aquella capacidad que es necesaria para aprender de ella la doctrina de la oración, y acaso podrían creer cosa inútil ponerse en el camino que ella enseña, no viendo esperanza de poderla seguir: este sería un grande engaño y muy perjudicial. Si el alma entiende muy poco de estas cosas, no desconfíe ni desmaye; no se cure de aquello que no en-

tiende; haga solamente, como pueda, aquello que entiende, y entonces irá también entendiendo aquello que ántes no podía comprender, y se le hará más claro lo que le parecía ántes oscuro. Pero se necesita paciencia humilde, y esperar los dones de Dios para cuando quiera concedérnoslos.

Conviene hacer aquí otra advertencia, asímismo muy importante, y es, que como para entender bien ciertas cosas de oración, por ejemplo, varios regalos que Dios hace á las almas, no es necesario talento; así el no tenerlo no es obstáculo para recibirlos. Luego que el alma está suficientemente instruída en la Doctrina cristiana, según su capacidad, aunque en lo demás sea muy ignorante, tosca, de poca altura, y de inteligencia, como se suele decir, muy dura; como tenga buena voluntad y desee unirse á Dios en el santo ejercicio de la oración, está dispuesta y es muy capaz de recibir los dones más altos de que habla Santa Teresa, y áun aquellos que ménos entienden los grandes sabios y letrados que no los han recibido. Antes bien, á las veces estas almas ignorantes y de ningún talento, siendo más fácilmente sencillas y humildes, son más aptas para recibir estos dones extraordinarios, que no los sabios y letrados.

El ingenio bueno y excelente es un don de Dios; pero no es necesario para orar bien. Lo es para hablar bien con los hombres, pero no

para hacerlo con Dios. Para hablar bien con Dios es necesario desearlo, y nada más. Es muy de notar la gran diferencia que hay entre hablar con los hombres y hablar con Dios: aquéllos no nos sugieren los sentimientos del corazón, ni nos ponen en boca las palabras; y, por tanto, es necesario que sepamos pensar y discurrir bien para que podamos hablar como es debido con ellos; no así Dios, pues en la oración hace con nosotros una y otra cosa. En lo íntimo del corazón, donde Él está como en su trono, despierta los buenos sentimientos y nos pone en los labios las santas expresiones con que quiere que nosotros le hablemos; y son sentimientos y expresiones que el ingenio más sublime y toda la sabiduría humana no podrían por sí mismos encontrar jamás. Por lo cual, tú, ¡oh, alma deseosa de aprender á orar! cree también que si sólo te faltan el buen talento y la instrucción humana, nada te falta; tu solo buen deseo es más que suficiente para que llegues á donde quieres. Se entiende con el auxilio de la gracia, que Dios ciertamente no te ha de negar.

Pero, volviendo al trozo de la Santa, nótese bien el cuidado con que debemos procurar acordarnos con frecuencia que tenemos á nuestro Dios dentro de nosotros, dirigiéndole una mirada por fe, esto se entiende, especialmente la oración. Mas para acostumbrarnos mejor á atender á esta interior presencia de nuestro Señor,

quisiera la Santa que también en el transcurso del día, áun cuando nos ocupemos con las personas del mundo *hablando* ó *escuchando*, nos acordemos de Él, que interiormente nos habla y nos escucha; *y que si podemos hacer esto muchas veces al día, lo hagamos, si no á lo ménos pocas* (ella es siempre muy discreta, como lo es el Espíritu del Señor), y por lo mismo nos dolamos, cuando reflexionemos, *de haber dejado solo mucho tiempo* á aquel huésped divino, que se complace en habitar en nuestra alma. Lo que quiere decir es, que cuando, embebidos en las cosas del mundo, dejamos pasar mucho tiempo sin acordarnos de Dios, deberíamos pedirle humildemente excusa y perdón de nuestra descortesía y poca delicadeza, como haríamos si, teniendo en casa un gran personaje, le dejásemos allí solo por irnos á hablar fuera con gente baja y plebeya.

Después nos asegura la Santa que *presto* ó *tarde* llegaremos á adquirir el sentimiento de la presencia Divina, el cual es un bien que, obtenido, no le querremos *perder por ningún tesoro;* y nos hace esperar que en *un año, áun en medio*, le podremos conseguir, y encontrarnos dispuestos para más grandiosos regalos de su Divina Majestad.

§ III

Pureza de conciencia.

Otra grande advertencia hace la Santa en el cap. XXVIII, y es que el alma, considerándose como casa, ó sea palacio de su Divina Majestad, se conserve bien limpia y pura de toda cosa que no guste á Dios, para poderse encontrar y verse llena de la Divina Providencia; y dice así: «El »punto está en que se le demos por suyo (el pa»lacio del alma) con toda determinación, y le »desembaracemos, para que pueda poner y qui»tar como en cosa propia. Esta es su condición, »y tiene razón Su Majestad, no se lo neguemos. »Y como Él no ha de forzar nuestra voluntad, »toma lo que le damos; mas no se da á sí del »todo hasta que nos damos del todo á Él (esto »es cosa cierta, y porque importa tanto, os lo »acuerdo tantas veces), ni obra en el alma como »cuando del todo, sin embarazo, es suya, ni sé »cómo ha de obrar; es amigo de todo concierto. »Pues si el palacio henchimos de gente baja y »de baratijas, ¿cómo ha de caber el Señor en su »corte?»

Por lo cual nosotros debemos empeñarnos con mucho celo en tener nuestra alma bien limpia y libre de todos los afectos sensuales y terrenos, que son como gente baja é inútiles ba-

ratijas, que impiden la plenitud de la presencia Divina.

Por otra parte, sabemos que son bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios (Math., v, 8); y no sólo le verán en el cielo cara á cara después de la presente vida, sino también le verán ahora con gran luz de fe en medio de las tinieblas de este mundo. Antes bien, en cuanto es compatible con la presente condición de desterrados, estarán dispuestos á verle dentro de sí en modos aún admirables, siendo tan íntimo al alma pura, su amada y su esposa. Ahora bien; esta limpieza y pureza no se consiguen sino mediante el fuego del divino amor. Óigase á este propósito un bellísimo trozo de San Juan de la Cruz: «Los predestinados... »acá se limpian y iluminan con amor. El cual »amor pidió David cuando dijo: *Cor mundum »crea in me Deus*, etc. (Salmo L, v. 12.) Porque »la limpieza de corazón no es ménos que el »amor y gracia de Dios. Que los limpios de co»razón son llamados por nuestro Salvador bien»aventurados, lo cual es tanto como decir ena»morados, pues que bienaventuranza no se da »por ménos que amor». (*Noche escura*, libro II, cap. XII.) Por lo cual es necesario ejercitarse mucho en el vivo y puro amor de Dios para lograr la pureza del corazón, y por este medio, cuanto es posible en esta vida, el conocimiento, ó sea vista de Dios, que se reduce á la *noticia*

amorosa, de la que el mismo Santo dice en varios lugares cosas tan grandes.

§ IV

Orar ordinariamente con los ojos cerrados.

Otra diligencia indica la Santa con estas palabras: «Ansí quien va por este camino, casi siem»pre que reza, tiene cerrados los ojos, y es ad»mirable costumbre para muchas cosas, porque »es un hacerse fuerza á no mirar las cosas de »acá; esto al principio, que después no es me»nester; mayor se la hace cuando en aquel tiem»po los abre». (Cap. XXVIII.)

Esta advertencia podría parecer minuciosa y de poca importancia, pudiéndose orar bien abiertos los ojos, y más siendo esto necesario cuando se han de leer las oraciones que no se saben de memoria. No obstante, si se atiende á que el alma, queriendo mirar por fe y conversar con su Amado, que tiene dentro de sí, necesita reconcentrarse en sí misma y evitar toda distracción que puedan darle los sentidos exteriores, se entenderá que cuando se pueda, y por lo mismo cuando no se hayan de leer las oraciones, será cosa muy útil cerrar los ojos, para que la vista interior no sea turbada por la exterior, ni el sentimiento del alma por los sentidos del cuerpo.

Con estas advertencias nos dispondremos á la oración de recogimiento adaptada á todo género de personas, la cual quiere enseñarnos Santa Teresa.

CAPÍTULO XI

DE LOS BIENES QUE PROCEDEN DE ESTA CLASE DE ORACIÓN

§ I

Se impiden las distracciones.

Dice la Santa: «¿Pensáis que importa poco »para un alma derramada entender esta verdad, »y ver que no há menester para hablar con su »Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con »Él, ni há menester hablar á voces? Por paso »que hable, está tan cerca, que nos oirá; ni há »menester alas para ir á buscarle, sino ponerse »en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extra- »ñarse de tan buen huésped, sino con gran hu- »mildad hablarle como á Padre, pedirle como á »Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio »para ellos, entendiendo que no es digna de ser »su hija». (Cap. XXVIII.)

Importa, pues, no poco para un alma distraí-

da este ejercicio de oración. Y, á la verdad, aque mirar con fe dentro de nosotros al Señor, que es como decir el mirar dentro de nosotros una Majestad que excede toda grandeza; una Belleza que vence todo esplendor y toda gloria; una Bondad sin límites; la verdadera sustancia del cielo, será medio muy eficaz para no dejarnos distraer de las miserias de este mundo, que están dentro de nosotros.

§ II

Se consigue más fácilmente familiaridad con Dios.

Sigue la Santa: «Tratad con Él como con padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo; á veces de una manera, á veces de otra; que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle... Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y que allí nos estemos con Él. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase de *recogimiento* porque recoge el alma de todas las potencias y se entra dentro de sí con Dios, y viene con más brevedad á enseñarla su Divino Maestro, y á darla oración de quietud».

Aprenderemos, pues, de este modo á tratar familiarmente con Dios, y á conferir con Él todas nuestras cosas, como se hace con persona íntima y propiamente de casa. Saber que no tenemos que buscar á nuestro Padre, Señor y Esposo lejos de nosotros; que no tenemos, por decirlo así, que *tomar alas* para volar hasta el cielo, ni *alzar la voz* para que nos oiga desde allá arriba; que, ántes bien, le podemos abrazar á cada momento y hablarle, por decirlo así, al oído siempre que quisiéremos, hará que tomemos con Él una humilde confianza para exponerle todos nuestros deseos y necesidades, como la hija lo hace á su padre, el hermano al hermano, la esposa al esposo. Además, avivada con este ejercicio la fe de su íntima amorosa presencia, se seguirá lo que prometía Santa Teresa en el cap. xxvi, á saber: que, por decirlo así, ni áun queriendo *le podremos echar de nosotros*, y donde quiera nos encontraremos con Él. Y cierto que ni Dios querrá retirarse del alma que le abraza con deseo tan íntimo y amoroso, ni el alma tendrá corazón para apartarse de Él después de haberle tan fuerte y dulcemente abrazado.

§ III

Se adelanta más en ménos tiempo.

«Las que de esta manera se pudieren encerrar »en este cielo pequeño de nuestra alma, á donde

»está el que le hizo á él... y se acostumbraran á »no mirar ni estar á donde se distrayan estos »sentidos exteriores, crean que llevan excelente »camino, y que no dejarán de llegar á beber el »agua de la fuente, porque caminan mucho en »poco tiempo. Es como el que va en una nao, »que con un poco de buen tiempo se pone en el »fin de la jornada en pocos días, y los que van »por tierra tárdanse más. Estos están ya, como »dicen, puestos en la mar; aunque del todo no »han dejado la tierra, aquel rato hacen lo que »pueden por librarse della, recogiendo sus sen»tidos.

»Ansí mesmo, si es verdadero el recogimien»to, siéntese muy claro, porque acaece alguna »operación (no sé cómo lo dé á entender; quien »lo tuviere, sí lo entenderá), en que parece que »se levanta el alma con el juego, que ya ve lo es »las cosas del mundo. Ábrase al mejor tiempo y »como quien se entra en un castillo fuerte para »no temer los contrarios; retira los sentidos des»tas cosas exteriores, y dáles de tal manera de »mano, que sin entenderse se les cierran los »ojos por no las ver, porque más se despierte la »vista á los del alma. Parece que se entiende un »fortalecerse y esforzarse el alma á costa del »cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y »ella toma allí bastimento para contra Él». Así la Santa.

De donde se sigue que en esta oración de re-

cogimiento interior, aprovecharemos más en ménos tiempo, y más fácilmente aprenderemos á llenar de Dios las potencias del alma, á saber: el entendimiento, la memoria y la voluntad; y como desembarazándose de los sentimientos exteriores, que se nutren de las vanidades del mundo, ejercitaremos los interiores, cuyo alimento son los verdaderos bienes de Dios.

Y aquí se ha de saber que estas potencias tienen tan profunda capacidad, que, como dice San Juan de la Cruz *(Llama viva de amor*, morada III, párrafo 1.°), *no se contentan con ménos que con el infinito.* Nuestro entendimiento no puede estar satisfecho si no llegare á estar lleno de la luz de Dios; ni nuestra memoria contenta sino cuando la presencia de Dios sea su objeto; ni nuestra voluntad tranquila sino descansando en su amor. Ahora bien; en la oración de recogimiento, la inteligencia se hinche con más facilidad de la luz de Dios, y se satisface con el conocimiento de un bien tan grande; igualmente la memoria se ocupa de la presencia de Dios, y queda muy complacida de tan feliz compañía; la voluntad queda presa del amor de Dios, y se nutre y se sacia de su divina posesión.

Se ha de conocer también, que además de los sentidos exteriores del cuerpo, tenemos los sentidos interiores del alma, de los que habla tan claramente San Buenaventura *(In itinere æternit., 6, dist. 2)*, que es bien escuchar sus pala-

bras: «El hombre tiene dos diversas especies de »sentidos: unos son exteriores y otros interio»res... Los sentidos exteriores tienen por objeto »las cosas materiales y humanas, de que se con»tentan; los sentidos interiores se ocupan de la »divinidad, con cuya contemplación se ennoble»cen. Y así como en el cuerpo hay cinco senti»dos: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tac»to, con los que percibe de diferentes modos los »objetos corpóreos que se le presentan; así el »alma tiene vista, oído, olfato, gusto y tacto, con »los que percibe también ella y comprende con »sensaciones de espíritu las cosas espirituales»; lo que prueba él con testimonios de la Divina Escritura, y sigue así: «Dice Dios en el Deute»ronomio: *Ved que yo soy Dios*, vista espiritual; »dice en el Apocalípsis: *El que tenga oídos, oiga »lo que dice el espíritu*, oído espiritual. Dice Da»vid: *Gustad y ved que el Señor es suave*, gusto »espiritual: dice el Apóstol que *nosotros somos »el buen olor de Cristo*, olfato espiritual; y Cristo »dijo haber sido tocado más con la fe que con »las manos de la mujer que acudía á Él para ser »curada del flujo de sangre, tacto espiritual... »De estos lugares, pues, concluye, claramente se »deduce, que así como por medio de los senti»dos corporales se perciben las cosas corporales, »así por medio de los sentidos del espíritu se »adquiere el conocimiento de las cosas espiri»tuales».

Ahora bien ; estos sentidos, en la oración de recogimiento, admirablemente y con gran satisfacción del alma se ocupan de su amado Señor, de modo que en Él goza de una luz, de una voz, de un olor , de un alimento , de un abrazo inefable.

§ IV

Facilidad de obtener el recogimiento.

Ejercitándonos en la oración como nos enseña Santa Teresa , obtendremos fácilmente el interior recogimiento con Dios, y le obtendremos como nota la Santa : «Y aunque al principio no »se entienda esto, por no ser tanto, que hay más »y ménos en este recogimiento ; mas si se acos»tumbra , aunque al principio da trabajo... mas »si se usa algunos días, y nos hacemos esta fuer»za , verse há claro la ganancia ; y entenderán, »en comenzando á rezar , que se vienen las abe»jas á la colmena, y se entrarán en ella para la»brar la miel. Y esto sin cuidado nuestro , por»que ha querido el Señor que por el tiempo que »le han tenido , se haya merecido estar el alma »y voluntad con este señorío , que en haciendo »una seña no más de que se quiere recoger , la »obedezcan los sentidos y se recojan á ella. Y »aunque después tornen á salir, es gran cosa »haberse ya rendido ; porque salen como cauti-

»vos y sujetos, y no hacen el mal que ántes pu»dieran hacer, y en tornando á llamar la volun»tad, vienen con más presteza, hasta que á mu»chas entradas destas quiere el Señor se queden »ya del todo en contemplación perfecta».

Es necesario reflexionar seriamente sobre aquellas palabras: *Y aunque al principio no se entienda esto*, el recogimiento, etc.; queriendo decir la Santa que cuando el alma comienza á tener oración de recogimiento, es tan poca cosa, que no lo advierte y no la conoce; pero cuando el recogimiento es mayor, entonces hácese sensible, y tanto más, cuanto mayor es. Así, cuando en un campo despunta el germen de un árbol cualquiera, se confunde con la yerba de tal modo, que de ella no se distingue; luego que crece algo y echa tiernos ramos, se ve que no es planta para confundirse con las yerbas, sino que ha de descollar en el campo. Sucede, pues, que las almas que se dedican al santo ejercicio de la oración, son favorecidas de Dios con la gracia del recogimiento interior, áun ántes que ellas lo adviertan; y llegan á conocerlo después de que, habiéndose sensiblemente aumentado, sienten en su interior un extraordinario recogimiento en el Señor.

Es también muy consolador lo que dice la Santa: que aunque al principio se encuentre difícil el recoger y reconcentrar en Dios los propios sentimientos, sin embargo, no pasará mu-

cho tiempo sin que con un poco de uso, en premio de la diligencia que se ha puesto, este recogimiento y concentramiento sucede con tanta facilidad á un querer del alma, que cuantas veces quiere se recoge en su interior con Dios, y ve á sus propios pensamientos y afectos estrecharse obedientes con su Bien; y áun más, entrarse dentro de Él como las abejas se unen entre sí, y entran luego en el panal, donde tienen el alimento dulce. Después la Santa, que conocía bien la verdad de sus palabras y la solidez de sus promesas, no duda en asegurar que por este camino el alma pasará fácilmente de la oración de quietud á la contemplación sobrenatural, que es el medio más fácil para llegar á la perfección; á aquella unión con Dios, que es transformación en la claridad y amor de Él.

§ V

Facilidad de obtener el amor divino.

Sigue la Santa: «Entiéndase mucho esto que »queda dicho; porque, aunque parece escuro, lo »entenderá quien quisiere obrarlo. Ansí que »caminan por mar, y pues tanto nos va no ir »tan despacio, hablemos un poco de cómo nos »acostumbremos á tan buen modo de proceder. »Están más seguros de muchas ocasiones; péga»se más presto el fuego del amor divino, porque

»con poquito que sople con el entendimiento, »están cerca del mesmo fuego; con una centelli- »ta que les toque se abrasará todo: como no hay »embarazo de lo exterior, estáse sola el alma con »su Dios: hay gran aparejo para encenderse».

Vese aquí una vez más que la Santa advierte que no pretendamos la inteligencia clara de estas cosas hasta habernos procurado con nuestros esfuerzos la experiencia y la prueba. Esta diligencia, como queda dicho, con el favor divino está en nuestra mano ; pero el efecto está sólo en las de Dios, que lo dará cuándo y como le agradare, y en aquella medida que mejor le pareciere.

¡Cuán bella es la conclusión de este trozo, donde la Santa casi nos pinta al alma puesta junto á su Dios en oración de recogimiento! Dios es caridad, y por lo mismo fuego de amor; el alma en esta oración se le aproxima lo más íntimamente que puede, para estarse allí con Él. Entonces, al ver tan cerca de sí un Bien tan grande, no puede ménos de enviarle algún suspiro amoroso, como soplo á aquel gran fuego tan próximo, y entonces no puede ménos de saltar de aquel gran fuego á lo ménos alguna chispita de tan divino ardor, que la toque, se le pegue, y la haga toda inflamarse en amoroso incendio.

§ VI

Ventaja singular que tienen las personas devotas.

Dice la Santa: « Este modo de orar, aunque »sea vocalmente, lleva consigo muchos bienes». Se ha dicho arriba cuáles son los que son generales para todos: ahora conviene observar la singular ventaja que en ella tienen las personas idiotas y no instruídas en los sentidos de las Divinas Escrituras, cuando rezan oraciones en latín, y Salmos y cánticos de la Escritura. En el capítulo VI queda dicho, que la Santa quiere en todas las almas la inteligencia de las oraciones comunes, como son el Padre Nuestro, el Ave-María y el Credo, para que, cuando rezan, entiendan lo que dicen, y así la mente y el corazón acompañen á la lengua, y no sea sólo de boca la oración vocal. Pero ¿qué útil ocupación podrá procurarse el alma cuando reza aquellas oraciones cuya inteligencia no puede pedírsele?

He aquí la ventajosísima ocupación que podrá tener el alma: procurará mirar con fe dentro de sí á su Señor, y detenerse en su presencia, como se dijo en los capítulos VIII, IX y X, y de este modo se encontrará fácilmente ocupada en santos pensamientos, en buenos afectos, en actos virtuosos, mientras rezare aquellas oraciones

vocales cuya inteligencia le es desconocida por falta de instrucción.

Por ejemplo: reza el alma los Salmos de David, que no entiende; pues bien: mientras la lengua profiere las palabras, ella aviva la fe de la presencia de Dios en su corazón, allí se alegra de tan dulce y grandiosa compañía, y le dice: «¡Oh, mi Dios, Vos estáis conmigo y yo estoy »con Vos!» Le abraza con amor y le dice: « Es»temos siempre unidos». Se ofrece toda y le dice: « Haced de mí y en mí todo cuanto sea de »vuestro gusto». Recuerda después sus pecados y le dice: «¡Qué inmunda está, oh Dios mío, esta »vuestra casa; purificadla Vos, que podéis!» De este modo se pueden excitar en el alma en esta oración de recogimiento otros innumerables buenos pensamientos y afectos; y entonces, aunque no se entiendan las palabras de la oración vocal, la mente está fija en Dios, y la oración vocal va íntimamente unida á la mental.

Sin embargo, no hay que echar en olvido que será menester paciencia y tiempo ántes de salir con el intento deseado. Y á este propósito léanse de nuevo el § v del cap. vii, y el § vi del cap. ix, para no hacer esfuerzos inútiles y áun perjudiciales.

§ VII

Si esta oración de recogimiento es sólo para las almas que no pueden hacer oración metódica.

Conocidos ya los singulares bienes que proceden de la oración de recogimiento, y habiendo además advertido que la Santa quiere disponer para ella á las almas que no pueden meditar (se entiende metódicamente, según queda dicho en los capítulos III y IV), podría acaso pensar alguno que esta clase de oración es sólo propia de tales almas, y que no deben pensar en ella las que tienen oportunas disposiciones para meditar regularmente. Pero no es esta la doctrina de Santa Teresa, como se deduce del cap. XIII de su *Vida*, escrita por ella misma, donde dice: «Pues, tornando á los que discurren, digo que no se les »vaya el tiempo en esto; porque aunque es muy »meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber día de domingo, ni rato »que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta »pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y, sin cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando »con Él, sin cansarse en componer razones, sino »presentar necesidades, y la razón que tiene para

»no nos sufrir allí. Lo uno un tiempo, lo otro »otro, porque no se canse el alma de comer »siempre un manjar».

Concluye después el mismo capítulo diciendo: »Pues, tornando á lo que decía, de pensar á »Cristo á la columna, es bueno discurrir un rato »y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las »tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con »que las pasó; mas que no se canse siempre en »andar á buscar esto, sino que se esté allí con »Él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocu»parle en que mire que le mira, y le acompañe »y pida; humíllese y regálese con Él, y acuér»dese que no merecía estar allí. Cuando pudiese »hacer esto, aunque sea al principio de comen»zar la oración, hallará grande provecho, y hace »muchos provechos esta manera de oración».

Por lo cual, hablando la Santa á aquellas personas que tienen disposición para ocuparse en meditaciones bien ordenadas, y muestran en ellas mucho gusto, les avisa que no se esfuercen por salir siempre con esta oración, aunque sea muy gustosa y meritoria, sino en cambio procuren también ellas oración de recogimiento, suspendiendo algunas veces los muchos discursos del entendimiento, y poniéndose en la presencia de Cristo para mirarle con fe y detenerse con Él amorosa y familiarmente, y para representarle sus necesidades y las razones que tienen, para que Él las remedie, puesto que por su inefable

bondad ha querido tomarse todo el cargo de la humana Redención.

Así que, áun las personas de mucha y profunda meditación, según la doctrina de la Santa, deberían recogerse de tiempo en tiempo con Dios en su interior, reposar en su presencia y procurar concebir los muchos frutos de esta íntima afectuosa oración. «Escucharé lo que habla el Señor Dios dentro de mí». *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus.* (Salmo 84.)

PARTE SEGUNDA

DE LAS SIETE PETICIONES DEL PADRE NUESTRO

CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE LA PRIMERA PETICIÓN: «PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS, SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE»

Expuesta en la primera parte de este Tratado la admirable doctrina de la Santa Madre Teresa de Jesús de la oración en general, que se halla en su *Camino de perfección*, debe igualmente exponerse la que toca á cada una de las peticiones del *Padre nuestro*, y se halla en sus *Meditaciones* para los días de la semana, y también en el susodicho *Camino*. Ahí encontrarán las almas devotas ocupación muy grata, y áun pasto muy abundante.

§ I

Admiración de la Santa por la primera palabra «Padre nuestro».

Óigase á la Santa: «Mirad las palabras que »dice aquella boca divina; que en la primera »entenderéis luego el amor que os tiene». (Capítulo XXVI, *Camino.)* Así comienza ella la exposición de las peticiones del *Padre nuestro*, y luego queda arrebatada de maravilla amorosa, pensando cuánto nos da Cristo en esta invocación: *Padre nuestro, que estás en los cielos.* «¡Oh, Señor mío, cómo parecéis Padre de tal »Hijo; y cómo parece vuestro Hijo, Hijo de tal »Padre! ¡Bendito seáis Vos por siempre jamás! »¿No fuera al fin de la oración esta merced, Se»ñor, tan grande? En comenzando, nos henchís »las manos y hacéis tan gran merced, que sería »harto bien henchirse el entendimiento, para »ocupar la voluntad de manera que no os pu»diese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, »hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta »razón entraría el alma en sí para poder mejor »subir sobre sí mesma á que le diese este santo »Hijo á entender qué cosa es el lugar á donde »dice que está su Padre, que es en los cielos!»

Y aquí, primeramente, conviene observar que la Santa, como dice después, considera que el

Hijo Divino, Jesús, se une con nosotros en la oración dominical, ó, más bien, nos une á nosotros á sí mismo, para que pidamos juntamente con Él las gracias que necesitamos, haciéndose de este modo, no sólo nuestro Maestro, sino también nuestro compañero en la oración. Por lo cual quiere que juntamente con Él digamos: *Padre nuestro*. A cuyas palabras, proferidas por nosotros á una con el buen Jesús, queda el alma como arrebatada, fuera de sí misma, contemplando un amor tan grande, cual es aquel por el que se digna Él mezclarse con nosotros, y por el que quiere que invoquemos con Él al Eterno Padre.

§ II

Preciosidad y realidad de la gracia de la filiación divina.

Y á la verdad, ¿quién podría jamás imaginarse la preciosidad de la gracia que se nos hace, de poder invocar al Padre mismo de Jesucristo, juntamente con Él, por nuestro Padre? Pero podría creer alguno que esta es una gracia de expresión y de nombre, pero no de propiedad; como si el Hijo del Rey diese á sus siervos la facultad de poder llamar con el nombre de Padre al mismo Soberano que le engendró á Él; en lo que se ve, que si bien esto sería una dignación y un favor

muy grande, y tal que en el mundo ningún hijo de rey querría jamás otorgar tal favor; sin embargo, no habría en ello propiedad alguna, pues el siervo quedaría siempre en su condición ínfima de tal.

No obstante, mucho se engañaría quien pensase que en la gracia de que tratamos todo consiste en expresiones y palabras. «Somos llama»dos hijos de Dios, y lo somos en realidad», dice San Juan (I, c. III, v, 1). «El Espíritu Santo »da testimonio á nuestro espíritu de que somos »hijos de Dios», dice San Pablo (*Rom.*, c. VIII, v. 16). De modo que al hacernos Jesucristo la gracia de poder invocar junto con Él y con el mismo nombre á su Eterno Padre, nos hace también la gracia de ser verdaderamente hijos de Dios, y, por lo mismo, sus propios hijos y coherederos del Reino de los cielos.

La cual gracia de la divina filiación es verdaderamente incomprensible, y más para admirarse en contemplación, que para ser encarecida con lengua humana. Por esta filiación, nuestras almas son consortes de la Divina Naturaleza; resplandecen con la belleza divina; tienen en la tierra la misma santidad que los Ángeles y Santos en el cielo. Pero, ¿quién puede comprender estas grandezas? En el cielo se verá lo que significan: no hay en este mundo ciencia bastante para entenderlo. No obstante; porque es cosa de tanto interés tener algún conocimiento de un

bien tan precioso, que se llama en la Escritura Divina *Tesoro infinito* (cap. VII, v. 14), conviene fijemos en él nuestra consideración.

§ III

Tres clases de filiación divina.

Tres son las filiaciones divinas. Llámase la primera filiación *natural*, y sólo compete al Verbo Eterno, por la generación divina con que procede del Padre, y por la cual es verdadero Dios, consustancial al Padre. Es la segunda la filiación *adoptiva*, por la cual nuestra alma, con la gracia santificante, es adoptada por hija de Dios; es participante de su amistad y consorte de su naturaleza. La tercera es *común* á todas las criaturas, en cuanto tienen de Dios su existencia y conservación, y por lo mismo Dios es Padre universal de todas las cosas. No hay para qué hablar ahora ni de la primera ni de la tercera, sino sólo de la segunda.

Ésta, pues, á saber, la adoptiva, es la que tienen todas las almas limpias de pecado mortal; es decir, todas las almas que poseen el gran tesoro del amor de Dios. Todas éstas son muy queridas hijas de Dios; Él habita y se complace en ellas, y ellas están en tan feliz estado, que pasando de esta vida, es imposible no vayan al cielo. Tan imposible es que los demonios lleven

al infierno una de las almas que aún están en la tierra, mientras tengan las gracias de la filiación divina, como que saque del cielo un bienaventurado. Toda la diferencia está en esto: que un alma que está en el cielo jamás puede perder la filiación divina; y el que aún vive en la tierra puede llegar á verse sin ella; pero si la conserva, guardándose del pecado, es santa, con la santidad misma de los bienaventurados, en cuyo estado no puede perderse.

§ IV

Dotes de la filiación divina.

El venerable Padre Pablo Séñeri, en el *Cristiano instruído* (part. II, Discurso XIII), dice (las siguientes palabras son casi todas suyas): que el alma en este estado tiene tres dotes, ó sea tres gracias, que constituyen, por decirlo así, la gracia de la divina filiación. Es la primera una suma belleza, que le viene de la participación de la Naturaleza Divina; de tal modo, que, como dice Santo Tomás de Aquino, lo que en Dios hay, en fuerza de su esencia, sustancialmente, viene á obrarse en el alma accidentalmente por la participación divina: «*Id quod est substantialiter in Deo, fit accidentaliter in anima participante divinam bonitatem*». (S. Th. I, II, q. 110, a. 2 ad 2.) Por lo cual, para comprender cuál sea la

belleza del ánima, hija de Dios, sería necesario conocer vivamente la belleza del divino Rostro, de quien ella es copia. Y por lo mismo, no hay por qué admirarse de si el mismo Dios se muestra enamorado de tan gran belleza, exclamando en los Cantares: «¡Qué hermosa eres, amiga mía »(por la gracia); qué hermosa eres!» (*Cant.*, IV, v. 1.)

No es, además, tan gran belleza una belleza estéril é inútil, como son muchas veces las bellezas de este mundo; ántes bien, ella lleva consigo una riqueza suma; de modo que esta divina filiación es un tesoso inestimable. Para convencernos, basta oir á Santo Tomás donde dice que la gracia no es en nosotros otra cosa sino un principio, una anticipación de la eterna gloria: «*Gratia nihil est aliud quam quædam inchoatio »gloria in nobis*». (II, II, q. 24, a. 3 ad 2.) Por consiguiente, entre la gracia que nos hace ser en este mundo hijos de Dios, y la gloria que nos ha de hacer bienaventurados en el cielo, media la diferencia que hay entre la flor y el fruto; de modo que, quien posee la gracia, posee en flor el mismo cielo. Por tanto, la luz de la Gloria, con la que el alma ve en el cielo claramente á Dios, no es otra cosa que la misma gracia junto á su complemento total, como dice el mismo Santo Tomás (I, II, q. 3, a. 3): «Si ésta para un cristiano no es riqueza suma, ¿cuál lo será?»

La tercera dote que, mediante la gracia, se

encuentra en la filiación divina, es una suma dignidad; y ésta se conoce desde luego si se considera lo que de ella dice San Juan en su primera Carta (cap. III, v. 9); allí la llama una *simiente de la divinidad:* «*Omnis qui natus est a Deo, peccatum non facit quoniam semen ipsius in eo manet*». Por lo cual hace al alma como celestial, y sobre todo orden natural la eleva á un orden divino. Por eso, Cristo Señor nuestro, después de la última cena, decía á su Eterno Padre hablando de sus discípulos: «*Claritatem quam dedisti mihi, dedi eis*». (Joan., XVII, 22.) Como si dijera: «Yo he dado á mis discípulos aquel esplendor de dignidad que el Padre me ha dado á mí; como podría decir el fuego al hierro enrojecido: Yo te he dado toda mi luz, todo mi calor, toda mi nobleza, comunicándote, si no mi naturaleza, porque eres hierro, por lo ménos una gran semejanza, porque á nada te asemejas tanto como al fuego».

De la misma manera, dándonos Dios la gracia, nos viene á comunicar su divina naturaleza de un modo tan alto, que si bien el alma no deja de ser criada, se transforma, no obstante, en el Criador, haciéndose más semejante á él que lo es el hierro encendido al mismo fuego. Hasta aquí el Padre Séñeri.

Á causa de tan grande hermosura, riqueza y dignidad, llega á llamar la Divina Escritura con el nombre de Dioses á los hijos de Dios: «*Ego*

dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes». (Salm. VIII, v. 6.) Otras muchas cosas habría que añadir aquí en alabanza de la filiación divina que se nos concede por la gracia santificante; pero las pocas que se han indicado no dejarán de ayudar para que mejor entendamos la grande estima en que debemos tener un bien tan sublime, y procuremos conservarlo á toda costa, hasta asegurar en el cielo su eterna posesión.

Conviene poner aquí algunos sentimientos de Santa María Magdalena de Pazzis. Contemplando la gracia santificante bajo la semejanza de una celestial fuente, le pareció ver en derredor de aquella agua muchas almas en forma de ovejitas; y deseosa de que todas apagasen su sed y se sumergiesen en aquella fuente, decía: «Quisiera poder echar allí una á una aquellas almas». Y viendo que ya algunas hacían esto por sí mismas, seguía: «Jesús mío, esas hacen muy bien».

Otra vez, contemplando igualmente la misma gracia, exclamaba: «¡Oh, agua preciosa! ¡Oh, quién se volviese fuente por caridad! ¡Oh, quién la pudiera comunicar y derramar por todo el mundo, y se hiciese fuente y río tan ancho y rápido, que admitiese en sí y llevase consigo, como el mar, todas las almas á la vida eterna». (*Vida* escrita por Vicente Puccini, cap. CXIII.)

CAPÍTULO II

SIGUE LA PRIMERA PETICIÓN

§ I

Perfección con que se debe desear el corresponder á la gracia de la divina filiación.

Maravillada Santa Teresa de una gracia tan grande, cual es la divina filiación, seguía diciendo: «Salgamos de la tierra, hijas mías; que tal merced como esta no es razón se tenga en tan poco, que después que entendamos cuán grande es, nos quedemos en la tierra».

Y ciertamente nosotros, considerando esa nobleza y engrandecimiento tan divino, cual es el de llamarnos y ser verdaderamente hijos de Dios, deberíamos elevarnos tan sobre este mundo, que estableciésemos, como dice el Apóstol, *nuestra conversación en los cielos (Ad Philipp.*, III, v. 20), donde está nuestro Padre. ¿Qué otra cosa pode-

mos encontrar ya en esta tierra, que sea digna de nosotros? Para la dignidad de hijos, aquí no hay sino miseria grave y vergonzosa, del mismo modo que *lo que es más grande á los ojos de los hombres, es lo más pequeño á los de Dios.* (Lucas, XVI, 15.) Así, cuanto hay de más mérito para los mundanos, es lo más despreciable para los hijos de Dios. Por tanto, nosotros debemos aspirar contínuamente á despojarnos de todo afecto desordenado que podamos tener á las cosas del mundo y á nosotros mismos, como si fuésemos criaturas, no ya de la tierra, sino del cielo.

Por otra parte, en esta desnudez y desprendimiento están la perfección de la vida espiritual y la seguridad de los hijos de Dios. Un corazón verdaderamente libre de todos los afectos terrenos, es un corazón santo y tan poseído de Dios, que nadie se lo arrebatará de su mano. (Joan., X, 28.) Pues tenemos un modelo verdaderamente celestial de este desprendimiento, considerémosle algún tanto. Ese modelo es el Arcángel San Rafael, guía y custodio del hijo de Tobías, y que por bastante tiempo estuvo entre los hombres, con quien conversó como si hubiera sido uno de ellos.

Este Santo Arcángel comía, bebía, descansaba, pero no percibía gusto alguno de estas cosas. Miraba las riquezas, la hermosura, la magnificencia, pero sin sentir ninguna complacencia ni

deseo. Él viajaba por diferentes países ; se hospedaba en diferentes habitaciones ; trataba asuntos y negocios; pero nada le impedía su contínua divina contemplación. Aconsejaba , animaba, socorría ; pero en nada buscaba su propio interés , atendiendo sólo al cumplimiento de las divinas disposiciones, para cuyo cumplimiento había sido enviado á la tierra ; y cuando llegó el tiempo de deponer el cuerpo aparente que había tomado para vivir con los hombres como si fuera uno de ellos , lo dejó sin la menor pena ó sentimiento. Por último , vivía en la tierra , pero sin tenerla el menor apego: su verdadera vida la tenía donde estaba su amor, en el cielo.

Ahora bien ; cuanto permite la fragilidad humana , pues que no somos ángeles , ni podemos serlo, debemos procurar no buscar gusto alguno nuestro cuando atendemos á las necesidades de la vida, ni experimentar placer , ni pararnos en deseos de algún bien humano. Debemos cuidar de mirar siempre á Dios en las diferentes ocupaciones que tenemos en la tierra , no dejando solo , sino haciendo buena compañía á aquel huésped divino, que, como hemos visto (parte I, c. IX) , se ha dignado hacer de nuestra alma un pequeño cielo , un templo , un jardín , etc. Por consiguiente, cuanto hacemos para cumplir con nuestros deberes , procuremos que todo sea hecho únicamente para dar gusto al Supremo Padre y Señor, sin pretender en ello interés alguno de

nuestro amor propio ; de modo que no nos movamos ni hagamos cosa alguna sino por sentimiento ó motivo de Divino amor, hasta que llegue el tiempo en que nuestro espíritu , desprendido realmente de toda cosa de la tierra , y unido totalmente con Dios, salga de este cuerpo, que tanto le embaraza, como se aparta con gusto de un lugar incómodo.

Pero esto parecerá demasiada perfección para el hombre, que es tan miserable y de condición tan diferente de la de los ángeles del Señor. Pretender que los hombres lleguen á ser semejantes á los ángeles, es pretender nada ménos que cambiar la tierra en cielo. Sin embargo, no parecerá cosa tan excesiva ni contra razón, si se considera que el Divino Maestro nos propuso para imitar un modelo mucho más perfecto cuando dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». *(Math.*, v, 48.) Si debemos aspirar á imitar la perfección del Eterno Padre, que es infinita, ¡qué maravilla si se dice que podemos aspirar á imitar la perfección de los ángeles, que, por grande que sea , al fin es limitada! Por ventura, ¿no escribía San Pablo á los de Corinto (I, c. IV, v. 16): «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo?» Y á la verdad , ¿ no deben ser todos los cristianos imitadores de Cristo , si quieren gloriarse en este nombre? Ahora bien , Él es más que los ángeles.

Verdad es , que llegar á tanta perfección que

imite en lo posible la de los bienaventurados espíritus del cielo, no será fácil conseguirlo tan pronto. Á excepción de algún caso, muy raro y extraordinario en el orden de la gracia, se llega á una gran perfección paso á paso y muy poco á poco. Y por eso es tan necesaria la paciencia y perseverancia. Pero «no nos duela el tiempo en cosa que tan bien se gasta». (*Camino de perfección*, cap. XXVI.) Es, pues, necesario persuadirse á que, si bien en este mundo no se puede llegar á una perfección completa como la de los bienaventurados comprensores; pero, esto no obstante, se puede llegar á una perfección tan alta, que parezca increíble á los que no la logran, como se infiere de la doctrina de la Santa y de los demás contemplativos. Esto se ve también comunmente en las vidas de los Santos, que eran por su naturaleza miserables, débiles, inclinados al mal, como lo somos nosotros. Aspiremos, pues, aunque seamos criaturas de esta tierra, á ser criaturas del cielo por el desprendimiento de toda cosa de aquí abajo, para que podamos ménos indignamente invocar juntamente con Cristo: Padre nuestro, que estás en los cielos.

§ II

Qué confianza debemos tener orando juntamente con Cristo á nuestro Padre celestial.

Sigue la Santa vuelta á Cristo: «¡Oh, Hijo de »Dios y Señor mío! ¿Cómo dáis tanto junto á la »primera palabra? Ya que os humilláis á Vos con »extremo tan grande en juntaros con nosotros al »pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y mi»serable; como nos dáis, en nombre de vuestro »Padre, todo lo que se puede dar, pues que que»réis que nos tenga por hijos, que vuestra pala»bra no puede faltar, oblígasle á que la cumpla, »que no es pequeña carga, pues en siendo Padre »nos ha de sufrir, por graves que sean las ofen»sas, si nos tornamos á Él, como el Hijo pródi»go. Hános de perdonar, hános de consolar en »nuestros trabajos, hános de sustentar como lo »ha de hacer un tal Padre, que forzado ha de ser »mejor que todos los padres del mundo; porque »en Él no puede haber sino todo bien cumplido, »y, después de todo esto, hacernos participantes »y herederos con Vos».

Se ve, pues, que por dos motivos debe ser grande nuestra confianza cuando invocamos al Eterno Padre en la oración dominical: porque nosotros entonces oramos con Cristo, que, acompañándonos en la oración, hace tan eficaz nues-

tra plegaria; y porque el Padre á quien nos volvemos es Padre buenísimo, que supera infinitamente á todos los mejores padres terrenales en bondad y ternura para con sus propios hijos.

§ III

Quién es este Padre celestial.

Oigamos á la Santa, y veamos cómo nos describe á este Padre en la meditación que pone para el lúnes: «Considere que su Padre es Dios, »trino en persona y uno en esencia; principio y »autor de todas las cosas; un Sér sin principio, »que es causa y autor de todos los séres; por »quien nos movemos, y en quien vivimos, y por »quien somos; que todo lo sustenta, todo lo man»tiene. Y considérese así que es Hijo deste Padre »tan poderoso, que puede hacer infinitos mun»dos; y tan sabio, que los sabrá regir á todos »ellos como sabe regir éste sin faltar su provi»dencia á ninguna criatura, desde el más alto »serafín hasta el más bajo gusanillo de la tierra; »tan bueno, que de balde se está siempre comu»nicando á todas, según su capacidad. Y en es»pecial, considere el hombre, y diga: ¡Cuán bue»no es este Padre para mí! Pues quiso que tu»viese yo sér y gozase desta dignidad de hijo »suyo, dejándose por criar á otros hombres, que »fueran mejores que yo; ponderando aquí lo que

»merece ser amado y servido este Padre, que por »sola su bondad crió para mí todas las cosas, y »á mí para que le sirviese y gozase Dél».

Cierto que es muy importante el formarnos una grande idea de nuestro Padre celestial, porque cuanto mayor convencimiento tuviéremos de su grandeza y bondad, tanto más fácil será á nuestro corazón concebir sentimientos de respeto y amor hacia Él.

Mas por lo que toca á su bondad, es muy notable la inducción que hace la Santa de las disposiciones en que se encuentran los padres terrenos para con sus propios hijos. «Considerando »aquí las condiciones de los padres, cómo aman »á sus hijos, aunque sean feos; cómo los mantienen, aunque sean ingratos; cómo los sufren, »aunque sean viciosos; cómo los perdonan cuando se vuelven á su casa y obediencia; cómo, estando ellos de todo descuidados, los padres les »acrecientan sus mayorazgos y haciendas. Considerando cómo todas estas condiciones están »en Dios con infinitas ventajas, lo cual es causa »de enternecerse el alma y cobrar confianza de »nuevo, de perdón para sí y para todos, y no menospreciar á nadie, viendo que tiene tal Padre, »que es común á hombres y ángeles».

Se habrá, pues, de considerar, que un hijo, áun siendo defectuoso y deforme, si bien es despreciado y mal visto comunmente de todos, es, sin embargo, amado de su padre; porque el afec-

to paternal no sólo vence, sino áun no siente ciertas naturales repugnancias; de la misma manera, aunque nosotros estemos manchados é inmundos ante los ojos purísimos de nuestro Padre celestial, Él, no obstante, considerando que somos sus hijos, no nos echa de sí; no nos odia, sino más bien nos ama y manifiesta su amor en procurar quitarnos aquellas deformidades que verdaderamente no dicen bien en criaturas que gozan de su filiación.

Igualmente hay que reflexionar, que aunque un padre encuentre en sus hijos muchas ingratitudes, que determinarían á otro que no fuese padre á no hacer jamás bien alguno á los tales, sin embargo, no deja de mantenerlos y hacerles cuantos beneficios pueda. Así, nuestro Divino Padre, aunque nos encuentre mil veces ingratos, no deja por eso de mantenernos y colmarnos de beneficios.

Es igualmente de considerar, que los padres sobrellevan los vicios de sus hijos, y en vez de castigar luego sus desórdenes, tienen con ellos mucha paciencia, esperando su enmienda; y cuando después los hijos se muestran arrepentidos de sus faltas, por muchas que sean las veces que hayan recaído, son los padres muy prontos á otorgarles el más completo perdón. Así el Padre celestial, de las mil faltas que cometemos, apenas castiga una, y nos espera meses y años, dándonos tiempo de convertirnos; y cuando des-

pués nos arrojamos á sus piés verdaderamente contritos, Él nos perdona generosamente toda falta, y no hay número de pecados que no esté dispuesto á perdonarnos.

Finalmente; hay que reflexionar que los padres se toman muchos cuidados por sus hijos para enriquecerlos y darles buena colocación, y que cuando éstos, por irreflexión ó por descuído, no miran por sí mismos, sus padres piensan en todo, y á todo suplen con la más viva solicitud. Así el Padre celestial, mientras nosotros, ó por natural dejadez, ó también por culpable negligencia, descuidamos nuestros espirituales intereses, provee Él de mil maneras á nuestras necesidades con tan gran solicitud y copia de gracias, que no sólo no quedamos en deplorable pobreza, que teníamos harto merecida, sino todavía nos encontramos enriquecidos de muchos bienes.

§ IV

Consoladora conclusión de la Santa.

Oigamos cómo acaba Santa Teresa el capítulo XXVII: «Buen Padre os tenéis, que os da el »buen Jesús. Y procurad, hijas mías, ser tales, »que merezcáis regalaros con Él y echaros en »sus brazos. Ya sabéis que no os echará de sí si »sois buenas hijas; ¿pues quién no procurará no

»perder tal Padre? ¡Oh, válame Dios, y que hay »aquí en qué os consolar! que por no me alargar »más, lo quiero dejar á vuestros entendimientos; »que por desbaratado que ande el pensamiento, »entre tal Hijo y tal Padre, de fuerza ha de es»tar el Espíritu Santo, que enamore vuestra vo»luntad, y os la ate con grandísimo amor, ya »que no baste para esto tan grande interese».

Y ciertamente, considerando que tenemos en el cielo un Padre tan excelso y tan bueno, fácilmente comprendemos cuán elevada es nuestra suerte, y por lo mismo qué vida tan santa y tan pura nos conviene para no ser del todo indignos de tal filiación. Entre tanto, esta dignidad y esta suerte, si quisiéramos atentamente considerarla, será para nosotros un manantial inagotable de los más dulces consuelos y de las más gratas esperanzas.

No hay, además, palabras para exponer el último sentimiento de la Santa; él es demasiado alto y sublime. Se podrá experimentar la verdad de este aserto contemplando la excesiva caridad del Hijo Divino, que á tan gran costa suya ha querido darnos el nombre y la realidad de hijos de Dios; y la excesiva caridad del Eterno Padre, que por este fin quiso darnos á su mismo Hijo. Entonces el Espíritu Santo, el recíproco amor de tal Padre y de tal Hijo, deberá encender inefablemente nuestro espíritu en su santo amor.

CAPÍTULO III

SIGUE LA PRIMERA PETICIÓN

§ I

Sustancia de la petición.

Oigamos ahora qué debemos pedir á nuestro celestial Padre: *Santificado sea el tu nombre.* Estas palabras nos hace meditar Santa Teresa, diciendo así: «En tal ocasión pedirá para todos los »hombres luz con que le conozcan, y amor con »que le amen y agradezcan tantos beneficios, y »que sean todos tales, tan virtuosos y santos, que »en ellos resplandezca la imagen de Dios su Pa»dre, y que sea en todos glorificado y santificado »su nombre paternal como nombre de Padre, »que tales hijos tiene, que parecen al Padre que »los crió». (Medit. del lúnes.)

En estas palabras de la Santa está el verdadero significado de la primera petición del *Padre*

nuestro, en la cual, como es muy conveniente, pedimos, ante toda otra cosa, lo que toca al honor y gloria de nuestro Padre celestial. Ahora bien; su honor y gloria exigen que todas las criaturas racionales capaces de conocerle y amarle, todas le conozcan y todas le amen por lo que Él es. Y así, que se pide al Señor que todos los idólatras, turcos, hebreos y herejes, tengan luz para conocer la verdadera fe de Cristo y practicar los preceptos del Santo Evangelio; además, que todos los católicos vivan conforme á la fe que profesan, y que, como es santa su creencia, así también sea santa su vida. Aquí se pide que los pastores de almas, y todos los ministros de Dios, tengan el saber, prudencia, santidad y celo necesarios para la santificación del pueblo cristiano; que todas las personas religiosas sean de edificación al pueblo con la exacta observancia de sus institutos, y hagan descender sobre todos las divinas bendiciones con la eficacia de sus oraciones. Se pide también que se conviertan de sus vicios los pecadores; que perseveren en el bien los justos; que sean honradas y practicadas todas las virtudes cristianas; que el Señor sea siempre bendecido por todas sus disposiciones y correspondido por todos los beneficios de su amorosa Providencia; se pide, por último, que todos sean santos y perfectos, como conviene á hijos de tan gran Padre. Todo esto se pide en la petición: *Santificado sea el tu nombre.*

§ II

Sentimientos de dolor y de gozo con que debe hacerse esta petición.

Continúa la Santa: «Tras esto se sigue luego »(trayendo á la memoria los muchos pecados de »los hombres) un grave dolor de ver ofendido un »tan buen Padre de sus ingratos hijos, y el ale»grarse de ver que haya siervos de Dios en quien »resplandezca la santidad de su Padre, entriste»ciéndose de cada pecado y mal ejemplo que »viere, alegrándose juntamente de cada virtud »en quien las viere y oyere, dando gracias á »Dios porque crió los santos mártires, confesores »y vírgenes, que manifiestamente mostraron ser »hijos de tal Padre. Luego tras esto se sigue la »confusión de haberle en particular ofendido, de »no haberle agradecido sus beneficios y de tener »tan indignamente el nombre de hijo de Dios, »que debe engendrar pechos reales y generosos».

Y á la verdad, deseando nosotros y pidiendo en esta petición que sea glorificado nuestro Padre celestial tan universal y perfectamente como queda dicho, y viendo al mismo tiempo los grandes pecados que se cometen, las enormes ingratitudes con que se corresponde en este mundo á la infinita bondad de Padre tan grande y amoroso, no puede ménos de afectarse mucho nuestro corazón y de excitarse á grande detestación del

pecado. Por el contrario, viendo que en el mundo siempre hubo, y hay todavía, almas muy amantes de Dios y muy señaladas por sus grandes virtudes, que correspondieron y corresponden fielmente á las divinas gracias, y alaban al Señor y glorifican su santo nombre, debemos experimentar sentimientos de mucha alegría y bendecir la infinita liberalidad del Padre celestial, que se ha escogido estas fieles criaturas, que tanto ensalzan su gloria y se muestran dignas de ser llamadas con el nombre de hijas suyas.

Aquí conviene traer á la memoria á los Santos mártires, que sobre todos ilustraron la Iglesia, mostrando invencible fortaleza en arrostrar por Cristo todo género de suplicios y de muerte; á los Santos confesores, que con el ejercicio de todas las virtudes, practicadas hasta el heroísmo, dieron tanto esplendor al nombre de Cristo; á las Santas vírgenes, que vivieron con tanto candor de vida, que parecían criaturas más que humanas, y merecieron ser veneradas como ángeles en la tierra.

¡Oh, qué gran pueblo de verdaderos hijos de Dios, que hacen tanto honor á su celestial Padre! Aquí se podrá exclamar con nuestra Santa: «Alégrate, ánima mía; que hay quien ame á tu »Dios como Él merece. Alégrate; que hay quien »conoce su bondad y valor. Dale gracias; que »nos dió en la tierra quien ansí le conoce». (Exclamación VII.)

Después de estas consideraciones, el alma cristiana debe volver su mirada á sí misma, considerar sus propios pecados é ingratitudes, por las que se contempla indigna del nombre y de la realidad de hija de Dios, y por ello humillarse profundamente.

§ III

Ejercicio de fe y deseos de la santificación de las almas.

Advierte la Santa: «El día que anduviere con »esta petición, ha de reducir todas las cosas á »esta consideración, como las imágenes que mi»rare de Cristo; diga: Este es mi Padre. El cielo »que ve: Esta es casa de mi Padre. La lección »que oye: Esta es carta que me envía mi Padre. »Lo que viste, lo que come, lo que le alegra: »Todo esto viene de la mano de mi Padre. Lo »que le entristece, lo que le da pena y trabajo: »Todas las tentaciones, todo me viene de la »mano de mi Padre, para mi ejercicio y mayor »corona; y así diga con afecto: *Santificado sea tu »santo nombre*».

«Con esta consideración y presencia de Dios »se esfuerza el alma á parecer hija de quien es »y agradecer tantos beneficios, causándole sin»gular alegría verse hija de Dios, hermana de »Jesucristo, heredera de su reino, y compañera »en la herencia con el mismo Cristo; y como ve

»que el reino de Dios es suyo, desea que todos »sean santos porque crezcan aquellos bienes, »pues mientras mayores y más fueren, más par»te le cabrá á ella de ellos».

Por lo cual será al alma muy ventajoso si también fuera del tiempo de la oración se mantuviere en la presencia de su Padre celestial, reconociéndole en sus obras y recibiéndolo todo de sus manos; pero principalmente deberá alegrarse por la inefable dicha de ser hija de Dios, hermana de Cristo, heredera de su reino y compañera del mismo Cristo en la herencia, sin poder jamás apreciar felicidad alguna en comparación de esta.

Deseará, por lo mismo, que todos sean santos, para que se aumenten los bienes del reino de Dios tanto en la tierra, que es la Iglesia, como en el cielo, que es la gloria; pues el alma piensa que cuanto son mayores los bienes, con tanta mayor abundancia participa de ellos ahora en la vida presente y después en la venidera. Y á la verdad, cuanto mayor es el número de santos en la tierra, más son los buenos ejemplos que aquí se dan, las oraciones fervorosas que aquí se hacen, y en mayor copia descienden acá abajo las divinas bendiciones; asímismo, cuanto fueren más ricos en méritos y más radiantes de gloria los santos en el cielo, mayor gozo tendrán sus compañeros de felicidad; pues allí cada uno goza del bien de los otros como del propio.

Y notemos aquí que este debe ser el deseo y la súplica de las almas piadosas: que el Señor suscite muchos santos en su Iglesia, y santos grandes, que la honren, la consuelen, la defiendan, como hicieron tantos antiguos santos como ahora veneramos en los altares. ¡Oh, qué gran bien harían en estos tiempos de tanta frialdad é indiferencia religiosa muchos grandes santos!

¡Ah! Vosotras, almas piadosas, importunad mucho al Señor por esta gracia; rogadle que no se detenga por la muchedumbre de nuestros pecados; sino que, olvidándose de ellos, se deje vencer de su infinita misericordia, y envíe muchos santos, y santos grandes, á su Iglesia.

§ IV

Oración del libro del Eclesiástico.

No es cosa de omitir aquí la excelente oración que se encuentra en el cap. xxxvi del *Eclesiástico*, donde se pide la sobredicha gracia con otras muchas, y es propiamente la explicación de esta petición: *Santificetur nomen tuum.* «Ten »piedad de nosotros, Dios de todas las cosas, y »vuelve á mirarnos, y muéstranos la luz de tus »miradas, é infunde tu temor en las naciones »que no te buscaron, para que entiendan que no »hay otro Dios sino tú, y cuenten tus maravillas. »Alza tu mano sobre las naciones extrañas para

»que experimenten tu poder. Porque así como »tú delante de ellas has sido santificado en nos»otros, asi también delante de nosotros serás en»grandecido en ellas. Para que te conozcan, »como nosotros también hemos conocido que no »hay otro Dios fuera de tí, ¡oh, Señor! Renueva »los prodigios y haz nuevas maravillas. Glorifica »tu mano y tu brazo derecho... Destruye al ad»versario y aflige al enemigo. Apresura el tiem»po (de tus misericordias), y acuérdate del fin »para que publiquen tus maravillas... Reune to»das las tribus de Jacob (todos los pueblos que »se separaron de tu Iglesia) para que conozcan »que no hay otro Dios sino tú, y publiquen tus »grandezas, y los herederás como desde el prin»cipio. Ten piedad de tu pueblo, sobre el cual »ha sido invocado tu nombre... Ten piedad de »Jerusalén, ciudad de tu santificación, ciudad de »tu reposo. Llena á Sión (tu amada Iglesia) de »tus palabras inefables, y á tu pueblo de tu glo»ria. Da testimonio á aquellos que desde el prin»cipio son tus criaturas (en Cristo en el bautis»mo), y verifica las predicciones que hablaron »en tu nombre los primeros Profetas. Remunera »á los que te esperan con paciencia, para que tus »Profetas sean hallados fieles, y oye los ruegos »de tus siervos según la bendición de Aaron so»bre tu pueblo, y enderézanos al camino de la »justicia, y sepan todos los moradores de la tie»rra que tú eres el Dios inspector de los siglos».

§ V

Conclusión de la Santa.

Santa Teresa termina la meditación del lúnes con estas palabras: «Viene muy bien aquí con»siderar aquella primera palabra que Cristo dijo »en la Cruz: *Padre, perdónalos, que no saben lo* »*que hacen;* porqueen ella resplandecen las con»diciones de las entrañas paternales de Dios, y »hacer en este paso actos de caridad para con »los que nos han injuriado, y apercibirse el hom»bre para cuando le injurien más. Aquí es muy »á propósito la historia del Hijo pródigo, á don»de se pinta más al vivo la piedad paternal para »con un hijo perdido, y después ganado y resti»tuído en su dignidad».

Pues del amor á nuestros prójimos, y particularmente á los que nos han ofendido, se habrá de hablar en la petición v, y no hay por qué decir más ahora. Será, sin embargo, muy oportuno poner aquí á la vista la parábola del Hijo pródigo, que indica la Santa; parábola que acaso más que ninguna otra nos da la idea más perfecta de la bondad del Padre celestial, y más que otra alguna pone de relieve cuán ingratos hijos somos nosotros.

§ VI

Parábola del Hijo pródigo.

Hubo, pues, un padre, decía Cristo, que tenía dos hijos: el menor, cansado de la sujeción paterna, deseoso de vivir á su capricho y dar rienda suelta á sus pasiones, pidió al padre la parte de herencia que le podía tocar, para gastarla á su gusto; y por más que el padre se opusiese á tan perversa determinación, y por más que se mostrase triste y afligido, hubo por fin de contentarle; se vió precisado á hacer la partición de sus bienes, señalarle cuanto le podía tocar, y abandonarle á sí mismo libre de toda sujeción y de todo freno.

Pronto lo vendió todo el irreverente y descabellado joven; y reunida una gran cantidad de oro, pues su legítima era rica, quiso también sustraerse á la vista del padre, por no verse precisado á oir sus consejos y avisos, ni tener más reprensiones; fuése, pues, á una región lejana y de todos desconocida.

El mucho oro que llevaba consigo le hizo estar alegre y contento, y no le parecía posible que con tal suma hubiese de empobrecer jamás. Rodeárole muchos díscolos y perdidos, que le hicieron caer en todo género de vicios y desórdenes, y con ellos dar fin á toda su fortuna. Redu-

cido á la indigencia, nadie le hacía caso; todos huían de él con burlas é insultos.

Sobrevino entonces en aquella región una apremiante carestía, y él se vió obligado á apacentar cerdos por tan mezquino salario, que se moría de hambre, y deseaba sustraer á los cerdos su tosco alimento, y no le era posible.

Reducido á tan gran miseria, conoció sus extravíos, la gravedad de sus desórdenes, y sobre todo la injuria hecha á su buen padre, la cual le hacía perder, por su misma gravedad, toda esperanza de perdón. No obstante, pensando que no le quedaba otro medio de salvar la vida, sino implorar la bondad del corazón paterno, que ya por experiencia sabía ser muy grande, sin límites, se decidió á ir á arrojarse á los piés de su buen padre, confesarle sus enormes culpas, y pedirle la gracia de ser admitido en su casa, no ya como hijo, sino como criado.

Descalzo y mal cubierto de súcios y repugnantes andrajos, hizo el largo camino, y, desfallecido del cansancio y de la falta de alimento, llegó á la vista de la casa paterna. ¡Oh, quién pudiera imaginar la angustia de sus remordimientos, el rubor de su vergüenza! Mas he aquí que el padre, divisándole de lejos, le sale presuroso al encuentro; y mientras el hijo se arroja al suelo para postrarse á sus piés, su padre le abraza, le besa con tal trasporte de amor y de ternura, que no hubiera podido hacer más si hubiese vuelto á

sus brazos el hijo más amado, virtuoso y amante.

Inmediatamente le dió el mejor vestido de su casa; púsole en el dedo un precioso anillo; dispuso gran fiesta y gran convite para dar algún desahogo á su interior alegría; y fué tanto lo que hizo por este hijo pródigo é ingrato, que volvía á él, si bien obligado de un hambre canina, que el fidelísimo y piadoso hijo mayor, que en tantos años de obediencia, sumisión y servicio no había recibido tales pruebas de cariño, se llenó casi de enojo y despecho. — ¿Con que yo, decía éste á su padre, que por tantos años os he sido fiel y jamás os he dado algún disgusto con la menor desobediencia, sin embargo, jamás me habéis dado un cabrito para convidar á mis amigos; y al venir este hijo vuestro, que ha derrochado toda su legítima con la gente más vil y más soez, le habéis obsequiado con la mejor ternera que teníais? — Mansamente le respondió el buen padre: Hijo, tú has estado siempre conmigo, y todo lo mío tuyo era; pero ahora es justo hacer fiesta y convite. Porque á este hermano tuyo, que se podía dar ya por muerto, aún lo veo vivo; lo había perdido, y lo he recobrado.

En esta parábola se ve, ante todo, la necedad y malicia con que el pecador se aleja del Padre celestial, echando al diablo cuantos bienes había obtenido. Después, la miseria y el infelicísimo estado en que se encuentra cuando se da á apacentar sus pasiones, más inmundas que los mis-

mos animales que apacentó el Hijo pródigo. De aquí el desengaño y el dolor que lo vuelve nuevamente á los piés del Divino Padre, con la esperanza de obtener aún un poco de misericordia. Pero en la acogida del padre se ve aquella infinita Bondad, que sobrepuja todo deseo y esperanza del pecador contrito, y que muchas veces le llena de tantos regalos y obsequios, que casi da envidia al corazón de los mismos justos, que siempre se mantuvieron muy fieles y respetuosos hijos. Á cuyos regalos y obsequios alude la Santa cuando dice en el cap. XVI, «que á ciertas »almas pecadoras, y aunque estén en mal estado, »y faltas de virtudes, dalas gustos, y regalos, y »ternura, que las comienza á mover los de»seos, y áun pónelas en contemplación algunas »veces».

CAPÍTULO IV

SOBRE LA SEGUNDA PETICIÓN: «VENGA Á NOS EL TU REINO»

Antes de proseguir otras consideraciones sobre la Oración dominical, es de notar lo que dice la Santa al comenzar la primera meditación: «Aunque el nombre de Padre es el que mejor »cuadra á todas estas peticiones, y el que nos da »mayor confianza, y por el cual se quiso obligar »el Señor á darnos lo que le pedimos; con todo »esto, no haremos contra su disposición y orde»nación en añadir los demás títulos, pues con »tanta verdad le pertenecen; demás que con »ellos la devoción se despierta, y se aviva el fue»go del altar de nuestro corazón con renovarle la »leña, y toma esfuerzo nuestra confianza, consi»derando que al que es Padre nuestro le perte»necen tan gloriosos títulos, y á nosotros tan »favorables».

Estos títulos son: de Rey, Esposo, Pastor,

Redentor, Médico y Juez; cada uno de los cuales corresponde á la sustancia de cada una de las peticiones que falta considerar. Por lo cual, sobreentendiéndose siempre el nombre de *Padre* á cada petición, se añadirá otro de los sobredichos títulos; por ejemplo: «Rey nuestro, venga »á nos el tu reino; Esposo nuestro, hágase tu »voluntad», etc.; y no hay duda que de todos estos títulos podremos sacar muchos y muy buenos efectos de devoción.

§ I

Sustancia de la segunda petición.

Comencemos por el primero de dichos títulos: «*Rey nuestro, venga á nos el tu reino*», escuchando á la Santa en la meditación del mártes: «Viene muy bien esta petición tras de la pasada, »pues á los hijos se debe el reino de su padre, »diciendo de esta manera: Si el mundo, demo»nio y carne reinan en la tierra, reina Tú, Rey »nuestro, en nosotros, y destruye en nos estos »reinos de avaricia, soberbia y regalo. De dos »maneras se puede entender esta petición: ó pi»diendo al Señor que nos dé la posesión del reino »de los cielos, cuya propiedad nos pertenece »como á hijos suyos, ó pidiéndole que Él reine »en nosotros, y que nosotros seamos reino suyo. »Ambos sentidos son católicos y conforme á

»la Santa Escritura, y así me lo dicen teólogos; »porque del primero dijo el Señor: *Venid, ben-»ditos de mi Padre, y poseed el reino que os está »aparejado desde el principio del mundo;* y del »segundo dice San Juan que dirán los Santos en »la gloria: *Redimístenos, Señor, con tu sangre, y »hicístenos reino para tu Padre y Dios nuestro.* »En estos sentidos hay un admirable primor, y »es, que cuando Dios habla con nosotros, dice »que es el reino nuestro; y cuando nosotros ha-»blamos con Él, bendecímosle, porque somos »reino suyo; y así andamos trocándonos con es-»tos comedimientos celestiales.

»Yo no sé cuál sea mayor dignidad del hom-»bre: ó que se precie Dios de tenernos por reino, »y satisfacerse Su Majestad con esta posesión, »siendo Él quien es; ó querer Él ser reino nues-»tro y dársenos en posesión; aunque por ahora »más me satisface el ser nosotros reino suyo, »pues de aquí nace el ser Rey nuestro».

Observaremos que no es necesario probar cómo conviene á Dios Nuestro Señor el nombre de Rey nuestro. Mil veces le dan las Escrituras Divinas este título, y toda alma piadosa le invoca con David: «Rey mío y Dios mío». *Rex meus et Deus meus.* (Salm. v, v. 3.) Pero se ha de entender bien que El es nuestro Rey y nuestro reino; nuestro Rey, porque Él debe reinar en nuestros corazones como el Rey en su reino, exigiendo, por lo mismo, todo tributo de obediencia

y de amor; es, además, reino nuestro, cuanto en la plena sumisión á sus divinos mandatos, adquirida la verdadera libertad de hijos de Dios, nuestro espíritu obtiene el completo dominio sobre todas las cosas y sobre todos los afectos de este mundo: entonces experimenta la verdad de aquel dicho: *Servir á Dios es reinar*. Entonces el alma, poseída de Dios, se ve cómo reina en Dios, poseído de ella. Pero mucho mejor será Dios nuestro Rey y nuestro reino en el cielo de un modo por ahora inefable é incomprensible.

Nota después bien la Santa, que en esta petición pedimos al Señor el reino de su gloria en la vida eterna, cuya posesión nos pertenece como á hijos suyos, y también el reino de su gracia en esta vida temporal, mediante la cual gracia Él reina en nuestro corazón, siendo ella nada ménos que la semilla de aquella misma gloria, como se dijo en el cap. 1. Por tanto, en esta petición pedimos á nuestro Rey el sumo bien que podemos tener ahora y en la eternidad.

§ II

Qué solicitud nos debemos reservar nosotros.

Complaciéndonos sumamente de nuestra suerte, á saber, por ser nosotros reino de Dios y por ser Dios nuestro reino, oigamos cómo continúa Santa Teresa: « Dijo á Santa Catalina de Sena:

»Piensa tú de mí, que yo pensaré de tí. Y á cier-»ta Madre (era la misma Santa Teresa): Ten tú »cargo de mis cosas, que yo lo tendré de las »tuyas».

«Pues tomemos á nuestro cargo el hacernos »tales, que se precie Su Majestad de reinar en »nosotros; que El le tendrá de que nosotros rei-»nemos en El. Y este es el reino de quien el »mesmo Señor dijo en su Evangelio: Buscad »primero y ante todas cosas el reino de Dios, y »descuidad de lo demás, pues lo tiene á su cargo »nuestro Padre. Deste reino, asímismo, dijo San »Pablo, que era gozo y paz en el Espíritu Santo. »Consideremos, pues, que tal es razón que sean »aquellos de quien Dios se precia de ser su Rey, »y ellos de ser su reino; qué adornados de virtu-»des; qué compuestos en sus palabras; qué mag-»nánimos; qué humildes; qué mansedumbre de »su semblante; qué sufridos en sus trabajos; qué »limpieza de almas; qué pureza de pensamien-»tos; qué amor unos á otros; qué paz y tranqui-»lidad en todos sus movimientos; qué sin envi-»dia unos de otros, y qué deseos del bien de »todos».

Es aquí muy notable la reflexión de la Santa, donde nos exhorta á no reservarnos otro pensamiento ni otro cuidado fuera de que Dios reina en nosotros, asegurándonos que por tal modo no nos podrá faltar la suma dicha de reinar nosotros en Él, lo que importa el abandono de todos

nuestros particulares intereses en sus manos, reservándose únicamente el de su divina gloria.

Y ya que ella cita las palabras dichas por el Señor á Santa Catalina de Sena: «Piensa tú de mí, que yo pensaré de tí», conviene notar cómo las entendiese aquella Santa: «Nunca, hija mía, »te acongojes, ni por la vida de tu cuerpo, ni »áun por la salvación de tu alma; porque yo, que »sé y puedo, quiero pensar en esto, y proveer »solícitamente; tú atiende únicamente á pensar »y á meditar de mí, porque en esto consiste tu »perfección y tu último bien. Con cuya doctri»na, cuando veía personas angustiadas y solíci»tas por algún peligro, áun grave é inminente, »solía decir á las mismas: ¿qué os importa á vos »de vos? Se nota especialmente, que encontrán»dose en el mar con el bienaventurado Raimun»do, su confesor, sobreviniendo una fiera bo»rrasca, que amenazaba sumergir la nave, se »mostró aquél un tanto asustado á vista de tal »peligro; pero diciéndole ella: «¿Qué os impor»ta, Padre, á vos de vuestra persona?», le tran»quilizó». (Véase el cap. x de la parte 1.ª de la *Vida de Santa Catalina de Sena.*)

Por lo cual, si quisiéremos disponernos bien al reino de Dios, habremos de atender solamente al gusto divino en todas nuestras cosas, sin tomarnos ansiedad ó temor alguno que nos turbe, ni áun por la misma salvación, que nunca está más asegurada que cuando se abandona al

beneplácito divino, haciendo nosotros con paz y tranquilidad cuanto conviene.

Á la verdad, es cosa clara que no se puede buscar el gusto de Dios sin buscar al mismo tiempo la salvación de nuestra alma; y áun debe decirse, que buscar únicamente aquel gusto divino, es buscar únicamente esta salvación eterna. Por lo cual, felices de nosotros si nos supiésemos levantar á tanta perfección como es abandonarnos en las manos divinas; que, como decía aquella Santa, nada nos importe ya nuestras personas, sino sólo nos cuidemos de dar gusto á nuestro Supremo Señor, atendiendo fidelísimamente á no separarnos ni en un solo punto de su santísima voluntad. De esta manera seríamos contados ciertamente en el número de aquellos de quienes mayormente gusta de ser Rey; estaríamos adornados de todas las más bellas virtudes, como conviene á sus felices vasallos, y sentiríamos en nuestro corazón aquel reino... de Dios, que es *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.* (Ad Rom., XIV, v. 17.)

§ III

Nuestras especiales obligaciones para con este supremo Rey.

Óigase ahora cómo discurre Santa Teresa de los especiales deberes que tenemos para con Dios nuestro Rey: «Consideremos lo que pasa en

»los buenos vasallos con su rey, y de aquí levan»taremos el pensamiento al del cielo, y sabremos »cómo debemos habernos con el nuestro, y lo »que pedimos, diciendo que *venga á nos el su »reino*. Todos vivimos debajo de unas leyes, »obligados á guardarlas, y hacer unos por otros, »comunicándonos los unos las cosas que faltan »á los otros. Estamos obligados á poner las ha»ciendas y las vidas por nuestro rey, deseosos de »darle contento en todo lo que se le ofreciere. »En nuestros agravios acudimos á él por justicia, »en las necesidades por remedio: todos le sir»ven, cada uno en su manera, sin envidia unos »de otros: el soldado en la guerra, el oficial en »su oficio, el labrador en su labranza, el caba»llero, el letrado, el marinero; y el que nunca le »vió, le procura servir, le desea ver; y el segador, »que está sudando en el Agosto, huelga que el »rey tenga sus privados, con quien se huelgue y »descanse; y porque el rey quiere bien á uno, »todos le sirven al tal y le respetan; todos están »á desear y procurar la paz y quietud entre sí, y »que su rey sea bien servido de todos».

Tales son los sentimientos y tal la conducta de los buenos vasallos para con los buenos reyes. Veamos ahora cómo los aplica la Santa á todos nosotros, en cuanto somos vasallos del Rey celestial: «Vamos ahora discurriendo por estas »condiciones del reino, y aplicándolas á nues»tro propósito, y veremos que lo que pedimos á

»Dios es que sus leyes sean guardadas, y Él sea »bien servido, y sus vasallos vivan en paz y »tranquilidad. También pedimos que nuestras »almas (dentro de las cuales está el reino de »Dios) estén tan compuestas, que sean reino su»yo; que la república de nuestras potencias le sea »muy obeciente; el entendimiento esté firme en »su fe; la voluntad determinada de guardar sus »leyes santas, aunque le cueste la vida; las po»tencias tan conformes, que no resistan á su vo»luntad divina; nuestras pasiones y deseos tan »pacíficos, que no murmuren de los preceptos »que se les ponen de caridad; y tan sin envidia »del bien ajeno, que si no me comunicare Dios »á mí tanto como á otros, no me dé pena, sino »ántes me alegre de ver que este Señor reine en »la tierra y en el cielo, y me dé yo por contento »de servirle... como otro común oficial, y me dé »por bien pagado de servir en algo en este reino. »Finalmente, que sea Él servido, y obedecido, »y reine en nosotros, y disponga de nosotros, de »mí y de cada uno, como Rey y Señor universal »de todos».

§ IV

Desinterés con que debemos servir á Dios.

Todas las cosas dichas son muy claras, y se conoce que deben hacerse en obsequio de nuestro Supremo Rey; no obstante, es especialmente

notable el santo desinterés con que debemos servir á Dios en aquel estado en que Él nos ha puesto, contentos con los dones que Él nos da. Pues se ha de observar que, además del reino de Dios, invisible é interior, con el que Dios reina en nuestros corazones mediante su gracia, de que ya se ha hablado, hay otro reino visible y exterior, que es la Santa Iglesia católica, de la que todos los fieles son súbditos y vasallos. Ahora bien; como en un reino temporal bien ordenado hay muchos oficios, y por consiguiente muchas condiciones de varios estados; y unos andan más cerca y son favoritos del rey; otros ménos, según su capacidad y méritos, y los buenos súbditos están todos contentos en sus puestos, sin envidiar á los más altos, ni pretenden los favores especiales del rey, de los que no se tienen por dignos, satisfechos con cooperar de su parte al mayor bien del reino; así en la Iglesia católica, reino espiritual de Dios, hay muchos estados de personas, de las que unas están destinadas á servirle más de cerca, y otras ménos, y entre las cuales están repartidos los dones divinos, conforme á las especiales retribuciones y servicios ya prestados. Hay en la Iglesia los Ministros sagrados, divididos en su jerarquía en varios órdenes; hay los religiosos y los seglares, los célibes y los casados; hay quien tiene las gracias necesarias y oportunas para su salvación, y hay quien tiene gracias extraordinarias y admi-

rables, distribuídas, no ya al acaso, como á nuestra ignorancia parece algunas veces, sino según las miras de una sabiduría infinita, á la que se debe siempre adorar y nunca escudriñar. Igualmente, en este reino de Dios, cada uno de nosotros debe estar contento con el puesto en que le ha colocado la Divina Providencia, sin pretender cosa alguna sobre su disposición; sino aspirar únicamente á cooperar, en cuanto puede de su parte, al bien de la Iglesia, que en sustancia no es otra cosa sino la gloria de Dios.

De aquí se sigue que toda alma cristiana debe estar satisfecha de que Dios la haya puesto en aquel estado que á Él más agradó, y no envidiar los singulares favores que vea ha hecho á otros; sino reputándose, como es, verdaderamente indigna por sí misma del menor bien, contentarse de aquel tanto que más ó ménos le fué concedido. Debe solamente industriarse y poner todo su empeño en servir bien al Señor en su respectivo estado, y en corresponder á todas las gracias que recibe de su mano, deseando sólo crecer y perfeccionarse siempre más en pagar aquella deuda, que es universal de todas las almas; en satisfacer la cual jamás puede haber exceso; es á saber, en el santo Divino Amor, y en la entera conformidad con sus divinos mandatos.

Cuando el alma así dispuesta ve á otros colocados por Dios en condición más elevada, y como tenidos por Dios más cerca de sí, como son sus

ministros y las personas religiosas ; cuando ve á algunos favorecidos de Dios en modo especial, con dones de virtudes eminentes, de luces extraordinarias y de regalos espirituales no comunes, se alegra sinceramente con Dios, y con éstos sus favorecidos bendice á la Divina Bondad en su sapientísima distribución, y queda tan contenta de lo que el Señor ha dispuesto, que aunque ella pudiese lograr otro tanto, no ya sólo contra, sino áun fuera de la divina voluntad, rehusaría todos estos bienes, reservándose el admirarlos, bendecirlos y quererlos solamente donde vea en ellos el beneplácito de su amado Rey. Cuya disposición es al Señor tan grata, que no hay cosa que la iguale. En efecto, ¿qué mayor prueba de fidelidad y amor podría dar un vasallo á su rey, que no querer ni riquezas ni honores, sino en aquella medida que agradase á su mismo soberano, y rehusar todo bien que no fuese de su agrado?

Será ejercicio de muy gran mérito y de muy dulce satisfacción para toda alma que ame verdaderamente á Dios, alegrarse y bendecir al Señor cuando ve á algunos de sus prójimos más favorecidos que él, y procurar gozarse de ello aún más que si aquellas gracias le hubieran sido dadas á ella misma ; y alabar también al Señor porque ha dispuesto comunicar aquellos dones suyos más bien á otros que á Él, reconociendo á todos más dignos que á sí, más capaces, más

fieles y más dispuestos á sacar fruto de ellos. Aquí se une con el amor desinteresado la profunda humildad; que ésta es el fundamento, como aquél es la cumbre de la perfección cristiana.

Es notable á este propósito el recuerdo que daba á sus novicias aquella otra Serafina del Carmelo, Santa María Magdalena de Pazzis, á saber: que «si pedían un grado de gracia para sí, pidiesen dos para sus compañeras». Y daba la razón de ello diciendo, que habían de tener á las otras por más dignas que á sí, y por más aptas para hacer mayor fruto y dar más gloria á Dios que ellas. (Paccini, *Vida*, cap. CIV.) Es también muy bello lo que decía la misma Santa en un éxtasis, previendo cómo en el tiempo de la prueba sería privada de todo gusto de espíritu: «Yo estaré »allí en un rinconcito viendo todas las otras es»posas, mis compañeras; no teniendo yo cosa al»guna que disfrutar... haré cuenta de tener yo »también todas aquellas cosas que ellas tienen; »y aunque yo no las pruebe, la caridad, que »hace comunes todas las cosas, me las hará sa»borear sin probar, gozándome sencillamente »con el gusto de las otras». (Cap. CXIII.)

§ V

Conclusión de la Santa.

Santa Teresa termina la meditación contemplando á Jesús coronado de espinas y llamado por burla *Rey de los judíos*. « Aquí viene muy »bien aquel paso, cuando Pilatos, después de »acusado nuestro Redentor, le sacó delante del »pueblo coronado de espinas, con una caña en »la mano por cetro, y una ropa vieja de púrpura, »diciendo: Véis aquí el Rey de los judíos. Y des»pués de haberle adorado con suma reverencia »(en lugar de las blasfemias y escarnios que le »hicieron los soldados y judíos cuando le vieron »en aquella disposición), hacer actos de humil»dad, con deseos de que las honras y alabanzas »del mundo nos sean á nosotros corona de espi»nas». Será ésta muy piadosa contemplación; porque el mirar á nuestro Rey Supremo de cielos y tierra reducido á aquel extremo de padecimientos y de burlas por nuestro bien, coronado Él de espinas para que lo fuésemos nosotros de gloria, encenderá nuestro corazón del más vivo deseo de hacer y padecer también nosotros alguna cosa por Él, y serle agradecidos. Cuanto viéremos más afligida y burlada por nuestra causa la Majestad infinita de nuestro Rey, tanto más nos humillaremos en su presencia, y entendere-

mos cuán gratos nos habrían de ser los padecimientos y desprecios sufridos por su causa, y áun desearemos, como dice la Santa, aborrecer tanto las honras y alabanzas del mundo, que nos lleguen á ser corona de espinas.

CAPITULO V

SIGUE LA SEGUNDA PETICIÓN

§ I

El reino de Dios en la tierra es la perfección consumada.

En el cap. xxx del *Camino de perfección* explica también la Santa esta petición, y entiende por reino de Dios un estado tan perfecto del alma, que se parezca é imite, cuanto es posible en esta vida, el estado beatífico de las almas en la vida eterna; y discurre de este modo: «Ahora, »pues, el gran bien que me parece á mí hay en »el reino del cielo, con otros muchos, es ya no »tener cuenta con cosa de la tierra, sino un so»siego y gloria en sí mesmos, un alegrarse que »se alegren todos, una paz perpétua, una satis»facción grande en sí mesmos, que les viene de »ver que todos santifican y alaban al Señor, y

»bendicen su nombre, y no le ofende nadie. To-
»dos le aman, y la mesma alma no entiende en
»otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de
»amar, porque le conoce; y ansí le amaríamos
»acá, aunque no en esta perfección, ni en un
»sér; mas muy de otra manera le amaríamos de
»la que le amamos, si le conociésemos. Parece
»que voy á decir que hemos de ser ángeles para
»pedir esta petición, y rezar bien vocalmente;
»bien lo quisiera nuestro Divino Maestro, pues
»tan alta petición nos manda pedir, y á buen se-
»guro que no nos dice que pidamos cosas impo-
»sibles: ¿y qué imposible sería, con el favor de
»Dios, venir á esto un alma puesta en este des-
»tierro, aunque no en la perfección, que están
»salidas de esta cárcel porque andamos en mar y
»vamos este camino?»

Ello es cosa imposible, como acaba de decir la Santa, tener en esta vida aquella perfección que es propia del cielo: andamos en mar todavía, lejos del puerto; vamos este camino, lejos aún de la patria: esto no obstante, se puede llegar aún en esta vida á un estado de perfección tan alta, que se llama *consumada*, teniendo en cuenta la posibilidad de nuestra condición, mientras conocemos á Dios por espejo y en enigma, y no le vemos en la gloria como Él es. En este estado, es decir, en el estado de *consumada* perfección, el alma, como dice Santo Tomás, adelanta siempre; porque mientras es viadora, debe siempre ir

adelante en la perfección de la caridad: sin embargo, su principal cuidado no es ya de adelantar en el amor, sino de estar unida á Dios con el amor: *Perfecti etiam in charitate proficiunt, sed non est ad hoc principalis eorum cura, sed jam eorum studium circa hoc maxime versatur ut Deo inhæreant.* (S. Th. 2, 2, q. 24, 2, 9.) San Felipe Neri llamaba á este último grado de perfección «vida de ángeles, al cual habían llegado aquellos que, ejercitados por mucho tiempo en domar sus propias pasiones, reciben de Dios una »vida quieta y tranquila, y como angélica, áun »en este mundo». (Bacci, *Vida*, lib. II, c. XXI.)

El alma, en este estado de unión y de paz divina, goza las mejores pruebas del cielo que se pueden saborear en este mundo; y su vida interior es una imagen del reino eterno. Ella no estima ya cosa alguna de esta tierra; ella siente en sí misma una quietud y gozo, que el demonio no puede turbar ni acibarar. Se alegra y regocija al ver que de todo saca Dios gloria para sí y bien para sus escogidos; entiende que, á despecho de toda la humana y diabólica malicia, se hace finalmente en el cielo, en la tierra, y hasta en el infierno, la santísima voluntad de Dios, voluntad que la misma alma únicamente quiere con todas sus fuerzas; conoce y siente que Dios es todo amable, no sólo en su misericordia, sino también en su justicia; siendo en Él la justicia, la misericordia y todos los otros atributos una cosa

sola, á saber, su simplicísima infinita bondad. Siente entonces un tan dulce y poderoso interior impulso del amor que la une y la estrecha con Dios, que le parece no poder ya romperse, ni áun entibiarse jamás. En estos conocimientos y en estos sentimientos interiores goza de una secreta felicidad, inexplicable áun para sí misma, que tan dulce y fuertemente la experimenta: ella entonces, cuanto es posible, goza en la tierra el reino de los cielos.

Sin embargo, como también dice la Santa, sería grande error el suponer que el alma goce constantemente en este estado de felicidad y de gloria. El alma goza en tiempos de este reino de Dios como en el monte Tabor, y en tiempos agoniza en la Cruz como en el Calvario; porque en este mundo no puede haber consolación tan completa que llegue á ser perpétua, siendo, como es antes el mundo, hasta la muerte, lugar de prueba, áun para las almas más santas.

§ II

Oración de quietud.

Entiende también aquí la Santa por reino de Dios la oración de quietud, ó sea el principio de la contemplación sobrenatural; y «porque (como ella dice en el cap. xv de la *Vida*, § 11) hay »muchas almas que llegan á este estado», será muy conveniente oir cómo ella le describe: «Mas »hay ratos que, de cansados de andar trabajando

»en la oración, ya vocal, ya mental, los pone el »Señor en un sosiego de las potencias y quie»tud del alma, que, como por señas, les da claro »á entender á qué sabe lo que se da á los que el »Señor lleva á su reino; y á los que se le da acá, »como le pedimos, les da prendas para que por »ellas tengan gran esperanza de ir á gozar per»pétuamente lo que acá les da á sorbos. (Capí»tulo xxx.)

»Esta oración de quietud es ya cosa sobrena»tural y que no la podemos adquirir nosotros »por diligencias que hagamos, porque es un po»nerse el alma en paz ó ponerla el Señor con »su presencia; por mejor decir, como hizo al »justo Simeón, porque todas las potencias se »sosiegan. Entiende el alma, por una manera »muy fuera de entender los sentidos exteriores, »que está ya junta cabe su Dios; que con poqui»to más llegará á estar hecha una cosa con Él »por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos »del cuerpo ni del alma; tampoco no veía el »justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito »que en lo que llevaba envuelto, y la poca gente »que con Él iba en la procesión; más pudiera »juzgarle por hijo de gente pobre, que por Hijo »del Padre celestial; mas dióselo el mesmo Niño »á entender, y ansí lo entiende acá el alma, aun»que no con esa claridad, porque áun ella no »entiende como lo entiende; mas de que se ve »en el reino (al ménos cabe el Rey que se le ha

»de dar), parece que la mesma alma está con »acatamiento, áun para no osar pedir.

»Es como un amortecimiento interior y exte»riormente, que no querría el hombre exterior »(digo el cuerpo, porque mejor me entendáis), »digo que no se querría bullir, sino como quien »ha llegado casi al fin del camino, descansa para »poder mejor tornar á caminar, que allí se le »doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísi»mo deleite en el cuerpo y gran satisfacción en »el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe »la fuente, que áun sin beber está ya harta; no »le parece hay más que desear las potencias so»segadas, que no querrían bullirse; todo parece »que le estorba á amar. Aunque no están perdi»das, porque pueden pensar en donde cabe quien »están, que las dos están libres, la voluntad es »aquí la cautiva; y si alguna pena puede tener »estando ansí, es de ver que ha de tornar á tener »libertad. El entendimiento no querría entender »más de una cosa, ni la memoria ocuparse en »más; aquí ven que esta sola es necesaria, y to»das las demás las turban. El cuerpo no que»rrían se menease, porque les parece han de »perder aquella paz, y ansí no se osan bullir. »Dales pena el hablar; en decir Padre nuestro »una vez se les pasará una hora. Están tan cer»ca, que ven que se entienden por señas. Están »en el palacio cabe su Rey, y ven que les co»mienza ya á dar aquí su reino.

»Aquí vienen unas lágrimas sin pesadumbre »algunas veces, y con mucha suavidad. Parece »no están en el mundo, ni le querrían ver ni oir, »sino á su Dios. No les da pena nada, ni parece »se la ha de dar. En fin, lo que dura con la sa»tisfacción y deleite que en sí tiene, están tan »embebidas y absortas, que no se acuerdan que »hay más que desear, sino que de buena gana »dirían con San Pedro: *Señor, hagamos aquí »tres moradas.*

»Algunas veces en esta oración de quietud »hace Dios otra merced... porque acaece andar »un día ó dos que nos vemos con esta satisfac»ción, y no nos entendemos: digo los que la tie»nen. Y verdaderamente ven que no están ente»ros en lo que hacen, sino que les falta lo me»jor, que es la voluntad, que, á mi parecer, está »unida con Dios, y deja las otras potencias »libres para que entiendan en cosas de su servi»cio; y para esto tienen entonces mucha más »habilidad; mas para tratar cosas del mundo »están torpes y como embobados á veces. Es »gran merced esta á quien el Señor la hace, »porque vida activa y contemplativa está junta. »De todo se sirve entonces el Señor; porque la »voluntad estáse en su obra, sin saber cómo »obra; y en su contemplación, las otras dos po»tencias sirven en lo que Marta; ansí que ella y »María andan juntas.

»Yo sé de una persona que la ponía el Señor

»aquí muchas veces, y no se sabía entender, y »preguntólo á un gran contemplativo, y dijo: »que era muy posible; que á él le acaecía. Ansí »que pienso, que pues el alma está tan satisfe»cha en esta oración de quietud, que lo más con»tino debe estar unida la potencia de la volun»tad, con el que sólo puede satisfacerla».

Da después á entender esta oración de quietud con la siguiente paridad: «Está el alma como »un niño, que aún mama, cuando está á los pe»chos de su madre, y ella, sin que él paladee, »échale la leche en la boca para regalarle: ansí »es acá, que sin trabajo del entendimiento está »amando la voluntad y quiere el Señor que sin »pensar lo entienda que está con Él, y que sólo »trague la leche que Su Majestad le pone en la »boca, y goce de aquella suavidad, que conozca »le está el Señor haciendo aquella merced, y se »goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo »la goza, y qué es lo que goza, sino descúidese »entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se »descuidará de ver lo que le conviene... Puesta »el alma en esta oración, ya parece le ha conce»dido el Padre Eterno su petición de darle acá »su reino». (Cap. xxxi.)

Pero ya que la Santa habla en otros lugares de esta oración de quietud, y especialmente en el cap. xiv de su *Vida*, añadiremos aquí algunos de sus sentimientos: «Sola la voluntad se »ocupa de manera, que sin saber cómo se cauti

»va, sólo da consentimiento para que la encar-»cele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de »quien ama. ¡Oh, Jesús y Señor mío, qué nos »vale aquí vuestro amor; porque éste tiene el »nuestro tan atado, que no deja libertad para »amar en aquel punto á otra cosa sino á Vos!... »Esta agua de grandes bienes y mercedes que el »Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy »más sin comparación que en la oración pasada »(oración devota, pero no sobrenatural); porque »se va ya esta alma subiendo de su miseria, y »dásele ya un poco de noticia de los gustos de la »gloria. Esto creo la hace más crecer y también »llegar más cerca de la verdadera virtud, de »donde todas las virtudes vienen, que es Dios; »porque comienza Su Majestad á comunicar á »esta alma y quiere que sienta ella cómo se le »comunica. Comiénzase luego, en llegando aquí, »á perder la codicia de lo de acá, y pocas gra-»cias, porque ve claro que sin momento de »aquel gusto no se puede haber acá, ni hay ri-»quezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que »basten á dar un cierra ojo, y abre deste conten-»tamiento porque es verdadero, y contento que »se ve que nos contenta; porque los de acá por »maravilla me parece entendemos á dónde está »este contento, porque nunca falta un sí, nó; »aquí todo es sí, en aquel tiempo; el nó viene »después por ver que se acabó». (Cap. XIV.)

Después, en el cap. XV de la misma *Vida:*

»Es, pues, esta oración una centellica que co»mienza el Señor á encender en el alma del ver»dadero amor suyo, y quiere que el alma vaya »entendiendo qué cosa es este amor con regalo... »Pues esta centellica, puesta por Dios, por pe»queñita que es, hace mucho ruído; y si no la »matan por su culpa, esta es la que comienza á »encender el gran fuego que echa llamas de sí »(como diré en su lugar), del grandísimo amor »de Dios, que hace Su Majestad tengan las almas »perfectas. Es esta centella una señal ó prenda »que da Dios á esta alma, de que la escoge ya »para grandes cosas, si ella se apareja para reci»billas; es gran don, mucho más de lo que yo »podré decir».

§ III

Advertencia sobre esta oración.

Tanto en este lugar de su *Vida*, como en su *Camino de perfección*, da Santa Teresa varios avisos á las almas que son levantadas por Dios á esta oración de quietud. Los principales son:

Primero. Que se procure un director espiritual, bueno é instruído, que pueda bien guiarla.

Segundo. Que no se turbe si el entendimiento ó la imaginación turba su oración algunas veces.

Tercero. Que el alma, cuando es elevada á esta oración, no interrumpa su quietud queriendo rezar de prisa muchas oraciones, sino en cambio se esté gozando del don de Dios, profiriendo también de cuando en cuando una sola palabra.

Cuarto. Que procure adelantar bien en todas las virtudes, porque así recibirá de Dios gracias siempre mayores, hasta llegar á su perfecta unión, y hará cosas grandes por su gloria.

Y si alguna alma deseare entender mejor este reino, ó el precioso gozar de tan gustosa oración, oiga á San Bernardo: «¡Oh, tú, quien quiera »seas, que tengas curiosidad de saber qué es este »*gozar*, no apliques el oído, sino el corazón; la »lengua no puede enseñar lo que es; lo enseña »la gracia. Ella es una ciencia que se esconde á »los sabios y prudentes según el mundo, y se re»vela á los sencillos como niños. Grande, ¡oh, »hermanos! grande y sublime virtud es la humil»dad que alcanza la ciencia, que no se enseña, »que merece adquirir lo que es tan alto, que no »se puede aprender. Ella es digna, en la presen»cia del Verbo, de atraer á sí, del mismo Verbo, »lo que no puede expresar con sus palabras. »¿Cómo se hace esto? No es cosa que se pueda »merecer jamás, sino porque tal es el beneplácito del Padre del Verbo, Esposo del alma, Cristo Jesús, Nuestro Señor». (Sermo. 85, in Cant.)

CAPÍTULO VI

SOBRE LA TERCERA PETICIÓN: «HÁGASE TU VOLUNTAD, ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO»

§ I

Dios, Esposo del alma.

Santa Teresa considera á Dios, en esta tercera petición, como Esposo de nuestras almas. He aquí sus palabras en la meditación para el miércoles: «La primera petición es: *Hágase tu voluntad*, deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios: y aún pedimos más, que se cumpla *en la tierra como en el cielo*, con amor y caridad. Viene muy bien esta petición tras las dos pasadas, pues es cosa muy justa que se cumpla en todo perfectísimamente la voluntad del Padre Eterno por sus hijos y la del Rey soberano por sus vasallos.

»Para más nos despertar, y conforme con esta voluntad, imaginemos á este Padre y Rey de

»los reyes con título de Esposo amantísimo de »nuestras almas. Y á quien con atención consi»derare este nombre y entendiere el regalo y »favor que debajo Dél se comprende, sin duda »se levantarán en su corazón increíbles deseos »de cumplir la voluntad de aquel Señor, que »siendo Rey de la Majestad, resplandor del Pa»dre, abismo de sus riquezas y piélago de toda »hermosura, fortísimo, poderosísimo, sapientísi»mo y amabilísimo, quiere ser de nosotros ama»do, y amarnos con tan regalado amor como »por este dulce nombre se significa.

»Préciase mucho Su Majestad deste nombre; »y ansí á Jerusalén, siendo fornicaria y adúltera, »convidándola á penitencia, le ruega que se »vuelva á Él y que le llame Padre y Esposo, »por darle confianza y seguridad que será Dél »recibida.

»En este nombre se especifican todas las pren»das del regalado y confiado amor, el trueco é »igualdad de las voluntades; pide todo el amor, y »todo el cuidado, y todo el corazón; así, después »que Dios hizo el concierto y la escritura del »desposorio con Israel en el desierto, le pidió y »mandó que le amase con todo su corazón, con »toda su alma, entendimiento y voluntad, y con »toda su fortaleza».

Es mucho de notar aquí la dignación de su Divina Majestad, que no sólo quiere ser Padre y Rey del alma su amada, sino ser también su

Esposo, y parece que se goza en este título más que en los otros, en cierto modo á lo ménos.

En efecto; su Espíritu Divino dictó á Salomón todo un libro sagrado, *El Cantar de los Cantares*, como un largo himno nupcial para celebrar los desposorios que hace con su querida alma. En este libro, bajo el velo de profundas misteriosas palabras, se describen los inefables, sacratísimos y mútuos amores del Esposo con el alma su esposa. Este libro, de la más difícil inteligencia para las almas terrenas y carnales, es un cielo de luz y de dulzura para las almas castas, y lo es tanto más, cuanto más hubieren llegado á la santidad consumada. Comentándole San Bernardo, se deleitaba en estos divinos amores al acabar su vida, y no pudo completar su trabajo, llamado á gozarlos ya en el cielo. Dictaba su inteligencia Santo Tomás de Aquino á los religiosos de Fosanova en su última enfermedad. El postrer trabajo del piadoso Gersón era sobre este libro, y murió á los tres días de haberlo concluído. San Juan de la Cruz se lo hacía leer para consuelo de su alma en su agonía, y, al oir tan cariñosas palabras, se lee en su *Vida* que se enternecía y exclamaba: «¡Oh, qué preciosas perlas son éstas!» También Santa Teresa había escrito altos conceptos sobre las palabras de este libro; pero no quedó de su trabajo sino un fragmento.

En este soberano cántico describe el Divino

Esposo, parte por parte, las bellezas de su esposa, que es su alma querida, y prorrumpe en exclamaciones de maravilla y de amor, que causan el mayor asombro: «Oh, qué hermosa eres tú, amiga mía; qué hermosa eres tú! Tus ojos de paloma». (Cap. I, v. 14.) «Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven... Muéstrame tu rostro; suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso». (Cap. II, v. 13 y 14.) «Toda hermosa eres, amiga mía, y mancilla no hay en tí... Llagaste mi corazón, hermana mía, esposa; llagaste mi corazón con el uno de tus ojos... Panal que destilan tus labios, ¡oh, esposa! miel y leche debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos, como olor de incienso... Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada». (Cap. IV, v. 7, 9, 11 y 12.) «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla». (Cap. V, v. 2.) «Hermosa eres, amiga mía; suave y graciosa como Jerusalén». (Cap. VI, v. 3.) «Cuán hermosa eres y cuán graciosa, ¡oh, carísima en las delicias!» (Cap. VII, v. 6.)

Con estas y otras semejantes admirables exclamaciones de amor se declara Esposo del alma el Rey del cielo, y sería supérfluo alegar de ello más pruebas con otras autoridades de la Divina Escritura.

Vean, pues, las almas inteligentes á qué excesos de ternura y de confianza admite el celestial

Esposo á su esposa, oyendo las palabras en el mismo cántico donde ésta se atreve á pedirle que le imprima un ósculo de su boca, y cuando dice que «béseme con el beso de su boca...» «Hacecito de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos morará». (Cap. I, v. 1 y 12.) «La izquierda de Él debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará... Mi amado para mí y yo para Él... Me introdujo en la cámara del vino; ordenó en mí la caridad». (Cap. II, v. 6, 16 y 4.)

Estos excesos de ternura y de confianza se muestran más sensibles en las vidas de los Santos y en los escritos de aquellos que, habiéndolos experimentado y gozado, se esforzaron en dar cierta idea para engrandecer el amor del Divino Esposo é inflamar las almas en deseos y ansias ardorosas de unirse á Él. Especialmente ayudará leer la *Vida* y las Moradas de nuestra Santa y el *Cántico de amor*, ó, como otros dicen, el *Cántico espiritual* y la *Llama viva de amor* de San Juan de la Cruz. Dichoso quien pudiere entender allí las maravillas de la divina caridad para con las almas amantes de su Dios.

§ II

Diligencias de la esposa.

Mas porque son pocas y raras las almas esposas de este gran Rey que llegan á tanta perfec-

ción é intimidad de amor con Él, y hay, por otra parte, muchas almas en estado de gracia, y por lo mismo esposas de Dios, aunque imperfectas y tibias en su amor, sigamos á Santa Teresa, y veamos qué afanes deban tomarse estas almas para que su celestial Esposo pueda agradarse de ellas y para que ellas puedan ser objeto de los rasgos especiales de su divina caridad. Dice, pues, la Santa: «Cuán recatada, pues, ha de an»dar la esposa que es amada de tan gran Rey, y »compuesta en todo lo interior y exterior. Con»sidere las joyas y aderezos con que este Esposo »suele adornar á sus esposas, y procure dispo»ner su alma para merecerlas, que no la dejará »pobre, ni desnuda y desataviada; pídale las que »más agradan á Su Majestad. Póngase á sus piés »con humildad, que alguna vez tendrá por bien »este Señor de levantarla con soberana clemen»cia y recibirla en sus brazos, como lo hizo el »rey Asuero con la reina Ester».

Aquí podrá considerarse el alma como una hija pobre de baja condición, que tuviese la fortuna de ser escogida para esposa de un muy rico y noble caballero, y ver cómo se conduciría esta tal, si era, aunque pobre y baja, doncella de juicio, agradecida á tanta honra, y deseosa de granjearse el amor de su esposo: ¡oh, cómo estaría atenta y cuidadosa de conformarse á su genio para darle en todo por el gusto! ¡Oh, cómo viviría retirada de todo trato y persona que pu-

diese de algún modo deshonrarla! ¡Cómo procuraría adornarse con toda elegancia para parecer ménos indigna de él, y parecer graciosa á su vista! ¡Qué compostura guardaría en su trato y en sus modales para que no encontrase en ella cosa que desaprobar! Echaría hasta del pensamiento toda acción descortés é innoble que ántes de su promoción hubiese usado.

Pues bien; lo que haría esta doncella tan afortunada, según el mundo, para agradar á un hombre terreno, que, si bien de condición muy elevada, tendría mil defectos, estaría sujeto á mil miserias, y, finalmente, se le habría de quitar para ir, como todos, á podrirse en un sepulcro, procure hacer el alma esposa de Dios, para agradar á aquel Esposo soberano, de bondad y belleza infinita, que es todo perfecto, y ha de ser su Esposo eternamente. No mire sino á su divino beneplácito en todas sus obras y en todos sus pensamientos, y esté atenta á cumplirlo y ejecutarlo, áun á costa de cualquier tedio y repugnancia. Viva retirada y separada totalmente con su afecto en toda persona y cosa de esta tierra, para no deshonrarse con amores bajos é indignos. Adórnese con las galas de todas las virtudes practicadas con la mayor perfección; y tanto en su interior, donde mora su Esposo, como en su exterior, á saber, en su espíritu y en su cuerpo, no admita cosa que pueda darle disgusto, para que así sea toda bella y sin mancha á su vista.

Considere, entre tanto, las *joyas* y *aderezos*, que son gracias y dones singulares «con que este »Esposo suele adornar á sus esposas, y procure »disponer su alma para merecerlas», haciendo sus partes para llegar á estar dispuesta á los favores más preciados que le quiera dispensar, y esté persuadida que no la dejará «pobre y desnuda y desataviada», puesto que el Divino Esposo desea mucho que sus esposas estén ricas y bien adornadas. Pero le ha de pedir «aque»llas joyas que más agraden á su Divina Majes»tad»; porque la esposa no debe pretender componerse y adornarse á su gusto, sino al del Esposo; no debe aspirar á agradar á otros, ni á sí misma, sino sólo á Él.

Por lo cual convendrá que pida aquellas joyas que le son indispensables, para que el Esposo quede de ella complacido, como son: la humildad, la sencillez, la pureza, con todas las demás virtudes cristianas; en cuanto á los dones singulares y no necesarios, remítase á su Voluntad Divina, no queriendo cosa que Él no quiera. Si se pusiere á sus piés con esta disposición de humilde desprendimiento, agradará tanto á sus divinos ojos, que no dejará Éste á sus tiempos de «levantarla con soberana clemencia y reci»birla en sus brazos, como lo hizo el rey Asuero »con la reina Ester»; que quiere decir, que la consolará con los gozos de su Divina presencia, y la levantará tal vez y elevará á perfecta con-

templación en la luz de su Divino rostro. Pero del abandono con que el alma se debe poner en las manos de Dios, y de la familiaridad que entonces usa el Señor con ella, se hablará en otro capítulo.

CAPÍTULO VII

SOBRE LA TERCERA PETICIÓN

§ I

Consideraciones que debe hacer la esposa.

Continúa Santa Teresa diciendo, que la esposa debe considerar «la pobreza del dote que ella »lleva á este desposorio, y la riqueza del dote »del Esposo, y cómo por virtud de su sangre »compró de su Padre nuestras almas para espo»sas suyas, siendo primero esclavas de Satanás; »y cómo por esta causa, con mucha razón, se »puede llamar Esposo de sangre, el cual despo»sorio se hizo en el Bautismo, dándonos su fe »con las demás virtudes y dones, que son el arreo »de nuestras almas; y cómo todos los bienes »de Dios son nuestros por este desposorio, y to»dos nuestros trabajos y tormentos son deste »dulcísimo Esposo, que tal trueco hizo con nos-

»otros, dándonos sus bienes y tomando de nues-»tros males. Quien esto considerare, ¿con qué »dolor verá ofenderle, y con qué alegría servir-»le? ¿Quién podrá, sin lástima, ver tal Esposo á »la columna atado, en la cruz enclavado y pues-»to en el sepulcro, sin rasgarse las entrañas de »dolor? Y, por otra parte, ¿quién podrá verle »triunfante, resucitado y glorioso, sin alegría »incomparable?» En estas consideraciones deberá atender particularmente la esposa á la necesidad del

§ II

Propio conocimiento.

Dice Santa Teresa en el cap. XIII de su *Vida*, que «conocimiento propio es el pan con que »todos los manjares se han de comer, por deli-»cados que sean, en este camino de oración, y »sin este pan no se podrían sustentar». Y en el capítulo XXXIX del *Camino de perfección:* «Tened »este cuidado, que en principio y fin de la ora-»ción, por subida contemplación que sea, siem-»pre acabéis en propio conocimiento; y si es de »Dios *(ó sea verdadera contemplación)*, aunque »no queráis, ni tengáis este aviso, lo haréis aún »más veces, porque trae consigo humildad, y »siempre deja con más luz para que entendamos »lo poco que somos». Dice también San Juan de la Cruz *(Noche escura*, lib. I, cap. XII): «Todas

»las mercedes que Dios hace al alma, ordina»riamente las hace envueltas en este conoci»miento».

Por lo cual, aunque la esposa se encuentre muy favorecida de Dios, enriquecida y adornada por Él de dones aún muy grandes; sin embargo, es necesario que considere «la pobreza del dote que ella lleva á este desposorio». Este dote es su nada, sus miserias y pecados; porque, á la verdad, todo esto es lo que tiene de propio, y no otra cosa de que pueda decir: *Esto es mío*. Todos los bienes que ella posee, tanto naturales como sobrenaturales, son todos dones de Dios: Él sólo, así como es el dador, así por esto mismo es el dueño de ellos. Considere, pues, bien su propia nada; sus miserias, así espirituales como corporales; sobre todo, los pecados que ha cometido y comete á cada paso, y abátase de este modo á lo más profundo de una sincera humildad en la presencia de su Divino Esposo.

Esta virtud del propio conocimiento resplandece maravillosamente en las almas santas, y de tal modo las funda en humildad, que cuanto mayores se hacen á los ojos de Dios, tanto más pequeñas parecen á sí mismas, de modo que llegan á no sentir ni áun tentaciones de vanagloria. Dice Santa Teresa (cap. XII, *Camino de perfección*): «Paréceme que al verdadero humilde, »áun de primer movimiento, no osará el demo»nio tentarle en cosa de mayoría». Y ántes bien,

estas almas quedan altamente sorprendidas y asombradas como de cosa casi imposible, cuando echan de ver que alguno las estima y las honra: se creen indignas áun de hallarse entre las criaturas de Dios, y piensan que no puede haber cosa peor que ellas.

Tenemos de esto un ejemplo en nuestra Santa, la cual escribe de sí (*Vida de la Santa*, por el Ilmo. Fray Diego de Yepes, tom. II, cap. XXVII, párrafo III, 2.ª parte de las *Relaciones á sus confesores*, núm. 48: Vanagloria, Humildad): «Pa»réceme que aunque con estudio quisiese tener »vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudie»se pensar que ninguna de estas virtudes es mía; »porque há poco que me ví sin ninguna muchos »años, y ahora de mi parte no hago más de re»cibir mercedes, sin servir sino como la cosa »más sin provecho del mundo. Y es ansí que »considero algunas veces cómo todos aprove»chan sino yo, que para cosa ninguna valgo. »Esto no es cierto humildad, sino verdad».

Las almas dotadas de tan rara humildad están excelentemente descritas por San Juan de la Cruz con las siguientes palabras: «Que tanto es »lo que de caridad y amor querrían hacer por »Él, que todo lo que hacen no les parece nada; »y tanto les solicita en breve, y ocupa este cui»dado de amor, que nunca advierten en si los »demás hacen ó no hacen; y así, si advierten, »todo es, como digo, creyendo que todos los

»demás son mejores que ellos. De donde, teniéndose en poco, tienen gana de que los demás también los tengan en poco, y les deshagan y desestimen sus cosas. Y tienen más: que aunque se las quieran alabar y estimar, en ninguna manera lo pueden creer, y les parece cosa extraña decir de ellos aquellos bienes... De que alaben á los demás se gozan. Sólo tienen pena de que no sirven á Dios como ellos. No tienen gana de decir sus cosas, porque las tienen en tan poco, que áun á sus maestros espirituales tienen vergüenza de decirlas, pareciéndoles que no son cosas que merezcan hacer lenguaje de ellas. Más gana tienen de decir sus faltas y pecados, ó que éstos entiendan no son virtudes; y así se inclinan más á tratar su alma con quien ménos estime sus cosas y su espíritu. Lo cual es propiedad de espíritu sencillo, puro y verdadero, y muy agradable á Dios. Porque como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, luego les mueve y inclina á guardar adentro sus tesoros en secreto, y echar fuera los males. Porque da Dios á los humildes, junto con las demás virtudes, esta gracia, así como á los soberbios la niega. Darán éstos la sangre de su corazón á quien sirve á Dios, y ayudarán cuanto es en sí á que le sirvan. En las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios, y esperando en Él».

§ III

Conocimiento de los dones de Dios.

No se sigue de lo dicho, según Santa Teresa, que el alma esposa esté siempre ocupada en la consideración de su propio *dote*, que es su nada y la malicia del pecado; pues es menester que de cuando en cuando se vuelva á considerar el *dote* que le da su Esposo, á saber: la gracia y todos los demás dones de que es tan liberal con sus almas predilectas. Por eso dice Santa Teresa en el citado cap. XIII de su *Vida*, que el pan del propio conocimiento «hase de comer con tasa; y »que después que un alma se ve ya rendida, y »entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se »ve avergonzada delante de tan gran Rey, y ve »lo poco que le paga para lo mucho que le »debe... irnos á otras cosas que el Señor pone »delante».

Lo mismo repite más largamente en el capítulo II, § IX de las Moradas primeras, donde, entre otras cosas, dice: «Que la humildad siem»pre labra como la abeja en la colmena la miel... »Mas consideremos que la abeja no deja de salir »á volar para traer flores; ansí el alma en el pro»pio conocimiento, créame, y vuele algunas ve»ces á considerar la grandeza y majestad de su »Dios (§ XI)... Metidos siempre en la miseria de

»nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cie-»no, de temores, de pusilanimidad y cobardía».

Por lo cual la esposa, después de haber mirado bien la miseria de su *dote* para humillarse y llegar á la total desconfianza de sí, mire igualmente la riqueza del *dote* que tiene de su Esposo, para animarse y crecer en santa confianza lo más que pueda ilimitada. Considere la preciosidad, la grandeza, la excelencia de este dote en la sangre sacratísima que derramó por ello su Esposo; pues en el mérito de esta sangre está todo su dote. «Tú eres para mí Esposo de sangre» (Ex., IV, 25), decía Séfora á Moisés; y Esposo de sangre es Jesús para el alma; puesto que, mediante el derramamiento de su sangre, la ha rescatado, redimido y hecho esposa suya, y después la enriquece de todos los bienes, la colma de todos los consuelos y la admite á su más íntima familiaridad, hasta que la una á sí en la gloria; y es mucho de notar el cambio que quiso hacer con su amada alma, tomando para sí todas sus miserias (fuera del pecado), y dándole todos sus bienes. Tomó para sí la pobreza, los desprecios, los padecimientos, la muerte, que son nuestras miserias, para comunicar al alma riqueza, honor, gozo y vida eterna, que son sus bienes.

§ IV

Amor de la esposa.

Aquí, entre tanto, debe considerar la esposa cuál ha de ser su amor á su celestial Esposo: amor fuerte, amor de sacrificio, que llegue hasta la sangre. Muchas almas quisieran desposarse con Jesús, pero sólo con amor tierno y delicioso: aquel amor fuerte, aquel amor de sacrificio que no se retira ni áun de la sangre; que ántes bien no se contenta ni puede estar satisfecho si no llega hasta la sangre, le aterra y le desmaya; y, sin embargo, este es el amor de Jesús, que debe procurarse el alma esposa suya. Cuando nada el espíritu en un mar de ternuras y de gustus, es cosa muy fácil, diríase aún, necesaria, amar á Jesús. San Pedro en el Tabor no tenía la menor repugnancia en quedarse con Jesús en tanta gloria; ántes bien, sin reparar siquiera en lo que decía, proyectaba tres como moradas para su Maestro, para Moisés y para Elías, sin curarse de quedar allí al aire libre; pero otra cosa fué en el Pretorio. Al ver allí á su Divino Maestro, no ya vestido de gloria, sino cubierto de ignominia; no ya en medio de Santos Profetas, sino entre los verdugos, burlado, escarnecido, próximo á ser condenado á muerte, se quedó bien lejos, y áun negó que siquiera le conocie-

se. ¿Por qué, pues, esta diferencia? Porque todavía tenía un amor muy débil é imperfecto, y por eso estaba muy pronto para gozar con Jesús, pero muy lejos de tomar parte con Él en sus mayores padecimientos. Sin embargo, después que recibió la plenitud de amor el día de Pentecostés, no sólo perdió el horror á los padecimientos y á la sangre, sino, ántes bien, anduvo sediento del martirio.

Almas esposas de Jesús: vosotras no os engañaréis prometiéndoos del amor de este Esposo gloriosas delicias áun en esta vida; á veces áun os abrazará y os atraerá dulcemente á su corazón; acaso os dará á probar los eternos deleites que tiene en su diestra; sin embargo, no será ese el tiempo en que Él os dé las mayores pruebas de amor, ni el en que tampoco vosotras se las daréis á Él. El tiempo en que Él os dará singulares muestras de cariño será cuando os pareciere que se aleja de vosotras dejándoos en tinieblas y amarguras; cuando exija de vosotras el sacrificio de cuanto améreis, aunque sea la vida; y entonces vosotras, permaneciendo fieles y mostrándoos prontas con alegre uniformidad á todo padecimiento de espíritu y de cuerpo, le daréis las mejores pruebas de amor.

Almas esposas de Jesús, no seáis ahora tan avarientas de sus dulzuras y delicias. Para gozar con Él inefablemente tenéis toda entera la eternidad, y por mucho que estéis sedientas de pla-

ceres, una eternidad ya os debe bastar; pero, en cambio, para padecer con Él y para atestiguarle de este modo vuestro amor, no tenéis sino los cortos instantes de esta vida. Por tanto, si sois sabias, no debéis desear ahora sino padecer con vuestro Esposo, pensando que la dicha de padecer con Él y por su amor concluirá con vuestra muerte, y no la tendréis jamás eternamente. ¡Cuán discreto es vuestro Esposo! Habéis de padecer y gozar con Él; de padecer sólo un instante; de gozar por siglos sin fin. Deberíais desear que de estos momentos no pasase uno sin padecer, como de aquellos siglos eternos no pasará uno sin gozar.

§ V

Cómo la esposa puede desear los gozos.

Que si áun en este mundo quisiéseis alguna prueba de aquel eterno gozar, os consiente este deseo nuestra Santa, la cual en su vida pidió una vez al Señor que le comunicase gustos de espíritu, y dice: «Bien sabía yo que era lícito pedirlo». (*Vida*, cap. IX, hacia el fin.) Pero pedidlos para que os animen y alienten á padecer mejor. Por este motivo son apetecibles y oportunos; para esto los da el celestial Esposo á sus esposas; y tanto más grandes, exquisitos y abundantes, cuanto más quiere que padezcan por su

amor. A las veces las embriaga de dulzuras tan grandiosas y de delicias tan magníficas, que no caben en corazón humano si Él mismo no lo hiciese capaz; pero esto es para prepararlas á grandes y sobrehumanos dolores, como dice la misma Santa Teresa (cap. XVIII, *Camino de perfección*): «Tengo por muy cierto que se los da »Dios mucho mayores *(los trabajos)*. Y ansí »como los lleva por camino barrancoso y tan »áspero, que á las veces les parece que se pier»den... ansí há menester Su Majestad darles »mantenimiento, y no de agua, para que, em»briagados con este vino de Dios, no entiendan »lo que pasan, y lo puedan sufrir». Por tanto, no deseeis ni áun los gustos del espíritu por la simple golosina de gozar, pues no es este el tiempo; si queréis desearlos, codiciadlos para saber y poder padecer mejor por vuestro Esposo.

§ VI

Conclusión de la meditación.

Á este punto concluye la Santa: «Este día »vendrá bien considerarlo en el Huerto, postra»do delante de su Eterno Padre, sudando sangre »y ofreciéndose á Él con perfectísima resigna»ción, diciéndole: No se haga mi voluntad, sino »la tuya». Aquí el alma ve á su Esposo que acepta, toma para sí y como que abraza en su

corazón las bofetadas, los azotes, las espinas, la cruz, los clavos y la más horrible de las muertes por ella ; y ve que abraza todo esto á pesar de que su humanidad sienta de ello tan fuerte pena, que le pone en agonía y le saca de su cuerpo un sudor de sangre.

Tal consideración viene mejor que en ninguna otra en esta petición; no sólo porque contiene todas las penas de la Pasión sufridas entonces por Jesús tan fuertemente en su espíritu, sino particularmente porque fué entonces cuando practicó la oración que nos enseña en el *Fiat voluntas tua*, conformándose tan perfectamente á la voluntad de su Divino Padre en tal exceso de angustia. Pero de esta conformidad se hablará más adelante.

Nótese aquí que Santa Teresa era devotísima de este paso de la Pasión: lo dice ella misma en su *Vida* (cap. IX, § III, hacia el fin): «Muchos »años, las más noches, ántes que me durmiese, »cuando para dormir me encomendaba á Dios, »siempre pensaba un poco en este paso de la »Oración del Huerto, áun desde que no era »monja... y tengo para mí que por aquí gana »muy mucho mi alma».

CAPÍTULO VIII

SIGUE LA TERCERA PETICIÓN

§ I

Cuánto ofreza la esposa á su Esposo.

Trata la Santa de la uniformidad que debe tener la voluntad de la esposa con la del Esposo en el cap. XXXII del *Camino de perfección*, y dice así: «Ahora que nuestro buen Maestro nos ha »pedido y enseñado á pedir cosa de tanto valor, »que encierra en sí todas las cosas que acá po»demos desear, y nos ha hecho tan gran merced, »como hacernos hermanos suyos, veamos qué »quiere que demos á su padre, y qué le ofrece »por nosotros, y qué es lo que nos pide; que »razón es le sirvamos con algo tan grandes mer»cedes».

Aquí dice ella que después de haber pedido para nosotros el Divino Maestro el sumo bien

del reino de Dios, y después de habernos enseñado á pedirle; después de habernos ennoblecido con la divina filiación de su Padre celestial, observemos lo que Él quiere ahora de nosotros, para dárselo sin demora y ser así agradecidos á tamaño amor. Volviéndose después á su Amado, sigue así: «¡Oh, buen Jesús, que tan poco »dáis! (poco de nuestra parte) ¿cómo pedís mu»cho para nosotros? Dejado que ello en sí es »nonada para donde tanto se debe y para tan »gran Señor; mas cierto, Señor mío, que no nos »dejéis con nada, y que damos todo lo que po»demos, si lo damos como lo decimos: digo sea »hecha tu voluntad; como es hecha en el cielo, »ansí se haga en la tierra. Bien hicísteis, nues»tro buen Maestro, de pedir la petición pasada, »para que podamos cumplir lo que dáis por nos»otros. Porque cierto, Señor, si ansí no fuera, »imposible me parece; mas haciendo vuestro »Padre lo que vos le pedis, de darnos acá su »reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar »lo que dáis por nosotros. Porque hecha la tie»rra cielo, será posible hacer en mí vuestra vo»luntad; mas sin esto, y en tierra tan ruín como »la mía, y tan sin fruto, yo no sé, Señor, cómo »sería posible».

Nota aquí la Santa que si bien el dar á Dios nuestra voluntad en cambio de lo que Él nos da es como nada; no obstante, para nosotros es mucho, y áun el todo, no quedándonos ya otra

cosa ; porque el hombre que renuncia por Dios perfectamente á su propia voluntad, con nada se queda ni quedarse puede; honores, bienes, placeres, la misma vida, todo queda ya en las manos de Dios, para que haga de todo lo que le agrade, según su perfecto beneplácito.

§ II

Cómo debe hacer la oferta de la propia voluntad.

El ofrecimiento de la propia voluntad es una entrega que el alma esposa deber hacer de sí toda y de todas sus cosas en las manos de su Esposo ; la cual es el principio y el fin de toda la perfección, á que debe aspirar para agradar completamente á su Amado, dignísimo de infinito amor.

Es el principio de la perfección; porque mientras el alma no se determina á ponerse totalmente en las manos de Dios, y mientras advertidamente se reserva alguna propiedad de sus cosas, como sería querer un estado de vida más que otro, más esta que aquella ocupación ó empleo, estar pronta á hacer este sacrificio y no otro, no querer estar indiferente á todas las humanas vicisitudes, y buscar con ansia más esta cosa que aquélla, ya sea de bienes temporales, ya de espirituales; mientras el alma se mantiene en tal estado, no se puede decir que esté totalmente dispuesta á conseguir la perfección.

Por eso apenas sienta los primeros impulsos del divino amor, con los que es avisada que el celestial Esposo quiere tomar posesión plena de su corazón, ruéguele inmediatamente que lo haga sin dilación. «El que oye, diga: ven... ven, Jesús Señor». (Apoc., c. XXII, v. 16, 20); y hágale un puro y total ofrecimiento de sí toda y de todas sus cosas, sin reservarse para sí nada, absolutamente nada.

Es también el fin de toda la perfección, porque generalmente aquel primer ofrecimiento, y muchísimos que se hacen después, no son tan perfectos en la sustancia como en las palabras. Dice el alma: «Señor, yo me doy toda á Vos, y »todas mis cosas»; y con todo, sin echarlo de ver, conserva todavía muchísimas aficiones, de las que da señales en muchas ocasiones; y por eso es necesario que atienda siempre á purificar su propio corazón, y que entre tanto renuève con frecuencia su ofrecimiento, para que vaya siempre haciéndose más sincera delante de Dios, y abandonarse finalmente con plena verdad en sus manos: entonces el alma llegará á aquella perfección que pueda obtenerse en este mundo. Por lo cual toda alma verdaderamente deseosa de agradar al Señor con grande humildad y amor juntamente, renueve con frecuencia su ofrecimiento, sin cansarse, hasta la muerte, porque ¡dichosa ella! si entonces, entonces á lo ménos llegara á hacerle tan perfecto como es de desear.

Sea este ofrecimiento del alma con sus potencias, del cuerpo con sus sentidos, de la salud y de la vida, del empleo y ocupaciones, de la hacienda y de la honra, de los parientes y amigos, y de cualquiera otra cosa, con ánimo de hacer todos los sacrificios que Dios nos pida, no queriendo que nosotros ni nuestras cosas, tanto en esta vida como en la otra, sirvan ya á otro fin sino á dar gusto á Dios de aquel modo que Él quiera.

§ III

La tierra convertida en cielo.

Parece á la Santa, con gran razón, que Jesús pide con nosotros y por nosotros en esta petición una gracia altísima, y que no es tan fácil de esperar, á no haber sido ya otorgada la precedente súplica del reino de Dios. Por eso piensa ella ser cosa imposible que la santa voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo, si de algún modo la tierra no se cambia en cielo.

En el cielo se cumple con suma perfección la voluntad divina, porque allí reina únicamente Dios, y no puede haber voluntades opuestas á la suya; en la tierra reina el pecado, y por él innumerables voluntades son contrarias á la de Dios. Todo movimiento de los corazones celestiales es movimiento de voluntad divina, esencialmente

perfecta, necesariamente buena; mientras que todo movimiento de los corazones terrenos es por sí mismo movimiento de voluntad carnal, naturalmente imperfecta é inclinada al mal. Es, pues, necesario que venga á nuestros corazones el reino de Dios, su gracia, su amor; que enderece y rectifique la voluntad; que de terrenos los haga celestiales, y de este modo cambie en precioso cielo esta pobre tierra: entonces, como allá arriba los bienaventurados hacen la voluntad de Dios, la harán también acá abajo los mortales.

Que si á más de esto sucediere que el don de la contemplación, que es dichoso reino de Dios y principio del cielo en este mundo, haga rica y ennoblezca al alma esposa, siempre más fácil y plenamente la tierra de su corazón se convertirá en cielo, y siempre mejor se hará allí la voluntad de Dios, como es cumplida en el cielo.

§ IV

Voluntad de Dios la gracia de padecer.

Pero queda ahora por ver cuál es, con respecto á nosotros, la voluntad divina, según la inteligencia de la Santa. Ésta es que padezcamos más ó ménos, á medida de nuestro amor. Escuchemos sus palabras: «Sabe el Señor lo que pue»de sufrir cada uno; y á quien ve con fuerza, no

»se detiene en cumplir en él su voluntad *(quiere decir, que no se detiene en darle padecimientos)*. »Pues quiéroos avisar y acordar que es su vo»luntad ; no hayáis miedo que sea daros rique»zas, ni deleites , ni honras , ni todas esas cosas »de acá ; no os quiere tan poco. . . . . .

». . . . . .

»¿Queréis ver cómo se há con los que de veras »le dicen esto? Preguntadlo á su Hijo glorioso, »que se lo dijo cuando la Oración del Huerto: »como fué dicho con determinación y de toda »voluntad , mira si la cumplió bien en Él en lo »que le dió de trabajos, dolores , injurias y per»secuciones: en fin, hasta que se le acabó la vida »con muerte de cruz. Pues véis aquí , hijas , á »quien más amaba lo que dió, por donde se en»tiende cuál es su voluntad. 'Ansí que estos son »sus dones en este mundo. Va conforme al amor »que nos tiene. Á los que ama más, da estos do»nes; mas á los que ménos, ménos, y conforme »al ánimo que ve en cada uno y el amor que »tiene á Su Majestad. Quien lo amare mucho, »verá que puede padecer mucho por Él ; al que »amare poco, dará poco. Tengo yo para mí, que »la medida de poder llevar gran cruz ó peque»ña, es la del amor».

Quiere, pues , decir, según la inteligencia de la Santa , que cuando pedimos que se haga la voluntad divina , solicitemos la gracia de obtener padecimientos que sufrir por amor de Jesús,

siendo su voluntad que padezcamos en estos momentos de la vida temporal con Él, que es nuestro Esposo, como ya se dijo, reservándonos el gozar con Él en la vida eterna.

Prevee la Santa que á algunas almas, no muy fuertes, les faltará ánimo para pedir expresamente á Dios la gracia de los padecimientos; para los que, si bien el espíritu esté pronto, repugne, no obstante, la carne flaca; por eso discretamente dice: «No hablo en los que lo dejan »por humildad, pareciéndoles que no serán para »sufrirlo». Y cierto no hace mal aquel que, comprimido del vivo sentimiento de su debilidad, no se atreve á pedir á Dios penas y trabajos, no obstante ser éstos los dones más preciosos que hace á sus escogidos en este mundo; basta que esté preparado y sometido á recibir de la divina mano cuantos le fueren enviados. Si dijere el alma á su Divino Esposo: «Yo me siento tan »débil y flaca, que veo no tener fuerza para sos»tener la más pequeña cruz; por eso temo pedí»rosla. Sin embargo, porque sé que no me podrá »suceder desgracia mayor, ni Vos podríais darme »mayor castigo que dejarme sin cruz, esperando »únicamente de Vos la fuerza que me es necesa»ria, héme aquí pronta á abrazar y tener por »grata aquella que os dignáreis enviarme». Con este sentimiento de humildad y resignación el Señor quedará contento.

§ V

Con qué ánimo se puede pedir esta gracia.

Podría bien suceder que el alma, después de haber contemplado las penas acerbísimas que por ella sufrió su Esposo, y después de haber saboreado algunas pruebas de sus divinas dulzuras, embriagada del fuerte y suave vino de su caridad, se encontrase llena de celestial vigor, deseosa y anhelante de padecer mucho por su Amado, para darle así grandes pruebas de su amor.

En tal estado de fervor, no tema la esposa pedir padecimientos y trabajos; porque si Dios se los da, ella tendrá fortaleza bastante para llevarlos. « Aunque tengo para mí, que quien les da »amor para pedir este medio tan áspero para »mostrarle, le dará para sufrirlos»: así la Santa. Que si, por el contrario, no estuviese aún dispuesta convenientemente; si fuere todavía demasiado débil, entonces, aunque pida padecimientos, Dios no se los dará, difiriéndole esta gracia; por lo que dice la Santa: »Gusto de las personas »que no osan pedir trabajos al Señor, que pien»san que está en esto el dárselos luego». Como si Él oyese materialmente nuestras oraciones, sin atender al éxito de sus gracias.

El mismo Señor dijo un día á Santa Gertru-

dis, que metiendo á sus escogidos en el fuego de las tribulaciones, para que se abrasen en su amor, hace como la madre que aproxima al fuego á su niño para calentarle. Tiene entonces la madre su mano entre el niño y el fuego, para que el calor no sea excesivo, y de este modo el niño se caliente, pero no se queme. (Pacetti, *Escuela de Santa Gertrudis*, cap. III.) Hablando después nuestra Santa de los terribles dolores que envía Dios á los contemplativos, dice: «En fin, »no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da »Su Majestad primero la paciencia». (Morada VI, cap. I, § VII, hacia el medio.) Por lo cual el alma que pide padecimientos al Señor, no ha de temer ser oída en mal punto.

§ VI

Necesidad de la resignación.

De todos modos, pídanse ó nó expresamente los padecimientos, debemos grabar bien en nuestra mente ser voluntad de Dios que en este mundo, poco ó mucho, padezcamos por su amor; y que cuando le decimos: *Hágase tu voluntad*, le pedimos á lo ménos implícitamente la gracia de padecer por Él, y que por eso nos debemos resignar á los padecimientos; haciéndonos observar la Santa muy á propósito, que á lo ménos en esto es menester que hagamos de necesi-

dad virtud, padeciendo gustosos con mérito lo que de otra manera deberíamos padecer por fuerza y sin merecimiento. «Mirad, hijas; ello »se ha de cumplir, que queramos que nó, y se »ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tie»rra; tomad mi parecer y creedme, y haced de »la necesidad virtud».

Después, conociendo profundamente la belleza, la justicia, la santidad de la voluntad de Dios, volviéndose á Él, le dice estas palabras: «¡Oh, Señor mío; qué gran regalo es este para »mí, que no dejáredes en querer tan ruín como »el mío, el cumplirse vuestra voluntad ó nó! »¡Buena estuviera yo, Señor, si estuviera en mi »mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo »y en la tierra. Ahora la mía os doy libremente, »aunque há tiempo que no va libre de interese; »porque ya tengo probado, y gran experiencia »dello, la ganancia que es dejar libremente mi »voluntad en la vuestra. ¡Oh, amigas, qué gran »ganancia hay aquí! ¡Oh, qué gran pérdida de »no cumplir lo que decimos al Señor en el *Pater* »*noster* en esto que le ofrecemos!»

En cuyas palabras es de notar el júbilo que experimenta la Santa en pensar que la voluntad de Dios de todos modos ha de hacerse sin depender en lo más mínimo de nuestra voluntad. Este es el mayor consuelo de los Santos: que la voluntad de Dios siempre se hace. Que no hay ninguna mala voluntad, ora sea de hombres ó

de demonios, que pueda impedir el cumplimiento de la voluntad divina. Si no se hace ésta de un modo, se hace de otro, y todas las voluntades, áun las más perversas, concurren, sin quererlo, á que se cumpla.

Quería Dios levantar á muy alta dignidad y poder á José, hijo de Jacob, y se sirvió para ello de la malignidad de sus envidiosos hermanos, permitiendo que le vendiesen por esclavo á unos mercaderes, que le llevaron á Egipto, donde se habían de dar á conocer los extraordinarios dones de que estaba enriquecido, y donde se le preparaba un prodigioso encumbramiento; de modo que, obrando sus hermanos contra la voluntad divina por su malicia, con ésta misma concurrían á su cumplimiento. Los malvados enemigos de Cristo le hicieron morir en la Cruz para oscurecer su gloria y su nombre; pero el Eterno Padre se sirvió de su perfidia para ensalzar y glorificar su nombre sobre todos los demás nombres, como lo había determinado en su infinita sabiduría. Así los demonios, así todos los hombres malos concurren á purificar á los escogidos, á multiplicar sus coronas como quiere la Divina Misericordia, y á castigar á los réprobos como quiere la Divina Justicia. *Qui ordinem non tenent, ordine tenentur*, dice San Agustín, de modo que la voluntad de Dios siempre se cumpla.

¡Qué grandioso espectáculo será el día del

juicio ver cómo exactísimamente en sí misma se habrá siempre cumplido la amable, santa, adorable voluntad de Dios, áun á despecho de todos sus enemigos! ¡Agradable espectáculo, pero para aquellos que la hayan cumplido con amor; pues será terrible para los que la hayan cumplido, ó, por mejor decir, hayan contribuído, bien á pesar suyo, á que se cumpliera!

CAPÍTULO IX

SIGUE LA TERCERA PETICIÓN

§ I

El ofrecimiento que hacemos de la propia voluntad, sea irrevocable.

Hablando la Santa de la integridad que debe haber en el dar nuestra voluntad, sigue diciendo en el mismo cap. XXXII: «Ansí que, hermanas, »si le tenéis, procurad no sean palabras de cum»plimiento las que decís á tan gran Señor; sino »esforzáos á pasar lo que Su Majestad quisiere. »Porque si de otra manera dáis voluntad, es »mostrar la joya, é irla á dar y rogar que la to»men; y cuando extienden la mano para tomar»la, tornáosla vos á guardar muy bien. No son »estas burlas para con quien le hicieron tantas »por nosotros; aunque no hubiera otra cosa, no

»es razón que burlemos ya tantas veces; que no »son pocas las que se lo decimos en el *Pater* »*noster*. Démosle ya una vez la joya del todo, »de cuantas acometemos á dársela. Es verdad »que no nos da primero para que se la demos... »Sino que, á las veces, no sólo acometemos á »dar la joya, sino ponémosela en la mano, y »tornámosela á tomar. Somos tan francos de »presto, y después tan escasos, que valiera en »parte más que nos hubiéramos detenido en »el dar».

Así, pues, cuando ofrecemos á Dios nuestra voluntad, debemos procurar que la oblación sea la más sincera, no concretándonos con solas palabras, que cualquiera puede decir. Por eso cuando veamos que se ha de cumplir en nosotros la divina voluntad mediante alguna tribulación, no debemos huir el cuerpo, sino mantenernos firmes en lo ofrecido, pidiendo siempre al Señor que se haga su voluntad á cualquier costa nuestra; de otro modo cometeríamos aquella indigna burla de tornar la joya cuando al dársela á Dios viésemos que verdaderamente la acepta y la toma.

Para esto se requiere también constancia para no arrepentirnos jamás de lo que dimos, y no tratar de volver á quitar de la mano de Dios la joya que pusimos en ella; lo que sucedería si, habiendo ya padecido alegremente algún tiempo, cansados ya y fastidiados de trabajo, nos do-

liese de padecer más, y quisiésemos con poca resignación ser consolados y aliviados, áun con el pretesto de no poder ya más, como tal vez en alguna ocasión nos parecerá. Una vez dada la hermosa joya al Divino Esposo, no puede haber motivo ó razón para volvérsela á tomar de las manos. Él cuidará de todos, y con la fuerza de su gracia hará que podamos, áun cuando nos pareciese no poder más. La esposa debe reposar en la Cruz de su Amado Esposo, rogándole fervorosamente que la clave en ella con su santo amor, temor y gratitud; y no debe ya moverse más ni pretender alivio, hasta que llegue la hora de desprenderse de la Cruz para abrazarle eternamente en la gloria. ¡Con qué confianza pasará desde la Cruz á los brazos de su Divino Esposo!

§ II

Ventaja de esta oferta irrevocable.

Sigue la Santa: «Porque todo lo que os he »avisado en este libro va dirigido á este punto »de darnos del todo al Criador, y poner nuestra »voluntad en la suya, y desasirnos de las criatu»ras; y tenéis ya entendido lo mucho que im»porta, no digo más en ello, sino diré para lo »que pone aquí nuestro buen Maestro estas pa»labras dichas, como quien sabe lo mucho que

»ganaremos de hacer este servicio á su Eterno »Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas »para que con mucha brevedad nos veamos aca»bado de andar el camino y bebiendo del agua »viva de la fuente que queda dicha.

»Porque sin dar nuestra voluntad del todo al »Señor, para que haga en todo lo que nos toca, »conforme á ella, nunca deja beber desta agua. »Esto es contemplación perfecta, lo que dijistes »os escribiese; y en esto, como ya tengo escrito, »ninguna cosa hacemos de nuestra parte, ni tra»bajamos, ni negociamos, ni es menester más, »porque todo lo demás estorba é impide, si no »decís: *Fiat voluntas tua;* cúmplase, Señor, en »mí vuestra voluntad de todos los modos y ma»neras que Vos, señor mío, quisiéredes: si que»réis con trabajos, dadme esfuerzo, y vengan; si »con persecuciones, y enfermedades, y deshon»ras, y necesidades, aquí estoy; no volveré el »rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espal»das. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos »esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte, »sino que me hagáis Vos merced de darme vues»tro reino, para que yo lo pueda hacer, pues Él »me lo pidió: disponed en mí como en cosa »vuestra, conforme á vuestra voluntad.

»¡Oh, hermanas mías, qué fuerza tiene este »don! No puede ménos, si va con la determina»ción que ha de ir, de traer al Todopoderoso á »ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos

»en sí, y hacer una unión del Criador con la »criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si »tenéis buen Maestro, que como sabe por dónde »ha de ganar la voluntad de su Padre, enséña»nos cómo y con qué le hemos de servir. Y »mientras más determinación tiene el alma, y »más se va entendiendo por las obras que no »son palabras de cumplimiento, más nos llega »el Señor á sí, y nos levanta de todas las cosas »de acá, y de nosotros mesmos, para habilitar»nos á recibir grandes mercedes. Que no acaba »de pagar en esta vida este servicio, en tanto le »tiene, que ya nosotros no sabemos que nos pe»dir, y Su Majestad nunca se cansa de dar; por»que no contento con tener hecha esta tal alma »una cosa consigo, por haberla ya unido á sí »mesmo, comienza á regalarse con ella, y á des»cubrirle secretos, y á holgarse de que entienda »lo que ha ganado, y que conozca algo de lo »que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos »sentidos exteriores, porque no se la culpe nada »(esto es, arrobamiento), y comienza á tratar de »tanta amistad, que no sólo la torna á dejar su »voluntad, mas dale la suya con ella; porque se »huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, »que manden á veces, como dicen, y cumplir Él »lo que ella le pide, como ella hace lo que Él »manda, y mucho mejor, porque es poderoso y »puede cuanto quiere, y no deja de querer».

Como se ha advertido ya en el capítulo VII,

no es cierto que el celestial Esposo abandone el alma esposa á un puro y perpétuo padecer, si bien ella debería estar pronta á ello por su amor. Y precisamente ya se ha visto arriba que la esposa, no sólo debe estar pronta, sino debe hacer activamente de sí una donación perfectísima irrevocable, con la que se resigne también á no tener en la tierra sino aquel puro y perpétuo padecer. Ahora bien; hecha esta donación, y aceptada por el Esposo, ¿podrá acaso suceder que verdaderamente se encuentre abandonada á un puro padecer hasta el fin, sin sombra de alivio y de consuelo? Este puro padecer fué siempre el deseo de los Santos; sin embargo, no será fácil encontrar un Santo á quien le haya concedido el Señor plenamente el logro de este deseo. Santa María Magdalena de Pazzis, que había formado de este su deseo un pacto con su celestial Esposo, hubo de quejarse alguna vez con Él por haber roto tal acuerdo embriagándola de sus delicias. «¡Ah! ¿por qué, ¡oh, Dios mío! decía, rompéis el pacto que hicísteis conmigo, habiendo »yo renunciado á todo gusto por amor vuestro?» Así ella. (Cap. cxxx de su *Vida.)*

Es verdad, como queda dicho, que el tiempo de gozar con Cristo no es este siglo fugaz, sino la siempre durable eternidad; pero este Esposo tiene un corazón tan bueno, que no sufre diferir á su esposa, ni áun por los cortos instantes de la vida mortal, todas las ternuras de su amor; ántes

bien, cuanto ella más cordialmente se ofrece á un puro padecer por su amor, tanto derrama Él en su seno dulzuras tan puras y exquisitas, que son un puro gozar y un principio de la eterna gloria.

Por donde vemos que la Santa hace esperar al alma así dispuesta los gozos inefables de la perfecta contemplación, y la avisa que no podría por otro camino apagar su sed del agua de esta divina fuente; entonces se hace la dulce unión y transformación de la esposa con su Divino Esposo, y queda dispuesta á recibir las grandes gracias. De modo que se puede decir que para la esposa ya no hay secreto que quede oculto, ni gozo divino de que ella no participe, ni sublimidad celestial á que no sea elevada y arrebatada por el impulso del Espíritu Santo, su Esposo.

¡Oh, qué bien describe nuestra Santa la intimidad y familiaridad con que Dios trata al alma en esta íntima unión! Mientras ella no sabe hacer sino lo que quiere su Amado, y en todo exactamente le da gusto, Él hace precisamente lo que ella desea; pues, como dice San Juan de la Cruz *(Noche escura*, lib. II, cap. XX, § II), llegada el alma á cierto grado de amor, «alcanza de Dios lo que con gusto le pide»; y á Santa Gertrudis decía el Señor: «El que coopera conmigo, y se me adapta según el beneplácito de mi cora-«zón, es necesario que también yo me conforme con él según el beneplácito de su corazón».

(Pacetti, p. II, c. I.) De este modo las dos voluntades, divina y humana, se cambian mútuamente, y mútuamente mandan con recíproca satisfacción. En este sentido escribía el Beato Juan Colombini: «Dios hará gracia á muchas personas, con especialidad si hay almas que quieran y sepan subir alto á la contemplación y rogar á Cristo con el fuego del amor; pues estando allí el alma santa en los brazos de su Esposo, y con Él unida, este divino Esposo no quiere ni puede negarle cosa alguna; y ella, ébria de amor á su ardiente Esposo, ¿qué puede decir sino clamar y moverle á que mire por su gloria y por la salvación de todo el mundo? Por eso los enemigos se ingenian sobre todas las cosas de un modo ó de otro por retraer las almas de esta unión, para que no obliguen á Cristo á socorrer al frío y helado mundo». (Carta 10 á las Monjas de S. Ab.) De lo que debemos inferir que son muy grandes las esperanzas que nos da la Santa, si acertamos á hacer nuestra ofrenda perfecta é irrevocable.

Veamos ahora los

§ III

Bienes de la unión divina.

Llegada el alma á aquella dichosa unión divina, ¿qué no querría hacer para dar á Dios pruebas de su amor? Sigue la Santa: «La pobre alma,

»aunque quiera, no puede lo que quería, ni pue-
»de sin que se lo den; y esta es su mayor rique-
»za: quedar mientras más sirve más adeudada, y
»muchas veces fatigada de verse sujeta á tantos
»inconvenientes y embarazos y ataduras como
»trae el estar en la cárcel de este cuerpo, porque
»querría pagar algo de lo que debe. Y es harto
»boba en fatigarse; porque aunque haga lo que
»es en sí, ¿qué podemos pagar los que, como
»digo, no tenemos qué dar si no lo recibimos?
»Sino conocernos, y esto que podemos con su
»favor, que es dar nuestra voluntad, hacerlo
»cumplidamente. Todo lo demás, para el alma
»que el Señor ha llegado aquí, la embaraza y
»hace daño y no provecho. Miren que digo para
»el alma que ha querido el Señor juntarla con-
»sigo por unión y contemplación perfecta; que
»aquí sola la humildad es la que puede algo, y
»ésta no adquirida por el entendimiento, sino
»con una clara verdad, que comprende en un
»momento lo que en mucho tiempo no pudiera
»alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy
»nada que somos y lo muy mucho que es Dios.
»Doy os un aviso: que no penséis por fuerza
»vuestra, ni diligencia, allegar aquí, que es por
»demás; ántes si teníades devoción, quedaréis
»frías; sino con simplicidad y humildad, que
»es la que lo acaba todo, decir: *Fiat volun-*
»*tas tua*».

Viéndose la esposa tan inundada del torrente,

tan abismada en el piélago incomprensible de los bienes del Esposo, quisiera también corresponderle de algún modo en lo posible á tanto amor con pruebas de gratitud, y hace verdaderamente cuanto puede. Pero conociendo que nada puede hacer sino por medio de gracias y de dones más y más repetidos y siempre nuevos, porque nada se puede dar á Dios que de Él no se haya recibido, la infeliz queda confusa, y mayormente viendo que cuanto más se esfuerza en satisfacer, queda siempre en mayor deuda. Así que no sabe hacer otra cosa sino humillarse y conocer su nada. No obstante, ella goza viendo cómo esta su pobreza é impotencia siempre ensalza más la omnipotencia y la riqueza de su Divino Esposo.

Entre tanto, esta humildad no es ya una humildad adquirida con la ayuda del entendimiento, considerada la nulidad de la criatura; sino una humildad nacida de la clara vista, de la intuición de la verdad; por lo cual no hay necesidad de consideración y de estudio, y en un momento comprende el alma cuanto no comprendería jamás con todos los esfuerzos de su pensamiento. Entonces ve el alma, por decirlo así, su grandísima nada, de modo que no se podría hacer ilusión, áun queriendo; como el que está bajo los esplendorosos rayos de un claro sol no puede hacerse ilusión sobre el color de sus vestidos; de modo que si está vestido de blanco, no

puede, ni áun queriendo, sospechar que está vestido de negro. Entre tanto, ve lo muchísimo, y áun el todo que es Dios; y de la luz de la contemplación es de donde le vienen una y otra vista.

Entonces es cuando el alma grandemente se admira de ver que hay quienes la estimen y hagan caso de ella, y alega para desengañarla cuantos argumentos puede. Y cuando ve que no lo logra, ántes bien con eso mismo crece la buena opinión que de ella tienen, por la humildad que sin conocerlo ello muestra, se asombra como de un misterio que no puede comprender; de la misma manera puntualmente que se asombraría uno que, viéndose vestido de negro, oyese al mismo tiempo los elogios que otros hiciesen de la belleza y blancura de sus vestidos.

Pero ¿de parte de quién está el yerro? ¿Es el alma santa la que se engaña, ó son los que de ella se admiran? Ni ella, ni ellos. Ella nó, porque á la luz divina ve lo que es en sí misma, prescindiendo de los dones de Dios, que no son suyos; tampoco nosotros, porque éstos se admiran de las riquezas de los grandes dones que Dios le ha dado y hecho suyos. Entre tanto, mirando á aquella misma luz, nada ve de grande ni digno de aprecio sino á Dios; é igualmente se admira de que haya quien, fuera de Dios, halle cosa alguna digna de estima. ¡Dichosa luz, desde la cual hasta la luz suprema de la gloria, con

la que en el cielo se ve á Dios, y en Dios todas las cosas, no hay sino un grado! Pero á esta luz no se puede llegar con nuestros esfuerzos y diligencias, como nos lo avisa la Santa, porque es un don que Dios da á quien quiere, y el alma otra cosa no puede hacer sino disponerse á Él, quitando todo obstáculo de propia voluntad. Por lo cual, contentémonos con decir sencilla y humildemente: *Fiat voluntas tua.*

A propósito del estado de unión con Dios á que el alma puede llegar, es muy notable una doctrina de San Juan de la Cruz. (*Subida al Monte Carmelo*, lib. II, cap. v.) Según nos enseña el Santo, aquel alma que tuviere del todo conforme y semejante su voluntad con la divina estará totalmente unida y transformada sobrenaturalmente en Dios. Nota, sin embargo, que como los Santos en el cielo ven todos claramente al Señor, pero unos más perfectamente y otros ménos, según la respectiva capacidad (por eso todos están contentos, pues está satisfecha la capacidad de cada uno); así en la tierra las almas tienen diversa capacidad para llegar á diferentes grados de pureza y de amor; y, por consiguiente, aquellos grados que bastan para que un alma llegue á la perfecta unión con Dios, no bastan para otra que tenga mayor capacidad. Por tanto, todo el que haya de llegar á esta unión perfecta es menester que cuanto consienta su capacidad esté todo lleno de amor de Dios y sólo de amor de Dios.

Pondremos fin á este capítulo, ya algo largo, con otra doctrina de Santa Catalina de Sena, que expone el modo cómo el alma contemplativa, llegada al estado de unión, ve en Dios todas las cosas, aún en la presente vida. «El alma, dice, »que ya ve su nada, y conoce ser el Criador todo »su bien, se entrega enteramente á sí misma con »todas sus potencias y á todas las criaturas, y »toda se engolfa con su Criador; de tal modo, »que endereza principal y enteramente á Él to»das sus obras. Y fuera de Él, en quien conoce »haber encontrado todo bien y toda perfección »de felicidad, no quiere salir en modo alguno; y »de la unión del amor, la que se acrecienta en »ella cada día, de tal manera se transforma en »Dios en cierto modo, que no puede pensar, ni »entender, ni amar, sino á Dios; ni puede, igual»mente, acordarse sino de Dios, ni ve á las otras »criaturas, ni se ve á sí misma sino solamente »en Dios, ni se acuerda de sí ó de ellas sino »precisamente en Dios. Puntualmente, como »aquel que se sumerge todo en el mar y nada »debajo de las aguas del mar, que no ve ni toca »sino precisamente las aguas del mar y las cosas »que hay en las aguas, y nada ve, ni toca ó pal»pa fuera de ellas. Y si las cosas que están fuera »se reflejan á sí mismas en el agua, puede bien »verlas, pero sólo en las aguas y como están en »las aguas, y no de otra manera. Y esta es la »recta y ordenada dirección de sí misma y de

»todas las criaturas, en la cual jamás se yerra, »porque se gobierna necesariamente por las re»glas divinas. Y ella no desea otra cosa fuera de »Dios, porque en Dios siempre se ejercita, y »está siempre en Él». (*Vida*, p. 1.ª, cap. x.)

CAPÍTULO X

SOBRE LA CUARTA PETICIÓN: «EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLE HOY»

§ I

Dios, Pastor del alma.

La Santa en esta petición, en la meditación del juéves, considera á Dios como Pastor de nuestras almas, y dice: «Porque al Padre, Rey »y Esposo, muy bien le viene ser Pastor; y por »derecho natural le podemos decir sus hijos, va»sallos y esposas, que nos mantenga y apaciente »con manjares, conforme á Su Majestad y á »nuestra grandeza, pues somos hijos suyos; y así »no decimos que nos lo preste, sino que nos lo »dé; no decimos ajeno, sino nuestro; que pues »somos hijos, nuestros son los bienes de nuestro »Padre».

Reflexionemos aquí, que después del título de Esposo, es muy tierno y amoroso este otro de

que se digna preciarse su Divina Majestad, llamándose Pastor de nuestras almas En muchos lugares de la divina Escritura se da este nombre al amantísimo Salvador ; pero bastan por todas aquellas palabras : «*Ego sum Pastor bonus.* (Joan., xi, 14.) *Yo soy el buen Pastor*». Cómo efectivamente lo sea, lo veremos al exponer esta cuarta petición , considerando los pastos á que conduce á sus amadas almas, y los cuidados que por ellas se toma.

Notemos en este lugar el santo orgullo que deben tener las hijas de tan gran Padre, las súbditas de tan gran Rey y las esposas de tan gran Esposo, que son nuestras almas ; porque deben pedir el propio sustento, pero sustento digno de su rango y nobleza, y pretender ser mantenidas á lo grande, según su elevada condición. Orgullo santo, que no ofende, sino honra á Aquel que nos ha de apacentar ; porque no mira á nuestra nada, sino á su todo. Mientras Ester fué sólo la pobre sobrina de Mardoqueo , se tenía que contentar con los alimentos ordinarios comunes á las otras esclavas hebreas; pero elevada al trono, hecha esposa del grande Asuero, hubiera creído deshonrar al monarca , su esposo , si se hubiese hecho poner en la mesa aquellos comunes y viles alimentos , en vez de los exquisitos y reales usados en la corte.

§ II

Qué pan pide el alma al buen Pastor.

Por lo cual la Santa no se puede persuadir que en esta petición se pida un pan ménos noble que el espiritual y celestial; he aquí sus palabras: «No me puedo persuadir que en esta petición pedimos cosa temporal para sustento de la »vida corporal, sino espiritual para sustento del »ánima; porque de siete peticiones que aquí pedimos, las tres primeras son para Dios: la santificación de su nombre, su reino y su voluntad; y de las cuatro que pedimos para nosotros, »ésta es la primera, en la cual sólo pedimos que »nos dé; porque en las otras pedimos que nos »quite pecados y tentaciones, y todo mal. Pues »una cosa sola que pedimos á nuestro Padre que »nos dé, no ha de ser de cosa temporal para el »cuerpo; demás de que á hijos de tal Padre no »les está bien pedir cosas tan bajas y comunes, »que las da Él á las criaturas inferiores y al »hombre, sin que se las pidan, y especialmente »teniéndonos Su Majestad avisados que le pidamos, procurando primero las cosas de su Reino, »que es lo que toca á nuestras almas, que de lo »demás Su Majestad tiene cargo; y por eso declaró por San Mateo: *El pan nuestro sobresustancial dánoslo hoy*. Pedimos, pues, en esta pe-

»tición el pan de la doctrina evangélica, las vir-»tudes y el Santísimo Sacramento, y, finalmente, »todo lo que mantiene y conforta nuestras almas »para sustento de la vida espiritual».

Aquí se ha de observar que la Santa habla para las almas contemplativas «y muy dadas á »Dios», como dice en el cap. xxxvii del *Camino de perfección*, y se verá en la conclusión del Tratado.

Allí, en efecto, aprueba y alaba expresamente que las almas no elevadas aún de la tierra pidan en esta petición también el pan temporal para su alimento. Pero hablando de las almas contemplativas y de las que, si bien no sean tales, procuran desprender de este mundo todo su afecto, y quieren solamente á Dios, es muy conveniente que no pidan al Padre celestial los pastos de esta tierra, sino sólo los del cielo, dejando que de los de la tierra cuide el Señor, y los dé, según su promesa, por añadidura á los del cielo, que se deben pedir. Este no abatirse ya á pedir las cosas de este mundo ayudará mucho á perfeccionarnos en el desprendimiento de las mismas, y á guardarnos de toda solicitud ménos ordenada, que nos pueda ser sugerida de la necesidad que tenemos mientras vivimos en esta tierra infeliz.

§ III

Dotes del buen Pastor.

Desciende después la Santa á exponernos las dotes del buen Pastor, y dice así: «Pues á este »Soberano Padre, Rey y Esposo, considerémosle »Pastor con las condiciones de los otros pastores, »y con tantas ventajas cuantas Él mismo se pone »en el Evangelio, cuando dice: *Yo soy buen »Pastor, que pongo mi vida por mis ovejas.* Y »así vemos con cuánta eminencia están en Cristo »las propiedades de los Pastores excelentes de »que hace memoria la Divina Escritura, Jacob »y David. De David dice, que siendo muchacho »luchaba con los osos y leones, y los desquija- »raba por defender dellos un cordero. De Jacob »dice, que nunca fueron estériles sus ovejas y »cabras que guardó; que nunca comió carnero »ni cordero de su rebaño, ni dejó de pagar cual- »quiera que el lobo le comía ó el ladrón le hur- »taba; que de día le fatigaba el calor y de noche »el hielo; y que ni dormía de noche ni descan- »saba de día por dar á su amo Labán buena »cuenta de sus ganados.

»Fácil cosa será levantar de aquí la considera- »ción y aplicar estas condiciones á nuestro Di- »vino Pastor, que tan á su costa desquijaró al »león infernal para sacarle la presa de la boca.

»¿Qué oveja fué jamás estéril en su poder? Con »cuidado las guarda. ¿Cuándo perdonó á trabajo »alguno suyo el que puso la vida por ellas? La »que le comió el lobo infernal, Él la pagó con su »sangre; nunca se aprovecha de los esquilmos »dellas; todo lo que gana es para ellas mismas, »y lo que dellas saca, y todos sus bienes, se los »ha dado; es tan amoroso de sus ovejas, que por »una que se le murió, se vistió de su misma piel »por no espantar á las otras con hábito de ma»jestad.

»¿Quién podrá encarecer los pastos de la doc»trina celestial con que las apacienta; la gracia »de las virtudes con que las esfuerza; la virtud »de los Sacramentos con que las mantiene? Si »la oveja se desmanda á lo vedado, procura apar»tarla y reducirla con el dulce silbo de su santa »inspiración; si no lo hace por bien, arrójale el »cayado de algún trabajo, de manera que la es»pante, y no la hiera ni la mate. Á las fuertes »mantiene y las hace andar; á las flacas espera; »á las enfermas cura; á las que no pueden cami»nar las lleva sobre sus hombros, sufriendo sus »flaquezas. Cuando, después de haber comido, »reposan y rumian la comida, y lo que han co»gido de la doctrina evangélica, Él les guarda »el sueño, y sentándose en medio de ellas, con »la suavidad de sus consolaciones les hace músi»ca en sus almas, como el pastor con la flauta á »sus ovejas. En el invierno les busca los abrigos

»á donde descansen de sus trabajos; recátalas de »las yerbas ponzoñosas, avisándolas que no se »pongan en ocasiones; llévalas por las florestas »y dehesas muy seguras de sus consejos; y aun»que andan por polvaredas y torbellinos, y otras »veces por barrancos; pero en lo que toca á las »aguas, siempre las lleva á las más claras y dul»ces, porque éstas significan la doctrina, que »siempre ha de ser clara y verdadera».

La Santa, como se ve, amplifica bastantemente la consideración sobre el buen Pastor, y hace ver cuán solícito y amoroso sea para sus ovejas. Y no empece que conduzca algunas veces á estas sus queridas por nubes de polvo y torbellinos, y otras veces por barrancos y precipicios; porque esto no quiere decir que gustan de sus más sabrosos pastos las que más próximas á Él se alegran con sus músicas más suaves, secretas y á pocas reservadas; son las almas contemplativas, que, arrebatadas en el íntimo de su espíritu, siguen caminos desconocidos al mundo, desastrosos á la debilidad humana; pero esto no obstante, siempre muy seguros para aquellas que son traídas y guiadas por el buen Pastor. Estos caminos, sobre ser muy seguros, son los más breves y desembarazados para llegar á la sublimidad de la perfección cristiana; por lo cual la Santa llama á estas vías extraordinarias con el nombre de atajos, porque abrevian mucho el camino (*Moradas*, v, cap. III, § v, poco más de

la mitad); por lo cual el Pastor Divino las conduce movido del especial afecto y empeño que tiene por ellas.

§ IV

El buen Pastor transformado en Cordero.

Continúa después la Santa la consideración sobre nuestro Pastor, observando cómo al mismo tiempo haya querido este mismo Pastor hacerse nuestro Cordero. «Vió San Juan á este »Divino Pastor como cordero en medio de sus »ovejas, que las regía y gobernaba, y, guiándolas »por los más frescos y hermosos jardines, las lle»vaba á las fuentes de agua de vida. ¡Oh, qué »dulce cosa es ver al Pastor hecho Cordero! »Pastor es porque apacienta; y Cordero, por»que es el mismo pasto. Pastor es porque man»tiene; y Cordero, porque es manjar. Pastor, »porque cría ovejas; y Cordero, porque nació »dellas. Pues cuando le pedimos que nos dé el »pan cotidiano ó sobresustancial, es decir que »el Pastor sea nuestro pasto y nuestro manteni»miento.

»Agrádale á Su Majestad considerarle como se »representó á una su sierva en hábito de pastor, »con un suavísimo semblante, recostado sobre la »Cruz como sobre cayado, llamando á una de »sus ovejas y silbando á otras. Y más agradable

»es considerarle y mirarle enclavado en la mis-
»ma Cruz, como cordero asado y sazonado para
»nuestra comida, regalo y consuelo. Dulce cosa
»es verle llevar la Cruz acuestas como Cordero,
»y verle llevar la oveja perdida sobre sus hom-
»bros. Como Pastor, nos abriga y recibe en sus
»entrañas, y nos deja entrar en ellas por las
»puertas de sus llagas; y como Cordero, se en-
»cierra dentro de las nuestras. Consideremos
»cuán medradas, cuán lustrosas y cuán seguras
»andan las ovejas que andan cerca del pastor, y
»procuremos no apartarnos del nuestro, ni per-
»derle de vista; porque las ovejas que andan
»cerca del pastor siempre son más regaladas, y
»siempre les da bocadillos más particulares de lo
»que él mismo come. Si el pastor se esconde ó
»duerme, no se menea ella de un lugar, hasta
»que parece ó despierta el pastor, ó ella misma,
»balando con perseverancia, le despierta, y en-
»tonces con nuevo regalo es dél acariciada.

»Considérese el alma en una soledad, sin ca-
»mino, en tinieblas y escuridad, cercada de lo-
»bos, de leones y osos, sin favor del cielo ni de
»la tierra, sino sólo deste Pastor, que la defienda
»ó guíe. Desta manera nos vemos muchas veces
»en tinieblas, y cercados de ambición y propio
»amor, y de tantos enemigos visibles é invisi-
»bles, donde no hay otro remedio sino llamar
»aquel Divino Pastor, que sólo nos puede librar
»de tales aprietos».

Estos sentimientos de la Santa están expresados en términos que nada dejan que desear. Pero más particularmente parece que llaman la atención sobre la tierna imagen del Pastor hecho Cordero para hacerse nuestra comida, y como tal entrar en nuestro seno; cuya imagen conviene tenerla siempre presente cuando nos acercamos á la Sagrada Mesa. Entonces, precisamente, la Iglesia aviva nuestra fe con aquellas dulces palabras: «*He aquí el Cordero de Dios Ecce Agnus Dei*». ¡Oh Cordero el más cándido, el más inocente, el más manso, el más amoroso! ¡Oh Cordero el más noble, el más gustoso, el más divino! *¿Quis det de carnibus ejus ut saturemur?* (Offic. del Corpus. Joann., xxxi, 31.)

Procuremos, pues, con mucho esmero, no separarnos de nuestro Pastor y no perderle de vista; mantengámonos, por lo mismo, cerca de Él en el Santísimo Sacramento, lo más que nos sea posible delante del Santo Sagrario, donde permanece de día y de noche para hallarse siempre en medio de sus ovejas; y cuando nuestras ocupaciones nos lo impidan, acordémonos, por lo ménos, de Él, teniéndole á la vista con fe viva. No hay duda que de este modo obtendremos de Él algún *bocadito* más particular. Se ve ordinariamente que cuando el Señor comienza á acariciar á las almas que se dan del todo á su amor, les hace probar los primeros gustos del espíritu por medio del Santísimo Sacramento; á

las veces áun con sabores y olores sensibles sobrehumanos. El Santísimo Sacramento es el imán de todos los corazones amantes de Dios; de modo que á todos sin excepción llama á sí; y debe decirse que los corazones que no son de Él atraídos no son corazones amantes de Dios, aunque pudiesen parecer tales; como se diría que no son de hierro, aunque lo pareciesen, las agujas no atraídas del imán.

Que cuando, por impulso especial de amor, lo que suele ser muy doloroso á las almas aún inexpertas, el buen Pastor hace como que se esconde ó duerme; es decir, cuando deja al alma privada de su sensible dulce presencia, y parece que se hace el sordo á sus súplicas, el alma no se turbe ni pierda la confianza: continúe cerca de su Pastor; es decir, manténgase y persevere en la devoción al Santísimo Sacramento, como si nada de nuevo sucediese, que más ó ménos pronto se dará de nuevo á conocer, despierto por sus amorosas y confiadas voces. Premiará entonces la perseverancia con nuevos y exquisitos regalos.

CAPÍTULO XI

SIGUE LA CUARTA PETICIÓN

§ I

Excelencia del Santísimo Sacramento.

Dice la Santa que en esta petición «se ha de »considerar el misterio del Santísimo Sacramen»to, la excelencia de este manjar, que es la mis»ma excelencia del Padre, que encareciendo esta »merced hecha á los hombres, dice David que »nos harta el Señor de la médula de las entrañas »de Dios.

»Mayor fué esta merced que el hacerse Dios »hombre, porque en la Encarnación no deificó »más que su alma y su carne, uniéndola con su »persona; pero en este Sacramento quiso Dios »deificar á todos los hombres, los cuales se man»tienen mejor con los manjares con que se cria»ron de niños; y como fuimos engendrados en »el bautismo de todo Dios, quiso que de todo Él

»nos mantuviésemos conforme á la dignidad que »nos dió de hijos.

»Hase de considerar el amor con que se da, »pues manda que todos le coman, so pena de »muerte; y sabiendo Su Majestad que muchos le »habían de comer en pecado mortal, con todo »eso es tan vehemente y eficaz el amor que nos »tiene, que por gozar del amor con que sus ami»gos le comen, rompe con las dificultades y su»fre tantas injurias de los enemigos; y para mos»trarnos más este amor se quiso consagrar é ins»tituir este divino manjar, cuando, y al tiempo »que era entregado á la muerte por nosotros, y »con estar su carne y sangre preciosa en cual»quiera de las especies, quiso que se consagrase »cada cosa de por sí, porque en aquella división »y apartamiento nos mostrase que tantas veces »muriera por los hombres, si fuera menester, »cuantas veces se consagran y cuantas Misas se »dicen en la Iglesia.

»Este amor con que se nos da, y el artificio »que aquí usó el amor divino, es inefable; por»que como no se pueden unir dos cosas sin me»dio que participe, ¿qué hizo el Amor para unir»se con el hombre? Tomó la carne de nuestra »masa, juntándola consigo en sér personal de la »vida de Dios; y así deificada, vuélvenosla á dar »en manjar para unirnos consigo por medio »nuestro.

»Este amor es el que quiere el Señor que aquí

»consideremos cuando comulgamos; y aquí han »de ir á parar todos nuestros pensamientos, y á »este quiere que lleguemos, y este agradeci»miento nos pide cuando manda que comulgan»do nos acordemos que murió por nosotros; y »bien se ve la gana con que se nos da, pues lla»ma á este manjar pan de cada día, y quiere que »se le pidamos cada día».

Aquí la Santa nos da, en pocas palabras, la idea más magnífica del Santísimo Sacramento, que es el verdadero pan del alma, y tan noble, tan precioso, tan divino, que no se puede imaginar cómo haya sido posible que la Divina Bondad se haya dignado de querernos alimentar con Él. Pero, por otra parte, Dios obra como Dios, y con esta reflexión debe cesar la maravilla que causan á nuestro espíritu sus obras. ¿Qué maravilla encontrar en el don de Dios algo de infinito, de incomprensible, y, digamos, hasta de increíble á nuestra inteligencia? Dios obró como Dios en la institución del Santísimo Sacramento.

Cierto que diríamos haberse agotado en este Sacramento el tesoro de sus infinitas riquezas, porque en Él no recibimos solamente sus dones, que son ya de por sí un abismo sin fondo y sin término; sino recibimos al mismo Dador infinito. Ahora bien; dándonos lo infinito, no le queda que dar cosa mayor. ¡Oh, qué don es el Santísimo Sacramento! ¡El divino cuerpo del

Redentor es nuestra comida! Es decir, aquellas carnes vivas con la misma vida de Dios, flor de la sangre purísima de la Virgen María. El milagro más grandioso de la Divina Sabiduría, Poder y Bondad, la verdadera joya, el verdadero tesoro, la plena complacencia del Divino Padre, el templo vivo, indisoluble del Verbo Eterno, la grande obra del Espíritu Santo, el Sol del cielo, gloria del Universo, el maná de los ángeles y de los Santos, la delicia infinita de todo corazón limpio, de todo lo bello, todo lo bueno, todo lo grande de la criatura y del Creador en unidad de la Persona divina. ¡Oh, qué gran don es el Santísimo Sacramento! ¡Oh, alimento sobresustancial! Bien le podía llamar la Santa *médula de las entrañas de Dios:* así se expresa la sustancia, la profundidad, la ternura del divino amor, que se nos comunica en el Santísimo Sacramento.

§ II

Correspondencia de amor.

De lo dicho fácilmente se infiere con qué grandeza y plenitud de amor, según que es compatible con la capacidad de nuestro corazón, debemos corresponder á tan grande é incomprensible caridad divina. Esta caridad divina debemos tener siempre ante los ojos cuando co-

mulgamos, y en ella debemos ocupar todos nuestros pensamientos para que al ardor de tanto fuego de parte de Dios para con nosotros no quede fría nuestra alma, sino arda y se abrase cuanto pueda en el fuego de amor de Aquel que tanto nos amó, que será la mejor prueba de gratitud que daremos á nuestro Señor. Será también medio muy eficaz para obtener aquella pureza que pide la santa Comunión, que exige la Santa diciendo: «Deseando una gran sierva suya »comulgar cada día, le mostró nuestro Señor un »globo hermosísimo de cristal, y le dijo: Cuando »estés tan pura como este cristal lo podrás hacer; »pero luego le dió licencia para ello».

La pureza que pediría la santa Comunión ha amedrentado siempre en cierto modo á las almas más perfectas. Decía San Juan Bautista, el mayor de los Santos, que no era digno de tocar el calzado del Redentor, y decía la verdad; no era una expresión de exagerada humildad, como podría parecer á alguno; era una verdad la más clara y palpable, porque no puede haber proporción alguna entre la santidad del mayor de los Santos, San Juan Bautista, y la del Santo de los Santos, Cristo Jesús. Su misma Divina Madre, la siempre Inmaculada Virgen María, tampoco ella era digna de besar la tierra pisada por su Hijo. Ahora bien; la pureza de la Virgen Santísima era la imagen más perfecta de la pureza de Dios que pueda darse en pura criatura. Pense-

mos ahora si nosotros podremos ser dignos de recibir en nuestro seno, de poner junto á nuestro corazón el cuerpo sacratísimo del Redentor. Por eso la pureza que pediría la sagrada Comunión ha atemorizado siempre en cierto modo á los más grandes Santos.

Esto no obstante, sabiendo que Dios no pide de nosotros lo que exigiría su infinita santidad, sino lo que es conforme con su clemencia infinita, nos atrevemos á comulgar, pedimos cada día este pasto divino, y tantos de nosotros le recibimos realmente cada día. Por lo demás, ¿quién podrá dudar que debemos procurarnos la posible santidad? Pero esta pureza no puede adquirirse de otro modo que con el amor: y toda la pureza posible no se adquiere sino con todo el posible amor.

§ III

Causa del gran don.

Busca después la Santa el motivo que ha podido inducir al Divino Pastor á hacernos un don tan grande; y aunque el motivo que á la Santa se le ocurre parezca sólo uno de tantos como podrían alegarse; pero realmente es tal, que incluye todos los demás. Dice la Santa que con este don ha querido su Divino Autor proveernos de un pasto muy sustancioso y especial de que

recibiésemos fuerzas nuevas y grandes para hacer completamente la divina voluntad. Ahora bien; esta es la razón de todos los dones de Dios, puesto que ni nos hace ni nos puede hacer don alguno sino con el fin de que sea cumplida su santísima voluntad. Dice, pues, así: «Pues entendiendo el buen Jesús cuán dificultosa cosa »era ésta (el *Fiat voluntas tua)*, conociendo nuestra flaqueza... vió que era menester remedio, y »ansí pedimos al Padre Eterno este pan soberano... Porque decir á un regalado y rico que es »la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros, siquiera »pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto sino á su propósito. »Pues decir á un murmurador que es la voluntad »de Dios querer tanto para su prójimo como »para sí, no le puede poner á paciencia ni bastar »razón para que lo entienda. Pues decir á un »religioso que está mostrado á libertad y regalo »que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras »con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido, y que »es voluntad de Dios que cumpla sus votos; y »mire que si da escándalo, que va muy contra »ellos, aunque no del todo los quebrante; y que »ha prometido pobreza, y que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay »remedio áun ahora de quererlo alguno; ¿qué

»hiciera si el Señor no hiciera lo más con el re-
»medio que usó? No hubiera sino muy poquitos
»que cumplieran esta palabra, que por nosotros
»dijo al Padre: *Fiat voluntas tua.* Pues viendo
»el buen Jesús la necesidad, buscó un medio
»admirable á donde nos mostró el extremo de
»amor que nos tiene; y en su nombre y en el de
»sus hermanos dió esta petición: El pan nuestro
»de cada día, dánosle hoy, Señor».

Por lo cual, es de notar que aquí la Santa considera al Augustísimo Sacramento como medio muy eficaz, por el cual el alma llega á la exacta observancia de la divina ley, no obstante la natural repugnancia y sus malos hábitos; y asegura que cuanto no podrían lograr para su enmienda los argumentos y las exhortaciones, lo conseguirán las devotas comuniones.

Esta es cosa probada y que mucho la deben tener en cuenta los directores espirituales, si quieren llevar las almas á mucha pureza de conciencia. Con frecuencia se encuentran personas de buena intención, las cuales, no comprendiendo aún bastante el gran mal que es el pecado áun venial, no toman con gran premura el verse libres de Él. A éstos, sin embargo, les gusta comulgar con alguna frecuencia, y tienen por gran regalo si el director les concede alguna comunión entre semana. Estas almas, aunque caigan fácilmente en varias faltas, están ya en buena disposición, y el director hará que más se en-

mienden si les permite algunas comuniones, cuando en aquellos días que habrían de hacerlas se abstengan de todo pecado plenamente advertido; pues entonces, por el temor de haber de dejar la santa Comunión, ponen especialísima atención en no caer; y, ayudadas, entre tanto, por la fuerza del Santísimo Sacramento, vencen con facilidad sus hábitos defectuosos, ó se conservan en mucha pureza de conciencia. Obtenido este buen resultado, podrá el director permitirles con seguridad comulgar áun con más frecuencia, y áun toda una entera semana, si no cometen alguna falta advertida; y verá que con su contínua atención y el divino sustento de cada día, aquellas almas llegarán á la deseada pureza.

Después de haber recomendado la Santa que se haga seria reflexión sobre todo lo que había dicho, continúa de este modo: «Paréceme ahora »á mí (debajo de otro mejor parecer) que, visto »el buen Jesús lo que había dado por nosotros, »y como nos importa tanto darlo (es decir, la »oferta de nuestra voluntad), y la gran dificultad »que había, como está dicho, por ser nosotros »tales y tan inclinados á cosas bajas, y de tan »poco amor y ánimo, que era menester ver el »suyo para despertarnos, y no una vez, sino cada »día, que aquí se debió determinar quedarse con »nosotros». Y, á la verdad, una prenda tan grande de su amor debería tenernos á todos muy

atentos á darle gusto en todo. Por lo cual, el don más grande que Dios nos ha hecho en este mundo es para disponernos á hacerle el mayor don con que podemos corresponderle, que es la entera ofrenda de nuestra voluntad.

§ VI

Mala correspondencia á tamaño don.

Considerando después la Santa, como se ha dicho en el cap. 1 de la parte segunda, que mientras rezamos el *Padre nuestro*, juntamente con nosotros ora Cristo, observa que ha querido pedir esta gracia á su Eterno Padre de quedarse con nosotros, para que tuviese á bien que Él por amor nuestro arrostrase las nuevas y muchísimas injurias que preveía habían de hacérsele en el Santísimo Sacramento. Ante esta reflexión, la Santa, no pudiendo contenerse, se desahoga de este modo: «Mas Vos, Padre Eterno, ¿cómo lo »consentiste? ¿Por qué queréis cada día ver en »tan ruínes manos á vuestro Hijo, ya que una »vez quisiste lo estuviese, y lo consentiste? Ya »véis cómo le pagaron. ¿Cómo puede vuestra »piedad cada día verle hacer injurias? ¡Y cuántas »le deben hoy hacer á este Santísimo Sacra»mento! ¡En qué de manos enemigas suyas le »debe ver el Padre! ¡Qué desacato destos herejes! »¡Oh, Señor Eterno! ¿Cómo aceptáis tal peti-

»ción? ¿Cómo la consentís? No miréis su amor, »que á trueco de hacer cumplidamente vuestra »voluntad, y de hacer por nosotros, se dejará »cada día hacer pedazos. Vuestro es mirar, Se»ñor mío, ya que á vuestro Hijo no se le pone »cosa delante. ¿Por qué ha de ser todo nuestro »bien á su costa? ¿Por qué calla á todo, y no »sabe hablar por sí, sino por nosotros? ¿Pues no »ha de haber quien hable por este mansísimo »Cordero?»

Estos deberían ser los sentimientos de todas las almas amantes del buen Pastor, que se hace Cordero y alimento nuestro: no habría de ser posible que alguna de estas almas viese con indiferencia los desmanes, las injurias, los ultrajes que sufre el Señor en este mundo en el Santísimo Sacramento. Encuéntrase tantas veces en iglesias tan miserables, tan pobres y tan poco limpias, que nadie las quisiera para habitación; sobre altares llenos de polvo, desmantelados; no adornados, sino llenos de mil fealdades y carcomidos; dentro de sagrarios mugrientos y ennegrecidos. Las ropas que sirven para la celebración del Santo Sacrificio, áun los paños más inmediatos, están á las veces tan sucios, que nadie los querría en su mesa.

Además, ¡en cuántas poblaciones, áun populosas, se le deja solo y olvidado todo el día, que no parece sino que los cristianos no saben que está en medio de ellos! Y como si esto fuera

poco, ¡qué de irreverencias no le hacen aquellos que van á las iglesias con fines hasta diversos del de adorarle y visitarle! Están en las iglesias tan descompuestos y usando de tan groseros modales, que no se atreverían á conducirse así ni áun en casa de un campesino que los hospedase. Se va también á pecar en su presencia, no sólo con pensamientos, que no pueden ocultarse á sus divinos ojos, sino áun con gestos, con miradas, con inmodestias, con indignísimas profanaciones.

Hemos visto también en nuestros tiempos hacer servir las sagradas funciones, las Misas, la exposición del Santísimo Sacramento, no sólo para fines humanos y bajas pasiones, sino también para fines impíos de malvadas pasiones, para más encender el furor de los enemigos mortales de nuestra Religión santa. ¡No hay acaso ejemplo alguno en la historia de que las iglesias fuesen profanadas del modo que lo son en estos días!... En las profanaciones antiguas no se veía, como ahora, el insulto de una fe afectada, de una adoración de farsa. Pero, ¡ay de nosotros! que de Dios nadie se burla. *Deus non irridetur.*

Á todas estas irreverencias, injurias y desacatos, añádanse todos los sacrilegios que de otras maneras cometen los cristianos, y la celebración indigna de los malos sacerdotes, y las malas comuniones de tantos y tantos. Pero, ¡ay de mí! faltos de aquel amor que encendía el corazón de

la Santa, á todas estas enormidades poco ó nada nos conmovemos. No consideramos cuán excesivo debe ser el amor de Cristo al querer esconderse entre nosotros á tanta costa suya, y el amor del Eterno Padre al consentírselo, ni pensamos en corresponder á este amor de nuestra parte, ni nos tomamos solicitud por reparar tamaños males del modo que podríamos.

CAPÍTULO XII

SIGUE LA CUARTA PETICIÓN

§ I

Confianza en la acogida del buen Pastor.

En el cap. XXXIV del *Camino de perfección* pasa la Santa á hablar de la acogida que debemos hacer al buen Pastor cuando viene á apacentar nuestras almas en el Santísimo Sacramento; y hablando de la preparación, dice que debemos acercarnos con la confianza que «de »todas cuantas maneras quisiere comer el alma, »hallará en el Santísimo Sacramento sabor y »consolación»; que será tal, que le colmará de fuerza y espiritual alegría para todo trabajo y persecución que podamos encontrar en este mundo.

Nos advierte, además, que debemos acercarnos al mismo olvidados del alimento corporal,

bien persuadidos de que si le recibimos con un corazón desembarazado de todo otro afecto y querer que no sea para Él, no permitirá nos falte alguna cosa que nos sea necesaria en este mundo. «Mas suplicadle que no os falte y os dé »aparejo para recibirle dignamente. De otro pan »no tengáis cuidado las que muy de veras os ha»béis dejado en la voluntad de Dios... Dejad ese »cuidado *(del pan temporal)*, como largamente »queda dicho, á vuestro Esposo, que Él le terná »siempre. No hayáis miedo que os falte, si no »faltáis vosotras en lo que habéis dicho, de de»jaros en la voluntad de Dios (§ III). Nosotras »pidamos al Padre Eterno merezcamos pedir el »nuestro pan celestial. De manera, que ya que »los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en »mirarle, por estar tan encubierto, se descubra á »los del alma y se le dé á conocer que es otro »mantenimiento de contentos y regalos, y que »sustenta la vida». (§ IV.)

§ II

Singulares frutos de esta confianza.

Quiere, entre tanto, que se confíe que el mismo Sacramento sea vida y medicina, áun para nuestros cuerpos. «¿Pensáis que no es mantenimien »to, áun para estos cuerpos, este santísimo man»jar, y gran medicina, áun para los males

»corporales? Yo sé que lo es; y conozco una per»sona de grandes enfermedades, que estando »muchas veces con grandes dolores, como con »la mano se le quitaban y quedaba buena del »todo (1). Esto muy de ordinario, y de males »muy conocidos, que no se podían fingir á mi »parecer. Y porque las maravillas que hace este »santísimo pan en los que dignamente le reciben »son muy notorias, no digo muchas que pudiera »decir desta persona, que he dicho que lo podía »yo saber, y sé que no es mentira. Mas á ésta »habíala el Señor dado tanta viva fe, que cuando »oía á algunas personas decir que quisieran ser »en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en »el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que te»niéndole tan verdaderamente en el Santísimo »Sacramento como entonces, ¿qué más se les »daba?

»Mas sé desta persona, que muchos años, »aunque no era muy perfecta, cuando comulga»ba, ni más ni ménos que si viera con los ojos »corporales entrar en su posada el Señor, procu»raba esforzar la fe para (como creía verdadera»mente que entraba este Señor en su pobre »posada) desocuparse de todas las cosas exterio»res cuanto le era posible, y entrarse con Él. »Procuraba recoger los sentidos, para que todos

(1) Habla la Santa de sí misma. Véanse los capítulos XXXVI y XXXVIII de su *Vida*.

»entendiesen tan gran bien: digo no embarazasen »á el alma para conocerle. Considerábase á sus »piés, y lloraba con la Magdalena, ni más ni »ménos que si con los ojos corporales le viera en »casa del fariseo; y aunque no sintiese devoción, »la fe la decía que estaba bien allí, y estaban allí »hablando con Él. Porque si no nos queremos »hacer bobas y cegar el entendimiento, no hay »que dudar que esto no es representación de la »imaginación, como cuando consideramos al »Señor en la Cruz ó en otros pasos de la Pasión, »que le representamos como pasó. Esto pasa »ahora, y es entera verdad, y no hay para qué »le ir á buscar en otra parte más lejos; sino que, »pues sabemos que mientras no consume el ca»lor natural los accidentes del pan, está con nos»otros el buen Jesús, que no perdamos tan bue»na sazón, y que nos lleguemos á Él.

»Pues si cuando andaba en el mundo de sólo »tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay »que dudar que hará milagros estando tan den»tro de mí, si tenemos fe viva, y nos dará lo que »pidiésemos, pues está en nuestra casa? Y no »suele Su Majestad pagar mal la posada si le ha»cen buen hospedaje».

¿Qué alma no envidiaría á nuestra Santa una fe tan viva? Aquí, sin embargo, hay algo de extraordinario, y que por lo mismo no está al alcance ni áun de todas las personas piadosas. Ni áun éstas saben representarse en la sagrada Co-

munión á su Jesús como se lo representaba la Santa, ni saben verle como ella lo veia entrar en el aposento del propio corazón, ni saben echarse allí á sus piés, ni saben llorar allí en su presencia como lo hacía ella. Sin embargo, avivando bien la fe en su real presencia, lo que podemos siempre hacer con la divina gracia, y pensando que el Divino Redentor, Él mismo en cuerpo, en alma y en divinidad, realmente, como entró en casa del fariseo á donde fué la Magdalena, entra en nuestro pecho, y como allí estuvo en tiempo del convite, aquí se detiene mientras duran las especies sacramentales; pensando que, como en aquella casa no echó de sus santísimos piés á la pecadora, sino que aceptó sus obsequios y sus lágrimas, oyó sus gemidos y suspiros y la trocó en un serafín de caridad; pensando, digo, que en el aposento de nuestro corazón acoge en su real presencia al alma contrita y humillada, y oye sus súplicas y recibe sus adoraciones, allí desea inflamarla en su amor, podremos alcanzar mayor recogimiento que el que tenemos para encerrarnos en nuestro interior con Aquel huésped divino que nos admite á tanta confianza é intimidad, y allí también podremos, á lo ménos alguna vez, orar y gemir con transportes de admiración, de gratitud y de amor.

Si la fe fuese muy viva, nos podríamos aún prometer, en caso de necesidad, los milagros de

que habla la Santa. ¿Y qué maravilla que de aquellas carnes divinas, de las que, como dice el Evangelio, salía tal virtud, que sanaba á todos (S. Luc., VI, v. 19), salga también ahora vigor y salud que sane nuestros cuerpos enfermos, pues que llegan á ser sus vivas moradas? ¡Pero esta fe es muy rara! Sin embargo, se debe creer que la sagrada Comunión, recibida en gracia, no sólo ayuda al bien de nuestras almas, sino también al de nuestros cuerpos, cuanto conviniere al de aquéllas. Y si no nos lo advertimos, es de notar que no todas las gracias son milagrosas, ni todas las obras milagrosas son visiblemente tales.

§ III

El buen Pastor se oculta por nuestro bien.

Sigue diciendo la Santa: «Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje. Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado, ó cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiere pasar en él; porque en ver esta verdad eterna, se vería ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar

»tan cerca de Él? Debajo de aquellos accidentes »de pan está tratable ; porque si el rey se disfra- »za, no parece que se nos da nada de conversar »sin tantos miramientos y respetos ; parece está »obligado á sufrirlo , pues se disfrazó».

Notad la semejanza del rey disfrazado, á quien se trata con mucha mayor familiaridad, porque entonces se presenta como persona vulgar. Así el Rey de la gloria , á cuya presencia todo el mundo se desharía si Él se dejase ver en todo el esplendor de su infinita Majestad , se disfraza bajo los accidentes de pan ; y nosotros de este modo, aunque miserables pecadores , nos podemos atrever á acercarnos á Él , lo que de otro modo sería imposible.

§ IV

Cómo á algunos se descubre.

No obstante , á través de este velo que lo cubre , se traslucen ciertos rayos más ó ménos vivos, mediante los cuales el alma puede verlo en cuanto es compatible con nuestro estado de viadores , en parte ó áun en todo. Óigase nuevamente á la Santa: «Porque á los que ve que se »han de aprovechar, Él se les descubre; que aun- »que no le vean con los ojos corporales, muchos »modos tiene de mostrarse al alma por grandes »sentimientos interiores y por diferentes vías.

»Estáos vos de buena gana con Él; no perdáis

»tan buena sazón de negociar, como es la hora »después de haber comulgado. Mirad que este »es gran provecho para el alma, y en que se sir»ve mucho el buen Jesús que le tengáis compa»ñía. Tened gran cuenta, hijas, de no la perder, »si la obediencia no os mandare, hermanas, otra »cosa; procurad dejar el alma con el Señor, que »vuestro Maestro es; no os dejará de enseñar, »aunque no lo entendáis; que si luego lleváis el »pensamiento á otra parte, y no hacéis caso, ni »tenéis cuenta con quién está dentro de vos, no »os quejéis sino de vos. Este, pues, es buen »tiempo para que os enseñe vuestro Maestro, »para que le oyamos y besemos los piés, porque »nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya »de con nosotros. Si esto habéis de pedir miran»do una imagen de Cristo, bobería me parece »dejar en aquel tiempo la mesma persona por »mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos mu»cho un retrato de una persona que quisiésemos »mucho, y la mesma persona nos viniese á ver, »dejar de hablar con ella y tener toda la conver»sación con el retrato? ¿Sabéis para cuándo es »muy bueno, y santísimo, y cosa en que yo me »deleito mucho? Para cuando está ausente la »mesma persona, y quiere darnos á entender »que lo está con muchas seguridades, es gran re»galo ver una imagen de quien con tanta razón »amamos; á cada cabo que volviese los ojos la »querría ver... (§ VIII.)

»Mas acabado de recibir al Señor, pues tenéis »la mesma persona delante, procurad cerrar los »ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros »al corazón; que yo os digo (y otra vez lo digo, »y muchas lo querría decir), que si tomáis esta »costumbre todas las veces que comulgáredes, »procurando tener tal conciencia, que os sea lí»cito gozar á menudo deste bien, no viene tan »disfrazado, que, como he dicho, de muchas »maneras no se dé á conocer, conforme al deseo »que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, »que se os descubra del todo». (§ IX.)

Dice después, al fin del mismo cap. XXXIV, que sólo aquellos que procedieron con estas diligencias podrán esperar que el Señor se les dé á conocer y se les descubra en la sagrada Comunión. « Si no hacemos caso de Él, sino que en »recibiéndole nos vamos de con Él á buscar »otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Ha»nos de traer por fuerza á que le veamos que »se nos quiere dar á conocer?. . . . . »Que le vean descubiertamente, y comunicar »sus grandezas, y dar sus tesoros no quiere sino »á los que entiende que mucho le desean, porque »éstos son sus verdaderos amigos. Que yo os »digo, que quien no lo fuere y no llegare á re»cibirle como á tal, habiendo hecho lo que es en »sí, que nunca le importune porque se le dé á »conocer. No ve la hora que haber cumplido »con lo que manda la Iglesia cuando se va de su

»casa, y procura echarle de sí. Ansí que este tal, »con otros negocios y ocupaciones y embarazos »del mundo, parece que lo más presto que puede »se da prisa á que no le ocupe la casa el Señor».

Por lo cual, aquellas almas que quisieren gozar la dulce presencia del Señor, y desearían que se les dejase conocer por medio de sentimientos interiores, que pudiesen enamorarlas vivamente del divino Amante, y entre tanto no se toman gran cuidado de hacerle la mejor acogida, y en cambio sólo se detienen á hacer una muy fría y tibia oración de gracias, diciendo de prisa algunas oraciones, no obtienen lo que desean. Cubierto viene á ellas el Señor, y cubierto queda; de modo que sólo por fe saben haberle recibido, no ya por la dulce experiencia de caricias y regalos.

§ V

Práctica del recogimiento interior.

Conviene recordar ahora lo que se dijo en la primera parte (cap. VIII y siguientes) acerca de la oración de recogimiento, en la cual el alma atiende á Dios, que tiene dentro de sí, y allí le mira por fe, le adora, le ruega, le ama, le abraza como á su íntimo amigo y amado. Si esto se puede hacer siempre que se ora por la verdad de la divina presencia que está en nosotros, y por

razón de su inmensidad, y por la comunicación de su gracia santificante, tanto más se podrá hacer cuando encerramos realmente en nuestro pecho el cuerpo vivo de nuestro divino Salvador, unido hipostáticamente á la Persona del Verbo Eterno; cuando tenemos una dicha semejante á la que tuvo por nueve meses la Virgen María, que lo llevó en su sacratísimo seno hasta que lo dió á luz en Belén; cuando está en nuestro seno nada ménos que como en el Sagrado Copón; cuando se encuentra dentro de nosotros como está en el cielo.

Procuremos, pues, en el punto de haber comulgado, «cerrar los ojos del cuerpo y abrir los »del alma, para mirar á nuestro corazón». Avivemos nuestra fe; demos una reverente y amorosa mirada á Jesús, que entonces entra en nuestro pecho. Mirándole allí con la fe, démosle gracias de su visita y pidámosle su amor; hagámosle allí la entera ofrenda de nuestro corazón; y pensando que este nuestro corazón se encuentra entonces realmente junto al Corazón de Jesús, será fácil que sintamos las amorosas palpitaciones de aquel Corazón Divino, y éstas excitarán otras amorosas palpitaciones en nuestro miserable corazón: imposible será que de aquel horno de caridad no saquemos alguna chispa, que encienda nuestra frialdad. Allí podrá nuestra alma ponerse á sus piés santísimos y besar aquellas llagas gloriosas, que brillan más que las estrellas y des-

piden saetas de amor; y rogar después que se digne levantarla y unirla así con aquellas manos sacratísimas, igualmente traspasadas; y pedirle después, por última gracia, que la deje entrar y esconderse en su abierto Costado.

Aquí de muchos otros modos podremos formarnos un mundo de santos pensamientos, los más consoladores, los más amorosos con Jesús; todos profundos, no en la imaginación, sino en la verdad de su real presencia.

Y, si no tan pronto, sino sólo con gran trabajo y tiempo lograremos familiarizarnos con estos santos pensamientos, y obtener aquel recogimiento, no nos desanimemos por si no salimos con ello al punto; saldremos después. Antes bien, acordémonos de lo dicho en la parte 1.ª, capítulos VII y IX, que no se deben hacer esfuerzos violentos, que serían inútiles y perjudiciales. Es necesario comenzar por dar á Jesús alguna mirada con fe, acordándonos de su real presencia dentro de nosotros; decirle entre tanto alguna palabra amorosa, y pedirle nos admita á su íntimo trato; poco á poco se nos descubrirá con varios interiores sentimientos, y paso á paso aprenderemos á quedarnos á solas con Él, como hace el amigo con su amigo, el hijo con su padre, la esposa con el esposo, la oveja con el pastor. Nos asegura la Santa que este es el mejor método y el que más disgusta al demonio. Por lo cual dice en el cap. XXXV: «Pues mirad, her-

»manas, que si á los principios no os halláredes »bien, no se os dé nada; que podrá ser que os »ponga el demonio apretamiento de corazón y »congoja, porque sabe el daño grande que le »viene de aquí. Haráos entender que hay más »devoción en otras cosas que aquí. Creedme; »no dejéis este modo: aquí probará el Señor lo »que le queréis».

Y poco ántes, hablando de la utilidad de este método de acción de gracias, había dicho: «Es »como llegarnos al fuego; que aunque le haya »muy grande, si estáis desviadas y escondéis las »manos, mal os podéis calentar, aunque todavía »da más calor que no estar á donde no haya »fuego. Mas otra cosa es querer llegar á Él; que »si el alma está dispuesta (digo que esté con de»seo de perder el frío), y si está allí un rato, para »muchas horas queda con calor, y una centelli»ca que salte la abrasa toda. Y vános tanto, »hijas, en disponernos para esto, que no os es»pantéis lo diga muchas veces».

Aquí es de notar que cuando nos acercamos al Santísimo Sacramento, con tal que no nos falte la disposición necesaria, que es estar en gracia de Dios, el alma siempre se calienta por el aumento de la misma gracia, que es ó importa un aumento de amor; pero este aumento de calor es poco sensible « á quien está lejos y esconde las manos». Pero si, al contrario, á la sobredicha disposición se añade un especial deseo

de encenderse en la llama del amor, y un aproximarse á la misma llama, entonces el alma percibe un calor muy grande, que dura aún por muchas horas; y si sucede que de aquella llama de la divina caridad salta alguna chispa, que es más sutíl y más vivo fuego de amor, el alma, ya bien dispuesta por el calor adquirido, apenas es tocada de ella, toda se hace llama, esto es, un incendio de amor. ¡Dichosa el alma que la mereciere alguna que otra vez!

En esta oración recomienda la Santa la misma práctica para la Comunión espiritual, y dice: «Y »cuando no comulgáredes, hijas, y oyéredes »Misa, podéis comulgar espiritualmente, que es »de grandísimo provecho, y hacer lo mesmo de »recogeros después en vos; que es mucho lo que »se imprime ansí el amor deste Señor; porque »aparejándonos á recibir, jamás deja de dar por »muchas maneras que no entendemos».

§ VI

Exclamación al Eterno Padre.

Termina la Santa el citado capítulo con una exclamación al Eterno Padre, en la que deplora los pésimos tratamientos que recibía de los herejes de su tiempo el Santísimo Sacramento; y pues no hay duda que en nuestros días los incrédulos no ceden en impiedad á los herejes, ni

tienen ménos afligida á la Iglesia, ni que tampoco el mundo está ahora ménos lleno de delitos enormes, bien podremos repetirla también nosotros sin dejar palabra: «¡Pues qué es esto, »mi Señor y mi Dios! Ó dad fin al mundo, ó »poned remedio en tan gravísimos males, que »no hay corazón que lo sufra, áun de los que »somos más ruínes. Suplícoos, Padre Eterno, »que no lo sufráis ya vos: atajad este fuego, Se»ñor, que, si queréis, podéis. Mirad que aún está »en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento »cesen cosas tan feas y abominables y sucias, y »por su hermosura y limpieza; que no merece »estar en casa á donde hay cosas semejantes. No »lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo mere»cemos; hacedlo por vuestro Hijo; pues suplica»ros que no esté con nosotros, no os lo osamos »pedir. Pues Él alcanzó de vos que por este día »de hoy, que es lo que durare el mundo, le de»jásedes acá, y porque se acabaría todo, ¿qué »sería de nosotros? Que si algo os aplaca es tener »acá tal prenda; pues algún medio ha de haber, »Señor mío, póngale Vuestra Majestad. ¡Oh, mi »Dios! ¡quién pudiera importunaros mucho, y »haberos servido mucho, para poderos pedir tan »gran merced en pago de mis servicios, pues no »dejáis ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, »Señor; ántes por ventura soy la que os he eno»jado de manera, que por mis pecados vengan »tantos males. ¿Pues qué he de hacer, Criador

»mío, sino presentaros este pan sacratísimo, y »aunque nos lo diste, tornárosle á dar, y supli»caros por los méritos de vuestro Hijo me hagáis »esta merced, pues por tantas partes lo tiene me»recido? Ya, Señor, ya, Señor, haced que sosie»gue este mar; no ande siempre en tanta tem»pestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, »Señor mío, que perecemos».

CAPÍTULO XIII

SOBRE LA QUINTA PETICIÓN: «PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES»

§ I

Dios, Redentor.

En la meditación del viérnes explica la Santa esta petición, y considera á Dios «con el título »de Redentor; porque, como dice San Pablo, el »Hijo de Dios fué hecho nuestro Redentor, y »redención de nuestros pecados con su sangre. »Él es el que nos libró del poderío de Satanás, á »quien estábamos sujetos, y nos preparó el reino »de hijos de Dios, y nos hizo reino suyo, y en »Él tenemos redención, quiero decir, perdón de »nuestros pecados, y el precio que se dió por el »rescate dellos». No es necesario probar cuán dulce y consolador, cuán amoroso sea este título. ¿Qué deberá ser para el alma que tiene fe

contemplar á su Padre, Rey, Esposo y Pastor, que hace sacrificio de su vida divina, y tan doloroso y cruel como fué el del Calvario, para librarla de la muerte eterna y darle vida perdurable? ¿Qué sentimientos de consuelo, qué impulsos de amor no deberá ella experimentar, pensando que su misma Divina Majestad ha querido hacerse por ella víctima de expiación?

§ II

Cómo pedimos que Dios nos perdone.

Sigue la Santa: «Todos los bienes que podemos desear para nosotros se comprenden »en la petición pasada, y todos los males de »que podemos ser librados se contienen en las »tres peticiones siguientes, y la primera es »ésta: Perdónanos, Señor, lo que te debemos, »por quien Tú eres, que eres Dios, Señor universal, y lo que te debemos por los beneficios, »y lo que te debemos por nuestras ofensas; y »esto, Señor, sea como nosotros perdonamos »á los que nos ofenden, que son nuestros deudores. Y porque parecerá á alguno sería muy »limitado este perdón si fuese conforme á lo »que nosotros perdonamos, se ha de advertir que de dos maneras se puede esto entender. La primera que habemos de imaginar, »que siempre que decimos esta oración la deci-

»mos en compañía de Cristo nuestro Señor, el »cual está á nuestro lado siempre que oramos, y »en su nombre pedimos y decimos Padre nues»tro. Siendo esto así, bien cumplido será el per»dón, pues tan cumplido le hizo el mismo Hijo »de Dios por los hombres. Pero también se pue»den entender en rigor como las palabras sue»nan, pidiendo que nos perdone, como nosotros »perdonamos; porque todo hombre que ora se »presume que tiene perdonados de corazón á »sus ofensores; y en la misma manera de pe»dir significamos y nos notificamos á nosotros »mismos cómo habemos de pedir, y cómo ha»bemos de llegar; y que si no habemos perdo»nado nosotros, damos sentencia contra nos»otros, que no merecemos perdón. Dijo el Sabio: »¿Cómo es posible que el hombre no perdone á »su hermano y pida perdón á Dios? El que de»sea vengarse, tomará Dios venganza dél y guar»dará sus pecados sin remisión».

§ III

Materia de esta petición.

Desciende después á hablar de la materia de esta petición, y dice que es «generalísima, y »abraza infinitas cosas, porque las deudas son »sin cuento, la redención copiosísima, y el pre»cio del perdón infinito, que es la Muerte y Pa-

»sión de Cristo. Aquí se han de revocar ó traer »á la memoria los pecados propios y los de todo »el mundo; la gravedad de un pecado mortal, »que, por ser ofensa contra Dios, no puede ser »por otro redimido ni pagado; la restauración de »tantas ofensas hechas contra tan grande é infi»nita Majestad y Bondad. Debemos á Dios amor »y temor y suma reverencia, por ser quien es; »debémosle las ofensas que en pago desto le ha»cemos, pues de todas estas deudas le pedimos »que nos saque cuando le pedimos que nos »perdone nuestras deudas. En la ejecución desta »obra están todas sus riquezas y toda nuestra »buena dicha, pues Él es el ofendido, el Reden»tor y el rescate».

Se ha de considerar, pues, la gravedad y el número de las deudas que tenemos con Dios. La gravedad es enorme, porque la ofensa de una Majestad infinita es un mal incomprensible; el número es excesivo, porque nadie sabrá decir cuántos son sus propios pecados, y sería imposible reducir á guarismos los pecados de todo el mundo. ¡Qué espectáculo tan espantoso sería ver todos los pecados de los gentiles, de los turcos, de los hebreos, de los herejes, y, sobre todo, de los católicos, que son los más horribles; porque teniendo los católicos la verdadera fe, son mucho más inexcusables cuando pecan! Este mundo, según la expresión de la Divina Escritura, está rodeado de iniquidades; y bien se pue-

de decir que el número de pecados que aquí se cometen sobrepuja el número de las gotas de las aguas que inundaron la tierra en el diluvio universal.

Sin embargo, la satisfacción dada por Cristo con el precio infinito de su sangre es, sin comparación, mayor que toda aquella deuda, y por lo mismo podemos pedir con confianza que nos perdone. Se entiende que debemos perdonar á los demás las deudas que puedan tener con nosotros por las ofensas que nos hayan hecho; cuyas deudas, por otra parte, comparadas con las que tenemos nosotros con Dios, por graves que nos parezcan, son nada, y no merecen tenerse en cuenta de modo alguno, ni áun tomarse en boca. Y á la verdad, si bien las ofensas que se nos hagan son un gran mal, por la que incluyen contra Dios; no obstante, por lo que toca á nosotros, y nos pertenece, son verdaderamente nada en comparación de lo que merecemos, no pudiendo haber ni concebirse afrenta, ni vituperio, ni ofensa que sea en lo más mínimo proporcionado á las afrentas, vituperios y ofensas que mereceríamos recibir de todas las criaturas por nuestros pecados.

Quiere, pues, la Santa, que, meditándose esta petición, donde Dios se nos representa con el título de Redentor, contemplemos su amarguísima Pasión, que es eficacísima para inspirarnos confianza ilimitada en la Divina Misericordia;

que se pida especialmente por todas las almas que están en pecado mortal, y por los propios enemigos y contrarios. ¡Oh, si todas las almas que aman á Dios rogasen con un poco más de fervor por los pobres pecadores, cuántos más se convertirían á Dios con las luces y gracias que les obtuviesen! ¡Qué hermoso acto de caridad es también pedir toda clase de bienes para quien nos odia y procura hacernos todo el mal que puede!

En cuanto á la oración que se ha de hacer por los pecadores, véase lo que dice la Santa en las *Moradas*, VII, cap. 1: «Tomemos, hermanas, »particular cuidado de suplicárselo y no nos »descuidar; que es grandísima limosna rogar »por los que están en pecado mortal, muy ma»yor que sería si viésemos un cristiano atadas »las manos con una fuerte cadena y él amarrado »á un poste y muriendo de hambre, y no por »falta de que coma, que tiene cabe sí muy extre»mados manjares, sino que no los puede tomar »para llegarlos á la boca, y áun está con grande »hastío, y ve que va ya á espirar, y no muerte »como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad »estarle mirando y no le llegar á la boca qué co»miese? ¿Pues qué si por vuestra oración le qui»tasen las cadenas? Ya lo véis. Por amor de Dios »os pido que siempre tengáis acuerdo en vues»tras oraciones de almas semejantes».

Todas las almas santas, áun aquellas que por

razón de su estado tienen mayor impedimento para ocuparse en la conversión de los pecadores, tuvieron siempre un celo extraordinario por la salvación de los mismos. Singularísima se mostró en este celo Santa María Magdalena de Pazzis. Decía ella á Dios: «*Desiderium animarum tuarum comedit me.* El deseo de la salvación de tus almas me devora». Por las almas que estaban en pecado hacía oraciones y penitencias extraordinarias, y áun se creía culpable por las que se perdían, diciendo que si ella y las otras monjas hubieran orado con más fervor, se hubieran convertido. Dijo una vez, arrobada, que si un alma pudiese ir al infierno sin ofender á Dios por salvar un alma, había de tener á gloria el hacerlo. Por los pecadores ofrecía padecer cualquiera pena; y cuando era oida enviándola el Señor graves dolores y enfermedades, llamaba gloriosas á estas penas. Tomando el Crucifijo en la mano, dijo una vez: «Tú, Señor, has querido »morir en la Cruz y dar á los pecadores toda tu »sangre; yo también, Dios mío, quisiera dar mi »propia sangre y morir porque ellos se convir»tiesen». Otra vez, pidiendo en un éxtasis la conversión de algunas almas, dijo: «Señor, si »Tú no me haces la gracia de darme estas glo»rias que te pido, yo también diré que renuncio »á poseer la gloria que Tú me has preparado». Decía también que si Dios le hubiese preguntado como á Santo Tomás de Aquino, qué es lo que

deseaba, le hubiera respondido: «No otra cosa »sino almas». Pensaba que las almas son la herencia dada por el Eterno Padre á su Esposo Jesús, y no podía sufrir que parte de esta herencia se perdiese. (*Vida*, Paccini, cap. XCVIII y XCIX.)

Todas las almas, pues, que tienen mucho amor de Dios, y todas las que comienzan por lo ménos á tener alguno, pidan fervorosamente por las que no tienen ninguno, para que el Señor toque su corazón, y se muevan á detestar el pecado, y queden también ellas encendidas en el fuego de la santa caridad, que las torne á él y las haga merecedoras de la vida eterna.

Acabaremos con una bellísima visión, que dice la Santa haber tenido una sierva de Dios, que sin duda alguna era ella misma: «Aparecióle »crucificado, y díjole que le quitase tres clavos »con que le tenían enclavado todos los hombres, »que son: *desamor á mi bondad y hermosura*, »*ingratitud y olvido á mis beneficios*, *y dureza* »*á mis inspiraciones:* pues cuando me hayáis »quitado estos tres, me quedo enclavado en otros »tres, que son: *amor infinito*, *agradecimiento á* »*los bienes que por mí os da mi Padre*, *y blan*»*dura de entrañas para recibiros*».

CAPÍTULO XIV

SIGUE SOBRE LA QUINTA PETICIÓN

§ I

Sobre el punto de honor.

Explicando Santa Teresa esta petición en el cap. xxxvi del *Camino de perfección*, habla del punto de honor, ó sea de los resentimientos á que fácilmente están sujetas áun las personas buenas y religiosas, y dice cómo éstas deben hacerse superiores á estas miserias, que infaliblemente impedirían el aprovechamiento espiritual. Allí, después de haber dicho que quien ha dado ya á Dios la propia voluntad, debe tener ya hecho un sacrificio perfecto de todos los resentimientos, se vuelve al Señor diciendo: «¿Qué »hará una tan pobre como yo, que tan poco ha »tenido que perdonar y tanto hay que se me »perdone? Señor mío, ¿si habrá algunas personas »que me tengan compañía, y no hayan entendi-

»do este punto? Si las hay, en vuestro nombre »les pido yo que se les acuerde desto, y que no »hagan caso de unas cositas que llaman agra»vios, que parece que hacemos casas de pajitas, »como niños, con estos puntos de honra. ¡Oh, »válame Dios, hermana, si entendiésemos qué »cosa es honra y en qué está perder la honra! »Ahora no hablo con vosotras (que harto mal »sería no tener ya entendido esto), sino conmi»go; el tiempo que me precié de honra, sin en»tender cómo era, íbame á el hilo de la gente. »¡Oh, de qué cosas me agraviaba, que yo tengo »vergüenza ahora! Y no era, pues, de las que »mucho miraban en estos puntos; mas no estaba »en el punto principal, porque no miraba yo, ni »hacía caso de la honra que tiene algún prove»cho, porque ésta es la que hace provecho al »alma; y qué bien dijo quien dijo, *que honra y »provecho no podían estar juntos*, aunque no sé »si lo dijo á este propósito; y es al pié de la le»tra que el provecho del alma, y esto que llama »el mundo honra, nunca pueden estar juntos. »Cosa espantosa es ver qué al revés anda el mun»do. Bendito sea el Señor, que nos sacó dél».

Desciende después á hablar de algunos particulares tocantes á religiosos y religiosas. «Mi»rad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el »demonio: también inventa las honras en los »monasterios, y pone sus leyes. . . . . »». . . . . .

»Los letrados deben ir por sus letras, que esto »no lo sé: el que ha llegado á leer teología, no »ha de bajar á leer filosofía, que es un punto de »honra, que está en que ha de subir y no bajar: »y áun en su seso, si se le mandase la obedien»cia, lo ternía por agravio, y habría quien tor»nase por él y diría que es afrenta; y luego el »demonio descubre razones, que áun en la ley »de Dios parece lleva razón. Pues, entre monjas, »la que ha sido priora ha de quedar inhabilitada »para otro oficio más bajo, un mirar en la que »es más antigua (que esto no se nos olvida), y »áun á las veces parece que merecemos en ello, »porque lo manda la Orden. Cosa es para reir, ó »para llorar, que lleva más razón: sé que no »manda la Orden que no tengamos humildad. »Mándalo porque haya concierto; mas yo no he »de estar tan concertada en cosas de mi estima, »que tenga tanto cuidado en este punto de Or»den como de otras cosas della, que por ventura »guardaré imperfectamente: no esté toda nuestra »perfección de guardarla en esto; otras lo mira»rán por mí si yo me descuido. Es el caso que, »como somos inclinados á subir (aunque no su»biremos por aquí al cielo), no ha de haber ba»jar. ¡Oh, Señor! ¿Sois vos nuestro dechado y »Maestro? Sí, por cierto: ¿pues en qué estuvo »vuestra honra, honrado Maestro? No la perdis»te, por cierto, en ser humillado hasta la muer»te. Nó, señor, sino que la ganaste para todos.

»¡Oh! Por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino si fuésemos por aquí, »porque va errado desde el principio. Y plega á »Dios que no se pierda algún alma por guardar »estos negros puntos de honra sin entender en »qué está la honra».

La doctrina de la Santa aquí es muy clara, y nos persuade á no reparar jamás en agravios hechos á nuestro amor propio, debiendo amar, en vista de los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, las humillaciones y no los honores. Y es principalmente de notar la advertencia que hace para cuando la razón y las sabias disposiciones nos reservan preeminencias y honores. Se ha de atender al derecho que pueda tener cada uno; se ha de respetar la regla ó la ley que lo prescribe; pero aquel en cuyo favor está el derecho y las reglas no debe ser ni celoso ni tenaz por estas cosas; ántes bien, debe estar pronto á renunciar á ellas de muy buen grado para ejercicio de la santa humildad. El verdadero honor del cristiano está allí donde lo encontró Cristo, en la gloriosa deshonra de la Cruz.

No obstante, como la materia es de tanta importancia, añadiremos especialmente algunos sentimientos de la Santa, que se hallan en el cap. XII: «Dios nos libre, por su Pasión, de decir »ni pensar para detenerse en ello, si soy más »antigua en la Orden, si hé más años, si he tra»bajado más, si tratan á la otra mejor. Estos

»pensamientos, si vinieren, es menester atajarlos »con presteza; que si se detienen en ellos, ó los »ponen en plática, es pestilencia, y de donde »nacen grandes males en los monasterios. Si tu»vieren perlada que consienta cosas destas, por »poca que sea, crean que por sus pecados ha »permitido Dios la tengan para comenzar á per»derse, y clamen á Él, y toda su oración sea por»que dé el remedio, porque están en peligro... »Dios nos libre de personas que le quieren ser»vir, acordarse de honra ó temer deshonra... no »hay tósigo en el mundo que ansí mate, como »estas cosas, la perfección».

Tampoco quiere que se tenga compasión de dichos agravios en los otros, no debiéndose hacer caso alguno de ellos; desaprueba por lo mismo que se diga á quien los sufre: «¿Cómo no »sentís este agravio? Dios os dé paciencia. No »sufriría más un Santo». Mucho ménos quiere que se tenga compasión de los resentimientos, diciendo: «¿Sois por ventura vos una bestia para »no resentiros? Antes bien es bueno que las co»sas se sientan». Y después concluye: «¡Oh, por »amor de Dios, hermanas mías; que á ninguna »la mueva indiscreta caridad para mostrar lás»tima de la otra en cosa que toque á estos fingi»dos agravios, que es como la que tuvieron los »amigos del santo Job con él y su mujer!»

§ II

Sobre el perdón de las injurias.

Hablando después la Santa del perdón de las injurias, observa «que estimado debe ser del »Señor este amarnos unos á otros; pues pudiera »el buen Jesús ponerle delante otras cosas, y de»cir: Perdonadnos, Señor, porque hacemos mu»cha penitencia, ó porque rezamos mucho y »ayunamos, y lo hemos dejado todo por vos, »y os amamos mucho, y porque perderíamos la »vida por vos, como digo otras muchas cosas »que pudiera decir, sino sólo porque perdona»mos. Por ventura, como nos conoce por tan »amigos desta negra honra, y como cosa más »dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo y se »la ofrece de nuestra parte».

Señaláronse en el generoso perdón de las injurias todos los Santos, y muchos de ellos sentían especiales trasportes de afecto hacia sus más fieros enemigos, de modo que eran impulsados á favorecerles con preferencia. El ejemplo de Cristo en la Cruz, que parecía en cierto modo preferir sus verdugos á sus mismos amigos, dejando oir su plegaria por aquéllos en vez de éstos, producía acaso en los Santos aquellos ímpetus especiales de amor hacia los que les ofendían.

Es también evidente que el amor de los enemigos es la prueba más cierta de la verdadera caridad; porque amar á los bienhechores es cosa no sólo fácil, sino casi necesaria al corazón del hombre; amar á quien no nos ha hecho ni bien ni mal es cosa á la que no nos sentimos movidos ni tenemos tampoco repugnancia; pero el amar á los enemigos es cosa muy árdua, y que aborrece en extremo nuestra naturaleza.

Ahora viene aquí muy bien una doctrina muy cierta de Santa Teresa, con la que nos enseña que la práctica de la caridad para con el prójimo es el mejor argumento que se puede tener en esta vida de poseer el perfecto amor. «La más »cierta señal que á mi parecer hay de si guar»damos estas dos cosas (1), es guardando bien la »del amor del prójimo; porque si amamos á »Dios no se puede saber, aunque hay indicios »grandes para entender que le amamos; mas »el amor del prójimo sí *(pues podemos hacer bien »al prójimo y á Dios nó)*. Y estad ciertas que »mientras más en éste os viéredes aprovechadas, »más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan »grande el que Su Majestad nos tiene, que en »pago del que tenemos al prójimo, hará que »crezca el que tenemos á Su Majestad por mil »maneras; en esto yo no puedo dudar». *(Moradas*, v, cap. III, § VIII.) Ahora bien; si nos aven-

(1) *Los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo.*

tajáremos en el amor de los enemigos, seremos perfectos en la práctica de la caridad del prójimo; y por lo mismo tendremos la mejor prueba de perfección en el amor santo.

§ III

El amor de los enemigos es perfecto en los verdaderos contemplativos.

Sigue diciendo la Santa que si hubiese alguna persona que pareciese dorada de alta contemplación, y entre tanto no estuviese muy resuelta y determinada á perdonar áun las más graves injurias, ésta «no fíe mucho de su oración; que »al alma á quien Dios llega á sí en oración tan »subida no llega, ni se le da más ser estimada, »que nó. No dije bien, que sí da; que mucha »más pena le da la honra que la deshonra, y el »mucho holgar con descanso, que los trabajos. »Porque cuando de veras les ha dado el Señor »aquí su reino *(el don de la contemplación)*, ya »no le quieren en este mundo; y para más subi»damente reinar, entiende que es este el verda»dero camino, y ha visto por experiencia el bien »que le viene, y lo que se adelanta un alma en »padecer por Dios. Porque por maravilla llega »Su Majestad á hacer tan grandes regalos, sino »á personas que han pasado de buena gana mu»chos trabajos por Él. Porque, como dije en otra

»parte deste libro, son grandes los trabajos de los »contemplativos, que ansí los busca el Señor, »gente experimentada. Pues entended, herma- »nas, que como éstos tienen ya entendido lo que »es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. »Si de primer movimiento da pena una gran in- »juria y trabajo, aún no lo ha bien sentido, cuan- »do acude la razón por otra parte, que parece »que levanta la bandera por sí, y deja casi ani- »quilada aquella pena con el gozo que le da ver »que le ha puesto el Señor cosa en que en un día »podrá ganar más delante de Su Majestad, de »mercedes y favores perpétuos, que pudiera ser »que ganara él en diez años con trabajos que »quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, á »lo que yo entiendo: que he tratado muchos »contemplativos que, como otros precian oro y »joyas, precian ellos los trabajos; porque tienen »entendido que esto los ha de hacer ricos. Des- »tas personas está muy lejos estima suya de »nada; gustan que entiendan sus pecados, y de »decirlos cuando ven que tienen estima dellos. »Ansí les acaece de su linaje, que ya saben que »en el reino que no se acaba no han de ganar »por aquí; si gustasen ser de buena casta, es »cuando para más servir á Dios fuera menester; »cuando nó, pésales que los tengan por más de lo »que son, y sin ninguna pena desengañan, sino »con gusto. Y el caso debe ser que á quien Dios »hace merced de tener esta humildad y amor

»grande á Dios, en cosa que sea servirle más, ya »se tiene á sí tan olvidado, que aún no puede »creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tie»ne por injuria. Estos efectos que he dicho, á la »postre son de personas y almas llegadas más á »perfección, y á quien el Señor muy de ordinario »hace mercedes de llegarlos á sí por contempla»ción perfecta. Mas lo primero, que es estar de»terminado á sufrir injurias, y sufrirlas aunque »sea recibiendo pena, digo que muy en breve lo »tiene quien tiene ya esta merced del Señor, de »llegar á unión; y que si no tiene estos efectos, »ni sale muy fuerte en ellos de la oración, crea »que no era la merced de Dios, sino alguna ilu»sión del demonio, porque nos tengamos por »más honrados. Puede ser que al principio, »cuando el Señor hace estas mercedes, no luego, »el alma quede con esta fortaleza; mas digo que »si las continúa á hacer, que en breve tiempo se »hace con fortaleza, y ya que no la tenga en »otras virtudes, en esto de perdonar sí. No pue»do yo creer que el alma, que tan junto llega de »la mesma misericordia, á donde conoce lo que »es y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje »de perdonar luego con toda facilidad, y quede »allanada en quedar muy bien con quien la in»jurió; porque tiene presente el regalo y merced »que le ha hecho, á donde vió señales de grande »amor, y alégrase de que se le ofrezca en qué le »mostrar alguno. Torno á decir que conozco

»muchas personas que las ha hecho el Señor »merced de levantarlas á cosas sobrenaturales, »dándoles esta oración ó contemplación que »queda dicha ; y aunque las veo con otras faltas »é imperfecciones, como ésta no he visto nin- »guna, ni creo la habrá, si las mercedes son de »Dios, como he dicho. El que las recibiere ma- »yores mire en sí cómo van creciendo estos efec- »tos; y si no viere en sí ninguno, témase mucho, »y no crea que esos regalos son de Dios, que »siempre enriquece el alma á donde llega. Esto »es cierto ; que aunque la merced y regalo pase »presto, que se entiende de espacio en las ga- »nancias con que queda el alma». (*Camino de perfección*, cap. xxxvi.)

Esta doctrina de la Santa, sobre certísima, es tan clara, que no necesita explicación. Por tanto, brevemente, y sólo como por incidencia, es de notar que la misma Santa no duda en afirmar haber visto siempre á los verdaderos contemplativos muy perfectos en el amor de los enemigos, aunque con *otras faltas é imperfecciones*. Por lo cual fácilmente se pueden engañar aquellos que, si encuentran defectos en las almas dotadas de gracias extraordinarias, luego juzgan que estas son ilusiones del demonio; y para probar su espíritu las someten á las pruebas más fuertes y duras. Las gracias extraordinarias, como en varios lugares dice la Santa, suponen que Dios quiere llevar aquellas almas á una perfección

muy alta, si corresponden á su predilección; pero no suponen que ya tienen esa gran perfección. Así que podría suceder que, aunque verdaderamente fuesen favorecidas de Dios con aquellas gracias, no por eso tuviesen ya tanta fuerza para resistir aquellas pruebas. Es, pues, menester en esto gran discreción, que se obtendrá con la oración y con dudar prudentemente de las propias luces. Y si se quiere oponer que algunos Santos hicieron con tales almas muchas y muy duras pruebas, diremos que los Santos tenían extraordinarias luces y nociones de Dios, que faltan á muchos directores. Pero sobre esto habráse de decir algo más adelante.

CAPÍTULO XV

SOBRE LA SEXTA PETICIÓN: «NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN»

§ I

Dios, Médico.

En la meditación del sábado sobre esta petición, considera Santa Teresa al Señor como nuestro Médico. He aquí sus palabras: «Este tí»tulo de Médico es muy agradable á su Divina »Majestad, y fué el oficio que viviendo en este »mundo más ejercitó, curando enfermos incura»bles de enfermedades corporales, y las almas de »vicios envejecidos. Y así se puso Él mismo este »nombre cuando dijo: *No los sanos tienen nece»sidad de médico, sino los enfermos*. Este oficio »usó Su Majestad con el hombre, comparándose »al samaritano, que con aceite y vino curó al »que los ladrones habían despojado, herido y »medio muerto. Son una misma cosa Médico y

»Redentor ; sino que el Redentor tiene respecto »á los pecados pasados, como dijo San Pablo; el »Médico á curar las llagas y enfermedades pre»sentes y todas las culpas venideras».

§ II

Qué se pide á este Médico.

Quiere la Santa que «seamos perseverantes en »pedir favor á nuestro Señor para que no per»mita seamos vencidos de las tentaciones pre»sentes, ni tornemos á caer en los pecados». Nos advierte, sin embargo, que «no pedimos que no »permita que seamos tentados , sino que no sea»mos vencidos de las tentaciones; pues la tenta»ción (siendo vencida por su favor y nuestra vo»luntad) es para gloria suya y corona nuestra, y »mándanoslo pedir Su Majestad por estas pala»bras: *No nos traigas en tentación* , porque en»tendamos que el ser tentados es permisión »suya, y el ser vencidos es por nuestra flaqueza, »y la victoria es suya. Consideremos , pues, »aquí, cómo es verdad que todos somos flacos, »y enfermos y llagados ; ansí porque lo hereda»mos de nuestros padres, como porque nosotros »mismos con nuestros pecados y malas costum»bres pasadas nos habemos debilitado más y »llagado de piés á cabeza ; y presentémonos así »delante este Médico celestial; pidámosle que no

»nos deje caer en la tentación, teniéndonos Él de »su mano poderosa, y no dejándonos sin cura y »ayuda».

Propone después que consideremos «la cegue»dad de nuestro entendimiento y el estrago de »nuestra voluntad, inclinada á sí misma y á su »propia estimación; el olvido de la memoria »acerca de los beneficios divinos; la facilidad de »la lengua para hablar impertinencias; la livian»dad del corazón y su inconstancia en sus dispa»ratados pensamientos; su poca perseverancia »en los buenos y en todo bien; el engreimiento »de sí y su poco recogimiento».

Y cierto, el sentimiento de estas nuestras enfermedades graves y peligrosas nos es muy necesario para recurrir al celestial Médico con aquella profunda humildad y vivo deseo de sanar que nos conviene. El que se reconoce gravemente enfermo acude prontamente al médico, y no tiene otra ansia que la de tener remedios y medicinas oportunas á su mal. Por lo contrario, el que se cree sano no quiere ni áun pensar en estas cosas.

§ III

Diferencia entre los médicos de la tierra y el Médico del cielo.

Es además gran consuelo para el pobre enfermo saber que está en manos de buen médico; y

cuanto éste es mejor, tanto mayor consuelo y tranquilidad siente aquél. Oigamos á este propósito el parangón que hace la Santa entre el Médico celestial y los terrenos: «Consideremos »la condición de los médicos de la tierra, que no »visitan si no los llaman, y que visitan más á »quien mejor los paga y no á los más necesita»dos; encarecen la enfermedad, y á veces la en»tretienen por ganar más; á los pobres curan »por relación, y á los ricos por presencia, y ni »para unos ni para otros ponen de sus casas las »medicinas, y que éstas son costosas y las curas »inciertas. ¡Oh, Médico celestial, que en nada »desto parecéis á los de la tierra sino en el nom»bre! Vos os venís sin ser llamado, y de mejor »gana á los pobres que á los ricos, y á todos cu»ráis por presencia; no aguardáis sino que el en»fermo se conozca serlo y estar necesitado de »Vos; no solamente no encarecéis la cura, ó »enfermedad, pero facilitáis la cura á los enfer»mos, por grave que sea, y les prometéis que á »un gemido serán sanos. De ningún enfermo tu»vísteis asco, por asquerosa que sea la enferme»dad; por los hospitales andáis buscando los in»curables y pobres; Vos os pagáis Vos mismo, y »de vuestra casa ponéis las medicinas. ¡Y qué »medicinas! hechas de la sangre y agua de vues»tro costado; de la sangre, para curarnos; del »agua, para lavarnos y dejarnos sin mancha »ni señal alguna de haber estado enfermos. Una

»fuente había en medio del Paraíso tan abun»dante, que se partía en cuatro caudalosísimos »ríos, con que se regaba toda la tierra; y de la »fuente de amor que en el divino corazón ardía, »vemos aquellos cinco ríos de sangre, que por »sus sagrados piés, manos y costado salieron »para curar y sanar nuestras llagas, y curar »todas nuestras enfermedades. ¡Cuántos enfer»mos se mueren por falta de médico, ó por no »tener con qué comprar las medicinas necesa»rias para sus males! Mas aquí no hay peligro, »porque el Médico ruega consigo y viene car»gado de medicinas para todos los males; y aun»que á Él le costaron bien caras, con todo eso »las da de balde á quien las quiere, y áun ruega »con ellas. En la costa dellas facilitó nuestra sa»lud, porque á Él le costaron la vida, y nosotros »sanamos con mirarle muerto, como los mordi»dos de las serpientes vivas sanaban mirando la »muerta de metal puesta en el palo. En fin, está »acabado con el que quiera curarnos; y también »estamos ciertos que las medicinas tendrán faci»lidad; sólo resta que le manifestemos nuestras »llagas y enfermedades, y que derramemos de»lante de Él nuestros corazones».

Añade después que «cuando el enfermo no »quiere tomar lo que le mandan, y no se guar»da de lo que le vedan, suele el médico dejarlo, »salvo si es frenético el enfermo; pero este nues»tro soberano Médico ni desampara á los mal

»regidos ni á los desobedientes; á todos los cura »como frenéticos, buscando mil modos como »volverlos en sí».

Después de estas reflexiones, fácilmente se entiende qué amor debemos profesar á este celestial Médico, y qué confianza debemos tener en la cura que Él hace de nuestras enfermedades.

§ IV

Consideración de las cinco llagas.

Dice finalmente la Santa, que al hacer tales reflexiones «es á propósito traer á la memoria la »sepultura del Señor, y considerar aquellas cin»co fuentes de sus llagas, que están y estarán »abiertas hasta la Resurrección general para la »salud de todas las nuestras. Y, pues con ellas »sanamos, procuremos ungírselas amorosa y ca»ritativamente con el ungüento de mortificación, »humildad, paciencia y mansedumbre, empleán»donos en el bien de nuestros prójimos, pues no »le podemos á Él tener á mano en su misma »persona en forma visible; tenemos su palabra »que lo que hacemos por nuestros prójimos, lo »recibe Él á su cuenta, como si por Él se hi»ciese».

Y no hay duda que podrá ser contemplación muy devota y provechosa para el alma amante

de Cristo entrar en su sepulcro y ver allí aquel su sacratísimo cuerpo todo cubierto de preciosas llagas, entre las que descuellan las cinco más adorables de los piés, manos y costado; y ver cómo especialmente de estas cinco como fuentes fluye el agua cristalina de la gracia, capaz de purgar, curar y sanar las nauseabundas mortales llagas que la misma alma ha contraído con sus muchos pecados. Entonces, con sentimientos de profundísima humildad, se acercará á su amado Cristo, repitiéndole: «Señor, si quieres, »me puedes limpiar: *Domine si vis*, *potes me* »*mundare*»: y tendrá el consuelo de sentirse abundantemente rociada de aquella agua divina, y oirá respondérsele: «Yo lo quiero; queda lim»pio: *volo*, *mundare*». (San Lúcas, xv, 12.) Deberá después empeñarse en ungir con los sobredichos ungüentos aquellas llagas adorables, ejercitando en pro de sus prójimos la mortificación, la humildad, la mansedumbre y la caridad; pues Cristo nuestro Señor recibe como hecho á sí mismo lo que hacemos á nuestros hermanos.

Penetradas de esta verdad algunas almas, ejercitan las obras de misericordia con una fe tan viva de hacer por Jesucristo lo que hacen por sus prójimos, que otra cosa no ven en ellos sino la persona divina del Salvador. Entonces la caridad es verdaderamente perfecta, llega á ser heróica, y hacen por sus hermanos lo que harían por el mismo Cristo. Y porque si viesen ham-

briento á Cristo luego se quitarían el pan de la boca para dárselo, y quisieran que de su mesa tuviese Él los mejores bocados, se sujetan á padecer ellas la hambre por sus prójimos, y no les sufre el corazón dar á los pobres las sobras de su mesa, sino en cuanto su posibilidad lo permite; tratan siempre á los pobres con cierta grandeza de ánimo y liberalidad, y siempre les dan lo más y lo mejor que pueden.

Con esta viva fe son siempre singularmente admirables á la cabecera de los enfermos, y tanto mayormente, cuanto más llagados están y más repugnantes á la vista. Contemplando en aquellos desgraciados á su amado Cristo, se sienten conmover lo profundo de sus entrañas por una compasión tan devota y tan viva, que lo que suponemos haber hecho la Magdalena con el cuerpo sacratísimo del Redentor depuesto de la cruz en los brazos de su afligida Madre, ellas lo hacen á los miembros enfermos de sus prójimos, y puede decirse que áun con mayor trasporte y satisfacción de amor santo; porque la Magdalena veía no poder dar refrigerio alguno al cuerpo de su amado Maestro, porque ya era muerto; y éstas, en cambio, lo ven vivo y capaz de alivio y consuelo en el hermano enfermo.

De aquí es que no hay llaga que se les resista tocar con sus manos; y tal vez hasta les causa delicia aplicarles sus mismos labios. Y ¿quién no habría hecho otro tanto con las llagas del Salva-

dor? Entre tanto, para quien no tiene una fe tan viva, estos son milagros increíbles y excesivos de caridad; á ellas, sin embargo, no les parece hacer nada de grande, ni extraño, sino sólo secundar un deseo muy natural del corazón. Pero tales almas son pocas y raras, porque pocas tienen esta fe tan viva, que les haga reconocer en las personas de sus prójimos sólo la persona adorable del Salvador.

CAPÍTULO XVI

SIGUE LA SEXTA PETICIÓN

§ I

De las tentaciones manifiestas.

Desde el cap. XXXVIII hasta el XLI del *Camino de perfección*, habla la Santa de las tentaciones y de sus remedios. En estos capítulos se hallan bellísimos documentos, sobre los que se podrían formar largos Tratados; pero nos atendremos á la brevedad que nos hemos propuesto.

La Santa se propone hablar especialmente de aquellas tentaciones que más deben temer las almas devotas; y dice que no son estas las tentaciones manifiestas; que, ántes bien, las almas que van ya muy adelante en la perfección cristiana, ya no temen las tentaciones patentes de sus enemigos; y que más bien, así como los soldados valerosos desean la guerra para ganar y obtener grados, así estas almas, sabiendo por experien-

cia cuánta virtud y cuántos méritos ganan en sus combates, los desean y los aman. «Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplación, no ven la hora que pelear. Nunca temen mucho á enemigos públicos; ya los conocen, y saben que con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia; nunca los vuelve el rostro». (Capítulo XXXVIII.)

Claro es que esto no vale para toda clase de gentes, sino sólo para las almas más elevadas y que han llegado á lo más perfecto de la divina unión, como se deduce de otros lugares de la Santa. Sin embargo, es evidente que las tentaciones manifiestas no son las más temibles para las personas ya fundadas en la piedad y en el temor de Dios; porque éstas, viendo al enemigo que viene á acometerlas de frente, se arman luego con la oración y con otros medios de defensa, y siempre acaban por vencer; y porque aquí se habla con almas piadosas y que temen á Dios, y por tanto bien instruídas en el modo de rechazar las tentaciones claras y patentes de sus enemigos, no es menester hablar más sobre esto.

§ II

De las tentaciones ocultas ménos temibles.

Nuestra Santa, ilustrada de la luz de Dios, pone, entre las tentaciones ocultas ménos temibles, aquellas ilusiones que puede hacer el demonio, parodiando ciertas gracias singulares que su Divina Majestad quiere conceder á sus siervos predilectos, especialmente en el tiempo de la oración, y discurre así en el sobredicho capítulo: «Mirad, hijas, que (los demonios) de muchas »maneras dañan; no penséis que es sólo en ha»cernos entender que los gustos que pueden fin»gir en nosotros y regalos son de Dios. Este me »parece el ménos daño, en parte, que ellos pue»den hacer; ántes podrá ser que con esto hagan »caminar más apriesa; porque cebados de aquel »gusto, están más horas en la oración; y como »ellos están ignorantes que es el demonio, y »como se ven indignos de aquellos regalos, no »acabarán de dar gracias á Dios, quedarán más »obligados á servirle: esforzarse han á disponer»se para que les haga más mercedes el Señor, »pensando son de su mano.

»Procurad, hermanas, siempre humildad, y »ved que no sois dignas destas mercedes, y no »las procuréis. Haciendo esto, tengo para mí que »muchas almas pierde el demonio por aquí, pen-

»sando hacer que se pierdan, y que saca el Señor »del mal que pretende hacer, nuestro bien. Por»que mira Su Majestad nuestra intención, que »es contentarle y servirle, estándonos con Él en »la oración, y fiel es el Señor. Bien es andar con »aviso, no haga quiebra en la humildad con al»guna vanagloria, suplicando al Señor os libre »en esto. No hayáis miedo, hijas, que os deje Su »Majestad regalar mucho de nadie, sino de sí».

Es claro que de aquí se ha de sacar una doctrina de mucha importancia para los directores de las personas espirituales. En opinión de algunos de éstos, parece que el mayor peligro en que queda un alma consagrada á la práctica de la oración, sea el de ser engañada del demonio, el cual pueda fingir y remedar los gustos, los contentos, las ternuras y las otras gracias extraordinarias que obra el Espíritu Santo en el corazón de sus queridos siervos. Sucede, por consiguiente, que cuando dan con algún alma que experimenta en su oración singulares dulzuras y dones no comunes, entran en grande ansiedad, y con sus dudas y temores la ponen en consternación, haciéndola estar siempre recelosa de encontrarse casi en las manos del diablo, el cual tenga licencia de Dios para engañarla y seducirla.

Entonces el alma, en vez de amar la oración como fuente de luz espiritual y medio de unión con Dios, se ve obligada á temerla como causa de seducción infernal y de aproximación al dia-

blo, lo que para un alma amante de Dios es horrible tribulación. Observen, pues, que, según la doctrina de Santa Teresa, este es el menor peligro, si se conserva y mantiene la humildad, áun cuando aquellos goces que disfruta el espíritu procediesen verdaderamente del diablo.

Por lo cual, en vez de poner en angustia á tales personas con el temor de las ilusiones y engaños diabólicos, atiendan á fundarlas bien en la humildad, que es la que, por decirlo así, las hace invulnerables; y déjenlas vivir en paz, recibiendo de Dios cuanto de bueno y de santo experimentan en sí mismas. Además, los muy miedosos de tales engaños é ilusiones consideren las consoladoras palabras de la Santa: «No hayáis »miedo, hijas, que os deje Su Majestad regalar »mucho de nadie, sino de sí». De cuyas palabras se infiere que ella no creía ser tan fáciles y frecuentes estas ilusiones y engaños, como piensan algunos.

§ III

Cuándo se deba dudar que ciertas gracias extraordinarias sean tentaciones del demonio.

Tales gracias extraordinarias, si se hallan en personas de poca ó ninguna virtud, generalmente hablando, se deberá sospechar que vengan de operación diabólica, y que el espíritu infernal

quiera valerse de ellas para hacer que se ensoberbezcan y desvíen de la verdadera fe. Y digo *generalmente hablando*, porque la Santa tiene por cosa cierta que Dios hace á las veces alguna de estas gracias áun á los pecadores, para traerlos á sí con la eficacia de un amor dulce (*Vida*, capítulo XVI). Pero cuando tales gracias se encuentran en almas bien fundadas en virtud (aunque tengan también sus defectos), ¿por qué habrán de tenerse por juegos del demonio, el cual trata de engañarlas, y no más bien por impulsos amorosos de Dios, que quiera estrecharlas mayormente á sí, y embriagarlas con estas dulzuras para que estén mejor dispuestas á sufrir grandes padecimientos por su amor?

Y si tal vez interviniese el demonio, remedando aquellas operaciones divinas, si ella se mantiene humilde, ¿qué daño le puede venir? Según la doctrina de la Santa, recibirá ántes bien por aquí verdadero y notable provecho, como la misma Santa lo demuestra. Nó: en nada ayudan á la santidad los que la pintan como un monte todo lleno de precipicios y capaz de asustar á las almas tímidas, sin tener en cuenta debidamente la omnipotencia y el amor de aquel brazo divino, que las sostiene y las guía para que suban seguras la escabrosa cuesta. Cierto que, temiendo ménos al demonio y confiando más en el Señor, subirán las almas más fácil y seguramente á la elevada cima de la perfección.

§ IV

Ejemplo de la Santa.

Dará mucha luz oir lo que sucedió á nuestra Santa; necesario es decirlo para común utilidad. Refiere ella misma en el cap. XXIII de su *Vida*, que si bien gozaba ya de muchas gracias extraordinarias en su oración, no obstante, caía aún en notables imperfecciones y defectos. Lo que ponía en grande aprensión á quien examinaba su espíritu, porque juzgaba ser imposible que un alma tan favorecida de Dios (como se debía suponer si aquellos dones y gracias procediesen del Espíritu Santo), pudiese ser todavía tan imperfecta. Por lo cual no se dudaba inferir que Santa Teresa fuese una ilusa; que aquellas gracias y dones fuesen obra del diablo, y que por eso se encontrase ella en gran peligro de ruína espiritual. Y aunque después le asegurase de la bondad de su espíritu San Francisco de Borja, no obstante, los muy temerosos del demonio continuaron en atormentarla; hasta que, como cuenta en el cap. XXV, cinco ó seis personas, que llama grandes siervos de Dios, juntamente con su mismo confesor, decidieron nuevamente que el enemigo la engañaba y metía en ilusión, y que por lo mismo debía rechazar aquellas gracias como fraudes diabólicas, y áun detenerse como indigna

de la frecuente comunión. Formado este juicio, le mandaron, como era natural, otros desatinos, y pusieron á la Santa en tan terribles angustias, que tuvo verdaderamente necesidad de consuelos y auxilios extraordinarios del Señor para poder vivir.

Pero Dios, que prueba á las almas hasta aquel punto que conoce ser para su bien, y las saca de la tribulación luego que ve convenirles, envió, finalmente, á San Pedro de Alcántara, quien la aseguró con eficaces palabras contra todo temor, y llegó á decirle que después de las verdades de fe debía creer con plena certeza que provenían de Dios, y, por lo mismo, que eran operaciones del Espíritu Santo las gracias y dones singulares que recibía. Por tanto, la exhortaba á dar por ellos á Dios muchas gracias. (Cap. xxx.)

He aquí cómo fácilmente se engañan los hombres que temen tanto las ilusiones: quien pretende en este mundo demasiada seguridad para no errar por un lado, yerra necesariamente por otro; de modo que por miedo de atribuir á Dios una operación que podría ser del demonio, atribuye á éste la operación de Dios. Esto sucedía, no con un alma de mediana virtud, sino con la maestra del verdadero espíritu, del Águila de las contemplaciones, con Santa Teresa.

Por lo cual, según la doctrina expuesta, parece que se debe proceder con mucha sencillez. Sin querer asegurarse demasiado, cuando se ven

almas buenas y verdaderamente deseosas de amar al Señor (si bien tengan sus defectos, aún notables), que son favorecidas de gustos, luces y otras gracias extraordinarias en su oración, ¿qué maravilla ni qué dificultad podrá haber en que Dios regale á sus predilectas esposas? ¡Ah! No se tenga demasiado miedo de que con aquella voz quiera el Señor dejarlas acariciar de su enemigo. Y es muy notable lo que dice la Santa en el cap. VIII de sus Fundaciones: que á quien tiene mayor conocimiento de Dios, se le hacen más fáciles sus obras; es decir, más fácil de ser conocidas, entendidas y creídas; por lo cual los más ilustrados tendrán ménos temores (1).

---

(1) No se podría jamás recomendar bastantemente á los directores espirituales la muy sabia observación de San Bernardo: «In conservandæ humilitatis gratia, divina »solet pietas ordinare, ut quanto quis plus proficit, eo mi»nus se reputet profecisse. Nam et usque in supremum »exercitii spiritualis gradum, si quis es usque pervenerit, »aliquid ei de primi gradus imperfectione relinquitur, ut »vix sibi primum videatur adeptus». (Serm. de quatuor modis orandi.) Por tanto, es menester persuadirse que todas las almas santas tienen sus defectos, tal vez notables, y que por lo mismo es un error valerse de estos defectos para impugnar la santidad. Arguyendo de tal modo, se podría poner en duda hasta la santidad de los Santos canonizados; pues que de sus vidas se infiere que no estaban siempre exentas de todo defecto, y probablemente tendrían también otros que en ellas no aparecen, porque sus biógrafos, aunque escrupulosamente verídicos, son siempre panegiristas y encomiadores, que de propósito

§ V

Doctrina muy notable de San Juan de la Cruz.

Añádase que si tal vez los gustos y contentos del espíritu produjesen algunas miserias corporales, las más sensibles á las almas castas, ni áun en este caso deberían atribuirse al demonio aquellas dulzuras espirituales sólo por tal motivo; porque, como demuestra San Juan de la Cruz (*Noche escura*, lib. I, cap. IV), puede muy bien

---

atienden únicamente á hacer resaltar sus virtudes, como exige el fin á que miran de la cristiana edificación. También los mayores Santos en la tierra son siempre hijos de Adán, y la gracia no les quita absolutamente todas las imperfecciones de la terrena naturaleza.

Es muy notable lo que dice el P. Miguel Godínez, de la Compañía de Jesús, en su preciosa *Práctica de la Teología Mística*, lib. III, cap. VIII, á saber: que Dios permite en los hombres santos varios defectos, tales como alguna imprudencia en obrar, predicar, enseñar; también algún error (que en ellos es involuntario y no conocido), para que sufran después las cruces de las murmuraciones, desaprobaciones y áun el castigo, etc. Así, pues, para juzgar si las almas son santas, se habrá de observar si tienen virtud sólida; pero nunca se deberá exigir que su virtud esté exenta de todo defecto. El que tenga esta pretensión no encontrará en este mundo almas santas, y juzgará y obrará con ellas desatinadamente; juzgará y tratará de obsesa áun una Santa Teresa, si hubiese de examinar así su espíritu.

suceder por varias causas que aquellos favores del espíritu, áun procediendo de Dios, no vayan separados de aquellas miserias siempre aborrecibles, pero que no son pecado cuando se sufren con sentimiento y no se les da causa alguna culpable.

Y si se quiere traer en contrario una revelación que se dice haber hecho Santa Teresa después de su muerte, debe notarse que tal revelación no tiene ya la autoridad de la Santa, sino de la persona que dice haberla tenido (1).

Sería más que difícil probar la verdad de tal revelación, y sería necesario poder saber cómo se expresó la Santa, dado que la revelación fuese cierta. En cambio, la doctrina de San Juan de la Cruz, tal como se puede ver en el lugar citado, no es dudosa.

---

(1) Las revelaciones, como no sean aprobadas por la Iglesia, no tienen otra autoridad que la de la persona que dice haberlas tenido, porque hay que apoyarse en su buena fe y juicio; y, á la verdad, si yo dijese que se me ha aparecido Santa Teresa y que me reveló tal ó cual cosa, el que no me quisiere creer, no dudaría de la veracidad de Santa Teresa, sino sólo recelando que yo pudiese publicar una impostura, ó de que yo hubiese sido víctima de una ilusión de mi fantasía. Por tanto, las revelaciones que se dicen hechas á personas desconocidas ó que merecen poca fe, jamás tienen probable autoridad.

CAPÍTULO XVII

SIGUE SOBRE LA SEXTA PETICIÓN

§ I

Tentaciones ocultas de gran peligro.

En el sobredicho cap. XXXVIII habla Santa Teresa de algunas tentaciones ocultas que son muy de temer, porque nos vienen de *enemigos traidores*. Dice así: «Unos demonios, que se »transfiguran en ángel de luz, vienen disfraza»dos; hasta que han hecho mucho daño en el »alma no se dejan conocer, sino que nos andan »bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y »andamos en la misma tentación y no lo enten»demos.

»Destos pidamos, hijas, y supliquemos mu»chas veces en el *Pater noster*, que nos libre el »Señor; que no consienta andemos en tentación »que nos traiga engañadas; que se descubra la »ponzoña; que no nos escondan la luz».

Pasa después á hablar de estas tentaciones que nos vienen de los demonios traidores, y pone en primer lugar la siguiente.

§ II

Tentación de tenerse por ricos en virtud.

«Á donde el demonio puede hacer gran daño »sin entenderse, dice la Santa, es haciéndonos »creer que tenemos virtudes no las teniendo, »que esto es pestilencia. Porque en los gustos y »regalos, parece sólo que recibimos y que que»damos más obligados á servir; acá parece que »damos y servimos, y que está el Señor obliga»do á pagar; y ansí, poco á poco, hace mucho da»ño. Que por una parte enflaquece la humildad; »por otra descuidámonos de adquirir aquella »virtud que nos parece la tenemos ya ganada. Y »sin sentir, pareciéndonos vamos seguros, damos »con nosotros en un hoyo, que no podemos salir »dél; que aunque no sea de conocido pecado »mortal para llevarnos al infierno todas veces, »es que nos desjarreta las piernas para no andar »este camino de que comencé á tratar, que no »se me ha olvidado. Yo os digo que es bien pe»ligrosa esta tentación».

§ III

Remedio contra esta tentación.

«Si nos parece, dice la Santa, que el Señor ya »nos ha dado alguna virtud, entendamos que es »bien recibido y que nos la puede tornar á qui»tar, como á la verdad acaece muchas veces, y »no sin gran providencia de Dios. ¿Nunca lo »habéis visto por vosotras, hermanas? Pues yo »sí: unas veces me parecê que estoy muy desasi»da, y en hecho de verdad, venido á la prueba, »lo estoy. Otras veces me hallo tan asida, y de »cosas que por ventura el día ántes burlara yo »dello, que casi no me conozco. Otras veces me »parece tengo mucho ánimo, y que á cosa que »fuese servir á Dios no volvería el rostro, y pro»bado es ansí, que le tengo para algunas: otro »día viene que no me hallo con él para matar »una hormiga por Dios, si en ello hallase con»tradicción. Ansí unas veces me parece que de »ninguna cosa que dijesen de mí ó me murmu»rasen, no se me daría nada, y he probado algu»nas veces ser ansí, que ántes me da contento; »vienen días que sólo una palabra me aflige y »querría irme del mundo, porque me parece me »cansa todo. Y en esto no soy sola yo, que lo he »mirado en muchas personas mejores que yo, y »sé que pasa ansí.

»Pues si esto es ansí, ¿quién podrá decir de sí »que tiene virtud, ni que está rico, pues al me»jor tiempo que haya menester la virtud se halla »della pobre? Que no, hermanas, sino pensemos »siempre lo estamos... Y si teniéndonos por »buenas nos hace merced y honra, que es el em»prestar que digo, quedáranse burlados ellos y »nosotras».

Trata después la Santa de dos virtudes que fácilmente suponemos tener: la paciencia, porque *hacemos muchos actos continuados de padecer mucho por Dios*, y la pobreza, *porque ó la tenemos prometida, como lo hace todo religioso en su profesión, ó porque así debe ser como acaece á personas que se dan á la oración.* Y después de haber dicho que muchas veces estas dos virtudes están más bien en nuestra imaginación que en la realidad, concluye que *el verdadero humilde siempre duda de sus propias virtudes.*

§ IV

Tentación de falsa humildad.

En el cap. XXXIX del *Camino de perfección* habla la Santa de otra tentación, que es también muy sutíl y difícil de conocer, porque se disfraza de virtud, en la que parece no cabe exceso, y es verdaderamente así; no obstante, esta virtud puede ser falsificada, en cuyo caso he aquí luego

materia abundantísima de engaños y de errores. Esta virtud es la santa humildad, en la que, si es verdadera, no se puede dar exceso; pero alguna vez es falsa; y entonces, cuanto más se adelanta en la misma, tanto más se adelanta en errores y peligros. Óigase á la Santa: «Pues guardáos »también, hijas, de unas humildades que pone »el demonio con grande inquietud, de la grave»dad de nuestros pecados, que suele apretar aquí »de muchas maneras, hasta apartarse de las co»muniones y de tener oración particular (por no »lo merecer les pone el demonio); y cuando lle»gan al Santísimo Sacramento, en sí se aparejan »bien, ó no se les va el tiempo que habían de re»cibir mercedes. Llega la cosa á términos de ha»cer parecer á un alma, que, por ser tal (es decir, »tan pecadora), la tiene Dios tan dejada, que »casi pone duda en su misericordia. Todo le pa»rece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sir»ve, por bueno que sea; dale una desconfianza, »que se le caen los brazos para hacer ningún »bien, porque le parece que lo que lo es en los »otros, en ella es mal.

»Mirad mucho, hijas; mirad mucho en este »punto que os diré, porque alguna vez podrá ser »humildad y virtud tenernos por tan ruín, y »otra grandísima tentación; porque yo he pasado »por ella, la conozco. La humildad no inquieta, »ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande »que sea, si no viene con paz y regalo y sosiego.

»Aunque uno de verse ruín entienda claramen-»te merece estar en el infierno, y se aflige, y le »parece, con justicia, todos le habían de abo-»rrecer, y que casi no osa pedir misericordia; si »es buena humildad, esta pena viene con una »suavidad en sí y contento, que no querríamos »vernos sin ella; no alborota ni aprieta el alma; »ántes la dilata y hace hábil para servir más á »Dios».

Nótense muy bien estos caracteres de la verdadera humildad: tiene mucha razón Santa Teresa en querer se ponga especial atención en ellos. Sigue diciendo: «Estotra prueba (de la »humildad falsa) todo lo turba, todo lo alborota, »toda el alma revuelve; es muy penosa. Creo »pretende el demonio que pensemos tenemos »humildad, y, si pudiese, á vueltas, que descon-»fiásemos de Dios. Cuando ansí os halláredes, »atajad el pensamiento de vuestra miseria lo más »que pudiéredes, y ponedlo en la misericordia »de Dios, y en lo que nos ama y padeció por »nosotros. Y si es tentación, áun esto no podréis »hacer, que no os dejará sosegar el pensamien-»to, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más; »harto será si conocéis es tentación».

Por lo cual, cuando el pensamiento de los propios pecados y de la propia miseria quita la paz del corazón y debilita la confianza en Dios, no es verdadera humildad, es humildad falsa, de la cual conviene librarse como de tentación

muy peligrosa. Entonces es menester desechar el recuerdo de la miseria y de los pecados, y en cambio considerar aquella bondad y misericordia infinita, en cuya comparación todas las miserias y todos los pecados, no sólo de la tierra, sino áun del infierno, son en realidad una nada; porque delante de Dios es nada tanto el bien como el mal de sus criaturas.

Y si la fuerza de la tentación fuese tal, que en aquel momento no nos permitiese tranquilizarnos, tengamos paciencia; bastará que la tengamos por tentación y no por humildad; esto bastará para que el demonio no nos haga caer en aquellos errores y disparates que él quisiera. Conociendo entonces que es el demonio el que nos inspira, conocemos también que no se debe hacer caso de su voz; el peligro está en suponer que es el Señor el que nos inspira. Conviene repetirlo mil y mil veces: lo que viene de Dios trae paz, confianza y amor; lo que trae confusión, embrollo, desaliento, viene de nuestro enemigo, y si parece virtud, es virtud falsa, es vicio.

§ V

Tentación de imprudencia en las mortificaciones, y de la seguridad de no recaer.

Dice la Santa: «Ansí es en penitencias des»concertadas, para hacernos entender que somos »más penitentes que las otras, y que hacéis algo.

»Si os andáis escondiendo del confesor, ó perla»do, ó si, diciéndoos que lo dejéis, no lo hacéis, »es clara tentación; procurad, aunque más pena »os dé, obedecer, pues en esto está la mayor »perfección.

»Pone otra bien peligrosa tentación, que es »una seguridad de parecernos que en ninguna »manera tornaríamos á las culpas pasadas y »contentos del mundo, que ya le tengo entendi»do y sé que se acaba todo, y que más gusto me »dan las cosas de Dios. Esta, si es á los princi»pios, es muy mala, porque con esta seguridad »no se les da nada de tornarse á poner en las oca»siones y hacernos dar de ojos; y plega á Dios »que no sea muy peor la recaída; porque como »el demonio ve que es el alma que le puede da»ñar y aprovechar á otras, hace todo su poder »para que no se levante.

»Ansí, que aunque más gustos y prendas de »amor el Señor os dé, nunca andéis tan seguras »que dejéis de temer que podéis tornar á caer, y »guardáos de las ocasiones».

Que estas tentaciones de hacer penitencias á capricho, sin y áun contra la regla de la obediencia, y de tenerse por seguros de la propia virtud, sean muy peligrosas, es cosa harto clara y evidente. Por eso la Santa inculca la necesidad del propio conocimiento para mantenernos siempre en sujeción y humildad, según se ha dicho en el cap. VII.

§ VI

Seguridad de la vida espiritual.

Después de haber expuesto la Santa todas las dichas tentaciones, llega á temer que las almas se asusten de la vida espiritual, como rodeada de tantos peligros. Por lo cual se vuelve al Señor, pidiéndole se digne asegurar á las almas con sus luces é inspiraciones para que no procedan con demasiado temor en la oración; y concluye con una doctrina que merece suma atención. Óiganse sus palabras: «Decidnos, Señor, alguna cosa »para que nos entendamos y aseguremos. Ya sa»béis que por este camino no van los muchos; si »han de ir con tantos miedos, irán muy ménos.

»Cosa extraña es esta; como si á los que no »van por camino de oración no tentase el demo»nio, y que se espanten más todos de uno que »engaña más llegado á perfección, que de cien »mil que ven en engaños y pecados públicos; »que no hay que andar á mirar si es bueno ó »malo, porque de mil leguas se entiende. Mas, á »la verdad, tienen razón, porque son tan poquí»simos á los que engaña el demonio de los que »rezaren el *Pater noster*, como queda dicho, que, »como cosa nueva y no usada, da admiración. »Que es cosa muy de los mortales pasar fácil»mente por lo contino que ven, y espantarse

»mucho de lo que es muy pocas veces ó casi »ninguna; y los mesmos demonios los hacen es»pantar, porque les está á ellos bien, que pierden »mucho por uno que se llega á la perfección. »Digo que es tan de espantar, que no me mara»villo se espanten; porque si no es muy por su »culpa, van tanto más seguros que los que van »por otro camino, como los que están en el ca»dahalso mirando el toro, ó los que andan po»niéndosele en los cuernos. Esta comparación »he oído, y paréceme al pié de la letra. No ha»yáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos, »que muchos hay en la oración *(ya se ha dicho »que hay varias especies de oración, y todas bue»nas)*; porque unas aprovechan en uno y otras »en otro. Camino seguro es; mas aina os libra»réis de las tentaciones estando cerca del Señor, »que estando lejos».

Por lo cual sería deplorable pusilanimidad temer tanto las tentaciones y peligros que se encuentran en la vida espiritual, que no se quisiera ni áun emprenderla ó ponerse en el camino de la perfección; sino recorrerle con tanta lentitud, miramiento y temor, que jamás se llegaría al fin. ¡Oh, cuántos más peligros hay en una vida tibia y mundana, llena de aficiones y prudencias terrenas! Aquí es donde hay verdaderos peligros y caídas lamentables.

Y si se opone algún caso raro en que algún alma se hubiese extraviado en el camino de la

vida espiritual, y perecido miserablemente, nótese bien lo que dice la Santa: que no puede haber sucedido tal desgracia sino por *gran culpa* de tal alma; por culpa *grande*, y por consiguiente muy notable, en que ha de repararse mucho. Se engañan, pues, grandemente los que piensan que Dios abandona á las tramas del enemigo tentador las almas que aspiran á la perfección cristiana, por alguna imperfección que cometan en el divino servicio. Sin alguna *grande* y muy advertida culpa, jamás caerán en los lazos que tiende y esconde el demonio en el camino de la vida espiritual.

Persuadámonos, pues, finalmente, que si nos diéremos á una vida de oración y de recogimiento para ser enteramente en Dios, caminando con humildad y bajo la guía de la obediencia, no nos podrá suceder nada malo, y en cambio encontraremos seguramente todo bien; y puestos ya en este camino, aunque por fragilidad humana cometiéremos alguna culpa, Dios no nos dejará caer, á no ser por una *gran culpa* nuestra, que por lo mismo podríamos siempre claramente conocer y evitar.

Respondía bien al tentador el beato Enrique Suzón, cuando en los principios de su total conversión á Dios le amedrentaba aquél con la incertidumbre del éxito: «Dios me llama; y así, »echándome yo en sus brazos, no es posible que »se aleje por dejarme caer». (Cap. II de su *Vida.*)

No puede ser tan grande el esfuerzo del alma para arrojarse en los brazos de Dios, como el abrazo con que Dios la recibe.

CAPÍTULO XVIII

SIGUE LA SEXTA PETICIÓN

§ I

El santo amor y temor aseguran el camino de la vida espiritual.

Queriendo la Santa que las almas procedan, cuanto es posible, con tranquilidad y confianza, comienza el cap. XL orando de este modo: «Pues »bien, Maestro nuestro ; dadnos algún remedio, »como vivir sin mucho sobresalto en guerra tan »peligrosa» (cual es aquella que nos hacen nuestros enemigos, especialmente cuando nos tientan bajo apariencia de bien). Dice después que este remedio será el amor y el temor: «El amor nos »hará apresurar los pasos, y el temor nos hará ir »mirando á dónde ponemos los piés para no caer »en camino á donde hay tanto en qué tropezar, »como caminamos todos los que vivimos; y con »esto, á buen seguro que no seamos engañadas».

Hablando luego del amor, después de haber dicho que en esta tierra no se puede tener jamás certeza infalible de poseer este tesoro, observa que para conocerlo hay algunas señales, que las ven los mismos ciegos, y las describe de este modo.

§ II

Señales del santo amor.

«Los que de veras aman á Dios, todo lo bue»no aman, todo lo bueno quieren, todo lo bue»no favorecen, todo lo bueno loan, con los bue»nos se juntan siempre, y los favorecen, y de»fienden; no aman sino verdades y cosas que »sean dignas de amar.

»¿Pensáis que es posible, los que muy de ve»ras aman á Dios, amar vanidades, ni riquezas, »ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni »tienen contiendas, ni andan con envidias; todo »porque no pretenden otra cosa sino contentar »al amado: andan muriendo porque los ame, y »ansí ponen la vida en entender cómo le agra»darán más. Que el amor de Dios, si de veras es »amor, es imposible esté muy encubierto; sinó, »mirad un San Pablo, una Madalena: en tres »días el uno comenzó á entenderse que estaba »enfermo de amor (este fué San Pablo); la Ma»dalena desde el primero día. ¡Y cuán bien en-

»tendido! Que esto tiene, que hay más y ménos, »y ansí se da á entender; como la fuerza que »tiene el amor, si es poco, dase á entender poco; »si es mucho, mucho; mas poco ó mucho, como »haya amor de Dios, siempre se entiende, ni sé »cómo se puede encubrir. Pues si amamos acá »á las criaturas, dicen ser imposible, y que »mientras más hacen por encubrirle, más se »descubre, siendo cosa tan baja, que no merece »nombre de amor, porque se funda en nonada, »y es asco poner esta comparación; y ¿habíase »de poder encubrir un amor tan fuerte como el »de Dios, tan justo, que siempre va creciendo, »teniendo tanto que amar, que no ve cosa para »dejar de amar, y tantas causas de amor; funda- »do sobre tal cimiento, como es ser pagado de »Dios con otro amor, que ya no puede dudar dél »por estar mostrado tan al descubierto, con tan »grandes dolores y trabajos, y derramamiento de »sangre, hasta perder la vida, porque no nos que- »dase ninguna duda deste amor?»

Así descritas las señales del santo amor, hace observar la Santa de cuánto consuelo será á la hora de la muerte el conocer que hemos vivido amando á Dios: «Será gran cosa á la hora de la »muerte ver que vamos á ser juzgadas de quien »habemos amado sobre todas las cosas. Seguras »podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no »será ir á tierra extraña, sino propia; pues es á »la de quien tanto amamos y nos ama».

Describe después el horror de una muerte privada del santo amor: «Nos pone en manos del »tentador; en manos tan crueles, manos tan ene»migas de todo bien, y tan amigas de todo mal. »¿Qué será de la pobre alma que acaba de salir »de tales dolores y trabajos, como son los de la »muerte, cae luego en ellas? ¡Qué mal descanso »le viene! ¡Qué despedazada irá al infierno! ¡Qué »multitud de serpientes de diferentes maneras! »¡Qué temeroso lugar! ¡Qué desventurado hos»pedaje! Pues para una noche, una mala posada »se sufre mal, si es persona regalada (que son »los que más deben de ir allá); pues posada para »siempre sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella »triste alma?»

§ III

El santo amor en los contemplativos.

Hablando de los contemplativos en este capítulo, observa ante todo que en ellos «siempre es »el amor mucho, ó ellos no serán contemplati»vos; y ansí no se da á entender mucho y de »muchas maneras. Es fuego grande; no puede »sino dar gran resplandor». Dice después que, si este amor grande les falta, deben andar con sospechas de su contemplación, porque podrían ser engañados del demonio. No obstante, les asegura que, conservándose en humildad y tratando con sinceridad á sus directores espirituales, no

podrán recibir daño alguno; ántes bien, tendrán en ello verdadera ventaja, como dijo ya en el § II del cap. XVI.

Pero volviéndose á los que sienten en sí aquel grande amor, que se da á conocer por las señales ya dichas, y también del santo temor, del que hablará después, les exhorta á no tener temor alguno de ilusiones de parte del demonio, y juzgar su contemplación por obra del Espíritu del Señor: «Si sentís este amor de Dios que »tengo dicho, y el temor que ahora diré, andad »alegres y quietas; que por haceros turbar el »alma para que no goce tan grandes bienes (á »saber, los de la contemplación), os porná el »demonio mil temores falsos, y hará que otros »os los pongan; porque ya que no puede gana»ros, al ménos procura haceros algo perder, y »que pierdan los que pudieran ganar mucho »creyendo que son de Dios las mercedes tan »grandes que hace á una criatura tan ruín, y »que es posible hacerlas; que parece algunas »veces que tenemos olvidadas sus misericordias »antiguas.

»¿Pensáis que le importa poco al demonio po»ner estos temores? Nó, sino mucho, porque »hace dos daños: el uno, que atemoriza á los »que lo oyen de llegarse á la oración, pensando »que han de ser también engañados; el otro, que »se llegarían muchos más á Dios, viendo que es »tan bueno como he dicho, que es posible co-

»municarse ahora tanto con los pecadores. Pó»neles codicia, y tienen razón, que yo conozco »algunas personas que esto les animó, y comen»zaron oración, y en poco tiempo salieron ver»daderos, haciéndoles el Señor muchas mer»cedes».

Pues, vuelve la Santa sobre este punto, notaremos singularmente aquella sentencia: *Parece algunas veces que tenemos olvidadas sus misericordias antiguas.* Cuando se ven gracias singulares y extraordinarias, se sospecha siempre que son ilusiones diabólicas ó juegos de fantasía, aunque en tales almas se vea sólida virtud y grande amor de Dios, y aún hay mayor inclinación á creer que sea así. Pero... ¿por qué no hemos de recordar que Dios ha hecho siempre tales gracias en todas las edades á gran número de almas santas? De aquéllas ciertamente no se dirá que fueron ilusiones; pues ¿por qué no se ha de creer que haya también ahora tales almas? Se cree que los antiguos contemplativos fueron verdaderamente favorecidos de Dios en modos particulares; pues ¿por qué se habrá siempre de sospechar, y casi creer, que los de hoy día sean á la vez engañados y visionarios? Así, cuando se vea que el alma está verdaderamente encendida en grande amor de Dios, déjense todas las sospechas y temores; promuévase en ella la humildad, pero déjasela gozar tranquilamente de los favores divinos, y áun prohíbasele el sospechar si-

quiera que, cuando los percibe, su enemigo es quien la acaricia y regala.

Aunque se ha tratado ya de esto en el capítulo XVI, no obstante, viendo que la Santa lo tiene tan entrañado en el corazón, añadiremos algunos otros sentimientos suyos, que dan mucho ánimo. En el cap. X de su *Vida*, después de haber dicho que es falsa humildad el no reconocer las gracias de Dios, inclusas las singulares, habla de la importancia que hay en reconocerlas, y dice así: «Es cosa muy clara, que amamos más »á una persona cuando mucho se nos acuerda »las buenas obras que nos hace... Es imposible, »conforme á nuestra naturaleza, á mi parecer, »tener ánimo para cosas grandes quien no en»tiende está favorecido de Dios; porque somos »tan miserables y tan inclinados á cosas de tie»rra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de »hecho con gran desasimiento, quien no entien»de tiene alguna prenda de lo de allá; porque »con estos dones es á donde el Señor nos da la »fortaleza, que por nuestros pecados nosotros »perdimos... Y ansí estos mesmos favores son »los que despiertan la fe y la fortalecen».

Ni quiere que por las gracias extraordinarias se tema demasiado la soberbia: «Creamos que »quien nos da los bienes, nos dará gracia para »que, en comenzando el demonio á tentar en »este caso, le entendamos, y fortaleza para re»sistirle».

Finalmente; en el cap. xv de la *Vida* nota que hay almas que aprovechan más creyendo ciertamente ser de Dios las gracias extraordinarias: «Porque si de suyo es amorosa y agradeci»da, más la hace tornar á Dios la memoria de la »merced que le hizo, que todos los castigos del »infierno que le representan».

CAPÍTULO XIX

SIGUE LA SEXTA PETICIÓN

§ I

Del santo temor de Dios.

Comienza la Santa el cap. XLI: «¿Cómo me he »alargado? Pues no tanto como quisiera; porque »es cosa sabrosa hablar con tal amor; ¿qué será »tenerle? ¡Oh, Señor mío, dádmele vos: no vaya »yo desta vida hasta que no quiera cosa della, ni »sepa qué cosa es amar fuera de vos!...

»Ahora vengamos al temor de Dios, aunque »se me hace de mal no hablar en este amor del »mundo un rato, porque os libráredes dél para »siempre; mas porque salgo de propósito, lo ha»bré de dejar. El temor de Dios es cosa también »muy conocida de quien le tiene y de los que le »tratan; aunque quiero entendáis que á los prin»cipios no está tan crecido, sino es en algunas »personas á quien (como he dicho) da el Señor

»en breve tanto y las sube á tan altas cosas de »oración, que desde luego se entiende bien. Mas »á donde no van las mercedes en este crecimien»to, que, como he dicho, en una llegada deja un »alma rica de todas las virtudes, vase creciendo »poco á poco, y vase aumentando el valor, y »creciendo más cada día. Aunque desde luego »se entiende, porque luego se apartan de peca»dos, y de las ocasiones, y de malas compañías, »y se ven otras señales. Mas cuando llega el alma »á contemplación (que es de lo que más ahora »aquí tratamos), el temor de Dios también anda »muy al descubierto, como el amor; no va disi»mulado, áun en lo exterior».

Notad que aquí la Santa habla de aquel temor casto y filial, que es el séptimo de los Dones del Espíritu Santo, cuyo temor importa una ternura de corazón, por la cual el alma queda como herida á la sola sospecha de disgustar al Señor, y por eso teme siempre como el mayor mal, no sólo cualquiera pérdida que pueda ella tener, sino áun el mínimo disgusto de aquel Bien infinito. De modo que, si hubiese de escoger entre el ofender mínimamente á su Dios y el precipitarse en un fuego de infierno, no vacilaría un momento en arrojarse á aquel fuego; porque le temería mucho ménos que aquella ligera ofensa de su Señor. Así que este temor de Dios es un temor todo amor, y tal vez podría llamarse la ternura y la fineza del amor.

Dice, pues, la Santa, que «aunque con mucho »aviso se miren estas personas (las que tienen »este tan gran temor de Dios), no las verán an»dar descuidadas ; que por grande que le tenga»mos en mirarlas, las tiene el Señor de manera, »que si gran interese se les ofrece , no harán de »advertencia un pecado venial».

§ II

Advertencias para tener este santo temor.

Pasa después la Santa á hablar del cuidado que se ha de tener en no ofender á Dios, ni mortal ni venialmente; y por lo que toca á pecados veniales, distingue los plenamente advertidos de los que se cometen con poca advertencia , ó sea con poco conocimiento. De estos últimos, como nos enseña la doctrina de la Iglesia, no podemos librarnos del todo en este mundo sin especial privilegio de Dios , que no se sabe haya sido concedido á nadie fuera de la Santísima Virgen. En cambio, de los plenamente advertidos podemos siempre librarnos; la Santa discurre de este modo: «Mas pecado muy de advertencia , por »muy chico que sea, Dios nos libre dél ; que yo »no sé cómo tenemos tanto atrevimiento como »es ir contra tan gran Señor, aunque sea en muy »poca cosa; cuanto más que no hay poco, siendo »contra tan gran Majestad, y viendo que nos está

»mirando; que esto me parece á mí que es peca-
»do sobre pensado, y como quien dice: Señor,
»aunque os pese, haré esto; ya veo que lo véis,
»y sé que no lo queréis, y lo entiendo; mas quie-
»ro más seguir mi antojo y apetito, que no vues-
»tra voluntad. ¿Y qué, en cosa desta suerte hay
»poco? Á mí no me parece leve la culpa, sino
»mucha y muy mucha».

Por lo cual, aunque el pecado sea venial, cuando se comete con plena advertencia de la ofensa que con él se hace á Dios, es un mal que se ha de mirar y temer mucho; porque al Señor debe disgustarle grandemente el ver un alma que está pronta á ofenderle tan á sangre fría y con los ojos abiertos. Da luego la Santa los siguientes avisos para obtener y conservar el santo temor de Dios:

«Mirad, por amor de Dios, hermanas, si que-
»réis ganar este temor de Dios; que va mucho
»en entender cuán grave cosa es ofensa de Dios,
»y tratadlo en vuestros pensamientos muy de or-
»dinario, que nos va la vida». Es, pues, necesario reflexionar sobre la gravedad de este único mal para temerle como conviene.

Dice después: «Y hasta que le tengáis es me-
»nester andar siempre con mucho cuidado y
»apartarnos de todas las ocasiones y compañías
»que no nos ayuden á llegarnos más á Dios». De modo que, si el santo temor de Dios no está bien arraigado, el alma debe andar con mucha caute-

la y huir de las ocasiones que le pueden ser de algún peligro, atendida su particular debilidad, como es generalmente el tratar con personas tibias en servicio divino; pues su conducta no muy edificante, sus palabras no bien meditadas, su escaso espíritu de sufrimiento, pueden causar mala impresión en los principiantes, y hacerles volver en el camino del bien.

§ III

Libertad que consiente el santo temor de Dios.

Con su mucha discreción sigue diciendo Santa Teresa, que cuando el alma «tenga visto en sí »con gran determinación que por cosa criada no »hará una ofensa á Dios, aunque después se caiga alguna vez (porque somos flacos)», debe entonces proceder con mayor ánimo, y no temer las sobredichas ocasiones como ántes; «que el »Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos »será ayuda para no ofenderle, sino andar con »una santa libertad, tratando con quien fuese »justo, aunque sean personas distraídas; porque »las que ántes que tuviéredes este verdadero te»mor de Dios os fueran tósigo y ayuda para »matar el alma muchas veces, después os la da»rán para amar á Dios y alabarle porque os libró »de aquello que véis ser de notorio peligro. Y si »ántes fuéredes parte para ayudar á sus flaque-

»zas, ahora lo seréis para que se vayan á la mano »en ellas por estar delante de Vos, que sin que»reros hacer honra acaece esto. Yo alabo al Se»ñor muchas veces, y pensando de dónde verná; »porque sin decir palabra, muchas veces un »siervo de Dios ataja las palabras que se dicen »contra Él: debe ser que ansí como acá, si tene»mos un amigo, siempre se tiene respeto, si es »en su ausencia, á no hacerle agravio delante del »que saben que lo es; y como aquí está en gra»cia, la mesma gracia debe hacer; que por bajo »que sea, se le tenga respeto y no le den pena en »cosa que tanto entiende ha de sentir, como »ofender á Dios. El caso es que yo no sé la cau»sa, mas de que es muy ordinario esto».

Esta doctrina de Santa Teresa es muy importante, porque algunos quisieran ver á todas las personas espirituales separadas del mundo, pensando que para ellas sólo así puede haber seguridad. Crean, por lo contrario, que será mucho más fácil con la divina gracia, que el alma bien arraigada en el temor de Dios aproveche á los pobres mundanos, que no que éstos le perjudiquen. Reflexionen que si todas las personas espirituales atendiesen á sus excesivos temores, el pobre mundo iría siempre de mal en peor; porque sus engañados amadores, privados del trato con las personas ilustradas de la divina luz, quedarían siempre más desesperadamente envueltos en sus tinieblas. Por lo cual no deben pretender

que el alma bien resuelta, aunque caiga alguna vez por fragilidad humana, tema tanto á los miserables mundanos, que se aparte de ellos y les niegue aquella ayuda que podría darles para que también ellos entendiesen el vacío, la nada, el peligro de las vanidades de esta vida mortal.

§ IV

Daños de la timidez de espíritu.

Dice la Santa: «Si el alma se comienza á encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y á las veces da en ser escrupulosa, y véisla aquí inhabilitada para sí y para los otros; ya que no dé en esto, será buena para sí, mas no llegará muchas almas á Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que las atemoriza y ahoga, y áun se les quita la gana (por no verse en semejante apretura) de llevar el camino que vos lleváis, aunque conocen claro ser de más virtud... Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes, sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud».

De esta doctrina habrían todos de aprender; que con harta prevención es mirada en este mi-

serable mundo la virtud, para que la hagamos nosotros todavía más odiosa, presentándola tímida, pusilánime, medrosa, angustiada y amarga para el que la practica.

Nota también la Santa, que el cultivar una piedad tímida, congojosa y muy austera, lleva consigo otro defecto, que es el tener por imperfectos á los que proceden con mayor libertad, aunque esta libertad sea buena y santa. «Es... »un andar en tentación contínua... y pensar que »si no van todos por el modo que vos encogida»mente, no van tan bien».

Se ven, en efecto, personas buenas, y en el fondo muy virtuosas, que no se tienen en aquella estima recíproca que deberían tenerse, porque las que se quedan más tímidas y muy recelosas de pecar en todo, creen que hay muchas faltas en las que proceden con mayor libertad; y estas últimas, advirtiendo en este modo de juzgar poco caritativo y mal fundado, juzgan siniestramente de aquella virtud tan austera é intolerante que ven en las otras.

Dice además la Santa, que se sufran las conversaciones de otros, aunque se sienta pena por no ser espirituales, como se quisiera; pues no debemos alejarnos y mirar de mal ojo á quien las tiene; y con esta afabilidad agradaremos y nos haremos amables. Concluye, pues: «Ansí »que, hijas mías, procurad entender de Dios en »verdad, que no mira tantas menudencias como

»vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el »ánima y el ánimo, que se podrán perder mu- »chos bienes. La intención recta y la voluntad »determinada (como queda dicho) de no ofender »á Dios: no dejéis arrinconar vuestra alma, que »en lugar de procurar santidad sacará muchas »imperfecciones, que el demonio le porná por »otras vías; y, como he dicho, no aprovechará á »sí y á las otras tanto como pudiera. Véis aquí »cómo con estas dos cosas, amor y temor de »Dios, podemos ir por este camino sosegados y »quietos».

CAPÍTULO XX

SOBRE LA SÉPTIMA PETICIÓN: «LÍBRANOS DE MAL, AMÉN»

§ I

De los males que pedimos ser librados.

En esta última meditación, que pone la Santa para el domingo, considera á Dios como á nuestro Juez, el cual debe juzgarnos sobre el modo con que nos hemos servido de todos sus beneficios, y sobre la correspondencia á todas sus gracias; y dice que debemos pedir á este nuestro Juez que nos libre de todos los males que verdaderamente hemos merecido por nuestros pecados. «No le pidamos que nos libre deste mal ó »del otro, sino de todo lo que es propia y verda»deramente mal ordenado para privarnos de los »bienes de gracia ó de gloria.

»Hay males de pena, como son: tentaciones,

»enfermedades, trabajos, deshonras, etc. Pero »estos no se pueden llamar propiamente males »sino en cuanto son ocasión de caer en culpas. »Y, según esto, las riquezas, las honras y todos »los bienes temporales se podrán justamente de»cir males, pues nos son ocasión de ofender á »Dios. Pues de todos estos males y bienes que »nos pueden ser causa de condenación eterna, »pedimos ser librados».

Por lo cual debemos reflexionar, que todas las cosas de este mundo, así adversas como prósperas, son indiferentes en si mismas, y sólo se deben tener por verdaderos males cuando se hacen ocasión de pecado. De modo que lo que se llama mal, puede ser bien, y lo que se llama bien, puede ser mal. Por consiguiente, las tentaciones, las enfermedades, las deshonras, etc., que sirven para ejercitar nuestra virtud, aunque el mundo las considere como males, serían para nosotros verdaderos bienes; en cambio las riquezas, los honores, la salud, etc., cosas que el mundo conoce con el nombre de bienes, si nos fuesen ocasión de ofender á Dios, serían para nosotros verdaderos males. Por eso en esta petición pedimos al Supremo Juez nos libre de todo lo que Él conoce ser verdadero mal para nuestra alma.

§ II

Consideración que se debe hacer en esta petición.

Dice después la Santa, que en esta petición podemos dar una ojeada á los Novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria, en los que está toda la importancia de nuestro gran negocio y de nuestro interés; porque esta vida mortal es nada, y sólo importa morir bien para ser juzgados con misericordia, evitar el infierno y obtener el cielo.

Dice, además, que aquí podemos recordar los otros seis títulos que hemos visto tener Dios: de Padre tan amoroso, de Rey tan poderoso, de Esposo tan amable, de Pastor tan bueno, de Redentor tan rico y misericordioso, de Médico tan piadoso y eficaz. Porque habremos de dar cuenta en la otra vida de todos los beneficios recibidos de Él para todos estos títulos. Reflexionando sobre nuestra mala correspondencia, nos será preciso humillarnos y santamente confundirnos.

«¿Y cuán grande temor pone tanta carga de »beneficios de su parte, y de la nuestra tanta in»gratitud y desamor?» Quiere, pues, que la confianza levante nuestro espíritu, y no le deje caer en el abatimiento; ántes bien le alegre con cánticos de acción de gracias, como si ya hubiésemos obtenido la plena misericordia. «Pero con

»todo eso, grande é incomparable es la confianza »que se cobra para parecer en juicio, y conside»rando que se ha de hacer delante de un Juez »que es nuestro Padre, Rey, etc.» Puédese concluir y cerrar esta oración con un hacimiento de gracias, que el Profeta David halló en aquellos cinco versos:

«I. Bendice, ¡oh ánima mía! al Señor, y to»das mis entrañas su santo nombre».

«II. Bendice, ¡oh ánima mía! al Señor, y no »te olvides de todas sus pagas y beneficios».

«III. El cual perdona todos tus pecados, y »sana todas tus enfermedades».

«IV. El cual redime y libra tu ánima de la »muerte, y te cerca de misericordia y miseri»cordias».

«V. El cual cumple en todos los bienes tus »deseos, y por el cual será tu ánima renovada, »como la juventud del águila».

De manera que este piadosísimo Señor, usando de su misericordia, por pecados da perdón; por enfermedad, salud; por muerte, vida; por miseria da perpetua protección; por defectos, cumplimiento de todo bien, hasta traernos á una novedad de vida incomparable.

§ III

Advertencias de la Santa.

Son, finalmente, muy notables los avisos con que Santa Teresa pone fin á sus meditaciones sobre el *Padre nuestro*, para que no se crea, vista la excelencia de esta divina oración, que debe omitirse toda otra oración. «Pero aunque sea »verdad que esta oración del *Padre nuestro* tie»ne el primer lugar entre todas las oraciones »vocales, no por eso se deben dejar las otras; »porque de otra manera se podría engendrar »fastidio usando ésta sola; pero vendrán muy »bien las otras entretejidas con ésta especial»mente, que hallamos en la Escritura Sagrada: »algunas devotísimas oraciones, que personas »santas hicieron, movidas por el Espíritu San»to, como el Publicano del Evangelio; Ana, ma»dre de Samuel; Ester, Judit, el rey Manasés (1), »Daniel y Júdas Macabeo; en las cuales, con pa»labras salidas de su sentimiento, y compuestas »con afecto propio, representaban á Dios sus »necesidades. Y esta manera de oración, que »compone la misma persona necesitada, es más »eficaz, porque levanta el pensamiento, encien-

(1) La oración de Manasés es buena, pero no es canónica como las otras.

»de la voluntad y provoca á lágrimas ; porque »como son palabras propias las que así se dicen, »y que declaran la propia fatiga, dícense más de »corazón.

»Agrada mucho al Señor esta manera de orar; »porque como los grandes señores huelgan de »oir á los rústicos que les piden algo grosera y »simplemente; así el Señor recibe mucho placer »cuando con tanta priesa le rogamos, que por no »detenernos en buscar palabras muy compuestas »y ordenadas , le decimos las primeras que se »nos ofrecen para significarle en breve nuestra »necesidad ; como San Pedro y los Apóstoles, »cuando, temiendo anegarse, decían: Señor, sál- »vanos , que perecemos. Y como la Cananea »cuando pedía misericordia. Y como el Hijo »pródigo, diciendo: Padre, pequé contra el cie- »lo y contra tí. Y como la madre de Samuel, »cuando decía: ¡ Oh , Señor de las batallas ! Si »volviendo tus ojos vieres la aflicción de tu sier- »va , y te acordares de mí , y no olvidares á tu »esclava , y dieres y mi ánima perfecta virtud, »emplearla hé siempre en tu servicio.

»Destas oraciones vocales está llena la Sagra- »da Escritura , que alcanzaron lo que pidieron, »y así alcanzarán las nuestras remedio de nues- »tras aflicciones y aprietos. Y aunque es consejo »de los Santos que mentalmente se hace esto »mejor; pero los ejemplos de muchos Santos , la »propia experiencia nos enseña que , hablando

»de esta manera vocalmente, Dios despide nues»tra tibieza, enciende nuestro corazón y le dis»pone para mejor proceder y orar mentalmente».

Aquí se ha de observar particularmente que, orando con palabras propias y con oraciones formuladas por nosotros en aquel momento, la oración no puede ser distraída, puesto que sólo se puede decir con distracción lo que ya se sabe de memoria: entonces la lengua reza materialmente las palabras que está acostumbrada á pronunciar, y el espíritu se distrae fácilmente á otros pensamientos ajenos de la oración que reza; pero cuando el espíritu ha de atender á ordenar las palabras que ha de proferir, no se concibe distracción alguna posible; se entiende, mientras se ora; porque puede muy bien venir alguna distracción, áun cuando se ora con oraciones formuladas por el propio espíritu en aquel momento; pero entonces se interrumpe la oración, y se continúa cuando se advierte la distracción.

Por lo cual es claro, que orando con oraciones formadas por nosotros mismos para expresar los movimientos de nuestro corazón, se ora con mayor atención, y la oración es mucho ménos distraída. Síguese, pues, que la oración más atenta y ménos expuesta á distracciones es más fervorosa; de modo que se ora con mayor vehemencia de espíritu y con más ardorosos deseos.

Así, pues, conviene aconsejar que las almas devotas no se ocupen siempre en rezar oracio-

nes que saben de memoria ; sino que digan al Señor alguna cosa según los impulsos de su corazón, con palabras propias ; y no con palabras y sentimientos estudiados , sino con palabras y sentimientos sencillos y espontáneos , sugeridos por el afecto en aquel momento. De este modo aprenderán á hablar y tratar con Dios con mayor familiaridad, amor y confianza.

CAPÍTULO XXI

SIGUE SOBRE LA SÉPTIMA PETICIÓN

§ I

Deseos de que concluya la presente vida.

Exponiendo nuestra Santa esta última petición en el cap. XLII del *Camino de perfección*, encuentra en ella muy alta significación y un sentimiento de oración adaptado y propio de las almas yá desprendidas y disgustadas de este mundo miserable; cada una de las cuales, con toda sinceridad y verdad de corazón, sabe decir con San Pablo: «Deseo verme fuera de esta vida y estar »con Cristo». *Desiderium habeas dissolvi et esse cum Christo. (Ad Philipp.*, I, 23.) Imaginándose que Cristo al enseñarnos el *Pater noster* orase juntamente con nosotros, como se ha dicho arriba, dice de este modo: «Paréceme tiene razón el »buen Jesús, de pedir al Padre nos libre de mal »(esto es, de los peligros y trabajos desta vida) por

»lo que toca á nosotros ; porque en cuanto vivi-
»mos corremos muchos riesgos ; y por lo que
»toca á sí , porque ya vemos cuán cansado esta-
»ba desta vida cuando dijo en la Cena á sus
»Apóstoles: Con deseo he deseado cenar con
»vosotros: que era la postrera cena de su vida; á
»donde se ve cuán sabrosa le era la muerte. Y
»ahora no se cansarán los que han cien años,
»sino siempre con deseo de vivir; mas á la ver-
»dad, no la pasamos tan mal ni con tantos traba-
»jos como Su Majestad la pasó , y tan pobre-
»mente. ¿Qué fué toda su vida sino una contina
»muerte , siempre trayendo la que le habían de
»dar tan cruel delante de los ojos? Y esto era lo
»ménos; mas tantas ofensas como veía se hacían
»á su Padre y tanta multitud de almas como se
»perdían. Pues si acá , á una que tenga caridad,
»le es esto gran tormento , ¿qué sería en la cari-
»dad sin tasa ni medida deste Señor? ¡Y qué gran
»razón tenía de suplicar al Padre que le librase
»ya de tantos males y trabajos , y le pusiese en
»descanso para siempre en su reino , pues era
»verdadero heredero dél! y ansí añadió , Amén:
»que en él entiendo yo , que pues con él se aca-
»ban todas las cosas, pidió al Padre y Señor que
»seamos librados de todo mal para siempre ; y
»ansí suplico yo al Señor me libre de todo mal
»para siempre , pues no me desquito de lo que
»debo , sino que puede ser por ventura cada día
»me adeudo más. Y lo que no se puede sufrir,

»Señor, es no poder saber cierto que os amo, ni »si son acetos mis deseos delante de vos.

»¡Oh, Señor y Dios mío, libradme ya de todo »mal, y sed servido de llevarme á donde están »todos los bienes! ¿Qué esperan ya aquí aquellos »á quienes vos habéis dado algún conocimiento »de lo que es el mundo, y tienen viva fe de lo »que el Padre Eterno les tiene guardado?»

En este lugar de Santa Teresa podía encontrar alguno demasiado temor y desaliento en estas palabras: «Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no »poder saber cierto que os amo, ni si son acetos »mis deseos delante de vos». Es, pues, necesario observar, que la Santa habla aquí de aquella certeza infalible, que Dios no quiere tengamos en este mundo, de estar en su gracia. Es cierto que, excepto el caso de extraordinaria revelación, nadie puede estar infaliblemente seguro de poseer el gran tesoro del divino amor; lo que el Señor ha dispuesto para que las almas se guarden más fácilmente del primero y del último de los pecados capitales, que son la soberbia y la pereza. Con esta especie de inseguridad, el alma está más humilde, abismada en su nulidad, no se atreve á preferirse á nadie ni á juzgar á los otros; entre tanto, sabiendo que cuanto se sirve á Dios con mayor diligencia, se logra mayor certidumbre de poseer su amor y su gracia, procura con mayor empeño cumplir y conformarse lo mejor que puede con su santísima voluntad.

Esta especie de inseguridad es á las veces penosa á las almas más amantes de Dios, como sucedía á Santa Teresa; pero, entre tanto, esta pena es una gran prueba que tiene de amar verdaderamente á su Dios; porque las que no tienen este amor, no experimentan tales angustias; que en realidad no son otra cosa sino ansias y ternuras de amor.

Pero Dios todo lo hace bien; si á las almas, sus amadas, las deja en esta especie de incertidumbre, lo hace para su mayor mérito y porque así conviene. Ahora bien; si nosotros pudiésemos tener una infalible certeza de poseer su amor y su gracia contra su divina disposición, deberíamos rehusarla. Cualquier duda, temor y pena nuestra, unida con el cumplimiento de su santísima voluntad, es preferible áun al mismo cielo, si se pudiese éste obtener sin su beneplácito. Dios lo ha dispuesto así. Bendigámosle, démosle gracias y querámoslo así también nosotros.

Nótese bien que siempre se ha dicho una *especie de incertidumbre;* porque no es cierto que las almas piadosas estén verdaderamente inciertas y dudosas de estar en gracia de Dios; ántes bien, están moralmente ciertas de amar al Señor y de ser amadas de Él, como una buena esposa está cierta de amar y de ser amada de su esposo, y como un buen hijo lo está de amar y de ser amado de su padre. Y si dijéseis á aquella espo-

sa que ni ella ama á su esposo ni éste á ella; ó á aquel hijo, que ni él amaba á su padre ni su padre á él, no os creerían; sería esta una palabra dura para ellos, que les causaría cierta aprensión, pero no os creerían; así, aquella sospecha de no amar uno á su Dios, viene de vez en cuando á afligir á todas las almas amantes y á causarles cierta aprensión; pero esto no obstante, tienen suficiente certeza de no estar privadas de su amor.

En efecto: la misma Santa Teresa dice en el cap. XL, como hemos visto, «que hay algunas »señales que parece que los ciegos las ven», y las describe en el cap. XVIII. Por lo cual, si hay ciertas señales de amor de Dios, que pueden conocer hasta los ciegos, quiere decir que aquellas que tienen estas señales pueden estar muy ciertas y seguras de su santo amor; al modo que la esposa y el hijo, viendo las señales ó muestras de amor que dan y reciben del objeto de su amor, están ciertos y seguros de amar y de ser amados de él.

Antes es cosa muy necesaria á las almas piadosas, en haciendo ellas lo que pueden para complacer á su Señor, estar quietas y tranquilas, bien confiadas en tener el tesoro de su santo amor; porque sin esta tranquila y segura confianza, ¿cómo podrían jamás llegar á proferir esta última petición del *Padre nuestro* en el sentido que le da Santa Teresa? No sería posible,

porque un alma que tenga verdadera duda de estar en gracia de Dios, no es posible, ni sería conveniente que pidiese hallarse libre de todo mal del mundo mediante la muerte, con aquel peligro terrible de caer en los males eternos é irreparables de la otra vida.

Por tanto, vosotras, ¡oh, almas! que habéis conocido ya la vanidad y miseria de este mundo engañador, procurad perfeccionaros cuanto os sea posible en el amor de vuestro eterno Bien: aspirad á amarle con todo el corazón, con toda la mente, con todas vuestras fuerzas, y haced cuanto sabéis por contentar siempre y siempre cumplir su santísima voluntad. Nada más justo; pero después de esto estad tranquilas, y aunque os viéseis caer en muchos defectos, seguid tranquilas y confiando con seguridad en que le amáis y sois amadas de Él; quiero decir, que gozáis de su divina amistad. Esta confianza ha de ser tal, que aquella muerte, que tan amarga y espantosa se os presenta á los ojos mundanos, á vosotras os pueda parecer dulce y consoladora.

§ II

El deseo de la muerte en los contemplativos.

Continúa la Santa: «El pedir esto con el deseo »grande y toda determinación por gozar de Dios, »es un gran efecto para los contemplativos de

»que las mercedes que en la oración reciben son »de Dios. Ansí que los que lo tuvieren, ténganlo »en mucho.

»Los que participan de los regalos de Dios, »no es mucho que deseen estar á donde no les »gocen á sorbos, y que no quieran estar en vida »á donde tantos embarazos hay para gozar de »tanto bien, y que deseen estar á donde no se les »ponga el sol de justicia. Haráseles todo escuro »cuanto acá después ven, y de cómo viven me »espanto. No debe ser contento quien ha co»menzado á gozar y le han dado ya acá prendas »de su reino, á donde no ha de vivir por su vo»luntad, sino por la del Rey».

Por lo cual, como sucedía á Santa Teresa ordinariamente, sienten impulsos de amor y deseo de la muerte las almas favorecidas con el don de la contemplación, en la que Dios les da como á probar los deleites del cielo. Veamos algunos pasajes de San Juan de la Cruz (*Cántico espiritual*, canción XI), donde habla el Santo de la presencia afectiva de Dios percibida por el alma en la contemplación. Dice, pues, el Santo, que en aquella Divina presencia, que se comunica en la contemplación, «sintió estar allí un inmenso »sér encubierto, del cual le comunicó Dios cier»tos visos entre oscuros de su Divina hermosu»ra; y hacen tal efecto en el alma, que le hace »codiciar y desfallecer en deseo de aquello que »siente encubierto allí en aquella presencia... á

»este tiempo desfallece el alma con deseo de en»golfarse en aquel sumo bien que siente presen»te y encubierto. (Entonces dice el alma:) Pues »tanto es el deleite de la vista de tu sér y her»mosura, que no la puede sufrir mi alma, sino »que tengo de morir en viéndola, *mátame tu vis»ta y hermosura*. Por lo cual no hace mucho »aquí el alma en querer morir á vista de la her»mosura de Dios; pues que no sólo una muerte »apetecerá por verla ya para siempre, como aquí »desea; pero mil acerbísimas muertes pasaría »muy alegre por verla un momento solo, y des»pués de haberla visto pediría padecer otras tan»tas por verla otra vez otro tanto.

»La perfecta caridad echa fuera todo temor. Y »así no le puede ser al alma que ama amarga la »muerte, pues en ella halla todos sus deleites y »dulzuras de amor; no le puede ser triste su me»moria, pues en ella halla junta el alegría; ni le »puede ser pesada y penosa, pues es el remate »de todas sus pesadumbres y penas, y principio »de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y »con su memoria se goza, como en el día de su »desposorio y bodas».

Esto es lo que ordinariamente debe suceder á los contemplativos, que además de la fe experimentan las sobrenaturales dulzuras, y son embriagados con las secretas delicias de su Señor.

§ III

Este deseo convendría á todos los mortales.

Los que caminan con sola fe, y no son elevados á alta contemplación, ¿no podrán llegar á pedir á Dios que los libre de todo mal, llamándolos pronto á sí fuera de este mundo, donde sin males no se puede vivir? También éstos pueden llegar á tanta perfección, que deseen sobre toda otra cosa lo que sobre todo se teme en el mundo, que es la muerte. Si ellos logran la gracia de conocer bien, con viva fe, los engaños, los peligros, los gravísimos males de esta vida mortal, donde tanto se ofende á Dios; y la verdad, la seguridad, el inmenso bien de la vida futura, donde ya no se puede hacer otra cosa que amar á Dios, llegarán también ellos á fastidiarse de este mundo por el deseo de la otra vida, y á saber pedir por gracia la muerte. ¡Dichosos los que á esto llegan! Ellos tienen el completo desprendimiento de todo falso bien; ellos tienen la plena unión en gracia, y están enteramente dispuestos á la perfecta unión en gloria con el verdadero bien. Oigamos las palabras de la Santa: «¡Oh, cuán »otra vida debe ser ésta para no desear la muer»te! ¡Cuán diferentemente se inclina aquí nues»tra voluntad á lo que es la voluntad de Dios! »Ella quiere que queramos la verdad: nosotros

»queremos la mentira ; quiere que queramos lo »eterno : acá nos inclinamos á lo que se acaba; »quiere que queramos cosas grandes y subidas: »acá queremos bajas y de tierra; querría quisié- »semos sólo lo seguro : acá amamos lo dudoso. »Que es burla , hijas , sino suplicar á Dios nos »libre para siempre de todo mal. Y aunque no »vamos en el deseo con tanta perfección , esfor- »cémonos á pedir la petición. ¿ Qué nos cuesta »pedir mucho , pues pedimos á poderoso ? Ver- »güenza sería pedir á un gran emperador un ma- »ravedí. Y para que acertemos , dejemos á su »voluntad el dar , pues ya le tenemos dada la »nuestra, y sea para siempre santificado su nom- »bre en los cielos y en la tierra , y en mí sea »siempre hecha su voluntad. Amén».

Aquí también es de notar, que viendo nuestra Santa cuán difícil es á nuestra flaqueza una perfección tan alta, no obstante nos exhorta á hacer animosamente nuestra petición , porque á Dios no es difícil concederla. Bellísimas son aquellas palabras: «¿Qué nos cuesta pedir mucho , pues »pedimos á poderoso? Vergüenza sería pedir á »un gran emperador un maravedí». De modo que deberíamos temer y avergonzarnos más, por decirlo así, delante de Dios, de pedir gracias pequeñas, que de pedirle las grandes.

Son lecciones de muy sublime perfección las que nos da la Santa en este capítulo ; dichosos, decimos otra vez, los que llegan á este estado de

no desear ya cosa alguna de este mundo sino la muerte, para consumar su perfecta unión con Dios. Pero la Santa añade que aún puede hacer mejor. Notemos estas sus últimas palabras: «Y »para que acertemos, dejemos á su voluntad el »dar, pues ya le tenemos dada la nuestra».

Aquí es donde han de concluir y terminar todos nuestros deseos, por santos y santísimos que sean. Por tanto, áun los que desean la muerte por sólo impulso de caridad, que desprendiéndolos del mundo los eleva á Dios, no deben jamás desearla sino para cuando la divina voluntad y beneplácito quiera concedérsela; porque esta es la perfección de todas las perfecciones, la pura y simple voluntad con que es querida la voluntad de Dios. De modo, que ni poco ni mucho, ni cosa alguna espiritual ni corporal, ni del tiempo ni de la eternidad, ni de gracia ni de gloria, queramos fuera de la divina voluntad; sino sólo queramos lo que quiere Dios, y esto con toda la vehemencia de nuestra alma.

CONCLUSIÓN

Considerando que no á todas las personas devotas que lean este Tratado de la oración les será fácil seguir siempre los vuelos de aquel águila de perfección, Santa Teresa, ni podrán siempre hacer suyos todos sus sentimientos cuando rezaren la Oración dominical, concluiremos con una advertencia de la misma Santa, que da á conocer su admirable discreción, y juntamente consuela á los principiantes y proficientes mientras no tuvieren bastante luz y fervor para seguirlas.

Decía San Gregorio Magno de la Divina Escritura, que es un mar dentro del cual, cerca de la playa, puede andar el cordero sin ahogarse, y el elefante que va al alto mar puede nadar bien á gusto: *ut et agnus ambulet et elephans natet.* Lo mismo con otras palabras dice Santa Teresa del *Padre nuestro* en el cap. XXXVII del *Camino de perfección*, que en su lugar se ha omitido. Allí advierte, que la oración del *Padre nuestro* está

«tan bien ordenada de tan buen Maestro, y ansí »podemos... cada una tomarla á su propósito», ó sea adaptarla á la propia capacidad; y después dice: «Pensado he yo cómo no se había Su Ma»jestad declarado más en cosas tan subidas y es»curas, para que todos las entendiésemos; y ha»me parecido que cómo había de ser general para »todos esta oración; que porque pudiese pedir »cada uno á su propósito, y se consolase, pare»ciéndonos le damos buen entendimiento, lo »dejó ansí en confuso para que los contemplati»vos, que ya no quieren cosas de la tierra, y per»sonas ya muy dadas á Dios, pidan las mercedes »del cielo que se pueden, por la gran bondad »de Dios, dar en la tierra; y los que aún viven »en ella (y es bien que vivan conforme á sus es»tados), pidan también su pan, que se han de »sustentar sus casas, y es muy justo y santo; y »ansí las demás cosas, conforme á sus necesi»dades».

Donde quiere decir la Santa, que el Señor ha formulado las peticiones del *Padre nuestro* de tal modo, que tuviesen la más grande latitud de significación, según las varias capacidades y estados de las personas, para que cuando se reza esta oración pueda cada uno decirla con aquel sentimiento que le sugiere la mayor ó menor luz que tiene, y según el afecto del corazón más ó ménos espiritual. Y así, las almas contemplativas, y áun las otras, que aunque todavía no lo

sean, están, sin embargo, bien desprendidas del mundo y en grande unión con Dios, podrán en el *Padre nuestro* seguir fácilmente á la Santa en sus elevaciones y raptos de espíritu ; las otras , en cambio , habrán de contentarse con seguir los sentidos más obvios y literales de esta divina oración. Por ejemplo: en la cuarta petición , las primeras no sabrán descender á pedir el pan del cuerpo , que mirarán casi con náusea , deseosas y hambrientas como están sólo del alimento del alma; las otras, pidiendo el pan del espíritu, pedirán también el corporal , lo que no será mal ninguno, sino cosa buena y santa, si bien en las primeras será cosa más perfecta el no pedirlo. Dígase lo mismo de las otras peticiones.

Y por eso prosigue la Santa: «Mas miren que »estas dos cosas , que es darle nuestra voluntad »y perdonar , es para todos. Verdad es que hay »más y ménos en ello , como queda dicho : los »perfectos darán la voluntad como perfectos, y »perdonarán con la perfección que queda dicha: »nosotras , hermanas , haremos lo que pudiére»mos, que todo lo recibe el Señor».

Ninguna alma , pues , por sentirse todavía débil é imperfecta , debe desconfiar de la divina piedad; haga lo que puede; si puede poco, el Señor aceptará áun ese poco; Él nada bueno rehusa. ¡Qué doctrina tan consoladora! ¡Oh , qué buena Maestra es Santa Teresa! ¡Cuánto más discreta y prudente que aquellos maestros de

espíritu, que querrían de todas las almas, y pronto, los más altos grados de la santidad; y que no reparan, cuando conminan con futuras desgracias, que hay débiles que van á paso lento y se muestran poco generosas con Dios! Verdad es que éstas podrían hacer más de lo que hacen; pero al cabo hacen algo, aunque poco. Dios acepta ese poco; no las asustemos; de otro modo, en su debilidad, podrán desconfiar y no hacer entonces nada. Pensemos que Dios es infinitamente más bueno de lo que nosotros podemos imaginar, y un sólo *Padre nuestro* que digan bien, puede hacerlas ricas en perfección. Lo asegura la Santa: «¡Oh, que es muy pagador, y paga »muy sin tasa! De tal manera podemos decir una »vez esta oración, que como entienda no nos »queda doblez, sino que haremos lo que deci»mos, nos deje ricas. Es muy amigo: tratemos »verdad con Él, tratando con llaneza y claridad; »que no digamos una cosa y nos quede otra; »siempre da más de lo que pedimos».

No se podía concluir de un modo más consolador; y así, acabaremos exclamando con nuestra Santa: «Bendito sea y alabado el Señor, por »siempre jamás, de donde nos viene todo el bien »que hablamos y pensamos y hacemos. Amén. »Amén». *(Camino de perfección*, cap. XLII.)

FIN

INDICE

Págs.

PRÓLOGO 5
AL LECTOR 13

PARTE PRIMERA

DE LA ORACIÓN EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO. — *De la resolución con que el alma cristiana debe consagrarse al santo ejercicio de la oración* 17

Necesidad de la oración.—Necesidad de resolverse á practicarla. — El peligro está todo en temer el peligro.—Razones en que apoya la Santa tal resolución.—Exhortación á las almas vacilantes.

CAPÍTULO II. — *De la importancia de comenzar absolutamente el santo ejercicio de la oración* 27

Admirable discreción de Santa Teresa. — Aunque falte una resolución plena, se debe comenzar el ejercicio de la oración.—Otro estímulo de la Santa para comenzar.—Cuán razonable es esta doctrina.—Conclusión de la Santa.

CAPÍTULO III.—*De la oración en que nos debemos ejercitar* .....

Cuánta oración se debe hacer.—Qué oración se

Págs.

deba hacer. — De las personas que pueden ó no meditar.—Suficiencia de la oración vocal. — No se han de hacer esfuerzos para salir con la meditación. — Se confirma dicha doctrina con la de San Juan de la Cruz.

CAPÍTULO IV.—*Qué entiende la Santa por meditación no necesaria á muchas almas*... 48

Se distinguen dos clases de meditación.—Suficiencia de esta última clase de meditación. — Cómo se deben entender muchas autoridades sobre la meditación.—Consecuencia práctica.

CAPÍTULO V.—*Sobre la oración mental, que debe acompañar á la vocal*..... 56

De la atención interna necesaria á la oración. — Se refuta la opinión contraria.—Cómo se debe unir la oración vocal con la mental.—La oración hecha con atención interna es en sí del todo buena. —Se confirma esta doctrina con la de San Juan de la Cruz.

CAPÍTULO VI. — *Otros dictámenes de la Santa sobre la oración vocal*..... 65

Sobre la inteligencia del sentido de las palabras.— Sobre la atención á la divina presencia.—Del retiro conveniente á la oración.—Fruto de esta doctrina. — Sentimientos de consuelo para las distracciones involuntarias.—Advertencia contra la excesiva delicadeza.

CAPÍTULO VII.—*Modo de procurarnos la compañía del Divino Maestro mientras oramos*..... 76

Del avivar la fe de su presencia. — Cómo nos podremos ejercitar fácilmente en esta divina pre-

Págs.

sencia.—De varios modos con que nos podremos representar al Divino Maestro. — Cómo nos podremos ayudar de estas representaciones del Divino Maestro. — No debemos hacer esfuerzos para procurarnos la presencia del Divino Maestro.

CAPÍTULO VIII.—*Cuán íntima sea nuestra unión con Dios*..... 90

De la real presencia de Dios en nuestra alma.—Se distinguen tres clases de presencia de Dios.—Se declara esta doctrina con otra autoridad de San Juan de la Cruz.—Alivio y consuelo que dimana de esta doctrina. — Se exhorta al alma á buscar á Dios dentro de sí misma.—Fruto que se ha de sacar de la doctrina ya expuesta.

CAPÍTULO IX.—*Cómo podremos ejercitarnos en esta presencia divina con piadosas contemplaciones*..... 103

El alma, casa de Dios —El alma, jardín de Dios.—El alma, cielo de Dios. — El alma, templo de Dios.—Dios, corazón del alma.—Cómo nos podemos ejercitar en estas contemplaciones.

CAPÍTULO X.—*De las diligencias que puede hacer el alma para obtener el sentimiento de la interior presencia divina*..... 117

Ejercicio de la memoria de la presencia divina.—El alma que encuentre oscura esta doctrina no se debe desanimar. — Pureza de conciencia.—Orar ordinariamente con los ojos cerrados.

CAPÍTULO XI.—*De los bienes que proceden de esta clase de oración*..... 130

Se impiden las distracciones. — Se consigue más

Págs.

fácilmente familiaridad con Dios. — Se adelanta más en ménos tiempo.—Facilidad de obtener el recogimiento.—Facilidad de obtener el amor divino.—Ventaja singular que tienen las personas devotas.—Si esta oración de recogimiento es sólo para las almas que no pueden hacer oración metódica.

PARTE SEGUNDA

DE LAS

SIETE PETICIONES DEL PADRE NUESTRO

CAPÍTULO PRIMERO.—*Sobre la primera petición:* Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre..... 145

Admiración de la Santa por la primera palabra *Padre nuestro.*—Preciosidad y realidad de la gracia de la filiación divina.—Tres clases de filiación divina.—Dotes de la filiación divina.

CAPÍTULO II.—*Sigue la primera petición.* 154

Perfección con que se debe desear el corresponder á la gracia de la divina filiación.—Qué confianza debemos tener orando juntamente con Cristo á nuestro Padre celestial.—Quién es este Padre celestial.—Consoladora conclusión de la Santa.

CAPÍTULO III.—*Sigue la primera petición.* 165

Sustancia de la petición.—Sentimientos de dolor y de gozo con que debe hacerse esta petición.—Ejercicio de fe y deseos de la santificación de las almas. — Oración del libro del Eclesiástico.—Conclusión de la Santa. — Parábola del Hijo pródigo.

Págs.

CAPÍTULO IV.—*Sobre la segunda petición*: Venga á nos el tu reino..... 178

Sustancia de la segunda petición.—Qué solicitud nos debemos reservar nosotras.—Nuestras especiales obligaciones para con este supremo Rey.—Desinterés con que debemos servir á Dios.—Conclusión de la Santa.

CAPÍTULO V.—*Sigue la segunda petición*. 193

El reino de Dios en la tierra es la perfección consumada.—Oración de quietud.—Advertencia sobre esta oración.

CAPÍTULO VI.—*Sobre la tercera petición:* Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo..... 204

Dios, Esposo del alma.—Diligencias de la esposa.

CAPÍTULO VII.—*Sigue la tercera petición*. 213

Consideraciones que debe hacer la esposa.—Propio conocimiento.—Conocimiento de los dones de Dios.—Amor de la esposa.—Cómo la esposa puede desear los gozos.—Conclusión de la meditación.

CAPÍTULO VIII.—*Sigue la tercera petición*. 225

Cuánto ofrezca la esposa á su Esposo.—Cómo debe hacer la oferta de la propia voluntad.—La tierra convertida en cielo.—Voluntad de Dios la gracia de padecer.—Con qué ánimo se puede pedir esta gracia.—Necesidad de la resignación.

CAPÍTULO IX.—*Sigue la tercera petición*. 238

El ofrecimiento que hacemos de la propia voluntad sea irrevocable.—Ventaja de esta oferta irrevocable.—Bienes de la unión divina.

Págs.

CAPÍTULO X. —*Sobre la cuarta petición:* El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. 252

Dios, Pastor del alma. — Qué pan pide el alma al buen Pastor.— Dotes del buen Pastor.—El buen Pastor transformado en Cordero.

CAPÍTULO XI. —*Sigue la cuarta petición.* 263

Excelencia del Santísimo Sacramento. —Correspondencia de amor.—Causa del gran don.—Mala correspondencia á tamaño don.

CAPÍTULO XII.—*Sigue la cuarta petición.* 276

Confianza en la acogida del buen Pastor. — Singulares frutos de esta confianza. — El buen Pastor se oculta por nuestro bien.—Cómo á algunos se descubre.—Práctica del recogimiento interior.— Exclamación al Eterno Padre.

CAPÍTULO XIII.—*Sobre la quinta petición:* Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.... 292

Dios, Redentor. — Cómo pedimos que Dios nos perdone.—Materia de esta petición.

CAPÍTULO XIV.—*Sigue sobre la quinta petición*..... 300

Sobre el punto de honor. — Sobre el perdón de las injurias. — El amor de los enemigos es perfecto en los verdaderos contemplativos.

CAPÍTULO XV.—*Sobre la sexta petición:* No nos dejes caer en la tentación..... 312

Dios, Médico.—Qué se pide á este Médico.—Diferencia entre los médicos de la tierra y el Médico del cielo.—Consideración de las cinco llagas.

Págs.

CAPÍTULO XVI.—*Sigue la sexta petición.* 321

De las tentaciones manifiestas.—De las tentaciones ocultas ménos temibles.—Cuándo se deba dudar que ciertas gracias extraordinarias sean tentaciones del demonio.—Ejemplo de la Santa. — Doctrina muy notable de San Juan de la Cruz.

CAPÍTULO XVII. — *Sigue sobre la sexta petición*..... 332

Tentaciones ocultas de gran peligro. — Tentación de tenerse por ricos en virtud.—Remedio contra esta tentación.—Tentación de falsa humildad.—Tentación de imprudencia en las mortificaciones, y de la seguridad de no recaer.—Seguridad de la vida espiritual.

CAPÍTULO XVIII.—*Sigue la sexta petición.* 344

El santo amor y temor aseguran el camino de la vida espiritual. — Señales del santo amor. — El santo amor en los contemplativos.

CAPÍTULO XIX.—*Sigue la sexta petición.* 352

Del santo temor de Dios.—Advertencias para tener este santo temor. — Libertad que consiente el santo temor de Dios. — Daños de la timidez de espíritu.

CAPÍTULO XX.—*Sobre la séptima petición:* Líbranos de mal. Amén..... 361

De los males de que pedimos ser librados. — Consideración que se debe hacer en esta petición.—Advertencias de la Santa.

CAPÍTULO XXI.—*Sigue sobre la séptima petición*..... 379

Págs.

Deseo de que concluya la presente vida.—El deseo de la muerte en los contemplativos.—Este deseo convendría á todos los mortales.

CONCLUSIÓN..... 380

CATALOGO

DE LAS OBRAS DE FONDO

DE LA

NUEVA LIBRERIA DE SAN JOSE

ARENAL, 20, MADRID

El Pater noster de Santa Teresa de Jesús: Tratado de la oración, por José Frassinetti, Prior en Santa Sabina de Génova; traducido al castellano por *un Padre de la Compañía de Jesús*.—Segunda edición. — Un tomo en 8.°, 2 pesetas en tela.

Cursus Scripturae Sacrae Seminariorum usui accommodatus eo intuitu ut facilius sanctuarii candidati juxta regulam ss. Patrum ad sacri textus intelligentiam solide simul ac practique instituantur. Opera Francisci Xaverii Schouppe, S. J. —Dos tomos en 4.°, encuadernados en un solo volumen, 7'50 pesetas en pasta.

Diálogos de la conquista del Reino de Dios, compuestos por Fr. Juan de los Angeles, con un prólogo del *P. Miguel Mir*, S. J.—Un tomo en 8.°, 4 pesetas

Ensayo teórico de Derecho natural apoyado en los hechos, por el R. P. Luis Taparelli, de la C. de J., traducido directamente de la última edición italiana hecha en Roma, y corregida y aumentada por su autor, por *D. Juan Manuel Orti y Lara*.—Tres tomos en 4.°, 15 pesetas en rústica.

Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, considerados en sus principios fundamentales, por D. Juan Donoso Cortés,

marqués de Valdegamas.—Un tomo en 4.°, 6 pesetas en rústica.

Historia de los Heterodoxos Españoles, por el Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid, é individuo de número de la Real Academia española. —Tres tomos en 4.°, 30 pesetas en rústica.

Homilías breves y populares sobre los Evangelios de todas las dominicas del año, con otros discursos sagrados para algunas fiestas ó circunstancias, compuestos por el P. J. B. Centurione, S. J.—Un tomo en 8.° mayor, 2 pesetas rústica.

Amaya ó los Vascos en el siglo VIII, por don F. Navarro Villoslada. — Tres tomos en 4.°, 9 pesetas en rústica.

El camino del Paraiso: consideraciones sobre las máximas eternas y la Pasión de Jesús para cada día del mes, con otras devociones prácticas, por San Leonardo de Porto-Mauricio. — Un tomo en 8.°, 2'50 pesetas en tela y 4 en papel fino en rama.

El Camino, la Verdad y la Vida: comentario piadoso á la *Imitación de Cristo*, por el Eminentísimo Sr. D. Antolín Monescillo, Cardenal-Arzobispo de Valencia.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

Las Etapas de una conversión, por Paul Feval, traducción castellana de *D. Antonio de Valbuena*. I. «La muerte del Padre». — Un tomo en 8.°, 1'50 peseta en rústica.

Las Etapas de una conversión, por Paul Feval, traducción de *D. Antonio de Valbuena*. Segunda parte: «Pedro Blot». — Un tomo en 8.°, 2 pesetas en rústica.

Examen crítico de los «Conflictos entre la Religión y la Ciencia, de Guillermo Draper». Obra escrita en italiano por el R. P. Juan Cornoldi, S. J., traducida al español por *otro Padre de la misma Compañía*. — Un tomo en 8.° mayor, 1 peseta en rústica.

Afectos á la Purísima Virgen María, Madre de

Dios, por el P. GERARDO ARANDA NOVES, teólogo y misionero que fué de la Compañía de Jesús en los dominios del rey de España en Asia.—Un tomo en 8.°, 1'50 peseta en rústica.

El aliento del alma devota, por el sacerdote José FRASSINETTI, Prior de Santa Sabina en Génova. Obrita dirigida á facilitar la perfección cristiana y animar á las almas tímidas.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en tela.

El alma devota de la Santísima Eucaristía.—Dos tomos en 8.°, encuadernados en un solo volumen, 2'50 pesetas en piel.

Influencia del Catolicismo en las ciencias y en las artes, ó artículos filosóficos y morales en contra de los incrédulos, por el DR. D. ANDRÉS DE SALAS Y GILABERT, Presbítero, Doctoral de la Real Capilla de la Encarnación.—Un tomo en 8.°, 2'50 pesetas en rústica.

Jesucristo, Maestro divino de las naciones, por el EMMO. SR. D. ANTOLÍN MONESCILLO, Cardenal-Arzobispo de Valencia. — Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

¡Jesuitas! obra escrita en francés por MR. PAUL FEVAL, y traducida por *D. E.* y *D. J. B. de Hinojosa*.—Un tomo en 8.°, 1'50 peseta en rústica.

Historia de la milagrosa conversión del judaismo á la religión católica de Mr. Alfonso Ratisbone, ahora Sacerdote de la Congregación de Nuestra Señora de Sión; traducida por DON JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL, marqués de Casajara.—Un tomo en 8.°, 1 peseta.

Historia de las Sociedades bíblicas, de sus jefes y emisarios, noticias de varias capillas protestantes en España, de sus pastores, misioneros y feligreses, escándalos y rencillas, doctrinas, vidas y milagros, por RAMÓN BON RODRÍGUEZ, ex-pastor protestante; precedida de un prólogo por *D. Juan Manuel Orti y Lara*.—Un tomo en 8.°, 1'25 peseta en rústica.

Historia del martirio del Santo Niño de la Guardia, sacada principalmente de los procesos contra los reos, de los testimonios del Santo Tribunal de la Inquisición, y de otros documentos que se

guardan en el Archivo parroquial de dicha villa, por el DOCTOR D. MARTÍN MARTÍNEZ MORENO, Cura propio de ella, quien la dedica al Excelentísimo Sr. Arzobispo de Toledo. — Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

Historia razonada y compendiada de la Religión antes de la venida del Salvador, y pruebas históricas de su divinidad sacadas de la Sagrada Escritura, por el abate CARLOS FRANCISCO LHOMOND, profesor de la Universidad de París.— Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas en rústica.

Cartas del Cardenal G. Cuesta, Arzobispo de Santiago, á *La Iberia*, periódico progresista, *Sobre la necesidad del poder temporal del Papa*.—Un tomo en 4.°, con el retrato de su Eminencia, 2'50 pesetas en rústica.

El Catolicismo liberal, por GABINO TEJADO.— Un tomo en 4.°, 4 pesetas en rústica.

Consejero de las casadas ó Nuevo método para escribir cartas con corrección y estilo, por el DR. D. GREGORIO CANTUESO. — Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

Corona virginalis de laudibus Deiparae Virginis in litanias lauretanas, ex sententiis S. Bernardi Abbatis Claraevallensis Ordinis Cisterciensis, Mellifiui Ecclesiae Doctoris; ceu ex fragantissimis floribus, Mariae Virginis encomia spirantibus contexta: omnibus Mariae cultoribus ac contemplandum et imitandum eam, necnon concionatoribus ad praedicandum laudes ipsius, perutilis: a R. P. F. BERNARDO BOGDANOVITZ POLONO, S. Th. D. Monacho Ordinis Cisterciensis Monasterii Andreoviensis, et Proc. Gen. ejusdem Ord. substituto Romae.—Un tomo en 8.° mayor, 2 pesetas en rústica.

Curso elemental de Derecho natural para uso de las escuelas, por el P. LUIS TAPARELLI, de la Compañía de Jesús, traducido de la sexta edición, enriquecida por el autor con nuevas notas, por *Gabino Tejado*. — Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas en rústica.

Esta vida no es la vida, ó el Gran error del siglo XIX, por MONSEÑOR GAUME, Protonotario

apostólico.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

El Estado moderno y la Escuela cristiana, por FLORIAN RIESS, S. J.; obra traducida directamente del alemán, precedida de un prólogo y aumentada en la parte relativa á España, por *D. J. Manuel Orti y Lara*. —Un tomo en 4.°, 2'50 pesetas en rústica.

Estudio sobre la libertad de testar, por D. JOSÉ DE LIÑAN Y EGUIZABAL, precedido de una carta-prólogo del *Excmo. Sr. Duque de Veragua*.—Un tomo en 4.°, 2 pesetas en rústica.

Ejercicios de afectuosa contemplación para el santo tiempo de Cuaresma, en que habla el alma con su divino Salvador paciente, por un RELIGIOSO DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en tela.

Elementos de filosofía especulativa, según la doctrina de los escolásticos, y singularmente de Santo Tomás de Aquino; obra escrita en italiano por el Presbítero José PRISCO, y traducida de la segunda edición por *Gabino Tejado*.—Dos tomos en 4.°, 9 pesetas en rústica.

Ensayo sobre el Catolicismo en sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre, por DON JUAN MANUEL ORTI Y LARA. — Un tomo en 8.°, 2 pesetas en rústica.

Librito del examen particular y general, con exámenes prácticos para un día de retiro al mes. —Un tomo en 16.°, 1 peseta en tela.

De la existencia y del instituto de los jesuitas, por el P. DE RAVIÑAN, de la Compañía de Jesús; nueva traducción al castellano de la séptima edición francesa. — Un tomo en 8.°, 2'50 pesetas en rústica.

Explicación de la Bula de la Santa Cruzada. Obra escrita por D. ANTONIO SALCES, Presbítero. —Un tomo en 4.°, 3 pesetas en rústica.

Lecturas y consejos para uso de los miembros de las sociedades de caridad. Obra escrita en francés por MR. AD. BAUDÓN, Presidente general de la Sociedad de San Vicente de Paul.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

León XIII y la situación del Pontificado, por el

DR. D. URBANO FERREIROA, Presbítero.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

El Matrimonio canónico y el Matrimonio civil, por el DR. D. NICETO ALONSO PERUJO.—Un tomo en 8.°, 2 pesetas en rústica.

El Monje del Monasterio de Yuste. (Ultimos momentos del Emperador Carlos V.) Leyenda religiosa tradicional por D. LEANDRO HERRERO.—Un tomo en 8.°, 1 peseta en rústica.

Manual de retórica sagrada, para uso de los jóvenes eclesiásticos, por el P. FRANCISCO DE PAULA MARURI, de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 8.° mayor, 2 pesetas en rústica.

Lexicon philosophico-theologicum, in quo scholasticorum vocabula, locutiones, termini, distinctiones, effata et axiomata, declarantur et explicantur: ex optimis quae hucusque prodierunt litteraliter compilatum, quamplurimisque vocibus et adnotationibus auctum, accurante ac dirigente DR. D. NICETO ALONSO PERUJO, Presbítero, almae Ecclesiae metropolitanae Valentinae, Canonico doctorali. — Un tomo en 4.°, 5 pesetas en rústica.

Solita, ó amores archiplatónicos. Novela por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.—Un tomo en 8.°, 2'50 pesetas.

Ministerio parroquial según el Concilio de Trento, por el DR. D. ANTONIO BEGUÉ Y DIEGO, Dean de la santa Iglesia Catedral de Orihuela, Misionero apostólico, Predicador y Capellan de honor de S. M., etc.— Un tomo en 4.°, 6 pesetas.

Breviarium pro meditatione ad usum clericorum, Summo Pontifici Leoni XIII dicatum a praesule hispano in pignus amoris et venerationis testimonium.—Un tomo, 2 pesetas encuadernado en tela.

Borrones ejemplares: miscelánea de artículos, cuentos, parábolas y sátiras, por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN. —Un tomo en 8.° mayor, 2'50 pesetas.

Novena á Nuestra Señora de Lourdes. Reseña de las apariciones, milagros recientes: himno.—Un tomo en 16.°, 25 céntimos de peseta en rústica.

Sacramento y concubinato. Novela original de costumbre aragonesas, por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN, con una carta-prólogo de *D. Antonio de Trueba*.—Un tomo en 8.° mayor, 2'50 pesetas.

El llanto de los justos en la pérdida de sus amados. Carta del P. ANTONIO ANGELINI, de la Compañía de Jesús, traducida y aumentada por el *P. Félix González Cumplido*, de la misma Compañía.—Un tomo en 8.° mayor, 1'50 peseta.

Novena al Santísimo Sacramento, y breves consideraciones para la Octava del Corpus. Dispuesta por FR. VICENTE DE LA PURIFICACIÓN, Religioso de la Orden de Descalzos de la Santísima Trinidad. — Un tomo en 8.°, 50 céntimos de peseta.

Pío IX, su historia y su siglo. Obra escrita en francés por J. M. VILLEFRANCHE. Traducida al español por *D. Juan Antonio Almela* y *D. José Torá*.—Dos tomos en 4.°, 5 pesetas en rústica.

Prontuario de Teología moral, del P. LARRAGA, adicionado y corregido por el *Excmo. é Ilmo. Señor D. Antonio María Claret*, y reducido á compendio por el *Dr. D. Fernando Sánchez y Rivera*, Presbítero.—Un tomo en 8.°, 3 pesetas.

El problema social y su solución. Tres discursos de F. HITZE (versión del alemán). Obra precedida de un estudio sobre el mismo asunto, por *D. J. M. Orti y Lara*. — Un tomo en 4.°, 4 pesetas.

Pio IX y la Italia de un día, por el EXCMO. É ILUSTRÍSIMO SR. OBISPO DE LA HABANA. — Un tomo en 4.°, 2 pesetas en rústica.

Principios del reinado del Corazón de Jesús en España, por el P. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE, de la Compañía de Jesús. — Un tomo en 8.° encuadernado en tela y con planchas doradas, 6 pesetas.

La solución lógica de la presente crisis, por DON GABINO TEJADO. — Un folleto en 4.°, 50 céntimos de peseta en rústica.

El protestantismo sin máscara; su origen, naturaleza y efectos, por el P. JUAN PERRONE, de la Compañía de Jesús.—Un opúsculo en 8.°, 25 céntimos de peseta.

Quinario de la Pasión y cinco llagas, para Semana Santa, á nuestro dulcísimo Jesús crucificado, en desagravio de lo mucho que le he ofendido, é implorando su inmensa bondad, piedad y misericordia; compuesto por un *Alma* dirigida por el M. R. P. Fr. Diego de Cádiz, Misionero apostólico del Orden de capuchinos.—Un tomito en 8.°, 50 céntimos de peseta.

Los santos Evangelios, traducidos al castellano con notas sacadas de los Santos Padres y expositores sagrados, por el R. P. M. Fr. Anselmo Petite, Definidor de la Religión de San Benito, ex-Abad del Real Monasterio de San Millán de la Cogulla. Nueva edición corregida y adicionada con el texto latino y nuevas notas. — Un tomo en 8.°, 75 céntimos de peseta en rústica.

Vida del B. Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús, por el P. Francisco de Paula Maruri, de la misma Compañía.—Un tomo en 8.° mayor, 2 pesetas en rústica.

Vida admirable del beato, mendigo y peregrino Benito José Labre, por León Aubineau. — Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas en rústica.

Víctor, ó Roma en los primeros tiempos del Cristianismo. Novela histórico-religiosa, escrita en francés por el P. F. Gay. — Un tomo en 8.° mayor, 1'25 peseta en rústica.

Los Santos Lugares de la Judea, la Samaria y la Galilea. Recuerdos é impresiones de viaje, por D. José Antonio Ortiz Urruela, Presbítero.— Un tomo en 8.° mayor, 3 pesetas en rústica.

De la vida y de las virtudes cristianas, consideradas en el estado religioso. Obra escrita en francés por Mons. Carlos Gay, Obispo de Anthenon (in partibus infidelium), auxiliar de Poitiers. Traducido de la séptima edición por *Gabino Tejado*.—Tres tomos en 8.° mayor, 7'50 pesetas en rústica.

Meditaciones diarias de los misterios de nuestra santa Fe y de la vida de Cristo Nuestro Señor, y de los Santos, por el P. Alonso de Andrade, de la Compañía de Jesús.—Dos tomos en 8.° mayor, 5 pesetas en rústica.

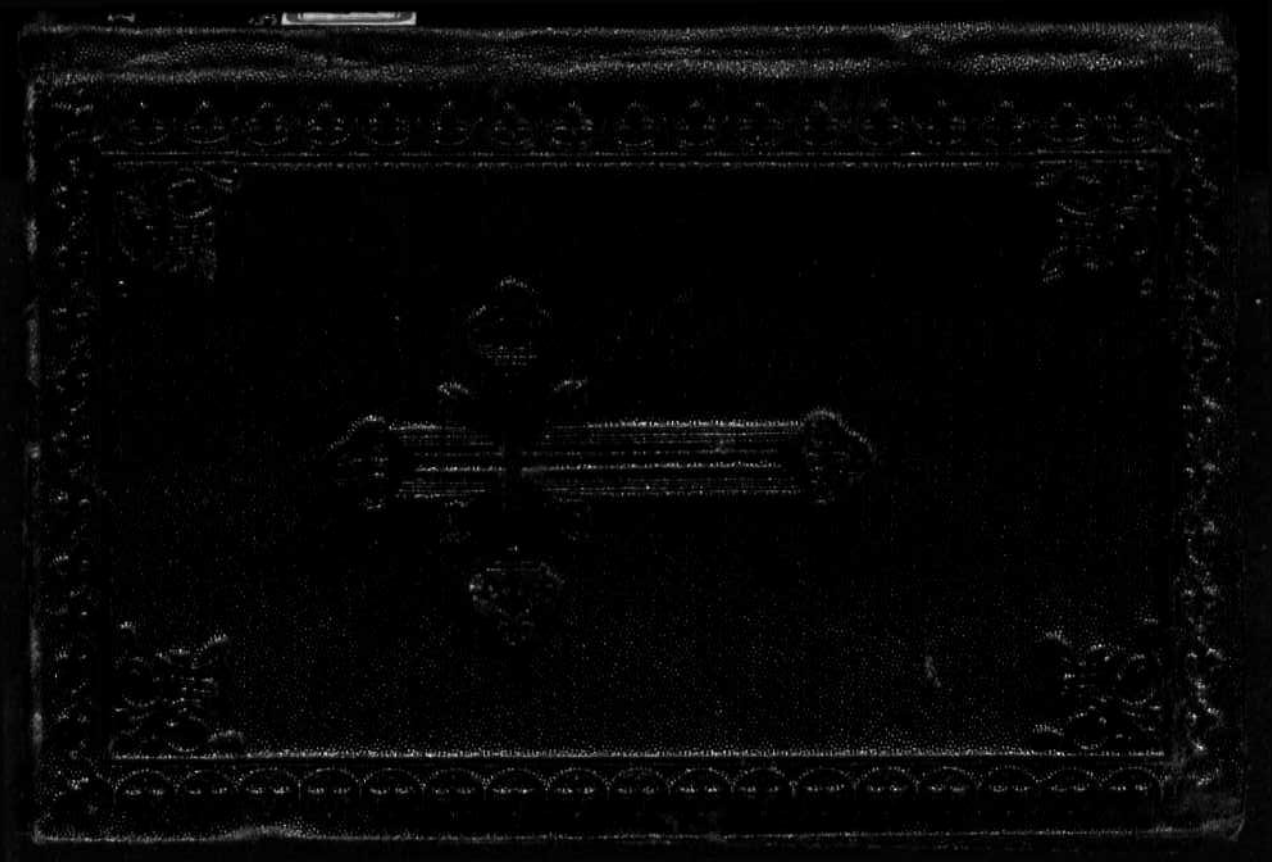
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	992	Precio de la obra..... Ptas.	.....
Estante.....	7	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	4	Valoración actual..... »	.....



El Pater
Noster
de
Sta. Teresa

992.